

EDICIÓN NACIONAL DE LAS OBRAS
SELECTAS DE D. ANDRÉS MANJON

IV

Tratado de la Educación

HOJAS EDUCADORAS Y COEDUCADORAS

CIENCIAS DE
LA EDUCACION



PATRONATO DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

MCMXLVII



AS
CTAS
E
DRES
JON

IV

TRATADO
DE LA
EDUCACION
HOJAS
EDUCADORAS
Y COEDUCADORAS

47

DG
FOM

t. 103925
C.

**CIENCIAS DE
LA EDUCACION**

Pol. 4-63

EDICION NACIONAL
DE LAS
OBRAS SELECTAS
DE
D. ANDRÉS MANJÓN
SABOGAL DE LOS Y CAJAL DE LOS

D. ANDRÉS MANJÓN

OBRAS SELECTAS

**EDICION NACIONAL
DE LAS
OBRAS SELECTAS
DE
D. ANDRES MANJON**

D. ANDRES MANJON
OBRAS SELECTAS



PATRONATO DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

MCMXLVII

IV

Tratado de la Educación

HOJAS EDUCADORAS Y COEDUCADORAS

POR

D. ANDRES MANJON



PATRONATO DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

MCMXLVII

OBISPADO
DE
MADRID-ALCALÁ

CENSURA Y LICENCIAS ECLESIASTICAS

Nihil obstat:

DOMINICUS AB ASUNTIONE

Censor.

12 februari 1920

Imprimatur:

Episcopus Matritensis Complutensis.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Mirna, Nuncio Apostólico, ha concedido cien días de indulgencia por cada vez que se lea con devoción algún artículo de esta obra religiosa y de enseñanza.

ESTA EDICIÓN ESTÁ PATROCINADA
POR LA JUNTA NACIONAL PRO-
HOMENAJE A D. ANDRÉS MANJÓN

AGENCIAS Y SERVICIOS
DE LA
ADMINISTRACION DE PENITENCIARIOS
DE ALCALÁ DE HENARES

TRATADO DE LA EDUCACION

HOJAS EDUCADORAS Y COEDUCADORAS

TRATADO DE LA ENCLAVADA

DE LOS ESTADOS Y CONDOMINIOS

PROLOGO

GRANDEZA Y DIFICULTADES DE LA BUENA EDUCACIÓN.

Es la educación de un hombre obra tan grande, que ningún educador solo es capaz de realizarla. por muy grande que sea su talento; y es tan difícil, que de cada cien obras de esta clase comenzadas, habrá diez que medio se acaben, cuarenta quedarán a medio hacer y las cincuenta restantes vendrán al suelo. ¡Tan difícil es! Y es obra tan compleja, que son rarísimos los que la entienden en su conjunto, y más raros aun los que logran organizar todos los agentes que a ella contribuyen.

Para que, en vez de destruir unos lo que edifican otros, todos se ayuden desde su puesto, hay que hacer entender que la educación es una obra común, que es obra de cooperación; y a esto damos el nombre de coeducación.

Y lo que sucede con el educando en particular, en mayor escala, acaece con la educación de un pueblo: es la obra más grande y la más difícil, la que más vale y más cuesta de todas las obras humanas.

En obra tan grande, tan difícil y tan compleja como importante, ¿qué amante de Dios y los hombres, del bien de las familias y los pueblos, no se preocupa y afana por hacer lo que pueda desde su cargo e impulsar a otros para que desde el suyo hagan lo que puedan? La educación es

obra de muchos en cooperación, el deber de educar es un deber de solidaridad entre todos los educadores. ¿Por qué siendo obra de muchos, se ha de encomendar a uno o dos, y habiendo entre esos muchos un deber de solidaridad los más se han de excusar a pretexto de no ser ni Madres ni Maestros ni Curas?

Y eso si no excluyen al Maestro del oficio de educador, haciendo de él un mero instructor; y no excluyen al Cura, haciendo de la Religión un algo que estorba para formar hombres; y no destruyen la obra de la Madre, a pretexto de ser ésta modelo de prejuicios e ignorancia...

El resultado es que, unos por falsas ideas y otros por ideas completas, unos por cómoda haraganería y otros por exclusivismos sectarios, unos por cortedad de vista y otros por extravismo intelectual y moral, son muy pocos los que entienden todo el alcance de la educación y por tanto, son muy pocos los que cumplen con el deber colectivo de hacer el bien que puedan a los niños y adolescentes.

Y decimos que los amamos y respetamos y veneramos, y al propio tiempo los abandonamos o los extraviamos y pervertimos con nuestros errores y escándalos. «Colgar al cuello del escandalizador del niño una muela de molino y arrojarlo al profundo del mar», no le parecía pena excesiva a Jesucristo, el Gran Educador de la humanidad. Mas cuando para escribir, hablar, enseñar, blasfemar, representar, dibujar y exhibir, se invoca el absolutismo de la omnimoda libertad, se acabó el educar: entonces los que merecían ser ahogados flotan en la superficie, y los que debían ser educados son arrojados a lo profundo del mar. Y es porque el libertinismo es el Evangelio al revés, es el Evangelio de Satanás, es la antítesis de la educación y la inhumanidad de las inhumanidades.

En el gentilismo había un ídolo que se alimentaba de niños, se llamaba Moloc; hoy resucita el paganismo y también pide carne de seres inocentes; y la autoridad preside impassible la inmólación de la juventud en aras del nuevo Moloc pedagógico.

Y así progresamos y nos humanizamos, mientras en plena libertad ejercitamos el pleno derecho de corrompernos desde la cuna al sepulcro.

Si esto es libertad y derecho, ¿en qué se diferencian de la inhumanidad y la perversión? Y si este horrible espectáculo no conmueve a los hombres, es prueba de que se ha extinguido en ellos el sentimiento de la humanidad, lo cual no puedo creer.

Si, pues, aun quedan hombres que piensan y sienten en humano y cristiano, y quieren obrar como piensan y sienten, entiéndanse, aliense.

No salvarán a la juventud ni a la Patria los jerenías con sus lamentos, los políticos con sus leyes, los sociólogos con sus sociologías, los economistas con sus arbitrios, los agricultores con sus cultivos, los comerciantes con sus fardos, los periodistas con sus papeles, los pensadores con sus ideales, los noveladores y artistas con sus imaginaciones, los militares con sus cañones, ni siquiera los Maestros con sus escuelas, ni los padres con sus amores, ni los Sacerdotes y almas paidosás con sus catecismos, predicaciones y oraciones; se necesita el concurso de todos y que todos vayan a una. De otro modo, repetiremos una y cien veces la fábula de Penélope, y nos tendremos por discretos, siendo unos mentecatos que por el día hacen lo que por la noche deshacen o con una mano tejen lo que con otra destejen.

LA EDUCACIÓN ES OBRA DE MUCHOS COEDUCADORES

Lo que es la educación.

La educación es la perfección.

Educar al hombre es perfeccionarle según todo su ser, físico e intelectual, moral y religioso, individual y social.

Educar (de *edúcere*) es *desarrollar* en el hombre todas las facultades que Dios le ha dado, y desenvolverlas en orden a los fines que Él mismo le ha señalado, y conforme a las leyes por El establecidas.

Educar es *cultivar hombres* o ejercitar sus fuerzas, desarrollar sus facultades, afirmar sus virtudes, rectificar sus errores y corregir sus faltas o pecados; es orientar, es sanar almas y cuerpos, embellecer, adornar y pulimentar individuos y sociedades.

Educar (de *edúcere*) es *sacar al hombre* o llevarle, en cuanto sea posible, de la debilidad a la firmeza, de la endeblez a la salud, de la ignorancia al saber, de la bajeza a la dignidad, de la inercia a la actividad, de la acción irreflexiva a la acción bien orientada, pensada y consciente, de la impotencia al poder, del yugo y esclavitud de pasiones y pecados al dominio de sí mismos, de la vida cuasi embrionaria y animal a la vida racional y moral, humana y cristiana.

Consideraciones.

Consideremos si empresa tan difícil, si obra tan grande, compleja y continua, tan una y tan múltiple se podrá realizar por un solo operario, o si exigirá el concurso inteligente de varios obreros.

Y para que nuestra consideración se concrete y eleve a meditación (que la cosa bien lo merece), meditemos sobre este enunciado: El ideal de la educación es la perfección, y el ideal de la perfección es la vida del perfecto cristiano, según las palabras del Hijo de Dios, que es la Sabiduría Encarnada para hacer a los hombres sabios en punto a moralidad y santidad: «Sed perfectos, como lo es mi Padre Celestial.»

Siendo todo lo humano cristiano, la perfección del ser humano no es ajena al hombre cristiano. Hacer hombres de sana estirpe y salud cabal, bien desarrollados, inteligentes, honrados, laboriosos y cultos, es cultivar el patrón en el cual el injerto de la fe hará producir óptimos frutos. El perfecto cristiano es un perfecto hijo, perfecto hermano, perfecto padre, perfecto ciudadano y, en suma, un hombre digno de sí, de la sociedad a que pertenece y del fin para que ha sido criado.

Si, pues, tan unido y trabado está en el hombre lo divino con lo humano, según los planes de la Providencia y las relaciones de la vida y hechos de la historia, ¿obraremos nosotros con acierto rompiendo la unión y enlace íntimo que hay entre la Educación y la Religión, entre el hombre y Dios? ¿O seremos unos dementados que nos empeñamos en hacer hombres al revés de como Dios los quiere, al contrario de como a la sociedad convienen?

Disyuntivas.

Pensémoslo en serio, porque la cosa lo merece. Si educar en cristiano es perfeccionar, educar (y que pase la blasfemia pedagógica) en anticristiano será *imperfecionar*; si coeducar con Cristo es salvar, deseducar a cristianos será condenar; si aproximando los educandos a Dios, su Padre, se los eleva y dignifica, apartándolos de ese divino modelo se los rebaja e *indignifica*; y, en suma, si el hombre ha nacido para ser algo más que un animal industrial, y la educación se concreta a eso, a hacer de

él un animal meramente terrestre, dicho está que esa (mal llamada) educación no es humana, ni racional, ni moral, ni digna, ni honrada, ni bienhechora, y mucho menos española y cristiana.

El hombre es tanto menos hombre cuanto es más ateo y menos cristiano. Yo quiero ser hombre religioso, como lo es el mundo entero de todos los climas y de todos los tiempos; yo quiero ser hombre cristiano, como lo son los hombres más virtuosos y cultos de los pueblos más civilizados; yo quiero ser educador cristiano, porque aspiro a que mis educandos sean hombres y hombres cabales, dignos de sus destinos y de los de su raza y pueblo, yo quiero que todos cuantos se dediquen a esta obra sublime de hacer hombres cabales, respeten la naturaleza del hombre, que es naturalmente religioso y lógicamente cristiano.

Conclusión.

Yo quiero que todos los coeducadores se entiendan y ayuden, para que el gran edificio de la educación individual y social no se venga por sí mismo al suelo, pues sin cooperación no hay educación posible.

SIN COOPERACIÓN NO HAY EDUCACIÓN.

Las obras pequeñas e insignificantes puede llevarlas a cabo un solo hombre; mas para empresas grandes y de extraordinaria importancia es menester el concurso de varias personas; y en este caso se halla la obra magna de la educación de un pueblo y aun la de un solo hombre.

Para mejor apreciar la magnitud y trascendencia de esta obra, consideremos lo que por la educación se puede conseguir y lo que sin ella no puede obtenerse.

Importancia de la educación.

Siendo educar sanar, desarrollar, dignificar, redimir y salvar, ¿dónde habrá cosa que más valga? ¿Qué oficio, qué profesión, qué servicio más grato a Dios y más útil para los hombres puede haber que el de educador cristiano? Salvar almas y cuerpos, hombres y pueblos, ¿dónde cabe una misión más alta? ¿No será la educación la obra más grande de caridad y humanidad, el pensamiento más elevado que puede germinar en un cerebro, el sentimiento más noble y benéfico de un corazón humano. la obra más trascendental de política que cabe en un estadista honrado, y la preocupación más santa de un Padre, de un Sacerdote y de un Maestro?

La educación, tomada en el más amplio, noble y levantado sentido de la palabra, es como una segunda creación, en cuanto completa y perfecciona la obra de la creación primera deteriorada por el pecado.

Ciertamente que el educador no crea almas ni cuerpos, pero infunde en ellos vida, luz, dirección, hábitos, obediencia, amor y respeto sin los cuales el hombre quedaría a medio hacer o se deformaría. Por este motivo, puede decirse que Dios y el hombre hacen al hombre; que educar es recrear; que el buen educador es el que más se aproxima al Creador. Verdaderamente la educación es obra casi divina.

Sin la recta educación todo está perdido.

La educación es, para individuos, familias y pueblos. el negocio de los negocios, la grande obra, la obra única, sin la cual no hay hombres ni familias, ni pueblos, ni costumbres, ni religión, ni patria, ni sociedad, ni nada; así como con ella bien dirigida lo hay todo. Por eso la consideramos simbolizada en aquella margarita preciosa del Evangelio, en comparación de la cual todos los demás

bienes son como el estiércol, no merecen estima. Y así, mientras de verdad no eduquemos, nada esperemos, por que nada tendremos.

No tendremos hombres, porque éstos no se forman abandonados a sí mismos; no tendremos familia, porque la familia es una sociedad sana y buena, cuando se compone de miembros sanos y buenos, no de seres ineducados o abandonados; no tendremos religión, porque la religión exige elevación, cultura, bondad y sacrificio, y nada de esto da de sí el abandono; no tendremos sociedad, porque donde los hombres y los organismos que están llamados a formarla, viven en la desidia, la ignorancia, la incuria y el abandono, la sociedad será, a lo más, un hato de bestias regidas por el palo, no la unión moral y jurídica de seres inteligentes, laboriosos y honrados; no tendremos salud ni robustez ni longevidad, porque éstas suponen la higiene del cuerpo y del alma, y el abandono es la antihigiene; no tendremos arte ni ciencia, cultivo ni industria, porque nada de esto se da sin cultura; no tendremos virtudes ni caracteres, porque la formación de los hombres virtuosos y de los caracteres rectos y justos exige gran diligencia, sostenido esfuerzo y dirección inteligente de la vida toda, y singularmente de la voluntad y las pasiones.

En resumen: la educación es la cultura y la ineducación la incultura; con buena educación el hombre puede llegar a su perfección relativa, sin ella degenera y cae en la degradación y barbarie, en la ruindad y miseria.

Educar, pues, es cuestión de ser o no ser hombres; quien educa bien los hace, quien deseduca los deshace.

Conclusión.

Si no es posible sin educación tener hombres, ni familia, ni religión, ni sociedad, ni patria, ni salud, ni robustez, ni ciencia, ni cultivo, ni industria, ni virtudes, ni caracteres, ni nada, no siendo la incultura y barbarie;

no bastándose ningún hombre solo para lograr dichos fines, síguese de aquí la necesidad de la cooperación en la obra de la educación, y a esta cooperación decimos *coeducación* (1).

LOS DIFERENTES ASPECTOS DE LA EDUCACIÓN NO PRIVAN A ÉSTA
DE LA UNIDAD.

Los diferentes aspectos de la educación y la excepcional importancia de cada uno de ellos, que obliga a dividir esta grande obra entre diferentes cooperadores, no prueba que estos aspectos sean otras tantas educaciones independientes unas de otras, ni que esos cooperadores sean agentes sin armonía ni inteligencia entre sí. Por el contrario, para que la obra resulte, los obreros han de trabajar bajo la unidad de un pensamiento y de un fin; para que los educadores no se desacrediten es menester que no se pongan en contradicción; para que los educandos no se vuelvan escépticos, indiferentes o locos, es preciso que los educadores no lo estén.

Es conocida de muchos una *mentalidad semidementada*, que en toda su vida ha hecho otra cosa que contradecir a todo lo existente, sin enseñar jamás qué es lo que tiene él reservado para sustituir y reemplazar a lo que intenta destruir. Y esta *intelectualidad* demoledora, que no respeta ni las verdades y principios en que descansa el sentido común, se irrita como un energúmeno contra los escépticos, indiferentes, neutros y apáticos; él, que no hace otra cosa, con su *inteligibilidad paradójica*, que sem-

(1) No se nos oculta que la palabra «coeducación» quieren algunos escritores que signifique la educación conjunta de los dos sexos, lo cual llamaba un amigo mío «suicería» (de Suiza), y otro, de país menos frío y pasiones más precoces, lo apellidaba «suciería», por ser en aquel su país tal sistema expuesto a mil suciedades o porquerías.

brar negaciones y dudas, o crear impíos, indiferentes y escépticos.

Pues bien; *ese mentalista es el prototipo del mentalismo alocado del racionalismo educacionando.* (¡Qué barbarismos y neologismos se cometen germanizando y americanizando el habla de Castilla!)

El racionalismo (que es un niño testarudo de seis mil años, incapaz de corrección y enmienda) da de sí esos Maestros del mentalismo que producen chispazos de este calibre: En la negación está la ciencia; en la contradicción está la creencia; en la antieducación de los maestros está el secreto de la firmeza en los caracteres. Por tanto, a más negación más ciencia; a más contradicción más fe; a más antieducadores más hombres bien educados, más caracteres.

Ante estos productos del mentalismo efectista y paradójico, sólo nos ocurre decir que, en punto a educación, sabe más y disparata menos que estos intelectuales el más infeliz de nuestros aldeanos. Nadie hasta ahora ha sabido educar con negaciones y contradicciones, digan lo que quieran el niño mimado y terco del rancio racionalismo y la bullanguera claqué del periodismo sectario.

En las Hojas Circunstanciales publicadas en 1905, se expone lo que es el racionalismo liberalista educando: es la contradicción de las contradicciones y la negación de las negaciones sirviendo de base para formar a los hombres. No volvamos a esto y demostremos ahora que los diferentes aspectos de la educación no se oponen a su unidad.

Algunas clases de educación.

1.º Si atiendo a la edad, empieza la educación con la generación, continúa por la infancia, avanza por la adolescencia, se desarrolla en la juventud y se completa y afirma en la virilidad; y tenemos, concurriendo a la formación del hombre, la raza, la familia, la religión, la escuela, el instituto o el taller, la facultad u oficio, la pro-

fesión y la sociedad con sus múltiples influencias, necesidades y costumbres. Decidme, la *educación maternal, primaria, secundaria, superior* y la *social* o práctica de la vida. y con todas estas y sobre todas ellas, la *educación moral y religiosa*, ¿no exigirán el concurso de muchos operarios en una misma obra? Siendo cada una de estas educaciones preparación para la que se ha de dar en los grados siguientes, la unidad de miras y el concurso de operaciones se imponen por la misma obra.

2.º Si atiendo a los medios de educar, y me fijo en el aire, el sol, el clima, el pan, el agua, el vestido y todos los medios que la higiene aconseja para la conservación de la salud y desarrollo del ser físico del hombre, tendré la *educación física*; condición precisa de las demás.

Si atiendo a la inteligencia y a los medios de desarrollarla o educarla (que no es igual que instruirla) tendré la *educación intelectual*.

Si atiendo a la voluntad y a su educación en el bien, si miro a las obras y a su manifestación dentro de la disciplina y el orden social, tendré la *educación moral y social*.

Si atiendo al sentimiento y a la educación del gusto en las artes bellas, tendré la *educación artística*.

Y si atiendo a la orientación de las ideas y voliciones, obras y gustos, de la vida toda, en cuanto es preparación y prueba de otra vida mejor y más dichosa, tendré la *educación religiosa*, educación que cuenta con la instrucción religiosa como medio, pero no como fin, pues educar es más que instruir, en religión y en todo.

Pero como todas estas educaciones no son sino distintos aspectos de una sola educación que recaen sobre el mismo hombre, la naturaleza, la ciencia, la moral, la sociedad, el arte y la religión cooperan a la educación, y sin esta cooperación no hay educación posible.

3.º Si miro la educación dentro de la casa paterna, tendré la *educación privada y doméstica*; si la considero fuera de la familia, en la escuela, taller, plaza, tendré la *educación pública*, de la cual se podrían hacer varias sub-

divisores, según sea educación general, técnica, popular, social, etc.

Y pregunto: ¿habrá querido Dios que la educación pública no guarde relación con la privada y doméstica? ¿Convendrá a la juventud formarse en la corriente de dos educaciones encontradas? Siendo el resultado final de la contradicción para los más la duda y la indiferencia, ¿convendrá a la sociedad la desarmonía y falta de inteligencia entre los distintos coeducadores?

4.º Si miro la educación en cuanto esencial y necesaria para todo hombre como hombre, tendré la *educación general humana*; si la considero en cuanto esencial y técnica de tal o cual arte, profesión, carrera u oficio, tendré la *educación especial o profesional*.

Claro que la una no es la otra pero la una influye en la otra y la general prepara para emprender la especial.

Todos somos hombres y tenemos facultades, deberes y derechos esenciales, origen y destino final idénticos, y por eso todos los hombres debemos recibir la educación necesaria para el desenvolvimiento de las facultades y el cumplimiento de nuestros deberes y destinos.

Y cada uno, después de recibir la educación general se va a la escuela especial, taller, comercio o profesión a que sus especiales aptitudes, inclinaciones y circunstancias le llevan. Unos querrán ser labradores o artesanos, otros comerciantes o industriales y otros maestros, sacerdotes, magistrados, etc.; cada cual buscará su centro y recibirá de los directores y maestros la educación especial necesaria.

En esto no cabe la igualdad, y se impone la desigualdad por la misma especialidad de fines y medios en cada oficio y carrera; pero en ninguna carrera ni oficio, en ninguna profesión ni estado el hombre deja de ser hombre. y, por tanto, la educación general, con sus verdades fundamentales y esenciales, debe influir en todas las carreras y acompañarlas, y en el campo, en la fábrica, en el taller, en el Seminario, en la Normal, en la Universidad y Academia, allí debe estar la educación física, intelec-

tual, moral y religiosa, acompañando a toda educación técnica.

• ¿O queremos ocupar los primeros años de la vida en hacer los hombres para en los restantes deshacerlos?

Conclusion.

Si tantos aspectos como hay en la educación dan lugar a otras tantas denominaciones (de educación maternal, primaria, secundaria, superior y profesional, física, intelectual, moral, social y religiosa, privada y pública, general o común y esencial o especial y técnica) y todas ellas no son sino aspectos de una misma cosa y acciones sobre unos mismos educandos, ejecutadas por diferentes educadores, se sigue de aquí la necesidad de armonizar entre sí a todos los coeducadores.

LAS CONDICIONES DE TODA PEDAGOGÍA RACIONAL IMPONEN LA COEDUCACIÓN.

Es la Pedagogía ciencia y arte, o un conjunto ordenado de principios científicos y reglas prácticas cuyo objeto final es hacer hombres cabales y completos, tal cual Dios los quiere y la sociedad los necesita.

Siendo la Pedagogía la ciencia y arte de la educación y ésta el desarrollo, cultivo y perfección del hombre tal cual Dios lo ha hecho, tal cual él es, la educación pedagógica debe conocer y respetar la naturaleza del educando, y con ella los dones, planes y fines de su Hacedor, pues a la naturaleza no se la manda sino obedeciéndola, al hombre no se le guía sino respetándole, respetando en él su origen, naturaleza y destino.

No cabe en esto ser modernistas, calaveras, atolondrados, noveleros o innovadores revolucionarios, sin degene-

rar en mentecatos o, lo que es peor, en conscientes atentadores contra los derechos y respetos que son debidos a la naturaleza humana y al Dios que la crió.

Para respetar al hombre tal cual Dios le ha hecho, necesario es conocerle en sí y en sus relaciones con Dios, y de aquí las relaciones que hay entre la Pedagogía, la Antropología y la Teología, y los despropósitos que se dicen y los delitos que se cometen por los Pedagogos y Maestros que desconocen cualquiera de estas tres ciencias por lo menos en lo que se refiere a la educación o formación del hombre.

Para ver esta verdad confirmada en la práctica, indicaremos algunas de las condiciones pedagógicas que ha de tener toda educación que no sea una vana figura, una mera palabra o una vergonzosa mentira.

Cómo debe ser la educación del hombre.

La educación del hombre, en cuanto hombre y para ser tal, debe ser una, continua, gradual, entera, activa, física, intelectual, moral, religiosa, estética, social, nacional, tradicional y progresiva, armónica y convergente hacia un objetivo, que es el bien temporal y eterno del hombre.

Una, porque uno es el hombre por el origen, la naturaleza y el destino; *continua*, porque empieza con la vida y termina con el sepulcro; *gradual*, porque no se puede violentar la naturaleza y debe ayudársela en su gradual desenvolvimiento; *entera*, esto es, del hombre todo o del cuerpo y del alma, bajo todos sus aspectos esenciales; *activa*, o concurriendo educador y educando con su doble acción; *física*, porque atiende a la salud y bienestar corporal; *intelectual*, porque instruye y educa la inteligencia; *moral*, porque mejora y educa la voluntad; *religiosa*, porque mira al fin teológico del hombre y atiende a los medios a ese fin ordenados; *estética* o artística, en cuanto es cultivadora del buen gusto y las buenas formas;

social, en cuanto contribuye a formar hombres útiles para la sociedad; *nacional, tradicional y progresiva*, en cuanto atiende al genio y modo de ser de las naciones, a la tradición histórica de los pueblos y a las necesidades del sujeto en su estado, lugar y tiempo; *armónica y convergente*, u orientada hacia un fin próximo, que es formar caracteres, y un fin último, que es hacer a los hombres temporal y eternamente felices (1).

Dejando por ahora a un lado las demás condiciones, fijemos la atención en la unidad y la continuidad de la educación.

De la unidad.

La humanidad es una por el origen, es una por el destino final, es una por la naturaleza en todos los hombres igual, y es una por los deberes y derechos esenciales, como una debe ser por los medios generales de su perfección, que la educación proporciona.

Y si en vez de considerar como unos a todos los hombres, consideramos la unidad en cada hombre, la idea se concreta y resalta y se acentúa con mayor precisión y vigor: *en cada hombre no hay más que un hombre*, no hay dos ni doscientos, sino uno solamente.

Esto es claro, es de buen sentido, de lo que se llama sentido común; en cada hombre no hay más que una inteligencia, una sola voluntad, una sola conciencia, una sola vida y un solo destino final, no tres ni treinta. Si pues hemos de educar al hombre conforme él es, como ser uno, en lo fisiológico, intelectual, moral y religioso, no podemos menos de respetar esa unidad al dirigirle y desenvolverle o intentar perfeccionarle, porque los educadores son los ayos de la criatura, los comadrones de su inteligencia, los directores de su destino temporal y eter-

(1) Véase el desarrollo de estas ideas en el Discurso inaugural de 1897 en la Universidad de Granada, del cual son continuación y desarrollo las Hojas del Ave-María.

no, no los amos ni padres ni creadores ni trastornadores de su naturaleza ni suplantadores de sus fines.

Mientras el hombre no deje de ser hombre, y un hombre con personalidad propia, facultades propias, derechos y deberes suyos y esenciales y destinos inalienables, el primer deber de la educación será respetarlo, el segundo obedecerlo y el tercero auxiliarlo; respetar en él su personalidad, obedecer en él las leyes de la naturaleza, auxiliar en él al ser débil e incompleto para que pueda llegar a su perfección mediante el ejercicio de sus facultades y la guía de sus maestros y educadores.

Pero si así no se hace, si el educador lo es todo y el educando nada, si los educadores son muchos y entre todos no hay unidad ni en lo fundamental siquiera, si hoy se hace lo que mañana se deshace, hoy se reprueba lo que ayer se recomendó, mañana se ridiculiza lo que ayer se ponderó, y uno tras otro los diferentes maestros o educadores van arrancando o talando lo que otro sembró, entonces no es posible que aquella tierra dé fruto: la discrepancia de los Maestros habrá entontecido a los discípulos, la oposición de los Educadores habrá concluido con la educación.

La unidad del hombre impone la unidad de educación y la unidad de educación exige la unidad de los diferentes coeducadores; de otro modo, no habrá hombres, porque no habrá educación humana; no habrá ideas fijas, porque todas se habrán arrancado, lastimado o mutilado; no habrá fe, porque solamente se habrá cursado en la escuela de la indiferencia y la contradicción; no habrá caracteres, porque no se les habrá cultivado.

La continuidad de la educación.

Así como la educación física exige en todos los días y edades adecuado alimento y en cada instante la respiración de un aire oxigenado, así el educando, desde que

es capaz de percibir y aprender, debe tener para sus facultades el oxígeno de una atmósfera pura y la alimentación de una educación vigorizante y sana. Y como el niño no se hace hombre de repente, sino poco a poco y por sucesivos grados, la educación, que es el instrumento de su perfección, debe ser gradual y continua, o acomodada al desarrollo corporal y espiritual del educando, caminando a su lado paso a paso, nunca corriendo, y siempre andando; nunca violentando, pero siempre ayudando; avanzando siempre, pero sin dejar enemigos a la espalda.

Enemigos son para avanzar la *impreparación* en los grados anteriores y la funesta anarquía de sus educadores, pues sin un plan continuado en los diferentes grados no es posible que éstos se hallen debidamente escalonados, y habrá mil lagunas, mil deficiencias, que imposibilitarán o dificultarán la marcha progresiva del educando.

Toda ciencia y todo arte exigen orden y método, y cuando éstos faltan no hay arte ni ciencia, sino desorden y algarabía.

Suponed ahora que alguien, en nombre de la libertad, os presentara esa algarabía como el *non plus ultra* del progreso pedagógico; ¿qué diríais? ¿Qué estaba loco? No, sino cuerdo y muy cuerdo. Está tomando posiciones para su carrera de político, hace oposición, vergüenza da decirlo, a la cartera de Ministro, de Director, Consejero, etcétera.

Y como estas verdades tan claras no llegan a penetrar en inteligencias que parecen cultas, pero que están preocupadas, las sensibilizaremos con un cuento, que es una verdadera historia.

Los niños góticos.

Había un Maestro de Escuela señalado a cada niño un huertecito para que en él plantara y cultivara lo que quisiera y como quisiera, con plena libertad de plantación y cultivo.

Los niños trajeron de sus casas, del campo o de otros huertos, multitud de plantas, que sembraron en sus parcelas o huertecitos. Pero cada uno, envidioso de los demás e inconstante, plantaba cada día en su campo nuevas plantas y arrancaba las suyas o las de los otros; con lo cual dicho está que ningún huerto ni planta llegó a poder arraigar, ni prosperar, ni dar fruto.

Niños hay grandes que desde el huertecito de su escuela, cátedra, libro, periódico, alcaldía, universidad, consejo o ministerio, hacen lo mismo con la educación y enseñanza, y se tienen, no obstante, por buenos educadores y hombres serios, no siendo en realidad sino los *niños góticos* (como los llamó un ocurrente político mala-gueño) de la educación patria.

HAGAMOS LOS HOMBRES A IMAGEN DE DIOS.

Por lo dicho en las Hojas que preceden, sabemos que la educación, considerada en su más amplia y fiel expresión, tiene por fin hacer hombres dignos de sí, de la familia, de la sociedad a que pertenecen y del Cielo al cual están destinados. Pero esta obra, que al concebirla es grande y al describirla parece sencilla, es inmensa por la extensión, complicadísima por el conjunto y muy varia por los varios sujetos en quienes recae, por las personas que la dan y por los modos y circunstancias de lugar y tiempo de darla; y así podemos decir sin exagerar que la obra de la formación de un hombre pide el concurso de Dios y de los hombres, y al pensar en ella vienen a la memoria aquellas palabras del Génesis, en que se representa a la Trinidad en consejo y con el concurso de su omnipotencia, sabiduría y bondad para hacer al hombre: «Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza.»

Mas el hombre formado a imagen y semejanza de Dios, se deformó por la culpa, y aquella Trinidad beati-

sima que concurrió a formarlo, concurrió también a reformarlo por el Misterio de la Encarnación, en el cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo intervienen; el Padre, enviando a su Hijo; el Espíritu Santo, formándole el cuerpo de la sangre de una Virgen y criando de la nada un alma nobilísima, que unió a aquel cuerpo, y el Hijo, encarnando, alumbrando con su doctrina y redimiendo con su preciosa sangre al hombre.

Y porque en forma visible no había de estar el Mesías entre los hombres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo concurren a la fundación de la Iglesia (que es como la encarnación social de la Divinidad en la Humanidad) para por Ella educar y salvar a los hombres de un confín a otro confín hasta el fin de los siglos.

Como el hombre es hombre por la voluntad, y la voluntad reina por el bien, la Iglesia, que tiene a su cargo la moral o ley del bien obrar, es la primera potencia educadora del mundo; y como el Mesianismo o Cristianismo empezó con Adán para no acabar sino con el último hombre, seguirá siendo por siglos y siglos la Iglesia Católica la gran Maestra de la Humanidad, la gran Educadora de los siglos.

Con esta Maestra y Educadora hagamos converger nuestras enseñanzas y pedagogías diciendo a la gran trinidad educadora compuesta de Padres, Sacerdotes y Maestros, aquellas palabras del Génesis: «Hagamos hombres a imagen y semejanza de Dios.» Rehagamos los hombres a imagen y semejanza del Hombre Dios.

Elevemos y perfeccionemos la educación hasta hacer de ella una vocación y un misterio de santificación.

Para grabar más estas ideas, a continuación insertamos el cuadro y explicación de la Encarnación.

LA ANUNCIACIÓN.

(Véase el Evangelio de S. Lucas, C. I.)

Envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con un varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel adonde ella estaba, la dijo: Dios te salve, oh llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre *todas* las mujeres.

Al oír estas palabras, la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación.

Mas el ángel la dijo: ¡Oh María!, no temas: porque has hallado gracia en los ojos del Señor.

Sábetete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo a quien pondrás por nombre Jesús.

Este será grande, y será llamado hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente.

Y su reino no tendrá fin.

Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso? Pues yo no conozco, *ni jamás conoceré*, varón alguno.

El ángel, en respuesta, le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, o *fecundará*; por cuya causa el *fruto* santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.

Y ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril hoy cuenta ya el sexto mes:

Porque para Dios nada es imposible.

Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el ángel se retiró de su presencia.

En el cuadro y el texto tenemos representada la historia de un hecho, la Encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María, y en ese hecho condensada la historia de la humanidad, esto es, la síntesis de los hechos más culminantes de la historia. Volved a considerar la anunciación y lo veréis pintado, o imaginadlo.

Pensad en la escena en que nuestro Dios y creador hizo brotar de la nada el sol, la luna y las estrellas y determinó como rey de la creación al hombre, el cual le adora y al cual bendice. Asistimos, pues, a los primeros días del mundo y contemplamos la primera página de la historia de la humanidad. Ella nos dice que el hombre es de origen divino, viene de Dios.

El hombre recibe de Dios la bendición y con ella los dones de naturaleza y gracia. Aquí tenemos al hombre hecho rey del mundo por el mismo Dios.

Mas ¡ay!, por el pecado pierde la bendición y la gracia y queda en la situación lastimosa de un rey destronado; ¿quién le restaurará?

Contemplad ahora al ángel San Gabriel, enviado de Dios cerca de una Virgen, llamada María, para notificarla que el Hijo de Dios, que es la Sabiduría eterna, se hará su hijo según la carne, si ella da su consentimiento y habiéndole dado, el Verbo encarnó y se hizo hombre.

Considerad después al Hijo de Dios y María morir clavado en una cruz para salvar a los hombres, y al pie de la cruz a un grupo reducido de personas que recogen las últimas palabras y las últimas gotas de la sangre del Maestro y Redentor de los hombres. Esas personas, entre las cuales se halla María, representan el Evangelio encomendado a la Iglesia, para que con él alumbre al mundo por los siglos de los siglos.

¿Y qué dice el Evangelio por lo que hace al fin de la vida? Le condensa en estas sencillas frases: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Coeducadores, pongamos el principio de nuestra unidad en buscar ante todo el reino de Dios y su justicia



educando, que para eso es la vida y a eso va ordenada nuestra vocación; y con el reino de Dios y su justicia reinarán entre nosotros todos los bienes; pues quien a Dios busca todo lo encuentra; quien a Dios tiene nada le falta.

Para penetrarnos más y más de la grandeza de nuestra misión como educadores, consideremos la grandeza del hombre que intentamos educar y la de los grandes Maestros que ha tenido y tiene ese nuestro educando: Dios, Jesucristo, la Iglesia y la Historia.

Grande aparece el hombre en el capítulo primero del Génesis al salir de las manos de Dios; y más grande aparece aún en el capítulo primero del Evangelio de San Lucas, al hacerse Dios Hombre.

Grande es la enseñanza que Dios da en el paraíso educando por sí al primer hombre; pero aun es más grande la enseñanza del Dios Hombre, quien tomó nuestra naturaleza para servir de modelo a los hombres, ofreciéndoles su ejemplo, doctrina y sangre.

Grande y terrible es la enseñanza de la historia y la educación del hombre por los hechos; pero más grande es, si no tan terrible, la enseñanza y educación de la humanidad por medio de la Divinidad en la Iglesia.

Aprendamos, oh educadores, a educar, empezando por respetar profundamente al hombre, que es la grande Obra de Dios; continuando por imitar el amor, interés y sacrificio que Jesucristo mostró para con sus discípulos o educandos, y ayudando a la Iglesia a educar hombres en el amor de Dios y del prójimo, ya que la obra del Cristianismo es ante todo obra de educación.

El nombre de las Escuelas del Ave-María significa eso mismo, mirado a través de las primeras letras.

NUESTRO PRINCIPIO Y LA COEDUCACIÓN.

Los términos de la cuestión.

Que vivimos es evidente; mas ¿de dónde nos viene la vida, *para qué* es la vida, y *cómo* debemos vivir? ¿De dónde vengo, adónde voy, por dónde debo caminar para llegar a mi destino? Estas son las tres preguntas que debe hacerse todo hombre, éstas las que hará el educando y al cual está obligado a contestar el Educador.

¿Cuál es nuestro origen?

¿Cuál nuestro fin o destino?

¿Cuál es la vía o camino que debemos seguir para ir desde donde estamos hasta donde vamos?

Variéense cuanto se quiera los términos; las preguntas no variarán: principio, término y vía, en estas tres palabras se encierra todo lo más fundamental y trascendental de la Pedagogía.

La ciencia y arte de la educación del hombre, esto es, de su cultura y perfección, depende de su naturaleza y destino; ignorar esto es no saber Pedagogía. Importa, pues, fijar muy bien en la mente y el corazón la respuesta que procede dar a estas tres preguntas, si queremos tener idea clara y conciencia recta acerca de los deberes y derechos que a los educandos y Educadores pertenecen.

El principio.

¿De dónde venimos? ¿Cuál es el principio de todas las cosas?

Esta pregunta no es nueva, la han hecho todos los siglos; esta pregunta no es rara, en una u otra forma la hacen todos los hombres; esta pregunta no es aquí supérflua, la necesitan saber todos los educandos y Educado-

res. ¿Queréis, oh Maestros de la humanidad, que la borremos de nuestro programa, que la retiremos por anticuada del horizonte y campo de nuestra acción docente y educadora? Pues borrad antes la historia de todos los siglos e impedid, si podéis, que la pregunta asome a todos los labios; y si no podéis lograrlo, resignáos a estudiar y aprender lo que habréis de responder y contestar, y, sobre todo, lo que hayáis de hacer con vosotros y con vuestros alumnos.

El principio de las cosas nos dará el fin, y del principio y del fin se deducirá el medio: la cuestión más importante es la del principio.

Cuando comienza un ser, lleva en el germen la semilla de su porvenir y la historia de su desarrollo; cuando un ser inteligente empieza una obra, sea casa o reloj, sementera o plantel, ha pensado en el fin, se ha propuesto algo: el principio de los seres encierra la razón del fin que les está asignado. Así, pues, pregunto: ¿Cuál es el principio de las cosas?

Que existe algo es indudable, pues existe el mundo; que este algo o comenzó a ser o es eterno, también es evidente; pues no se da medio, o es eterno o no lo es.

¿Qué respondemos a esta pregunta, que el universo mundo nos hace? ¿Yo soy eterno o me hizo el Eterno?

La respuesta tiene que ser o la del Cristianismo: *Creo en Dios Padre Todopoderoso Criador del Cielo y la Tierra*, o la del Panteísmo: *Creo en la Naturaleza Madre Omnipotente de todo lo que existe*.

La razón humana no halla ni puede hallar una tercera respuesta que dar: ha de ser uno u otro, o un Dios personal y distinto del mundo, consciente, libre, sabio y poderoso, que le ha creado; o una Naturaleza impersonal, inconsciente, fatal, estúpida, impotente para saber lo que hace y modificar las leyes que la rigen y, no obstante, que es madre de todo.

Aquí está Dios, aquí se ve la necesidad de que haya un Ser Eterno, aquí teístas y panteístas se hallan conformes en afirmar que hay un ser que no tuvo principio y

fué el principio de todo. Gran dicha, gran don, que en punto tan capital como es el principio de las cosas, no tengamos otro recurso que elegir o el Dios de los católicos o el de los panteístas, entre un Dios que es espíritu y piensa, sabe y quiere, y un Dios que es materia y no piensa, ni sabe, ni quiere, que es la Naturaleza. ¿Y la Naturaleza qué es? Es *una fuerza infinita en estado impersonal*, según sus partidarios y adoradores.

A elegir pues.

Elegid, pues, entre el Dios de los cristianos y el dios de los panteístas, esto es: entre un Dios espíritu o un dios materia; entre un Dios perfectísimo o un dios imperfecto; entre un Dios simplicísimo o un dios compuesto; entre un Dios inmutable y un dios que se muda y cambia; entre un Dios infinito y un dios finito; entre un Dios inmenso o un dios conmensurable; entre un Dios que piensa o un dios alcorcho y mulo; entre un Dios consciente o un dios que no tiene conciencia de lo que es; entre un Dios sapientísimo o un dios ignorantísimo; entre un Dios veracísimo o un dios que no sabe lo que es verdad; entre un Dios libérrimo o un dios esclavo de la fatalidad; entre un Dios óptimo o un dios incapaz de bondad; entre un Dios omnipotente o un dios impotente; entre un Dios justísimo o un dios bruto; entre un Dios providencia o un dios fatalidad e ignorancia; entre un Dios bienhechor y santo o un dios incapaz de libertad, bondad y santidad; entre un Dios personal, distinto y creador de todas las cosas o un dios impersonal que se confunde con todas ellas y es incapaz de crear y aniquilar nada; entre un Dios misericordiosísimo o un dios incapaz de misericordia; entre un Dios uno o un dios que a la vez es uno y múltiple y contradictorio, pues él es cuerdo y loco, virtuoso y criminal, juez y delincuente, asesino y asesinado, pues todo es dios, un solo dios y el mismo dios.



Escoged entre un Dios que es legislador y un dios que aparece en todo y por todo sujeto a las leyes que lo encadenan y aprisionan; entre un Dios que manda en las conciencias por medio de la ley moral y un dios incapaz de ley moral ni conciencia ni mérito ni responsabilidad; entre un Dios de la humanidad creído y adorado a su manera por los pueblos y un dios exclusivo de algunos panteístas que se llaman filósofos; entre un Dios que es principio y causa primera, o causa sin causa de todas las causas, y un dios principiado y no concluído, causa y efecto de sí mismo, o mejor aun, efecto de las causas que le conservan, imperan y dominan; entre un Dios conforme a lo que la razón dicta o un dios que es una perpetua contradicción, una síntesis de todos los absurdos, el mayor disparate y la mayor atrocidad que la razón humana ha podido formular en contra de la Divinidad.

Si, pues, tenemos la inteligencia para conocer la verdad, y tenemos la libertad para elegir entre bien y mal, no habiendo más medio que elegir entre el teísmo y el panteísmo, y siendo éste tan absurdo y detestable, nos quedamos con el Dios criador de Cielos y Tierra, Padre y Señor omnipotente, que es el Dios de los cristianos.

Dios es el más popular de los seres.

Escribe Lacordaire: «Dios es, en el mundo, el más popular de los seres, mientras que el panteísmo es un sistema puramente científico. El labrador en medio de los campos apoyado en su instrumento de labranza, levanta sus ojos al cielo y dice el nombre de Dios a sus hijos por un movimiento tan sencillo como su alma. Llámale el pobre; invócale el moribundo; el perverso le teme; el hombre de bien le bendice; los reyes le dan sus coronas; los ejércitos le colocan a la cabeza de sus batallones; la victoria le da gracias; la derrota busca en él auxilios; los pueblos se arman con él contra sus tiranos; no hay un lugar, un tiempo, una ocasión, un sentimien-

to en que no aparezca y no sea nombrado Dios. El amor mismo, tan seguro de su encanto, tan confiado en su propia inmortalidad, no se atreve a pasarse sin él, y viene a los pies de sus altares a pedirle la confirmación de las promesas que ha jurado tantas veces. La cólera cree no haber llegado a su expresión suprema sino hasta que ha maldecido este nombre adorable, y la blasfemia es aun un homenaje de una fe que se revela olvidándose. ¿Qué diré del perjurio? Ved a ese hombre que se halla en posesión de un secreto de que depende su fortuna, su dicha; él sólo lo conoce en la tierra; él sólo es su juez. Pero la verdad tiene un cómplice eterno en Dios; llama a Dios en su auxilio, pone el corazón del hombre en lucha con el juramento, y el mismo que sería capaz de olvidar su majestad no lo hará sin un temblor interno, como ante la acción más vil y más violenta. Y no obstante, ¿qué hay en esta palabra, juro? Nada más que un nombre, es cierto, pero es el nombre de Dios. Es el nombre que han adorado todos los pueblos, a quien han alzado templos, consagrado sacerdocios, dirigido plegarias; es el nombre más grande, más santo, más eficaz, más popular que haya recibido la gracia de pronunciar el labio del hombre.»

¿Sucede lo mismo con el panteísmo?

No, por cierto; es una filosofía abstrusa cuya conclusión es que no hay más que una sola sustancia. El pueblo pobre y sencillo, incapaz de esas abstrusas elucubraciones, se para en la conclusión y dice al filósofo o sofista: ¿Conque sólo hay una sustancia? ¿Conque usted y yo no somos dos, sino uno? ¿Y cómo es que usted argumenta y yo no me convenzo? ¿Y cómo es que usted come y yo miro? ¿Y cómo es que usted se tiene por sabio y yo le tengo por chiflado o loco? Si todo es uno y todo es de Dios, Dios miente, roba, mata, blasfema, perjura, traiciona y es inmundo, con el mendaz, ladrón, homicida, blasfemo, perjuro, traidor e inmundo, y al mismo tiempo es verdadero con el veraz, justo con el justo, reverente con el que adora, fiel con el amigo, constante y limpio con el hombre casto.

¿Cabe este dios en la razón? Pues si no cabe, renunciemos a la sabiduría del panteísmo y a la pedagogía de los panteístas; y si cabe, digamos que la filosofía y la pedagogía son las artes de volver a los hombres locos.

Conclusiones pedagógicas.

1. Puesto que del principio depende el fin y del fin y principio depende el medio o vía que hemos de seguir en la educación, quien yerra acerca del principio del hombre yerra acerca de la educación del hombre.

2. Como el principio de las cosas contiene el germen de su futuro desenvolvimiento, ignorando cual es el origen del hombre, ignoramos cuál debe ser su futuro desarrollo o educación.

3. No habiendo más medio que elegir acerca del origen primero de las cosas sino el Dios creador del mundo o el dios confundido con el mundo, el pedagogo se ve precisado a elegir entre el teísmo y el panteísmo; si lo primero, enseñará el «Creo en Dios Padre Todopoderoso Criador del Cielo y de la Tierra» de los cristianos; si lo segundo, enseñará el «Creo en la Diosa Naturaleza Madre inconsciente de Cielos y Tierra» de los panteístas.

4. Y como el panteísmo es la confusión de todas las cosas y el resumen de todos los absurdos, si alguno quiere ser racional educador de seres racionales, no puede ni debe ser panteísta, porque se negaría a sí mismo dándose patente de ineptitud para educar.

5. Además, el panteísmo no se ha hecho ni para los niños, ni para los pueblos, y el pedagogo es educador de niños y pueblos, y necesita un Dios inteligible y popular, no un ser abstruso y confuso, ininteligible aun para los filósofos o pensadores.

6. Ni es lícito al Educador dejar de ser panteísta para ser ateo, porque el ateísmo es más absurdo que el panteísmo y no menos impopular. Ningún hombre que discurra puede ser ateo.

7. Ni el ateo vale para educador, porque ignora el principio y fin del hombre y, por tanto, la dirección que debe dar a la educación del hombre en cuanto hombre.

8. Es más, cualquier teísta, aun el idólatra, es superior al racionalista ateo en punto a educación, pues con dioses falsos se puede educar mejor que con la suma falsedad del ateísmo.

9. Y son más funestos para la educación los ateos enseñando que los mahometanos, judíos y paganos que enseñan conforme a su religión.

Conclusión final.

Coeduquemos, pues, diciendo, con todos los pueblos, con todas las almas que adoran y creen: «Creo en Dios Padre Todopoderoso Criador del Cielo y la Tierra».

Y al decir esto, sentamos plaza de hombres, de cristianos y de educadores del hombre, a quien consideramos como hijo de Dios, que es su Padre y primer Principio, por quien todas las cosas fueron hechas y según el cual todas deben ser rehechas o reformadas.

La coeducación supone la religión como base y dirección.

NUESTRO FIN Y LA COEDUCACIÓN.

La Naturaleza pregona a Dios.

La naturaleza no es Dios, sino la obra de Dios: por donde quiera que se la mira, se ve que es hechura y no Hacedor, que es criatura y no Creador, que es limitada y no el Infinito, que es grande y no es Soberana, que tiene fuerza y carece de Libertad, que obedece a leyes y no es Legislador, que contiene ciencia y no sabe nada, que tiene movimiento y no se le puede parar, que es un

algo que procede del Eterno, pero ella es temporal, accidental, contingente, pregonera de su impotencia y del poder infinito de Dios.

Si, pues, la Naturaleza, con todo lo que en ella existe, es obra de Dios, ¿a quién dará gloria sino a Dios? *Non nobis, Dómine, non nobis sed nóminini tuo da gloriam. Para Tí, Señor, toda la gloria, dicen tus obras.*

Huir de Dios es huir de la Verdad.

La naturaleza no miente; no la hagamos mentir, pedagogos, no la torzamos, como hacen los panteístas y ateos de todas clases y colores; no la atribuyamos la divinidad, que no tiene, ni quitemos a Dios el cetro del mundo, que tiene por derecho de creación; no erremos el camino, no falseemos la educación en sus bases y fines principales.

¿Amamos la verdad? ¿Enseñamos la verdad? ¿Estudiamos la verdad? ¿Educamos con la verdad? Pues levátemos la inteligencia hasta ella, y viendo que hay verdades necesarias, esenciales, absolutas y eternas, de las cuales la naturaleza no es sino un ténue reflejo, y la inteligencia como un diminuto espejo, aprendamos que hay una Verdad real, necesaria, infinita, absoluta, que se conoce a sí misma y es la fuente de toda Verdad, y en suma, que es Dios. *Deus veritas est.* El nombre propio de la Verdad es Dios; prescindir de Dios en la enseñanza y en la educación, es huir de la Verdad. El ateísmo no sirve para Maestro; el ateo es un antieducador; ateísmo y pedagogía se oponen *per diámetrum*. Si amamos, oh mis queridos Maestros, la verdad, no huyamos de la Divinidad; si apreciamos en algo la educación, no despreciemos la Religión.

Huir de Dios es huir de la Justicia.

Así como las matemáticas son ley eterna que regula las relaciones de los seres materiales, la metafísica es

una ley eterna que regula las relaciones de la inteligencia con todos los seres existentes y posibles, y la verdad es una luz eterna que alumbra todas las inteligencias; la justicia es una ley eterna que arregla las voluntades libres, o sea, la vida de la conciencia, la vida del derecho y la vida de las sociedades. ¿Y qué es una ley eterna de justicia sin un Legislador eterno, sin un Dios eternamente recto y justo? (Lacordaire, Conferencias de Nuestra Señora de París.)

Oh Maestros del deber y el derecho, si no queréis reducir estos a meros árbitros de la voluntad del que más fuerza manda, poned la justicia por cima de la ley; si no queréis abrir escuela de tiranía y esclavitud, levantad la justicia para que ella impere siempre en soberanos y súbditos, en individuos y pueblos; si no aspiráis a fabricar anarquía y militarismo, enseñad que la Justicia es Dios y que educar en la justicia es educar conforme a la ley eterna de Dios aplicada a las acciones libres, morales y sociales del hombre.

Ningún Gobierno ateo deja de ser injusto; ningún Maestro ateo sabe lo que es justicia; y la mayor calamidad que puede caer sobre un pueblo es hallarse dominado por un Gobierno ateo empeñado en ateificarle por medio de una educación sin Dios. Sin Dios no hay base firme para la justicia, y sin justicia no hay vida posible para los pueblos.

¿Por qué me crió Dios?

Porque quiso.

Como yo no era, y la nada nada pide, nada puede, nada vale, nada exige, a nada tiene derecho, a nadie impone deberes, Dios no se vió obligado ni precisado a hacerme; me hizo por un acto de su omnímoda y libérrima voluntad.

¿Pero por qué quiso Dios sacarme de la nada?

No por su necesidad, que Dios a sí mismo se basta y no tiene necesidad de sus criaturas; Él es en sí infinita-

mente perfecto e infinitamente dichoso; con la creación nada tenía que ganar, sin la creación nada tenía que perder; hizo el mundo por su bondad, porque es bueno y es propio de la bondad el derramarse y hacer bien a otros seres: la creación es para utilidad de las criaturas y gloria del Criador. Dios nos hizo por su bondad. En lo humano, no hay dicha más grande que el gozar comunicando sus bienes; este es el único egoísmo permitido a las almas santas, este es el único egoísmo propio de las almas grandes. Dios no necesita de nosotros, pero se complace en hacernos bien y en ver cómo sus criaturas se le parecen en la bondad.

He ahí, en el motivo de nuestra creación, indicado el fin de nuestra vida: *la Bondad nos hizo para ser buenos.*

Pedagogos, oidlo; habla nuestro Padre, habla nuestro Creador, habla nuestro Educador y Maestro, y habla por sus obras y con sus obras por medio de las cuales nos dice: «No nos hemos hecho nosotras, nos ha hecho Dios, y nos ha hecho por su bondad, por su amor; a Él la gloria y el honor y la virtud; para Él el amor». Quien sepa amar y enseñe a amar, sabe educar. El amor de Dios y del prójimo es el resumen de una buena educación.

La perfección está en la bondad y la bondad se resume en el amor; los que aman a Dios tienen todas las cosas a su favor. *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum.* Quien sabe amar no sabe pecar, y si antes de amar pecó, sabe llorar por amor y Dios le perdona. Quien pues ama a Dios está sin culpa y vive en gracia y tendrá la Gloria, que es la Patria del Amor y la Dicha. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Conclusiones pedagógicas.

1.º En la educación, el principio y el fin se tocan; por lo mismo que Dios es el principio de la Naturaleza, es antinatural prescindir de Él al educar al hombre, que es el rey de la naturaleza.

2.º Por lo mismo que Dios es la fuente de la Verdad, no es verdadera la educación que de Él prescinde al formar las inteligencias.

3.º Por lo mismo que Dios es la fuente de la justicia, no es justa ni recta la educación del hombre en el deber y el derecho, prescindiendo de Él.

4.º Por lo mismo que sin Dios no hay Naturaleza, Verdad ni Justicia, debemos educar según Dios, para que nuestra educación sea real, verdadera y justa, debemos tenerle como principio, fin y medio de nuestra obra, que es su obra.

5.º Como primer Principio y Causa de todo, hay que adorar a Dios; como último Fin y Término, hay que tender o aspirar a Él; como Medio o Vía, hay que seguir el camino trazado por su Providencia, que son sus leyes e instituciones.

6.º Si Dios nos ha hecho por su bondad y porque nos ha amado, justo es que el hijo se parezca al Padre en la bondad y el amor.

7.º Quien no sepa amar no sabe educar, ni a sí ni a los demás. El gran medio de la educación es la bondad, es el amor. Dios nos hizo por su bondad y amor, y al darnos la libertad no quiso librarnos de ser buenos con Él, ni de amarle como Él nos ama, sino intentó que nuestra bondad y amor fueran el tributo digno de seres libres que le obedecen y aman.

8.º El más desdichado de los hombres es el que menos ama; el más desdichado de los educadores es el que seca la fuente del amor; y en esto, ninguno iguala al impío y ateo enseñando y educando.

9.º Entre mil racionalistas ateos, si los hubiera, no llegarían a la altura de un mahometano, en punto a buen sentido y educación.

Veámoslo en el siguiente diálogo:

Ateo.—Pobre mahometano, tira esos harapos.

Mahometano.—Dame tú un vestido mejor.

A.—Deja tu fe.

M.—Dame otra mejor.

A.—Rebélate.

M.—¿Y a favor de qué? ¿La rebelión no es una ruina?

A.—A favor de la incredulidad.

M.—¿Qué enseña la incredulidad?

A.—A no creer.

M.—¿Y para qué?

A.—Para avanzar, para progresar.

M.—Avanzar, ¿por dónde?; progresar, ¿hacia qué?

A.—Hacia la negación de toda religión.

M.—Creo en Dios Padre Todopoderoso.

A.—Con eso no se va a ninguna parte.

M.—Con eso hemos llegado hasta aquí, y de eso vive la humanidad. Lo que no lleva a ninguna parte es la negación, es la impiedad, es la rebelión en contra del algo y a favor de la nada. Dame un buen vestido y dejaré el viejo que llevo; pero déjame en cueros y te diré que eres un criminal. Un ateo predicando me parece un buey retejando.

10. En efecto, el ateísmo educando se asemeja al buey retejando, rompe las tejas y hunde la casa; se hunde así mismo y a otros.

Conclusión final.

Coeduquemos creyendo en Dios, amando a Dios e imitando la bondad y amor de Dios para con los hombres.

LA INTELIGENCIA Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Sabemos de dónde venimos y adónde vamos; veamos el camino que media entre estos dos cabos, en los cuales se halla Dios y sirve de antorcha a la inteligencia, que es la facultad de conocer.

¿Qué es conocer?

Conocer es ver la verdad. ¿Y la verdad qué es? Lo que es, en cuanto puede ser visto por el espíritu.

El objeto de la inteligencia es la verdad; en hallarla goza, en poseerla se satisface, su fin y su dicha están en alcanzarla y poseerla sin zozobras, oscuridades ni intermitencias.

Ver mucho y verlo bien, ésta es la felicidad de la inteligencia en esta vida; poseer la verdad absoluta y total, ésta es la bienaventuranza de la inteligencia en la otra vida.

Deus Veritas est. Ego sum Veritas. Dios es la Verdad. La verdad es lo que es, como Dios. Jesucristo, que es el Verbo de Dios ha dicho: «Yo soy la Verdad.» La Verdad ha hablado y ha dicho: *Yo soy.*

Dios ha hablado; Dios se ha comunicado por la palabra con el hombre, y la palabra de Dios ha producido la palabra del hombre, y con ella la inteligencia y el saber. Lo sabemos por la Biblia y lo sabemos por la experiencia. En el Génesis, Dios conversa con Moisés; en la historia, el hombre se trasmite la palabra y con ella la verdad primitiva, y en la experiencia, el lenguaje de los sordomudos, que los saca del idiotismo a la razón, es una prueba de que sin palabra no hay palabra, que la naturaleza no enseña a hablar, que el hombre tuvo Maestro del lenguaje y sin él no hubiera sido capaz de inventarlo; que es mucha ciencia para seres estúpidos, y es mucha estupidez para seres discretos atribuirse la invención del invento más maravilloso antes de saber pensar, sin medio de poder pensar ni revelar el pensamiento.

¿Y qué enseñó Dios por el lenguaje? ¿A hablar por hablar, como hacen los gramáticos? No, sino a conocer el origen, fin y medios de la salvación. Esto es lo que el hombre aprendió, por la revelación; esto es lo que transmitió por la tradición, y esto es lo que, puro o adulterado, se ha conservado en todos los pueblos.

¡Oh Fuente perenne de la verdad que brontando al principio no has cesado de fecundar las inteligencias en todos los siglos; ¡oh Luz verdadera que alumbras a todo

hombre que viene a este mundo», enseñanos a enseñar que tú enseñaste al mundo, enseñanos a educar con la verdad que ha de salvar al mundo!

Deducciones pedagógicas.

1. Si la verdad es la perfección de la inteligencia, ¿el error qué será?

2. Si el poseer la verdad constituye la dicha de la inteligencia, ¿el ignorante y extraviado podrán ser felices de verdad? Ver a Dios es la dicha de los Cielos; no verle, ¿qué será?

3. La verdad alumbra, alegra y satisface al alma; el error y la duda la oscurecen, entristecen y hacen en ella el vacío produciendo el tedio de la vida. El animal se satisface con yerba; el racional necesita verdad.

4. La verdad excita, conforta y exalta la inteligencia; el error y la ignorancia la adormecen, debilitan y abaten. La verdad es el alimento del alma y el error su veneno.

5. La verdad engrandece en proporción de las ideas que contiene y de la inteligencia que las contiene; el error al contrario. Que Dios me ponga junto a las grandes inteligencias que poseen la verdad y El me libre de las que están en el error.

6. ¿Por qué es tan honda la tristeza de los sabios en detalles e ignorantes en principios de las verdades fundamentales? Porque son almas a quienes ni los errores ni las verdades a medias satisfacen, y cuanto más estudian más vacío encuentran en su ciencia y más desencanto para sus espíritus. Saber mucho de la ciencia del polvo y no saber nada de Dios y sus leyes y planes es no saber siquiera lo que es el polvo; y al contrario, quien conoce a Dios se coloca en el centro y domina el conjunto, y, aunque ignore los detalles, descansa en paz y sabe lo suficiente para orientar su vida y juzgar de las ideas y hechos más culminantes del mundo. El que estudia sin

Dios y fuera de Dios, cuanto más detalles acumula, más preguntas encuentra sin respuesta y más se descorazona y apena.

Por eso los mayores talentos se lamentan con mayor amargura de la miseria de la ciencia. «He visto (escribe Salomón, el mayor entre los sabios) todo cuanto se hace debajo del sol, y he hallado que todo es vanidad y aflicción del entendimiento.» (Eclesiástico, C. I., V, 14.)

Y es porque la verdad no está debajo del sol, sino mucho más arriba, está en Dios, sin el cual nada conoce el hombre, ni cielo, ni tierra, ni lo presente, ni lo pasado, ni lo venidero, ni a su propio corazón.

7. Y al contrario; no hay seres más dichosos que los que han encontrado la verdad que salva y libra del error. El día más feliz de S. Pablo, de S. Agustín y de todo convertido, es aquel en que se rasga para ellos el velo de las tinieblas y se les aparece la luz.

8. El gran deber del Maestro, como Maestro, está en ser esclavo, sacerdote, cultivador y defensor de la verdad e injertador o inculcador de ella en la mente de sus alumnos; y el gran crimen en hacerlo todo al revés o a medias.

9. Y es la verdad, además, el instrumento del Educador. La verdad es breve, porque es clara; es lisa y llana, porque es noble; es expansiva, porque es buena; es simpática, porque es amable y alegre; es honrada y seria, porque hace a los hombres honrados y formales; es imparcial y libre, porque está muy por encima de toda pasión y bando: es la gloria y honor del hombre.

Mientras el error es oscuro y difuso, porque no puede ser claro; es enrevesado, porque necesita tergiversar ideas y palabras; es cetrino y antipático, porque conspira en contra de la verdad; no es honrado ni serio, pues no puede menos de contradecirse o estrellarse siendo consecuente y lógico; se alimenta, no de la luz que brota de lo alto, sino de la baja pasión, preocupación, ignorancia, bandidaje o sectarismo; es enemigo, a la vez que de la claridad, de la libertad, pues así como la verdad hace

hombres libres, el error los hace esclavos; y es tan vergonzoso y deshonoroso, que nunca se presenta entre los hombres sino con el antifaz de la verdad. El error sólo tiene una ventaja, que sirve de sombra para que la verdad se destaque y brille más, y mil inconvenientes, entre ellos, además de los dichos, el de engañar, extraviar y corromper a los hombres y el de atraer sobre los mismos la venganza. La Verdad, al fin, se venga de los que la persiguen o abandonan, y hoy la anarquía pide sangre, por haberse cometido el crimen social de poner la libertad por cima de la verdad.

Dice S. Pablo: «La ira de Dios se revela desde lo alto del Cielo contra la impiedad y la iniquidad de los hombres que retiene la verdad de Dios en la injusticia.» (Ep. a los Romanos, C. I, V. 18.) Los crímenes de Baltasar los venga Ciro, los de Roma los Bárbaros, los de las modernas Babilonias los vengarán los salvajes de la irreligión y la *civilización*.

10. Como del extravío de los pueblos son culpables sus sofistas y mentidores, dicho está lo que son los Maestros del error y el odio y castigo que merecen, y singularmente los que «retienen la Verdad de Dios en la injusticia», como dice S. Pablo, el Maestro de las gentes.

Conclusión final.

Recordemos, para concluir, estas palabras de S. Juan Evangelista: «El Verbo es la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.» Y comentémoslas diciendo: Eduquemos según la Verdad, manifestada por Dios en el esplendor de sus obras y en la luz de sus criaturas, y, sobre todo, revelada por el Verbo que es el esplendor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia por quien todas las cosas fueron hechas y han de ser reformadas.

«Instaurar toda la educación en Cristo debe ser el lema de todos los coeducadores cristianos.»

LA VOLUNTAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Así como la verdad es el objeto de la inteligencia, el bien es el objeto de la voluntad. El hombre no es sólo una inteligencia que contempla, es un ser afectivo que ama y un ser operativo que quiere y manda; es ser de voluntad, y esta facultad se la ha dado Dios para que por ella logre la dicha, realice su fin, que está en la posesión del bien. Pues así como la verdad satisface a la inteligencia y la hace feliz, el bien satisface a la voluntad y la hace dichosa.

Pero el bien, ¿qué es? Es lo que es: es la verdad de la belleza, del orden, de la armonía y en cuanto ese bien es amado, querido y gozado por nuestra voluntad, hace su dicha.

El bien, hiriendo a la voluntad, produce el amor, y el amor sale fuera de sí para unirse al objeto bello, y allí goza como muriendo, goza viviendo en el objeto amado y transformándose en él. No hay cosa bella que no sea capaz de despertar el amor; el ser humano, por ser lo más hermoso de la creación, es el objeto más amable y el más amado de todas las criaturas, porque reúne en sí la magia de dos mundos, del mundo de la materia y del mundo del espíritu: es la obra maestra del bien. Antes de hacer Dios al hombre hizo las demás cosas y las halló *buenas*; después de creado el hombre, que las resumía y elevaba, las halló *muy buenas*.

Antes de ser el mundo no había belleza creada; la hermosura toda y el orden se hallaban en Dios; después de formadas todas las criaturas, recibieron éstas parte de aquella belleza increada, de aquel orden divino, de aquella armonía preexistente. ¿Dónde hallaremos, pues, la fuente del amor, sino donde se encuentra la fuente del bien?

Conclusiones pedagógicas.

1. Nuestro destino es amar; nuestra dicha es amar y ser amados; nuestra prueba consiste en saber amar, en rectificar el corazón, en regular la voluntad para que ame lo que debe y como debe, en no anteponer las criaturas al Criador, los bienes caducos y perecederos al Sumo y Unico Bien capaz de llenar por completo las ansias de nuestra voluntad. «Nos hiciste, Señor, para Ti, y no hallamos descanso no siendo en Ti», escribe S. Agustín, gran Educador y rectificador de educaciones.

2. Ya para formarse a sí, ya para formar a sus educandos, debe el Educador saber que amar el bien es nuestro destino temporal y eterno, y, por consiguiente, lo es igualmente aborrecer el mal.

3. Como el bien es el orden, querer y practicar el orden es ser bueno; querer el desorden y practicarlo, es ser malo.

4. Como en el orden todo es armonía y belleza, en el desorden todo es fealdad y anarquía. El infierno se define: *Locus ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*. Es el «lugar del horror», porque es el lugar del desorden.

5. Como la vida presente es el anuncio de la futura, la vida ordenada es el prelude de la vida feliz y, al contrario, la vida del desorden.

6. Como el orden del amor pide que amemos los bienes mayores con mayor amor, y al Sumo Bien con sumo amor, quien no ama a Dios y le ama sobre todo, no tiene bien ordenado su ser, es un ser *dislocado*.

7. Amar a la familia, a los amigos, a la patria, la ciencia, el arte, la ley, es bueno; pero amarlos más que a Dios es malo, porque es el desorden y amarlos sin Dios no es amarlos como se debe. Es irracional poner el amor sumo en bienes ínfimos y retirarle de los bienes supremos que tienen derecho a reinar en nosotros como soberanos.

8. La verdad más fundamental de la educación se

halla en el plan de la creación: Dios nos hizo, y es nuestro Padre; Dios nos destinó a Sí, y es nuestro término; Dios nos dió facultades, y la perfección de éstas consiste en conocerle y amarle, para después, mediante la visión de su Verdad y la posesión de su Bien, descansar en El y ser dichosos por siempre.

9. La vida, pues, consiste en beber la vida de Dios mediante las aptitudes que Dios nos ha dado, hasta saciarse y extinguir toda sed de verdad y dicha en la fuente de toda verdad y de todo bien.

¡Oh Dios mío y todas mis cosas, Tú eres el Ser de quien procede todo ser. Tú la Verdad de quien reverbera toda Verdad; Tú el Sumo Bien de quien procede todo bien!

Si pues en Ti se encuentra el origen de todo ser, que todas las criaturas adoren a su Creador; si en Ti se halla el foco de toda verdad, que a Ti reconozca toda ciencia; si en Ti está la fuente de todo bien, y por consiguiente el principio de todo amor, que a Ti se ordene toda voluntad.

Como Ser, nos has comunicado la existencia; como Verdad, has iluminado nuestro entendimiento; como Bien, nos has inspirado el amor; que el ser, la inteligencia y la voluntad te paguen juntos el tributo del amor.

Nada podemos darte mejor que el amor y nada nos pides sino el amor; amarte y amarte sobre todas las cosas. esto es toda ley, y amarte para gozarte, este es todo nuestro destino, el destino de nuestra vida, de toda nuestra vida, la de parte acá y la de parte allá del sepulcro, ¡oh mi Dios, mi amor y todas mis cosas!

Conclusión final.

¿Y habrá aún escuelas, sectas, partidos y Estados que, negando a Dios teórica o prácticamente, se atrevan a llamarse pedagogos y educadores? Meditad sobre esto, Coeducadores.

LA LIBERTAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Elegimos, amamos y buscamos el bien y la felicidad por la voluntad. El bien moral descansa sobre la libertad, sobre el amor y la responsabilidad de nuestra voluntad, de esta potencia imperatriz que manda en nuestras personas y gobierna el mundo.

¿Pero esta señora voluntad es libre? ¿Somos nosotros libres con voluntad de libre arbitrio para querer o no querer, querer esto o lo otro y elegir aquello que queremos? ¿Somos dueños de nuestros actos o no?

Pregunta es ésta que supone espiritualidad en nuestro ser; pues sino somos más que materia y fuerza, nuestros actos no serán más que fatalidad e inconsciencia.

La conciencia, la razón y la experiencia acreditan nuestra libertad, a la par que nuestra responsabilidad.

El sentido íntimo me atestigua que soy libre, que quiero esto o lo otro, que elijo un medio u otro, que paso del bien al mal y del mal al bien, y que basta me apuesten que no hago una cosa, para hacerla yo, mostrando que puedo y quiero hacerla, porque soy libre.

Y lo que siento yo en mí sienten los demás en sí, y porque lo sé y lo saben, les aconsejo, persuado, mando, castigo y premio, o lo hacen ellos conmigo. Esto hace el Padre con sus hijos, el Maestro con sus discípulos, el Sacerdote con sus fieles, el amigo con sus amigos, el superior con sus inferiores y medio mundo con el otro medio.

No hay verdad ni más conocida, ni más sentida, ni más practicada, ni más estimada que esta del libre albedrío. Sin ella sería un absurdo la Historia e inexplicables las leyes y las penas, los méritos y deméritos, el honor y el deshonor, la virtud y el vicio, la educación y la ineducación; pues todo se regiría y mediría por la ley fatal de la materia bruta.

Y habría que borrar estas palabras de Dios escritas por

el amanuense más sabio: «El justo, por haber sido probado y habérsele hallado perfecto, obtendrá la gloria eterna, porque *pudo pecar y no pecó, pudo hacer el mal y no lo hizo*» (Eclesiástico, c. 31.)

Somos hijos de nuestras obras, o mejor, nuestras obras son hijas nuestras; nosotros las hicimos, porque quisimos, y ellas nos seguirán hasta la gloria o el infierno. Lo más personal, lo más íntimo, lo que más entraña en nosotros y nos envuelve es el libre albedrío; se puede decir que él es el dueño de nuestros actos y el amo de nuestros destinos, pues en su mano están la vida y la muerte.

Don precioso y don peligroso; precioso, porque Dios nos ha comunicado con él parte de su soberanía y el honor, dignidad y mérito de nuestros actos y personas; y peligroso, porque, mediante él, podemos (físicamente) escoger *el bien o el mal*, con todas sus felices o funestas consecuencias.

Y aquí aparece Dios como complemento de la responsabilidad, después de haber aparecido como autor de la verdad que nos alumbrá, del bien que nos atrae y de la libertad que nos señorea o hace dueños de nuestra persona y actos. Ya que en esta vida hay quien sufre y no goza, quien es bueno y padece; quien es malo y goza; ¿no habrá otra vida para reparar las injustas desigualdades de la presente? Si la hay, porque sinó, la justicia carecería de sentido; sí la hay, porque sinó no habría diferencia entre el bien y el mal; sí la hay, porque de otro modo toda la filosofía de la moral se reduciría a esta palabra: *egoísmo*; y por muy bajo que supongamos el criterio moral de los hombres, no llegarán a igualar en su estima y consideración al héroe y al malvado, al mártir y al verdugo, a Tito y a Nerón, a Jesucristo y a Judas. Aún somos mejores que los filósofos del racionalismo ateo y materialista nos suponen; aún distinguimos entre bien y mal, entre buenos y malos: aun somos humanos.

Conclusiones pedagógicas.

1. El hombre es libre por naturaleza; respetemos su libertad.

2. El hombre no puede ser libre si es sólo materia; respetemos su espiritualidad, centro y base de su libertad.

3. El hombre es espiritual por la inteligencia y voluntad; respetemos la inteligencia y voluntad del hombre, condiciones esenciales de su libertad.

4. El hombre ha recibido el entendimiento para conocer la verdad y la voluntad para amar el bien; respetemos en él el derecho a la verdad y el bien, y no le neguemos con el contraderecho al error y al mal, o lo que es igual, no proclamemos la libertad del hombre para el error y el mal, pues no se da derecho contra derecho.

5. La educación de la libertad consiste en ayudar al hombre a ser hombre y no un mero animal, consiste en disciplinar inteligencia, voluntad y sensibilidad, al hombre todo, para que, pudiendo (físicamente hablando) hacer el mal, sólo haga el bien, pudiendo abrazar el error, sólo se abraza con la verdad.

6. Hacer hombres ateos equivale a hacer hombres egoístas; hacer hombres materialistas equivale a hacer hombres bestias; ni el ateísmo, pues, ni el materialismo, son doctrinas pedagógicas ni humanitarias, sino al contrario, errores del humanismo.

Conclusión final.

Si queremos educar, debemos cristianizar, porque no hay Dios tan humano como el Dios de los cristianos. y no hay hombres más libres que los que más esclavos son de la verdad y el deber. «La verdad os hará libres.» «Servir a Dios es reinar.» Esta es la doctrina de dos Educadores del mundo, Jesucristo y su Apóstol S. Pablo.

Coeducadores: os invito a seguir la doctrina de estos Maestros.

LA FELICIDAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Como hemos sido hechos para la verdad y el bien, así hemos sido formados para la felicidad, felicidad que depende del buen uso de la libertad.

Que hemos nacido para ser dichosos, no necesitamos preguntarlo a otro, lo vemos y lo sentimos dentro de nosotros en todos los momentos de nuestra vida. El deseo de la felicidad es natural, es universal, es constante y es ineludible; todos los hombres, por ser hombres, tienden a ser felices y a serlo para siempre, sin que puedan sustraerse a esta tendencia tan pegada a la vida que va más allá de la muerte.

La felicidad, pues, es la vocación del hombre, el deseo del hombre, la aspiración constante del hombre, y, por tanto, su primer derecho y su más grande esperanza; porque la naturaleza nunca engaña ni miente.

La felicidad es no sólo el derecho de todos, sino un deber, porque Dios lo ha impuesto y la naturaleza lo manda; es nuestro patrimonio, si no en posesión, en esperanza y herencia; no hemos nacido para ser desgraciados, sino para ser felices, como no hemos nacido para ser imperfectos, sino para ser perfectos. Dios nos ha dicho: Sed perfectos y seréis felices; y en ser ambas cosas no hay pecado.

¿Pero esto no es egoísmo? ¡Qué ha de serlo! El egoísmo no consiste en el deseo de la felicidad, ni siquiera en hacer el bien con la esperanza de la dicha; si así fuera, las ocho bienaventuranzas que Jesucristo predicó en el sermón de la montaña, y que son la expresión de las más altas virtudes, serían ocho reglas de refinado egoísmo. El orden de la beatitud es paralelo del orden de la perfección; que nadie separe lo que Dios ha unido; que nadie tenga por malo lo que Dios ha establecido por bueno.

¿En dónde está, pues, el egoísmo del goce? Está en el

desconocimiento de la ley de la justicia y de la caridad.

La felicidad no es patrimonio de unos y desheredación de otros, es de todos y para todos, es del rico y del pobre, del ignorante y del sabio, del rey y del súbdito, es el patrimonio de la humanidad entera, de todos los hombres, sin diferencia de sexos ni clases ni razas ni pueblos.

Aquel, pues, que quiere ser feliz a costa de sus hermanos, que quiere robar la dicha para satisfacer su egoísmo, esto es su soberbia, su avaricia, su ambición, su ira, su lujuria, su envidia, su pereza, ese que mata a su hermano por envidia como Caín, es egoísta. Pero el que quiere ser feliz con todos, y a nadie quita nada de su derecho a la felicidad, y hasta da parte del que tiene por medio de la caridad, éste, aunque goce y sea dichoso, no es egoísta. ¿Ni dónde hay mayor goce que en hacer a otros dichosos?

La caridad no consiste en ser desgraciado, ni el egoísmo en ser dichoso; al contrario, es de sí la caridad tan elástica y difusiva que cuanto más se participa más se multiplica, y es tan grata al corazón humano que produce alegría, bienestar, gozo y contento en quien la practica. ¿Por qué ha de ser mala una cosa tan natural y tan buena? «Amar, ha dicho Leibnitz, es poner su felicidad en la felicidad de otro.» El que ama entiende esta definición, el que no sabe amar no la puede entender, ni tampoco entenderá cómo los trabajos, desvelos, afanes y sacrificios tomados por aquellos a quienes se ama, son flores y regalos y dichas para el que de veras ama. ¿Dónde hay vida más feliz que la vida del justo? Hasta por egoísmo debiéramos ser santos.

¿Habrá algún esmirriado filosofante que se atreva a decir que el goce del alma por el bien es imperfección, es pecado?

Pero la dicha del mundo no dura ni es completa, la vida se va a escape, y la enfermedad, la pobreza, la deshonra, la persecución y mil males contribuyen a hacer menos grata la vida presente; si pues no hubiera otra vida en la cual el derecho y deseo de ser para siempre felices se realizara, Dios y la naturaleza nos engañarían;

lo cual es una doble blasfemia. Más allá del sepulcro nos espera la dicha eterna.

Consecuencias pedagógicas.

1. Procuremos que los educandos sean dichosos siendo buenos y sean buenos para ser dichosos.

2. Ningún educador tiene derecho a restar dicha a sus educandos sin justo motivo. La alegría y contento de los niños es tan respetable, por lo menos, como la tristeza de los viejos; que jueguen, pues y se diviertan, que tiempo tendrán de sufrir y llorar.

3. Premiar la virtud es tan bueno, justo, equitativo y santo, como penar la culpa; toda acción lleva su sanción, en París y en Pekín, ahora y siempre, en la tierra y en el cielo.

No os entretengáis en resolver las argucias del racionalismo ultrapedagógico del «bien por el bien mismo», sino preguntadle si la felicidad es un mal y pasad adelante.

4. Jamás tengáis por imperfecto lo que Dios ha hecho, ni pretendáis con vuestras pedagogías enmendarle la plana. ¿El nos ha hecho para la dicha? Pues dichoso el que fuere dichoso, y dichosísimo el que consiga la eterna dicha.

5. Obra es diabólica, no divina, privar de la salud del cuerpo y del alma, sin la cual no puede haber dicha temporal ni eterna. La impiedad e inmoralidad son la anti-higiene del alma y de cuanto pende del alma.

6. Que ninguno goce mortificando a los demás, que ninguno disfrute a cuenta de otros, que todos se amen y tengan por suyas las alegrías y penas ajenas; esto mandan la urbanidad y la caridad, y éste es un deber potísimo de la educación.

Conclusión final.

Y para hacer a los hombres felices no comencemos por hacerlos infelices, partiendo su ser en tantos trozos cuantos sean los Educadores de opiniones discrepantes acerca de los fundamentos de la dicha temporal y eterna del hombre.

Ellos tienen derecho a que se respete su unidad personal y nosotros el deber de respetarla.

LA VIDA Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

La vida actual es una prueba.

Esta vida es una prueba de lo que el hombre es y vale. «¿Qué sabe de sí el que no ha sido tentado», dice el Eclesiástico? Pues no sabe nada, porque no sabe lo que vale.

El valor de los seres se prueba con los actos, y el valor de los hombres se aquilata en las ocasiones.

Si la espada y el cañón valen, lo dirán las pruebas; si el puente y la locomotora sirven, lo dirán las pruebas; del valer de todas las cosas solemos juzgar por los hechos, por el ejercicio de su potencia, por las pruebas. ¿Y con el hombre no sucederá lo mismo? Sí sucede, y tanto que la vida toda no es sino una cóntinua prueba.

El amor no probado no se sabe si es amor o egoísmo; la amistad ya probada esa es la que vale por todos los tesoros del mundo; el cumplimiento del deber enfrente del interés, la pasión, la deshonra, la posición, la cárcel, la muerte, del sacrificio, en suma, es la prueba del valor moral del hombre, de su virtud y de su mérito.

Libertad, deber, sacrificio, ocasión, he aquí los cuatro elementos de la prueba en esta vida. Porque somos libres, nos formamos nuestro haber de méritos o deméritos,

nuestro patrimonio de virtudes o pecados; porque vivimos sujetos a la ley del deber, hay en nosotros actos buenos y malos, comunes y heroicos (sin la ley del deber todos los actos serían indiferentes); porque el cumplimiento del deber impone sacrificios, la cantidad de éstos da la medida del valor moral del hombre; y en las ocasiones en que el cumplimiento del deber es más arduo y la cantidad del sacrificio más subida, es cuando más y más se prueban los hombres que valen y los que no valen, los que valen para más y para menos..

La vida es una prueba y prueba continua del valor del ser humano; no hay vida sin prueba, y la vida más noble, digna, honrosa, meritoria y santa, la de mayor valor moral, es la más probada.

No es el talento, ni el origen, ni el poder, ni la riqueza lo que más vale en el hombre; es el cumplimiento del deber a todas horas y en todas las ocasiones de la vida.

Algunas definiciones de la vida.

A partir del concepto dado de la vida presente, que es una prueba, la prueba de un ser libre, responsable y premiable o punible, podemos dar de ella, entre otras mil, las siguientes definiciones, semejanzas y comparaciones, según se las mire.

La vida del hombre es: en cuanto potencia, un poder puesto en acción que responde de sí mismo; en cuanto fábrica, es el laboratorio en el cual a diario se labra la suerte o desdicha, según se haga de ella o un cautiverio voluntario del deber o una rebelión culpable; en cuanto al porvenir, es la premisa meritoria de un porvenir digno y honroso; en cuanto creencia, es la fe en lo que se nos revelará o manifestará después de cruzar este mundo; en cuanto luz, es como un vislumbre de la luz eterna, un como resplandor de lo increado, una reverberación del sol que se oculta, una especie de crepúsculo de la aurora del día eterno; en cuanto esperanza, es la promesa de lo fu-

turo, es el presentimiento de la dicha, el viaje que para en la eternidad, es la escuela de nuestros destinos, el atrio del templo de la Gloria, es un breve noviciado de la vida que causa estado; en cuanto trabajo, es una labor constante, una perfección en aspiración, en deseo, en hechura, una lucha que no acaba hasta la muerte, una actividad que tiene por término el descanso eterno.

La vida presente es: en cuanto sufrimiento, el camino del padecer que para en una mansión sin penas; en cuanto dicha, es una como primicia de la que Dios nos reserva en la otra vida; en cuanto ciencia, es un deseo de saber que no satisface hasta que la Verdad sea vista en sí misma; en cuanto amor, es una necesidad de amar y de no ser engañado por bienes perecederos y engañosos; en cuanto principio, es el comienzo de un ser cuya duración será eterna; en cuanto filosofía, es la broma más pesada y el absurdo de los absurdos, quitado Dios y los destinos eternos; en cuanto trance y apuro, es un laborioso parto cuyo alumbramiento es la Gloria o el Infierno; en cuanto sementera, es la semilla sembrada en la corrupción de la carne y recogida y preservada en la incorrupción del espíritu; en cuanto necesidad, es un conjunto de necesidades que piden satisfacción y nunca se acaban de satisfacer, por más afortunada y duradera que sea la vida; en cuanto problema, es la vida un problema sin solución, como se recusen los datos de la fe, de la tradición; en cuanto educación, es la rectificación y desarrollo continuo de nuestras facultades y sentidos; en cuanto satisfacción, es un vacío inconmensurable y un suspiro continuo por la dicha, que el hombre no halla fuera de Dios; en cuanto cadena, es la vida un anillo que pende de todos sus predecesores y está llamado a sostener a todos sus sucesores; en cuanto a subsistencia, es un frágil vaso que con el menor tropiezo se quiebra; ante la historia, es la guerra constante entre el bien y el mal, la elección peligrosa entre el árbol de la ciencia del bien y del mal y el árbol de la vida y del deber, plantados en medio del Paraíso y transplantados con el hombre

sobre toda la haz de la tierra; en cuanto al plan de la creación, es la vida un elemento que vivifica la materia, es el alma una vida que une el mundo de los cuerpos con el de los espíritus, y es la vida del hombre la vida noble de un ser inteligente que aspira a ser rey, el único ser que en este mundo sublunar sostiene las idas de verdad, justicia, orden, libertad y responsabilidad.

Esto es la vida.

La vida presente aislada.

Esta vida que vivimos, aisladamente considerada, ¿qué es? Un algo que comenzó y no era, que acabará y no será; un relámpago entre dos obscuridades eternas (el antes y el después); un soplo, un aire, un ruido, un vuelo, una bala que cruza el espacio, cae en tierra y allí se esconde y calla; la vida es la base de todo y ella carece de base; para muchos es una modorra, un sueño, del cual no quieren despertar; para otros, es nacer, crecer, trabajar, comer, reproducirse, dormir y acabar, una vida algo semejante a la del asno y el cerdo.

Y aisladamente considerada la vida, no es más que eso, y eso es muy poco para el hombre, ser que ha nacido para no morir, que vive para merecer y merece para gozar de una dicha espiritual e inmortal, como es su alma.

¡Ah!, si la vida presente no tuviera porvenir, ¿qué discreto sería el desgraciado suicidándose! ¡Qué prudente el menesteroso robando! ¡Qué lógico el desesperado anarquista matando!

Conclusión final.

Discretos Coeducadores, ya veis como, suprimiendo a Dios de la vida humana, desaparece la vida racional, viril, honesta, resignada y respetada, y se convierte en un verdadero absurdo, por no decir en un sarcasmo.

CONCLUSIONES PEDAGÓGICAS DERIVADAS DEL CONCEPTO
DE LA VIDA.

En resumen.

Según el concepto que de la vida tenga el Educador, así será la educación que dé, si ha de obrar como piensa, si ha de ser hombre y no un tartufo o hipócrita redomado.

El que reduzca la vida a lo presente, hará hombres que, con toda su educación(?), serán bestias o fieras ansiosas de gozar de los placeres de la tierra por todos los medios imaginables, incluso el crimen. Las escuelas materialistas, positivistas, socialistas y anarquistas, que del materialismo se nutran, no pueden fabricar otros productos.

Los que en la vida atiendan exclusivamente a la otra vida, sin mirar a la presente con sus necesidades y miserias, pecarán por demasiado espiritualistas, y pensando que educan ángeles olvidarán que los hombres son alma y materia, y la vida entera del hombre no es esto o aquello, sino esto y aquello.

Los que consideran la vida actual tal como es, no como una efímera existencia aislada, sino como una confrontación constante del espíritu y la materia, como el gimnasio de las fuerzas humanas en relación con su destino temporal y eterno, éstos educarán para la vida presente y para la futura y podrán hacer perfectos animales racionales y justos, capaces de toda acción noble y honrada y en disposición de ser héroes cuando las ocasiones exijan grandes sacrificios.

Conclusión.

Este debe ser nuestro ideal, Coeducadores, porque éste es el deber primario de todo el que educa: aspirar

a hacer hombres cabales; y sin tener un concepto total o cabal de la vida, no es posible hacer hombres de cuerpo y alma enteros o cabales.

Pues siendo la vida entera (según lo dicho), la de la tierra junto con la del cielo, la de la materia unida con el espíritu, la del hombre en relación con la de la humanidad, la de la naturaleza en consorcio con la inteligencia, la del tiempo relacionada con la eternidad. el ensayo y prueba de lo que el hombre debe ser mientras viva, aquí o allá; resulta de todo ello la necesidad de educar y coeducar para el presente y para el porvenir.

Deducciones.

1. La vida es el árbol que produce frutos de vida o de muerte, según sean el cultivo, la poda y las ideas con que se le injerte, salvo siempre la libertad humana que puede resistir a todo.

2. La vida es prueba y la educación es preparación para la prueba; eduquemos pues de modo que nuestros educandos salgan habilitados para la prueba.

3. La prueba es la revelación del valer, es la actuación del poder físico y espiritual, moral y religioso, individual y social del hombre; eduquemos las potencias todas con actos de todo género, para que en las pruebas de la vida den aquéllas sus resultados.

4. La prueba es lucha entre el egoísmo y el sacrificio, entre la pasión y el deber; eduquemos en el deber y el sacrificio, para enseñar a vencer el interés egoísta y la pasión torcida.

5. La vida es una prueba continua, una lucha que dura hasta la muerte; hagamos cuanto podamos por inculcar en el alma del educando la virtud que siempre vence, la virtud de la constancia.

6. La constancia depende de ideas grandes y fijas, de esperanzas y amores que interesen profundamente al hombre y de la buena ordenación de la vida; eduquemos, pues, con la verdad natural y revelada, con la esperanza

y amor de los bienes eternos, y de los temporales que más cautiven el alma, como la familia y la patria, y engendremos hábitos de orden por la disciplina de las costumbres, que forman una segunda naturaleza.

7. Cada día tiene su malicia y debe tener su mérito; no eduquemos solamente para las grandes ocasiones, sino principalmente para las acciones comunes y ordinarias de la vida; que quien hace bien lo ordinario, habituándose está para hacer bien lo extraordinario. Ni los héroes ni los sabios ni los santos se forman de golpe y porrazo, sino paso a paso y en el ejercicio diario de acciones comunes bien hechas.

8. La vida presente es la escuela de nuestros destinos temporales y eternos; que los Educadores no lo ignoren ni lo disimulen, sino que se preparen para ellos. El mayor defecto de un Educador es carecer del valor de sus convicciones, es hacer de su noble profesión el innoble papel de histrión de errores y tendencias que reputa malos y nocivos.

9. Siendo la vida sufrimiento, menester es enseñar a sufrir y padecer. No es buena la educación del niño en el mimo, el regalo, el capricho y el gusto jamás contradichos. Quien de joven no supo más que gozar, de hombre no tendrá más remedio que sufrir y sufrir mucho, al verse contradicho, reído, burlado, desatendido o menospreciado y, de frente o por la espalda, herido o combatido.

10. La ciencia en esta vida se reduce al deseo de saber y a poco más; enseñemos a saber y a saber con sobriedad teniendo muy presente que de nada sabemos el todo y de todo ignoramos mil veces más que conocemos. ¿Para qué hemos de engañar a nuestros discípulos a nombre de la ciencia, haciendo que tomen por sol y día el crepúsculo del sol y día eternos?

11. Si la vida es amor y el amor de lo perecedero engaña, hagamos de la educación una perpetua rectificación de nuestras pasiones para que nuestro corazón no se haga reo de pecado y nuestra dignidad no se vea equiparada a la del bruto, en el cual no hay entendimiento.

12. Si hemos comenzado a ser para nunca desaparecer, por la inmortalidad del alma, ¿por qué hemos de restringir la educación del hombre a lo que el hombre tiene de accidental y transitorio, olvidando lo que tiene de esencial, trascendental y eterno?

13. Si la vida presente sin la otra no tiene explicación, y es un absurdo, filosófico, histórico, científico, moral, religioso, social y jurídico, ¿por qué los Maestros del ateísmo teórico o práctico han de pasar por pensadores? ¿Por qué los Coeducadores con juicio no han de tomar como base de su obra la afirmación de un Dios de vivos y muertos?

Conclusión final.

La vida es prueba y la educación un auxilio y preparación para salir bien de esa prueba. Sépanlo: el Padre en la educación de sus hijos, el Maestro con sus discípulos, el Sacerdote con sus feligreses, el Seminario con sus seminaristas, la Escuela Normal con sus Maestros, todo Centro de instrucción y educación con sus aprendices y educandos, el Ejército con sus oficiales y soldados y la Patria y la sociedad con sus miembros, instituciones, costumbres y leyes.

Y sabiéndolo, como lo saben, que lo cumplan, preparando cada uno a los suyos y preparando entre todos a todos para el gran día de la prueba que se acerca.

LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

Doctrina pagana.

Recuerdo que, siendo joven, estuve diez días del mes de abril reterido en cama por una ligera enfermedad, y cuando de allí salí a la calle y me ví en el campo, no cabía

en mí de gozo porque el sol, la tierra, los animales, las plantas, todo me parecía nuevo, alegre y soberanamente hermoso. ¿De qué provenía aquella emoción, aquel contento? De la sorpresa, de la novedad relativa, de la privación de aquellos bienes durante breves días. ¿Qué no hubiera sucedido si la enfermedad hubiera sido larga, o si, en vez de estar en una habitación cómoda me hubieran sacado de un oscuro calabozo a la plena libertad y disfrute de la vida? Pues eso sería menester para gozar de los encantos de la doctrina de Cristo; haber estado privados de ella, haber vivido en la ignorancia, la oscuridad, el vacío, la desolación, el egoísmo, la frialdad, la dureza, la crueldad y la desigualdad del paganismo; que sólo sabe lo que es la dicha quien ha probado la desdicha.

¿Qué sabían, por ejemplo, los infelices paganos acerca de la vida y la dicha, que es su final destino? Varrón, el más sabio romano de su tiempo, dice que había nada menos que doscientas ochenta y ocho opiniones diferentes acerca del sumo bien o del último fin del hombre, es decir, que ni los sabios ni los ignorantes habían podido averiguar en miles de años para qué ha nacido el hombre, que es la cuestión más importante de la vida.

Y los sabios e ignorantes de nuestros tiempos, que han perdido la fe, no han sido en esto más afortunados que los paganos. «¡Si supiéramos, por lo menos, para qué hemos nacido!—exclama Humboldt—; pero esto es y será siempre un enigma para los filósofos, y la mayor felicidad es haber nacido con la cabeza ligera; toda la vida humana es una gran locura.» Este naturalismo del naturalista más célebre lo traducen nuestros sabios de la prensa y de la plaza en esta frase ultranaturalista: «De tejas arriba todo es mentira.» El sabio llama locura lo que el ignorante llama mentira. Están, pues, las almas de los renegados del cristianismo donde se hallaban las de los paganos, en la ignorancia, en el desconsuelo, en el vacío, en la desesperación y la barbarie (por lo menos en las ideas que la paren) del paganismo, y aun más atrás. En seis mil años no ha logrado el hombre averiguar cuál es

el fin de la vida, cuál es el fin del hombre, cuál es el sumo bien y cuál la suma dicha, y cómo se relaciona la vida presente con la eterna dicha.

Doctrina Cristiana.

Veamos ahora la Doctrina Cristiana copiando un trozo del Evangelio, en el cual observaremos que la dicha no está en las riquezas, placeres y honores, sino en algo más serio, más grande, más digno, más íntimo, más trascendental y más propio del hombre.

Evangelio de S. Mateo, C. 5. V. 1 al 19:

«Viendo Jesús a todo un gentío, se subió a un monte, donde, habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos.

Y abriendo su *divina* boca, los adoctrinaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos y *humildes*, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia o de *ser justos y santos*, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, o *por ser justos*, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.

Alegráos *entonces* y regocijáos, porque es muy gran-

de la recompensa que os aguarda en los cielos. Del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros.

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte.

Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celmín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa:

Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

No penséis que yo he venido a destruir la *doctrina de la ley* ni de los profetas; no he venido a destruirla, sino a darla su cumplimiento.

Con toda verdad os digo, que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota o ápice de ella.

Y así el que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño, esto es, *por nulo*, en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.»

CONSIDERACIONES Y APLICACIONES PEDAGÓGICAS.

1. Siendo la perfección y la felicidad dos cosas correlativas, corresponde a mayor virtud mayor dicha, y de aquí el llamar bienaventurados, esto es, dichosos, a los que con mayor perfección practican los consejos evangélicos. No olviden esto los Educadores cristianos si

quieren ser felices y enseñar a otros a serlo, con la única felicidad que no es mentida ni imposible.

2. Siendo esta vida una prueba cuyo resultado debe ser la dicha en esperanza o en posesión, y expresando las ocho bienaventuranzas ese doble aspecto de la vida y de la dicha, conviene que no las olvide aquel que sepa lo que es la vida y trate de enseñarlo a los demás.

3. Siendo la vida humana, aisladamente considerada, el absurdo de los absurdos y la burla más cruel e inhumana que puede imaginarse (puesto que sería el deseo ineludible de la felicidad sin poder jamás lograrla), ¿qué educador, qué ordenador de la vida no querrá saber cómo desaparece ese absurdo cruel e inhumano? Pues bien, en el sermón de la montaña desaparecen el absurdo y la inhumanidad, dando de la vida y de la ventura una idea que está en oposición con la que de ellas tiene el mundo. Esto es muy importante, porque es la rectificación de ideas fundamentales hechas por Aquel que es la Vía, la Verdad y la Vida.

El mundo pone la dicha en las riquezas, placeres y honores, y Jesucristo todo lo contrario; en la pobreza, en la mansedumbre y humildad, en la penitencia y el dolor, en el deseo fervoroso de ser justo, en el ejercicio de la misericordia, en la limpieza de cuerpo y alma, en la paz con Dios, consigo y con el prójimo, y en la persecución sufrida por causa de la virtud. Y así, mientras el mundo tiene por desgraciado al pobre y huye cuanto puede de la pobreza, el cristiano tiene por rico al pobre de buena voluntad y se aproxima a él siempre con el afecto y en muchos casos se identifica con él por el desprendimiento y profesión de la santa pobreza, como sucede en la vida religiosa.

Mientras el mundo se contenta a lo más con una limpieza exterior, que es la limpieza de los sepulcros, el cristiano aspira a la limpieza de corazón, que es la limpieza del alma, que hace de ella como un limpio espejo en el cual se refleja la hermosura y bondad de Dios.

Mientras el mundo ni tiene paz ni puede darla ni sabe

apreciarla ni respetarla, los cristianos son pacíficos y buscan la paz en sí y con otros, y son llamados hijos de Dios porque son hermanos de Jesucristo, quien se llama «Príncipe de la paz», cuyo nacimiento se anuncia dando «paz a los hombres de buena voluntad», quien, por la sangre que derramó en la cruz, «estableció la paz», reconciliando al cielo con la tierra. (S. Pablo, Ep. a los Colosenses, I, 20.)

Mientras el mundo tiene por dichosos a los que mandan e imponen sus órdenes y a los que son apreciados y celebrados por sus contemporáneos, distinguidos con honores y favorecidos por los poderosos, Jesucristo llama dichosos a los que por ser justos sean perseguidos, por ser cristianos sean maldecidos, injuriados e infamados: «Alegráos y regocijáos—dice—, porque vuestra recompensa es abundante en los cielos.» «Vosotros sois los que permanecéis fieles conmigo y por mi amor en las adversidades, y por eso os he preparado el Reino, como mi padre me lo preparó a mí, a fin de que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino.» (Lucas, XXII. V. 28 al 30.) Esta doctrina ha formado héroes a millones.

Mientras el mundo tiene por dichosos a los que tienen poder y valor para vencer y humillar a sus contrarios, los cristianos tienen por dichoso al que tiene el valor de ser dueño de sí mismo conservando la mansedumbre del corazón, en vez de dar lugar a la ira, los celos, la envidia, la venganza, la fiereza, la crueldad, el vencimiento y humillación del enemigo.

Mientras el mundo llama dichosos a los que nadan en placeres, Jesucristo llama felices a los que lloran sus culpas o las ajenas, porque estas lágrimas son más dulces que aquellas locas alegrías. «Más suaves son las lágrimas de la oración que las alegrías de los teatros», decía San Agustín, que había experimentado ambas cosas.

Mientras el mundo tiene por dichosos a los que olvidados de su alma viven en la disipación y anchura, Jesucristo llama felices a los que tienen fervor y piedad, anhelo de perfección o hambre y sed de ser buenos.

Mientras el mundo propende al egoísmo y éste sacrifica a su avaricia, lujuria, gula, ira, etc. a los demás hombres, el cristiano misericordioso da cuanto puede y goza más dando que recibiendo.

LA SOCIEDAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN

El hombre es un ser sociable.

El hombre es un ser sociable y lo es por su origen, por su naturaleza y por sus destinos.

Que el hombre es sociable por su origen, se prueba por la antigüedad de la sociedad, que es la misma que la del hombre; por la permanencia de la sociedad, que dura a través de todos los acontecimientos; por la existencia misma del hombre, que supone la familia, base de toda sociedad; y por la revelación, que así nos lo dice. El Génesis, presentándonos al primer hombre formando sociedad estable con la primera mujer, que Dios hizo para en uno, y bendijo para que se multiplicaran y con su pluralidad y unión dominaran toda la tierra, nos enseña el principio y arranque de toda sociedad. (Génesis II.)

Que el hombre es sociable por su naturaleza, se prueba por el hecho de haber siempre vivido en sociedad (las rarísimas excepciones individuales confirman esta regla) más o menos amplia, más o menos culta, pero siempre en unión y relación con sus semejantes; lo prueban sus necesidades, imposibles de satisfacer sin el auxilio ajeno; el instinto y tendencia a vivir en comunicación con otros, cuya privación es para él una de las mayores penas, y el lenguaje, que se nos ha dado para vivir en sociedad de ideas y sentimientos.

No es *facultativo* en el hombre el ser o no ser sociable, es una *necesidad* de su naturaleza.

Que nuestros destinos nos llaman y obligan a vivir en

sociedad, se prueba porque ni en el orden físico, ni en el intelectual, ni en el moral, ni en el religioso puede el hombre realizar sus fines fuera de la sociedad. Para nacer, para criarse, para instruirse, para educarse, para lograr su perfección y desarrollo, le es necesario vivir dentro de la sociedad. El aislamiento absoluto, si fuera posible (que no lo es) sería el retroceso, la incultura, la degeneración y la barbarie. El *salvajismo* de los voluntarios y degradados *salvajes* que hoy amamanta la impiedad, crían y educan el ateísmo, la corrupción y el escándalo de los degenerados, es una prueba de lo que sería el hombre sin el freno de la autoridad y la sanción del poder. El anarquismo es la contraprueba de la necesidad de conservar el orden por la fe y la fuerza.

¿La sociedad es buena?

En sí considerada, no es mala.

La sociedad es unión de seres semejantes por comunicación de ideas y afectos, deberes y derechos, intereses y necesidades; y esto no es malo.

La sociedad es nuestro modo de ser, nuestro estado habitual, modo y hábito que son indestructibles, y por tanto forman parte de nuestra naturaleza; habría que destruirnos para que la sociedad desapareciera. Si, pues, el hombre como tal no es malo, la sociedad, como parte necesaria del hombre, tampoco puede en sí misma ser mala.

La sociedad es nuestra providencia, y nos da: al nacer, ama; al crecer, pan; al aprender, escuela; al peligrar, cura y defensa; al no poder, auxilio y fuerza; al faltar al deber, corrección y enmienda; al orientarnos en la vida y sus destinos eternos, religión. Si todo esto es bueno, la sociedad no puede ser mala.

La sociedad es la que civiliza a los hombres y el aislamiento los embrutece; mientras el brutismo no sea el ideal humano, debe serlo el estado social.

La sociedad, no solamente es nuestra madre, nuestra ama de cría, nuestra maestra y educadora, nuestra defensora y guía, sino que tiene otra ventaja, y es la de ser nuestra sepulturera. Cuando mueren sus miembros, los entierra, y cuando se corrompen y degeneran muchos de aquéllos, otra sociedad más fuerte y vigorosa, más inteligente y menos corrompida, sepulta a la podrida y apesetosa. Hecho providencial que revela dos cosas: primera, que los hombres hacen las sociedades y las deshacen; segunda, que no hay poder humano que destruya la sociedad, pues donde un organismo desaparece, otro renace y se impone.

Deducciones pedagógicas.

1. El salvajismo pedagógico y político de Juan Jacobo Rousseau no cabe, ni como teoría en ningún hombre de juicio, ni como práctica en ningún hombre de Estado.

El racionalismo Jacobista enseñando y gobernando es un doble contrasentido y una doble calamidad; contrasentido, porque supone al hombre selvático más en su centro y estado natural que al civilizado, y calamidad, porque muestra como ideal humano la barbarie, y sienta los principios del anarquismo salvaje. Si la sociedad no tiene más fundamento que mi voluntad, ¿porqué me ha de obligar cuando yo no quiera ni mandar en lo que yo no le conceda? ¿No es la sociedad con su autoridad un producto de mi voluntad?

2. Los fundadores de sociedades pusieron como primera piedra de la ciudad a Dios; los demolidores sociales ponen como primera mina de la destrucción el ateísmo, la impiedad. En unos y otros hay lógica; quienes no la tienen son los educadores que pretenden civilizar ateificando, sembrar cultura sembrando impiedad, afirmar sociedades aflojando los vínculos sociales, guiar los pueblos hacia la perfección tórciéndolos de la derecha a la izquierda, de la mano de Dios a la mano del diablo, que es la *siniestra*.

3. Os invito a buscar entre todos los errores religiosos de nuestros días, uno solo que no sea antisocial, y si le encontrais, os ruego me lo manifesteis, porque yo no le conozco. Pero si no le hallais, ya sabeis el derecho que la sociedad tiene a vivir y el deber que os incumbe para no minarla ni destruirla con vuestros sistemas pedagógicos.

4. En cada Maestro impío hay un centro de anarquía, y entre todos los anarquistas no hallaréis uno que diga: Creo en Dios Padre. ¡Cuánto enseñan estos dos hechos! ¿Quién habrá enseñado a los anarquistas que Dios y la sociedad no pueden divorciarse y que es menester divorciarlos para destruirlos? Pues se lo han enseñado sus papeles, sus libros, sus Maestros. ¿Y a estos? El gran Maestro de los siglos, que es la historia, que es la experiencia, que es el buen sentido.

Conclusión final.

Vosotros, Coeducadores del hombre, mirad si rayais a menor altura intelectual y educación social que los míseros anarquistas y sus más míseros progenitores, y si habeis de contar o no con Dios para hacer hombres sociales y sociedades duraderas y cultas.

LA FAMILIA Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN

La primera de las sociedades es la familia.

Ningún ser hay solo en el mundo: sea materia o espíritu, lo inerte e inorgánico o lo orgánico y vivo, todo está por grupos y clases, en todo hay pluralidad y unidad, o número y unión, agrupación de moléculas y de seres afines o semejantes. El hombre, síntesis de la crea-

ción, tampoco está solo, es uno y son muchos, es hombre y es humanidad.

¿Mas de dónde proceden todos los hombres? Proceden de uno solo, y por eso son todos hermanos.

¿Y cómo viven todos los hombres? En una organización que es tan antigua y de tan alto origen como ellos mismos: en la familia.

¿Y qué es la familia? Una sociedad compuesta de padres e hijos.

La familia es de origen divino.

Cuanto es necesario por derecho natural, es obra del Autor de la naturaleza; y en este caso se encontrará la familia, con su constitución, que es el matrimonio, sus condiciones esenciales, que son la unidad e indisolubilidad, y su prolongación y complemento naturales, que son la procreación y educación de la prole. Es decir, que la familia es necesaria para la propagación, conservación y educación de la especie; que la familia está constituida sobre las bases precisas de uno con una y para siempre, y esto no por arbitrio de legisladores humanos, sino por disposición de Dios desde el Paraíso, y por ratificación y renovación del Evangelio; pues Jesucristo, que vino a restaurar todo lo pervertido, restableció el matrimonio a su pureza primitiva de «uno con una y mientras dure la vida».

Veamos el primer matrimonio y la primera familia.

Después que Dios hubo formado a Adán de la tierra y dándole un alma inmortal, se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle un ser semejante a él»; e infundiéndole un como sueño letárgico, tomó de sobre su corazón carne y hueso y con ello formó a Eva y la infundió su espíritu. Adán, al despertar y ver aquella

sangre de su sangre que Dios le destinaba para compañera, exclamó: «Oh carne de mi carne y huesos de mis huesos, tú te llamarás varona, porque procedes del varón; por tí dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una misma carne.» (Génesis C. I. V. 23 y 24.)

El Señor bendijo este matrimonio, del cual proceden todos los hombres, diciendo: «Creced y multiplicaos y dominad la tierra».

Aquí tenemos el origen del hombre y la fuente de la humanidad, en Dios y por el matrimonio.

Aquí observamos la formación de un hombre y una mujer, uno para una, no uno para dos (o poligamia), ni una para dos (o poliviría), sino uno para una (la *unidad* de la monogamia).

Y se ve la *indisolubilidad* del matrimonio expresada por aquellas gráficas palabras de ser el uno respecto del otro como «hueso de sus huesos, como carne de sus carnes», como dos en uno en una misma carne; y así como nadie deja sus huesos y carne hasta la muerte, ningún casado deberá abandonar a su consorte hasta morir. El repudio y el divorcio vinculares quedan prohibidos.

Y en aquel *Creced y multiplicáos y dominad la tierra*, se contienen la procreación, educación y desarrollo de toda sociedad humana brotando de una sola fuente, surgiendo la humanidad entera de un solo hombre, de una sola cepa.

Deducciones pedagógicas.

1. Siendo de tan alto origen el hombre como la mujer, pues ambos son de regia, ¡qué digo de regia, de divina estirpe!, en la educación de ambos es menester respetar su dignidad, y en el niño y la mujer, como seres más delicados y débiles, el respeto debe rayar en veneración.

2. No siendo posible la dignidad y el decoro de la mujer en el matrimonio, sino dentro de la igualdad del

amor y la justicia, ni la esclavitud de la mujer por el hombre, ni la ignorancia impuesta a la mujer por el hombre, ni el divorcio, repudio o despedida de la mujer por el hombre, ni la poligamia simultánea o sucesiva, que es el ultraje hecho a la mujer, con la concupiscencia del hombre, ni la mancebía legal o extralegal, que hace de la mujer un juguete de lascivia, legalizada o sin legalizar, del hombre, son hechos educadores y mejoradores de la raza, sino verdaderas indignidades y atentados en contra de la dignidad, el decoro, la igualdad del amor y la garantía de la justicia, que a la mujer y a la familia le son debidos.

3. Si queremos educar en la igualdad, la justicia, la dignidad y el amor a los hijos, es menester respetar y garantizar esos derechos en las madres; de otro modo, volveremos hacia atrás y sacrificaremos al egoísmo del hombre bestia, y bestia que hace leyes cómplices de su lujuria, a un Enrique VIII, a un Langrave Felipe de Hese, a los Sultanes de Mahoma o los Césares corrompidos del degenerado imperio romano.

4. Entre la doctrina de Lutero acerca de la poligamia y la de Mahoma, no hay esencial diferencia. Si los pueblos protestantes y cismáticos no han ido hasta donde sus maestros, no es debido a éstos, sino al fondo de verdad católica que aun se conserva en dichos pueblos.

5. Pero la fe mengua, la corrupción crece, la impiedad avanza, y con ella pacta la autoridad y sanciona por leyes el matrimonio civil, que hace de la familia un mero contrato temporal o perpetuo, según el capricho de los legisladores laicos, que ni son infalibles ni suelen ser santos.

6. Este ejemplo de diputados, alcaldes o jueces casando, esto es, haciendo lícita la unión del hombre con la mujer y su desunión para pasar a otros brazos, si (como es lógico) así les parece, es grandemente deseducador. Pues el joven dice: «Si porque el juez me casa soy marido, casándome sin él lo seré igualmente.» Y así del contrato civil o concubinato legal al no legal sólo hay un

paso, o, mejor dicho, en el concepto cristiano son dos formas de una misma fornicación. Y con esta inmoralidad arriba y abajo y en el corazón mismo de la sociedad, no hay coeducación posible enteramente honesta y honradamente santa.

7. Mírate, ¡oh mujer!, antes virgen, después esposa, luego madre de cuatro hijos y, al fin, divorciada o echada de la casa de tu marido, para que en ella entre otra; mira al desflorador de tu virginidad, al padre de tus hijos, al hastiado de tu amor y caricias; él ha fijado sus ojos en otro rostro más bello, en otra flor que quiere ajar... y tienes que partir con él hacienda e hijos.

Si fueras una leona, desgarrarías a quien te quisiera arrebatar dos de tus cachorros; siendo mujer súbdita de una legislación atea y decadente, debes entonar un himno de gracias al legislador, juez y parte que te privan de tus hijos queridos. El *machismo* es el amo, y tú la víctima.

8. Los hijos desgraciados de esta víctima aprenderán en esa lección que el capricho, la lujuria y la inconstancia valen ante las leyes mucho más que ellos y su madre, y odiarán y despreciarán a tal sociedad y a tales leyes y a tales autoridades que amparan tales abusos de tales hombres o machos.

¿Será esto educar? Dicen que sí los seres degenerados, dicen que no los hombres dignos. Vosotros, ¿qué decís, Coeducadores?

Conclusión final.

De la constitución de la familia depende el progreso o decadencia de los pueblos; del rebajamiento y opresión o corrupción de la mujer dependen la dignidad y valor de los hombres; del buen o mal ejemplo de los padres se nutren las costumbres de los hijos; de los hijos corrompidos no hay que esperar sino ciudadanos corruptores; lo podrido no da de sí sino podre, y cuando el centro de la

vida, que es la familia, llega a podrirse, ya no hay en lo humano salvación para los pueblos. ¿La habrá en lo divino?

EL MATRIMONIO Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Degradación del matrimonio.

Jesucristo encuentra la familia pervertida, y dice: *Ab initio autem non fuit sic.*

Al principio no fué así. ¿Cómo se degradó la institución después de Adán? En la forma siguiente:

El matrimonio es una institución que encauza la concupiscencia de la carne, y como éste es el más desordenado de los apetitos después del pecado, nunca ha cesado de pugnar por romper las barreras que Dios mismo estableciera. Y consiguió: primero, romper la unidad del matrimonio con Lamet (una mala persona) por la *bigamia*, que después se convirtió en *poligamia ilimitada*. Más tarde logró la concupiscencia romper la indisolubilidad por medio del repudio y *divorcio* vincular, pasando la mujer desde la categoría de compañera por vida del hombre, a ser instrumento pasajero de su lascivia.

De este cambio facilísimo y frecuente de mujeres, tanto que en Roma, la ciudad universo, bastaba la fórmula *Res tuas tibi habeto*, para disolver el matrimonio, se pasó lógicamente a tomar el matrimonio como un entretenimiento de la lujuria, celebrándose bodas semestrales, incestuosas, criminales. contra naturaleza, y por fin, triunfando de la santidad de la familia la asquerosa libertad de la carne, a despreciar toda unión conyugal.

Así encontró Jesús el matrimonio.

Restauración.

Jesucristo es, no sólo el Salvador de los hombres, sino el Salvador de las instituciones sociales como el matrimonio y la familia; y por eso, y en prueba de eso, restauró el matrimonio a su primitiva pureza para todos los hombres, abolió el repudio y el divorcio vinculares y la poligamia simultánea o sucesiva, viviendo el consorte primero, y devolvió al matrimonio la unidad e indisolubilidad primitivas, que se condensan en estas palabras: «Uno con una y para siempre.»

Pero hizo más. Para garantir la familia por siempre, elevó el matrimonio de los cristianos a Sacramento, haciendo de esta unión una sociedad semejante a la que existe entre El y su Iglesia, y puso la institución matrimonial bajo la salvaguardia de otra Institución infalible y santa: de la Iglesia.

Y la Iglesia, continuadora de la obra de Cristo, ha sostenido una lucha constante para implantar y hacer respetar la unidad e indisolubilidad del matrimonio; lucha con las costumbres, con las pasiones, con las leyes del imperio, contra los pueblos bárbaros, contra los señores lascivos, y, sobre todo, contra los herejes y cismáticos, que adulteraban la doctrina de Cristo en este punto.

Nueva degradación.

Los protestantes negaron al matrimonio de los cristianos el carácter de sacramento, y rebajado hasta la altura de un mero contrato, lo entregaron en manos de los poco seguros y delicados príncipes laicos, quienes no tardaron en autorizar con el ejemplo y las leyes el divorcio perfecto y la poligamia sucesiva y, en algún caso, la simultánea.

Merced a las raíces de la doctrina católica y a las censuras del orbe católico, los príncipes protestantes se con-

tentaron con ser polígamos sucesivos, esto es, por variar de mujeres por temporadas, en vez de sostener a la vez dos o más en un serrallo, a estilo mahometano. Y esto mismo autorizaron para sus fieles y vasallos.

Las naciones católicas permanecieron fieles a la doctrina del Crucificado, pero andando el tiempo, al finar el siglo 18, y comenzando por París (que es la Babilonia de la raza latina desde hace más de un siglo), se descubrió que los cristianos podían casarse dos veces con una misma mujer, por lo civil y por lo religioso, como ciudadanos y como cristianos, y a partir de este sofisma «la ley del Estado no debe considerar el matrimonio sino como un mero contrato civil». (Constitución francesa de 1791.)

Esta ingeniosísima ocurrencia de la duplicidad de matrimonios para casar de verdad a los que ya están casados, que no había ocurrido a ningún hereje antes del apóstata De Dominis y Lanoy, a ningún adulador cortesano de tantos y tantos príncipes lascivos como habían querido divorciarse, ha servido para infatuar a los liberalistas católicos (o como se llamen) de los dos hemisferios, y está sirviendo de puente de paso para ir desde el matrimonio católico garantizado por la Iglesia Católica y las leyes civiles, al matrimonio civil entregado al poder político, quien desligado de la Iglesia desconoce efectos civiles al matrimonio cristiano, y a imitación de la revolución francesa no reconoce en el matrimonio más que un contrato civil en poder del Estado, quien hoy le declara indisoluble y al día siguiente lo disuelve con leyes de divorcio.

Este es el tumor canceroso y contagioso de que está afectado el organismo social más importante, que es la familia.

Junto con esta invasión inmoral y sacrílega del poder político en el santuario de la honestidad y la conciencia con sus leyes de (hablo como piensa el pueblo) formalización de la barraganía y el divorcio, por medio de las cuales el Estado se hace amo y dueño de la constitución de la familia, suele andar otra no menos inmoral e invasora, que es el apoderarse del producto del matrimonio, que

son los hijos, para educarlos, no como los padres quieren, sino como al amo y dueño de la familia, que es el Estado, le dé la gana.

Consideraciones pedagógico-sociales.

De lo dicho resulta:

1. Que Jesucristo y la Iglesia consiguieron restaurar la unidad e indisolubilidad del matrimonio, lo dice la historia; que el protestantismo y liberalismo están destruyéndolas por las leyes de casamiento civil y divorcio, está a la vista. Estos dos ejemplos nos impulsan a reflexionar acerca de cuál de estas dos tendencias, doctrinas e instituciones es la bienhechora y cuál la malhechora social, cuál debemos tomar por modelo en la educación de las familias y los pueblos y cuál no.

2. En el caso de que no queramos retroceder a los tiempos de los fariseos, que sobre la poligamia y el repudio preguntaban a Jesucristo, menester será reconocer y admirar el valor doctrinal, moral, jurídico y social de la Iglesia, que sostiene una lucha de 19 siglos a favor del «uno con una y para siempre». ¿Será buena Maestra y Educadora esta divina Sociedad?

3. Y siendo Ella la que vió y oyó y aprendió y transmitió de siglo en siglo y de generación en generación la doctrina y moral de Cristo. ¿con quién estarán los que contra Ella van en este punto capital? ¿Con quién deben estar los Educadores y amantes de la verdad y la sociedad, con el Cristianismo de Cristo o con el paganismo redivivo, disfrazado de reforma y filosofía a lo Juliano el Apóstata?

4. Pero acaso alguno dirá: ¿Qué tiene que ver el casamiento civil, el divorcio vincular y la enseñanza laica con educar bien o mal, educar en cristiano o en anticristiano? ¿De verdad?

No será un cristiano serio ni pensador formal quien tal diga. Cuando la dignidad y el decoro y la igualdad y

el honor de la mujer se ven desconocidos; cuando la santidad, unidad e indisolubilidad de la familia se ven atacados; cuando las leyes civiles se hacen reas de lesa humanidad; cuando frente al derecho natural y revelado se erige la legislación de los rebeldes a Dios y a su Iglesia; cuando, en una forma u otra, la familia pasa (en lo que tiene de fundamental y constitutivo) de una autoridad infalible e incorruptible a un poder de hombres en doctrinas corrompidos y en instituciones de moral privada y pública corruptores; cuando el primer organismo social, que es la familia, se ve atacado y herido, y los hijos de esa familia se ven secuestrados y constreñidos a no tener otros Maestros que los del Estado ultrapagan, ¿se dirá aún que esto es enteramente ajeno a la coeducación?

Quede esa opinión para algún atrasado domine Lucas que encierre la instrucción y educación de individuos, familias y pueblos en combinar letras, números y garabatos de rectas y curvas.

Conclusión final.

Coeducadores: ¿Dios y la familia deben ser respetados y venerados o no?

¿La familia, para ser tal cual debe, tal cual Dios la quiere, debe ser monógama (de uno con una) o no?

¿La monogamia debe ser absoluta (de uno con una y para la vida) o puede admitirse la poligamia sucesiva (de uno con varias, estando todas vivas)?

¿En el caso primero, quien combata la monogamia absoluta, sea con letras, sea con leyes, sea con hechos, combatirá la familia y la educación en sus bases naturales y divinas?

¿Será verdad que el enemigo de Dios es enemigo de todo, de individuos, familias y pueblos?

Pues no olvidéis que ese es nuestro enemigo y no hay otro.

LA ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN DE LOS HIJOS ANTE DIOS Y LA COEDUCACIÓN.

He dicho en otro lugar (y conviene repetir aquí) que la familia es una sociedad o unión moral y jurídica de padres e hijos fundada sobre el amor, el deber y el sacrificio; que los padres, por ser padres, tienen derechos inseparables de la paternidad, y entre ellos el de instruir y educar a sus hijos; que el hombre, por ser hombre, tiene derecho a ser respetado y garantido, ya al formarse, ya al intentar la formación de otros seres a quienes dió el ser (que a esto equivale la educación), y que el hombre chico (el niño y joven) está por derecho natural y divino al amparo de los padres que le engendraron en orden a su enseñanza y educación; que no hay para los hijos mayor ni menor garantía que la del amor de los padres, el celo, la vigilancia, la diligencia para arbitrar recursos, la prudencia para precaver toda clase de males, el sacrificio para darles la vida, si es preciso, y la discreción para no encomendarlos a niñeras, ayos ni maestros que no sean de su confianza, por lo cual tienen a su cargo el de instruirlos y completarlos, ya por sí, ya por medio de otros auxiliares y encargados suyos.

Deducciones pedagógico-sociales.

1. Sacando corolarios de esta doctrina, decimos que el enemigo de la educación de los hijos por los padres es: enemigo de Dios, por ir contra el derecho natural; es enemigo del hombre, por negar este derecho, que es de la humanidad; es enemigo de los padres, cuyos derechos más santos y evidentes viola; es enemigo de los hijos, a los cuales, con violencias de león o artimañas de zorra, arranca a la familia para entregarlos a maestros que ésta no

conoce, no elige ni quiere; es enemigo de la familia, la cual invade, profana y desune por el divorcio y la deseducación, robándole fe y costumbres; es enemigo de la sociedad, a la cual no respeta ni garantiza en el uso de su libertad y derecho, sino que se los roba, convirtiendo al Estado en un ama de leche, en un biberón literario, en un nuevo artefacto burocrático; es enemigo de la educación del corazón, interponiéndose con su fría, oficinesca y forzosa enseñanza, entre los padres y los hijos para contradecir quizá, en nombre de la libertad y la ilustración, la educación del hogar; es enemigo de la moralidad, porque no responde de las ideas ni costumbres de sus maestros, a quienes sin embargo impone por medio del monopolio; es enemigo de la patria, porque el Estado sectario metido a maestro único para torcer la educación social de las familias por medio del laicismo y la anarquía, ya que ni tiene ideas fijas ni criterio moral ni social alguno, fuera del de oposición a Dios y a su Cristo; es enemigo de la educación nacional, por lo mismo y porque (entre nosotros) no hay Ministro ni Ministerio que dure cinco años y los planes cambian como los Gobiernos; es enemigo de la seriedad en la enseñanza, porque ésta se encomienda a directores improvisados, temporeros, personales, engreídos adversarios de sus predecesores, instrumento de la política, esto es, del pandillaje y, a veces, del sectarismo, que son dos horribles calamidades nacionales; es enemigo de la educación religiosa, porque prescinde del sencillo plan de estudios de Dios, que consiste en educar al hombre para que cumpla su destino; es enemigo del orden cristiano, porque, supuesto el orden social cristiano, la escuela debe ser cristiana y el Estado monopolizador y laicista substraer la enseñanza a la familia y a la Iglesia y, como él dice, la emancipa, esto es, la priva de sus garantías naturales, para manciparla bajo su poder. (Véase el *Discurso sobre los derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos*, en el cual todas estas ideas se amplían.)

2. Por consiguiente, el Estado cesarista es seculari-

zador, monopolizador y esclavizador de la escuela, y, por serlo, es enemigo de Dios y sus leyes, de los padres y su autoridad educadora, del hombre y sus derechos naturales, de los hijos de familia y sus garantías paternas, de la sociedad y su libre iniciativa, del corazón y su educación, de la moralidad y del amor maternal que le sirve de vehículo, del Estado mismo que degenera y se hace secuestrador de individuos, familias y pueblos y verdadero corruptor de menores, al mismo tiempo que empedernido anarquista en ideas y costumbres, hasta el punto de no tener criterio moral ni social alguno, como no sea el estrecho y mezquino de los políticos de la ruindad y la miseria que intentan jugar a los bandos, y a veces a las sectas, por medio de los Maestros y los niños adolescentes.

3. ¿Cabe decir más? ¿Es lo dicho conforme a los hechos, ya en Francia, ya donde los productos galicanos se importan sin discreción y con verdadero fanatismo? Pues entonces hay que concluir que el Estado docente y laico y exclusivista es el primer perturbador de la educación, el primer antipedagogo de nuestros días.

4. Los cristianos somos, en cuanto tales, para grandes cosas nacidos; por eso, debemos condenar y execrar la secularización, el monopolio y la coacción en la enseñanza, y reconocer, aceptar y proclamar los derechos de Dios y su Cristo, de los padres y sus hijos, del hombre individual y socialmente considerado, y estamos obligados a procurar que la escuela de cristianos sea cristiana, paternal y libre, para que resulte religiosa, familiar y social, es decir, humana.

5. No se da derecho contra derecho, ni deber contra deber, ni libertad contra el deber y el derecho que no sea libertinaje o tiranía (que es el libertinaje de los que imperan). Por consiguiente, ningún cristiano sea tan bajo que tenga por leyes las que el hombre dicta contra las leyes de Dios, ni pueda reconocer en ningún poder alto ni bajo, de pocos o muchos, el derecho de quitar a los padres el derecho y deber (y dentro de éstos, la libertad)

de instruir y educar a sus hijos con quien quieran y como quieran.

6. Mientras el Estado sea el enemigo de la familia, la Iglesia y sus hijos estarán enfrente de él, a título de tirano; mientras el Estado sea invasor de las almas y de las conciencias por medio de la enseñanza obligatoria, exclusiva y laica, la Sociedad de las almas y guardiana de las conciencias, y cuantos con ella sientan, estarán en su contra, a título de libertad; mientras el Estado sea un instrumento manejado para fines heterodoxos por las sectas, la Iglesia Católica y sus hijos le contradirán, en cuanto sectario; mientras se intente hacer del poder un instrumento de opresión y desviación en contra de la Sociedad cristiana, el Cristianismo de Cristo peleará por defenderse y defender a la sociedad de su mayor enemigo, a título de antisocial y anarquista.

Aplicad esa doctrina a la educación y obtendréis conclusiones pedagógicas y sociales a montones.

Conclusión final.

Coeducadores de individuos, familias y pueblos no pueden menos de aceptar y buscar la cooperación de los Estados o Gobiernos y, por lo mismo, rechazar sus obras de destrucción o deseducación de la Patria.

En lo primero, consiste la coeducación; en lo segundo, la antieducación.

Quien a la familia no respeta y garantiza, a la sociedad hiere y a Dios y al hombre falta; es un enemigo social, un antieducador.

EL MATRIMONIO Y LOS HIJOS ANTE EL EVANGELIO Y LA CO-EDUCACIÓN.

Como síntesis de lo dicho acerca de la familia y la coeducación, y también como confirmación, copiaremos aquí un texto:

Evangelio de S. Mateo, C. 19:

«Se llegaron a Jesús los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?

Jesús respondió: ¿No habéis leído que Aquel que al principio crió al hombre, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne?

Así que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre.

Pero ¿por qué, replicaron ellos, mandó Moisés dar libelo de repudio y despedirla?

Díjoles Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; mas desde el principio no fué así.

Así, pues, os declaro que cualquiera que despidiere a su mujer, sino en caso de adulterio, y *aun en este caso se casare con otra*, este tal comete adulterio; y que quien se casare con la divorciada, también lo comete.

Dícnle sus discípulos: Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta el casarse.

Jesús les respondió: No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos a quienes se les ha concedido *de lo alto*.

Porque hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres, y hay eunucos que fueron castrados por los hombres; y eunucos hay que se castraron *en cierta manera* a sí mismos por amor del reino de los cielos *con el voto de castidad*. Aquel que puede ser capaz de eso, séalo.

En esta sazón le presentaron unos niños para que pudiese sobre ellos las manos y orase.

Mas los discípulos, *creyendo que le importunaban*, los *reñían*.

Jesús, por el contrario, les dijo: Dejad en paz a los niños, y no los estorbéis de venir a mí; porque de los que son como ellos es el reino de los cielos.

Y habiéndoles impuesto las manos, o *dado la bendición, partió de allí.*»

Algunas consideraciones pedagógico-morales.

1. Se acercaron a Jesús los fariseos, esto es, los más ladinos de entre los que se reputaban por buenos, y se acercan, no para aprender, que el orgullo de la virtud (?) todo lo sabe en punto a bondad, sino para tentar al Maestro. La hipocresía se acerca a la sinceridad y la pregunta: «¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?»

Suponen los fariseos que esto de repudiar es un derecho del hombre contra la mujer, y así lo dicen; en el divorcio, que es el repudio de nuestros tiempos, se supone lo mismo, pero no se dice, al contrario, se miente afirmando que ese es un derecho de igualdad entre los dos sexos, como si la igualdad cupiera fuera de la perpetuidad. Esto prueba que en hipocresía y fariseísmo se ha adelantado y que, merced al Cristianismo, aun para rebajar a la mujer, hay que aparentar que se la respeta y honra.

2. Jesús en respuesta les dijo: «¿No habéis leído que Aquel que al principio crió al linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer y dijo: Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por consiguiente, lo que Dios ha unido el hombre no lo separe.»

«Lo que Dios ha unido»; luego el matrimonio es una institución divina. ¿Y cómo lo ha unido? Haciendo uno para una y uniendo a los dos de modo que «no sean dos, sino una carne». No cabe más estrecha ni más estable unión. Dios ha establecido el matrimonio de uno con una y para siempre, pues nadie deja su carne hasta el sepulcro.

3. No contestan los fariseos a Jesús, porque no pue-

den, ni se convencen, porque no han ido a eso, sino a coger al Maestro de moral y derecho en contradicción, y así le objetan: «¿Por qué mandó Moisés dar libelo de repudio y despedirla?» Como se ve, los hombres sólo tratan del repudio de las mujeres, y para abusar de ellas no reparan en abusar de la autoridad de Moisés, suponiendo que él les había *mandado* repudiarlas.

Díjoles Jesús: «A causa de la dureza de vuestro corazón (por vuestra maldad obstinada y terca) os *permitió* Moisés repudiar a vuestras mujeres; mas desde el principio no fué así.» Y a seguida, mostrando su oficio de restaurador del matrimonio, añade: «Así, pues, os declaro que cualquiera que despidiere a su mujer, fuera del caso de adulterio, y (aun en este caso) se casare con otra, éste es adúltero (porque está casado aún con la primera) y el que se casare con la repudiada también es adúltero (porque se casa con la mujer casada).»

4. Ya no parecerá exageración el llamar a las nupcias de los descasados por cualquiera ley civil, *adulterio legal*, y a tales leyes, *leyes de adulterio*, en el doble sentido de cohonestar las uniones adúlteras y adulterar la doctrina de Cristo sobre el matrimonio.

Algunos discípulos dicen: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no tiene cuenta el casarse.»

Y Jesucristo no atenúa la férrea cadena de uno con una y para toda la vida, sino que lo confirma alegando otra virtud mayor la del celibato perpetuo tomado por amor de Dios, y exclama: «El que sea capaz de esto, que lo sea.»

Y dice el Evangelista que en esta sazón le presentaron unos niños para que orara por ellos y los bendijera, y así lo hizo, diciendo a los discípulos que los reñían: «Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos, y de los que son como ellos, es el reino de los cielos.»

¡Qué coincidencias tan providenciales!

LA AUTORIDAD Y LA OBEEDIENCIA EN LA COEDUCACIÓN.

Después de haber dicho algo, de lo mucho que hay que decir, acerca de «la Familia y Dios en la coeducación», pasamos a tratar de la sociedad política bajo igual aspecto y con el mismo fin; y como la cuestión de obediencia y autoridad es fundamental en la educación de individuos y pueblos, y se encuentra ya hace más de un siglo sobre el tapete de los políticos, trataremos de la autoridad y obediencia bajo el aspecto político-pedagógico, que es lo que a nosotros interesa.

Actualidad e importancia de este punto.

Como sin sociedad no hay hombres y sin autoridad no hay sociedad, la cuestión de obediencia a la autoridad es cuestión de vida o muerte para la sociedad. Y esto, que siempre tuvo excepcional importancia, la reviste hoy suprema, por haber doctrinas, bandos y sectas cuyo lema es la revolución por la rebelión, o si se quiere más disimulado, por la libertad sin base religiosa ni criterio moral, que es la libertad sin Dios o liberalista, hija política de la secta racionalista.

Y como de la plaza penetra en las casas, escuelas y tal vez hasta en el templo, eso de la libertad sin Dios, y, por tanto, sin autoridad, y no hay sin obediencia y respeto a la autoridad educación posible, la cuestión de obediencia es, a la vez, cuestión de educación o ineducación, tanto para los individuos como para las familias y los pueblos.

No se puede negar que, tanto en el orden social como en el pedagógico, la cuestión de obediencia a la autoridad es de actualidad y suma importancia.

Necesidad de la obediencia.

El mundo descansa en la obediencia, no en la rebelión. Desde los astros más voluminosos hasta los átomos más imperceptibles, todos obedecen a su modo las leyes que los rigen; no hay ser animado o inanimado que esté fuera de la ley; y por eso el mundo de la materia está siempre moviéndose dentro de un orden inalterable. ¿Podrá el hombre, por ser hombre, exceptuarse de la ley cósmica del orden? ¿Será la única criatura ex lege, el único súbdito sin sujeción, el único ser que no obedezca a quien le hizo, el único que, por tener libertad, no tenga ley ni deber?

O Dios no es Dios, o el hombre carece de derecho para desobedecerle; o el hombre no es criatura, o es menester que obedezca al Criador; o el hombre no es del mundo o ha de estar sometido a ley, como lo está todo el mundo.

¿Pues cómo se ha proclamado para él el derecho a una libertad que no tenga más límites que los que la misma libertad determine? Porque ha supuesto que Dios no existe, que no hay más Dios que el hombre.

En efecto; para que el hombre sea enteramente independiente, a lo ácrata o liberalista consciente y consecuente, es menester suprimir a Dios y divinizar al hombre; dos errores entre sí tan unidos que no pueden separarse, dos disparates mayúsculos, sin los cuales la plena libertad liberalista o anárquica no puede subsistir. El punto, pues, de la obediencia o rebeldía a la autoridad se plantea en estos términos para gobernantes y educadores: «¿Hemos de gobernar y educar a dioses o a hijos de Dios, a seres completamente independientes, o a seres dependientes de Dios y de quienes en su nombre educan y mandan?»

Es cuestión de ser o no ser ateos en el gobierno y en la enseñanza, de ser hijos de Dios o idólatras del hombre.

Antigüedad de esta cuestión.

La cuestión de obediencia o rebeldía no es nueva, se planteó en el Paraíso y se ha perpetuado con el hombre pecador durante los siglos. Dios mandó y fué desobedecido; el gran rebelde Satanás buscó y halló cómplices en Adán y su raza, y desde entonces la vida individual y colectiva de los hombres se puede decir que no es más que obediencia o rebelión, orden o desorden, verdad o error, bien o mal, virtud o pecado; y tan es así que el mundo puede considerarse dividido en dos bandos, que San Agustín, con su talento colosal, sintetizó en dos ciudades: la de los buenos y la de los malos, la de los hijos que obedecen a Dios, su Padre, y la de los rebeldes que obedecen al Diablo, su Amo.

Y estas dos ciudades existen hoy, no solamente en la inteligencia de los sabios, sino en la realidad, y tienen su organismo y poder en la acción gubernamental y educadora de los pueblos

La rebelión del hombre es la negación de Dios.

El hombre que desobedece se rebela contra la autoridad, y de hecho, en aquel caso, la contradice y la niega; y así en toda desobediencia a Dios hay una especie de decidio, por lo que hace a la intención del pecado, sino en la mente explícita del pecador. Pero cuando el hecho se eleva a derecho y el hecho de rebelarse se constituye en derecho a la rebelión, como no hay derecho en frente del derecho, al proclamar el del hombre se suprime el de Dios; y un Dios que no extiende su autoridad sobre toda la creación no es el Creador, no es Soberano Señor y Legislador, no es Dios. El racionalismo liberalista, pues, de hecho y derecho, es el ateísmo, o no es liberalismo.

Claro que quedándonos sin Dios nos quedamos sin autoridad, y quedándonos sin autoridad nos quedamos sin

sociedad, y, por tanto sin educación, orden ni paz; que todo va unido.

Proclamada la libertad atea y racionalista, se acabó la libertad racional y cristiana.

Hay oposición entre la libertad racionalista o liberalista, que proclama el derecho al mal, y la libertad racional y cristiana, que predica la libertad para el bien; la primera favorece la impiedad y la corrupción y perversión del hombre con la licencia; la segunda procura fomentar la piedad y las buenas costumbres conteniendo la libre voluntad en los límites del deber; la primera da suelta a los malos para el mal, y cuanto éstos crecen en sus expansiones, que llaman derechos, otro tanto menguan los derechos de los buenos, pues el derecho a blasfemar es en perjuicio y ofensa del que ama a Dios, el derecho a escandalizar es en contra del hombre honesto y moral, el derecho a infamar es en perjuicio del que tiene derecho al buen nombre, y así en todo lo demás, incluso la educación, que tiene frente a sí el derecho a la deseducación social.

Dad suelta a los presidiarios y veréis desaparecer la tranquilidad y seguridad de los hombres de bien; dad libertad a todos los impíos y veréis suprimida la seguridad y tranquilidad de los hombres piadosos; dad suelta a las pasiones y adiós educaciones. Cuando el error campea por amo, la verdad es arrinconada; cuando el mal goza de todos los derechos, el bien se queda sin ellos, pues aquél muy pronto se hace tirano; cuando la deseducación domina la plaza, la educación la abandona y se mete en casa; cuando la atmósfera está corrompida, corrompe a los que la respiran. Esto es de lo que se ve y se palpa y no necesita demostración.

El sofisma.

Cuentan del mal que todo le está permitido, menos ser justo y veraz, y cuentan del hombre que ha nacido para la verdad y el bien; ¿pues cómo a un ser tan bien nacido se le hace instrumento del mal conocido? Porque no lo conoce, porque con el sofisma se le hacen ver las cosas al revés de como son.

Involucran y confunden (torpemente los torpes, y hábilmente los embaucadores de torpes) la libertad que llaman física (hago lo que me da la gana) con la libertad moral o racional (hago lo que puedo y debo). El liberalismo, en cuanto es el partido de los torpes, confunde el poder con el derecho, el «puedo hacer lo malo» con el «tengo derecho al mal»; y en cuanto es la secta de los ateos maniobrando en el campo de la política, dice: «Hay iguales derechos para la verdad que para el error, para el bien que para el mal; porque uno y otro dependen de la opinión del hombre.»

Si el bien y el mal, la verdad y el error dependieran de la opinión, no habría disparate de palabra ni obra que no pudiera justificarse, con sólo decir que así lo pensaba y quería y hacía el hombre pensante.

¡Y aún dicen que no tienen ni malicia ni torpeza tales bandos ni sectas! ¡Y aún tienen valor los afiliados a ellos para reputarse por la flor y nata de la humanidad ilustrada, por la última palabra del progreso y la educación! Pero, Señor, ¡qué torpe es el hombre y qué listo es el Diablo!

¿Se puede vivir así?

Hemos dicho que el mundo descansa sobre la obediencia, y hoy se pretende que descansa sobre la libertad sin criterio, que equivale a la rebelión o desobediencia sistematizada y garantida por leyes; ¿se puede vivir así?

«A la vista está, pues viviendo estamos—contestan los liberalistas.»

«Es cierto; pero, ¿la sociedad vive del liberalismo o rebeldía, o vive de la obediencia y del buen sentido, a pesar de todas las rebeldías? Cuando el ladrón vive, no vive de lo suyo, sino de lo ajeno; cuando el crapuloso vive, no vive de la crápula, sino de la salud que le dieron seres más puros; cuando el pródigo gasta, no gasta de lo que gana, sino de lo que otro ganó; y así el liberalista y el liberalismo (que es negación de la autoridad y la obediencia) no viven sino a costa de ellas, porque la sociedad, que es infinitamente mejor que ellos, obedece y no se rebela.»

Y buen cuidado tienen los liberalistas que regentan el poder de negar a los de abajo el derecho de rebeldía contra los de arriba; el liberalismo se ha hecho para derribar poderes, no para gobernar; ¿así que en el poder (fuera de cierta clase de derechos, como los religiosos) no hay sino ordeno y mando a nombre de...? La libertad, la nación, etc. (según el mote o ídolo que esté de moda). Pero miremos cara a cara al ídolo, y ya que él pretende destronar a Dios y ocupar su puesto, desnudémosle ante el público, aunque se escandalicen los fariseos e ídólatras.

De tejas abajo.

Quitado lo que en el poder hay de tejas arriba, ¿qué es la autoridad? Vamos a verlo, si no en todos, en muchos casos.

Es el conspirador parlamentario que regentea Ministerios; es el caporal político que capitanea bandos; es el innoble sectario que fragua bloques de conjurados para legislar, v. gr., contra el Evangelio y el pueblo de Cristo; es la montonada de una facción o de unos facciosos que toman el nombre de nación para ir en contra de ella y timarle sus derechos, libertades, creencias y costumbres;

es el hombre (bajo cualquiera disfraz) que se impone al hombre (por cualquiera pretexto) para sus fines particulares.

Pero allí no está Dios (ha sido descontado); allí no está el derecho (ha sido suplantado); allí no está la libertad honrada (ha sido timada); allí no está el orden garantido (todo pende de la voluntad o la fuerza); allí no hay poder respetado (el respeto ha desaparecido); allí no hay fidelidad (ni el pueblo confía en los que mandan ni éstos en el pueblo); allí no hay honor (política e indignidad se han hecho palabras sinónimas); allí no hay obediencia porque no hay autoridad suficientemente grande para ser obedecida (el hombre es demasiado ruin para merecer la obediencia del hombre); allí no hay sino *rebeldía e imposición*.

Y no es una rebeldía cualquiera, sino una rebelión radical, sistemáticamente atea, lógicamente anticristiana y consiguientemente antisocial, antidemocrática, opresora e ineducadora. Por ser rebelión contra Dios, es atea; por ser rebelión contra Cristo, es anticristiana; por ser rebelión contra el Evangelio, que es la carta de los derechos y libertades del hombre y de las sociedades cristianas, es antisocial; por ser rebelión contra los derechos y libertades de los individuos, familias, asociaciones y pueblos cristianos, es antidemocrática; por ser una rebelión que manipula y pretende monopolizar el poder y la fuerza para imponer tales injusticias, es opresora y tiránica; y porque los ejemplos que arriba se dan repercuten abajo, es eminentemente deseducadora.

Ya veis si la autoridad sin Dios vale para algo.

Vale para sentar plaza de rebelde en todo y contra todo, para regresar hacia el paganismo y la barbarie, y para sembrar impiedad, anarquía, desmoralización, injusticia e ineducación, y para imponerlas a la fuerza y con tiranía.

Y hay liberalistas que no lo saben: pero el liberalismo sí lo sabe.

Conclusión final.

La autoridad sin Dios es la autoridad sin autoridad, es la rebelión en contra del principio de autoridad, es un poder eminentemente antisocial, profundamente inmoral y antipedagógico por necesidad.

¿Y el poder político es un Coeducador *de primera*...? ¿El que intenta alzarse con el dominio de las almas, mediante el monopolio de la enseñanza...? ¡Qué sarcasmo!

DE LA FORMA Y FONDO DE LOS GOBIERNOS ANTE DIOS Y LA COEDUCACIÓN

Nada de cuanto es lícito a un buen ciudadano está prohibido a un buen cristiano; por el contrario, todo cuanto es natural y honesto tiene en el Catolicismo apoyo y sanción, y para que ese apoyo sea discreto, se ha encargado la Iglesia de aclarar y discernir lo cierto e indiscutible de lo dudoso, que entrega a las disputas de los hombres, como se verá en los puntos que siguen.

El catolicismo y las formas de gobierno.

Los católicos somos ciudadanos de todos los tiempos, y por eso no renegamos del pasado, del presente ni del porvenir; en el pasado, en el presente y en lo futuro está nuestra Patria, la Patria grande, aquella que abarca a todos los hombres de todos los tiempos, la gran Fraternidad. ¿Quereis idea más grande que la que nosotros tenemos acerca de la ciudadanía? Y porque pertenecemos a todos los siglos bajo todas sus formas, las formas accidentales de gobierno y administra-

CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN

ción nos preocupan poco o nada, en comparación del fondo. Cada pueblo y cada período acepta aquella forma de regirse y gobernarse que más le conviene y place; y con tal que no se salga del derecho divino, nada tenemos que oponerle como hijos de Dios y miembros de la Iglesia; es una sociedad humana que cabe dentro de la Humanidad, es una agrupación de hermanos que entra dentro de la Fraternidad más amplia, que es la Cristiandad. Cuanto es humano es cristiano; ¿quereis más amplitud, más imparcialidad?

Pues ¿cómo tantos hombres opinan de otro modo? Porque hay mucha ignorancia y poca imparcialidad. Abundan los oradores y escritores vulgares; abunda el número de los que oyen, leen y creen a dichas vulgaridades; no escasean los que, por aborrecer la verdad y la justicia, son incapaces de imparcialidad, ni los que aborrecidos y odiados con injusticia, no conservan el juicio sereno; y sobre todo, las luchas de los partidos y los odios y amores de los partidarios levantan tan grande polvareda en el campo de la política (que hoy es el arte de hacerlo y deshacerlo o comprometerlo todo, incluso la Religión,) que son pocos los que tienen calma para distinguir la forma del fondo y para no confundir lo que es accidente de lugar y tiempo con lo que es de todos los lugares y tiempos.

Nos está vedado transigir, no con las formas de gobierno (eso sería pueril), sino con el error y el mal bajo todas sus formas y disfraces, antes, ahora y después (en todo tiempo); aquí, allá y acullá (en todo lugar); con estos, aquellos o los otros (contra todo el mundo). ¿Quereis mayor franqueza ni valentía?

Pero aun en esto de la transigencia en todo lo accidental e intransigencia en lo sustancial, ha de entenderse en lo que se relaciona con el orden religioso, que es el fundamento del orden moral, y por tanto, del orden social y jurídico; pues como ciudadanos de la gran república o reino de Dios, sólo nos incumbe proclamar y defender

las tablas de nuestros derechos de ciudadanía con Cristo, que son los Evangelios; y con ello hacemos a los hombres el servicio más grande que jamás hizo hombre ni pueblo alguno. Sirvan de ejemplo la doctrina y los hechos a favor del principio de autoridad, que pasamos a exponer.

La autoridad y la Divinidad.

Dios ha hecho el mundo y le rige por sabias leyes. y El ha hecho al hombre y le rige por medio de la sociedad y sus leyes. Al hacer Dios al hombre espiritual, le dió libertad dentro de la ley moral, y al hacerle social, le dió autoridad para que pudiera regirse y gobernarse.

La sociedad, pues, no es un ser meramente divino ni meramente humano, es obra de Dios y del hombre en cooperación; concurren a formarla, el hombre con su voluntad, que determina la forma y organismo accidental, y Dios con la tendencia social y la autoridad, que se deriva de El como de su principio.

Ningún hombre tiene derecho a mandar en el hombre, porque no es Dios, y ningún hombre ni reunión de hombres tiene derecho a sublevarse en contra del hombre que tenga poder de Dios, por quien reinan los reyes y legislan en justicia todos los legisladores. Esta es la doctrina católica acerca de la autoridad: la afirma y eleva derivándola del cielo, la temple y humaniza engarzándola en la legitimidad que han establecido los Estados.

No habiendo autoridad que de Dios no venga, todos los que la ejercen son *subalternos* suyos *representantes* y *vicegerentes* de la Divinidad dentro de la justicia. Por consiguiente, «quien resiste a la autoridad resiste al ordenamiento de Dios, y quien resiste a Dios grava su conciencia y se conquista la perdición o condenación». (S. Pablo, Epístola a los Romanos.)

Esta es la doctrina del Cristianismo acerca de la obe-

diencia a la autoridad: nada quita al hombre de su dignidad, y hace sagrado e inviolable el principio de autoridad. Quien manda en nombre de Dios, quien obedece obedece y respeta a Dios en la autoridad; quien manda no manda en nombre propio, sino en nombre del Soberano Universal, de Dios; quien obedece no mira a la pequeñez y miserias del hombre que le rige, sino al elemento divino que le constituye en mandatario del Cielo; quien gobierna no recibe la autoridad para sí sino para bien de los gobernados, y por consiguiente con los deberes, cargos y limitaciones que el derecho de Dios y la sociedad tengan establecidos; quien ha de mandar no es designado por Dios, sino por la sociedad según las formas establecidas, pero el poder viene de Dios, bien al que manda o bien a la sociedad, que le constituye en mandatario de Dios y defensor y rector suyo; que en esto hay dos opiniones.

Muchos han sido los gobiernos, varios los sistemas de gobierno, pero no hay ante la razón y la historia ni una doctrina más racional ni gobiernos más estables, seguros, respetados, obedecidos y garantidos que los que produjo la sociedad cristiana.

El Oriente hizo de los soberanos dioses, y engendró la tiranía y el tiranicidio; el Occidente hace de los soberanos hombres, y engendra la arbitrariedad y el regicidio, con la insubsistencia, la inseguridad y la revolución permanentes o endémicas. Hoy no hay cosa ni más temible ni más despreciable que el poder político; tan pronto lo manda y arrumba todo desde el Capitolio, como rueda arrumbado a puntapiés o bombazos por la roca Tarpeya del menosprecio o del homicidio.

Algunas aplicaciones político-sociales y pedagógicas

1. En cuanto católicos, somos ciudadanos bajo todas las formas de gobierno; pero no podemos ser partidarios de ninguna secta bajo ninguna forma de gobierno.

2. En cuanto católicos conscientes, somos obedientes a Dios y a cuantos ocupen lugar de El en la dirección de los pueblos, y por tanto, no podemos ser protestantes o rebeldes, ni en religión, ni en política, ni en educación.

El racionalismo es un protestantismo total, como el protestantismo es un racionalismo inicial, y ambos son la contradicción de la fe y la razón, y por tanto eminentemente anticristianos, antipedagógicos y antipolíticos.

3. Como católicos, hermanamos razón y fe, y así resolvemos el problema intelectual (que comprende la educación del pueblo), y armonizamos la autoridad con la libertad y resolvemos el problema político-social, «que hoy agita a los pueblos» sin que se vea la solución.

4. Como católicos sociales, queremos librar a la sociedad de la tiranía y a la autoridad de la anarquía, y lamentamos que la rebeldía imposibilite la obediencia y que la anarquía no tenga otra barrera que la de la violencia. ¿Por qué solamente en los cuarteles se ha de fabricar el orden? ¿Por qué ha de ser tan costosa como insegura y violenta la paz? ¿Es que la sociedad ha degenerado tanto que no puede seguir de pie sin los puntales de millones de bayonetas? ¿Es que en las ideas, en las costumbres y en las Escuelas reina la anarquía, y la autoridad se ha refugiado entre policías y soldados? Si esto es así, ¿dónde está el principio de autoridad? ¿qué se ha hecho de la unidad de las inteligencias en las ideas fundamentales? ¿qué de la pedagogía social? Responded anarquistas de todos los colores y tamaños, contestad, coeducadores del error y la rebeldía.

Conclusión final.

Como Coeducadores católicos e imparciales, podemos afirmar que lo que aún resta de unidad en las ideas fundamentales acerca del orden y de la educación, no es debido a protestantes ni racionalistas, sino a los principios sociales y tradicionales del Catolicismo conservados por

una feliz contradicción en esos mismos pueblos de la herejía y apostasía religiosa; pues piensan, viven, gobiernan y educan a lo católico, sinó en todo en gran parte (1).

ALGUNAS OTRAS DEDUCCIONES PEDAGÓGICAS.

De las Hojas anteriores deducimos que:

1.º No habiendo poder o autoridad verdadera que de Dios no venga, tampoco hay desobediencia ni falta de respeto para con ella que no sea una doble falta, para el cristiano y para el ciudadano; pues se ha faltado a Dios, de quien la autoridad procede, y se ha faltado a la sociedad, en quien la autoridad comunicada de lo alto reside.

Quien lo contrario enseñe, será un mal Maestro y un mal ciudadano.

2.º Para educar en el respeto a la autoridad, que es la obediencia del corazón, menester es tener de aquella una idea cabal, que es la idea cristiana. La autoridad resulta de la unión del elemento divino con el elemento humano; si restais cualquiera de estos dos elementos, mutilais el poder, y haceis de él, o un ídolo, como los orientales y mahometanos, o un monigote, como los modernos occidentales liberalistas.

3.º No seamos, educando ni gobernando (que es educar por hechos de gran resonancia), ni regalistas, que quisieran hacer de reyes cristianos sultanes disfrazados, ni liberalistas, que intentan hacer de la autoridad una

(1) De ejemplo sirva Inglaterra, que teológicamente se hizo protestante y políticamente se conservó en cierto modo católica, con sus instituciones y costumbres antiguas, sus libertades municipales tradicionales, su descentralización, etc., etc. Todo lo contrario de lo que han hecho Francia y los Estados montados a la galicana.

creación meramente humana nacida de la voluntad libre del hombre. El hombre es demasiado grande para obedecer a otro hombre, llámese como se llame, y demasiado ruín para alzarse con el derecho de dar leyes obligatorias, llámense como se llamen.

4.º ¿Por qué la obediencia se ha retirado a los cuarteles? Porque allí hay quien manda. ¿Por qué la autoridad se impone desde los cuarteles? Porque en otra forma no es obedecida. ¿Por qué aumentando los que escriben y leen y enseñan y aprenden, crece en proporción el número de los que pegan? Porque la ilustración y la enseñanza sirven menos para conservar la paz y el orden que la leña. ¿De suerte que la educación de la ordenanza vale más que la de los periódicos, y la de la policía es más práctica para imponerse que la de la escuela? ¿No es esto una vergüenza?

¿No es una ignominia para la libertad y la civilización?

Lo será; pero el mal no tiene otro remedio; dada la anarquía en las inteligencias, queda la ordenanza militar encargada del orden.

Ahora, Coeducadores, pensad en donde está la causa del desorden moral de naciones, y en dónde la necesaria calamidad de tener toda la juventud armada y acuartelada; pues a menos costa no hay orden.

5.º Pensad también en si el Estado liberalista es Estado o una calamidad. Para ello, sabed que la autoridad no se concede para proteger a malhechores (sean literarios o corsarios), sino para bien de la sociedad. Está pues fuera de sus atribuciones el dejar corromper a la sociedad, sea por medio del periódico, del teatro, de la novela, del escándalo y la licencia bajo todas sus formas y disfraces. Cuando un Gobierno (o apellidándose tal) garantiza la libre perversión, es el primero y más terrible enemigo de la Patria. En tal Estado, enseñad, Maestros; moralizad, Curas; educad, Padres; que a las puertas de vuestras escuelas, templos y casas están los antieducadores respetados y garantidos por el Gobier-

no. También la libertad tiene sus tiranías y todos los tiranos necesitan víctimas. Ni vosotros ni vuestros educandos merecen el respeto que un periodista o un cómico; es menester que vosotros sucumbais para que ellos vivan.

6.º No creo en el poder absoluto de los reyes que fueron, desde que se llama libertad al poder omnímodo de los gobernantes temporeros que hoy son, esto es, de los profesionales del arte de gobernar que apellidan políticos. Pues entendiendo hoy por política el derecho de atreverse con todo, ya por medio de leyes, ya por medio de decretos, ya por medio de papeles y alborotos, ya por medio de cuarteladas, ¿qué hay en el mundo que esté seguro? ¿No son los políticos, en sus diferentes colores y matices, los que se atreven con todo? ¿Qué rey llegó jamás a tal audacia? ¿Qué poder hubo sobre la tierra que fuera ni más absoluto ni menos responsable?

Con las grandes mentiras se forman los embusteros al por mayor, y esto es opuesto a la recta educación de individuos y pueblos.

7.º Si el liberalismo es la apostasía política, en cuanto es el racionalismo legislando y gobernando, y la apostasía consiste en renegar de Jesucristo y su Evangelio, nos hallamos, después de veinte siglos de Cristianismo, como en tiempo de Juliano el Apóstata, como en tiempo de Constantino y Licinio, ya que no en tiempos de Nerón o Diocleciano.

Y sobre esta regresión o apostasía sociológica hay que poner sus productos, y entre ellos: 1.º la crisis de la autoridad; 2.º la crisis de la sociedad; 3.º la crisis de la libertad; 4.º la crisis de la educación; 5.º nacidas o derivadas principalmente de la crisis religiosa, que es la crisis de las crisis promovida por la pseudo-reforma y continuada por la simio-reforma de la revolución a la francesa.

Que conste así, y una vez mas se demuestre que Jesucristo es el Salvador del mundo, y los que contra El

van son demoleedores y perversores, llámense cristianos o paganos.

8.º Cuando el mundo se halla dividido en dos bandos, uno cristiano y otro pagano, el cristiano se une con los cristianos y busca en la conciencia individual y social el apoyo que no halla en la autoridad pública, y entonces su misión educadora tiene necesariamente que ser opuesta a la de sus enemigos, que son los enemigos de Dios y su Cristo, de la Iglesia y sus pueblos. Cuando el Estado es enemigo de la Religión, la dirección de la instrucción pública será orientada hacia el laicismo o ateísmo; y viceversa deberá ser la orientación de la escuela cristiana.

Veamos, pues, cómo debemos educar.

9.º Para educar es menester autoridad indiscutida con poderes no regateados ni por los alumnos ni por los padres y coeducadores. En el ejercicio de este poder se necesita tanta discreción como veneración y respeto: que el que educa no se exceda; si se excede, que no se le desautorice ante los alumnos; si se le desautoriza, que se retire, porque ya está inutilizado para su ministerio. Censurar a los Maestros ante los alumnos, es perjudicar a los alumnos y Maestros.

10 La paz de la familia, del pueblo, de la escuela, de la sociedad, depende de que haya o no haya autoridad, y la autoridad más pronta y enérgica es la que produce más paz y alegría. La autoridad que tarda en castigar o castiga sin escarmiento, tendrá que castigar a todas horas y por siempre, y así ni se puede gobernar ni educar, porque todos se hallarán descontentos, quien manda y quien es mandado.

¿Queréis ser queridos? Castigad con serenidad y energía, y olvidad enseguida el delito y el castigo impuesto.

11. Ante los hábitos de independencia que por doquier se notan, conviene someter a obediencia y disciplina a cuantos se educan lo más antes posible, y por el mayor tiempo posible. Las fieras se doman de pequeñas,

los árboles se enderezan de tiernos, el hombre ineducado hasta los diez años, ineducado quedará para siempre.

12. ¿Y la voluntad, no perecerá bajo el peso de la autoridad? ¿Cuánto mejor no sería convencer y persuadir antes que mandar? Al principio de la vida no hay inteligencia, ni razón, ni por tanto posible convicción ni persuasión, y si hasta los 15 o 18 años no se ha de educar mandando, cualquiera logrará someter, después de los veinte años, a una fiera mayor.

La obediencia como la rebelión son hábitos que se adquieren muy pronto, antes de los cinco años, y hábitos malos forman la desesperación de los educadores y la perdición de los educandos.

13. El que manda que no se desmande, y una vez que mande, que no se desdiga, ni en lo poco ni en lo mucho, ni en lo útil ni en lo inútil; porque el respeto y la obediencia a que se aspira, siempre tienen mucha importancia y son de grande utilidad.

14. Educad más bien con rigor que con mimo, más bien por la obediencia que por el sentimiento, y cuando tengais base de hombre obediente y entendido, acabad y rematad con la dulzura lo que comenzó por la dureza.

15. Ser *severo* en el mando no significa mandar *mucho*, sino *poco y bien pensado* y al pie de la letra *cumplido*; y esto conseguido, queda ancho campo para el ejercicio de la *libertad* y la expansión. La falta de autoridad llena el hogar de disgustos; el exceso de libertad pára en servidumbre, y el exceso de autoridad produce el odio o el menosprecio

Conclusión final.

Al hablar de la obediencia a la autoridad, no se debe olvidar que el mundo ha sido redimido y santificado por el Salvador, y las obras de Jesucristo se parecen a El en el doble aspecto de su persona, pues así como El es Dios

y Hombre, sus obras son divinas y humanas. Y esto sucede con la autoridad constituída según el Evangelio: comunica al hombre mortal algo de la divinidad e inmortalidad, al hombre pequeño y ruín algo de la grandeza y majestad de Dios, al hecho legal algo que le sanciona y consagra con el óleo santo de la legitimidad, en suma, al hombre de la Patria le hace hombre de Dios; esto hizo en otro tiempo, esto haría en todo tiempo, si los hombres no tuvieran el loco y funesto empeño de regirse sin Dios, que es lo mismo que estar a merced del Diablo.

Para cristianos medianamente instruidos es doctrina corriente, y hasta axiomática, que quien no es de Cristo es de su contrario; para los ultrapaganos, o racionalistas, no hay más diablo que el hombre, y a él atribuyen esa maldad suma de hacer el mal por el mal, de odiar a la autoridad por ser autoridad, de destruir por destruir, matar por matar y revolucionar y trastornar porque sí.

A nosotros, Coeducadores, nos incumbe ser humanos en ideas y en obras, y debemos pensar y educar a cristianos como cristianos y no como renegados, como hombres y no como fieras dañinas.

Por tanto: 1.º Lo que, bueno o malo, no quepa en el modo de ser del hombre, lo explicaremos por causas que basten a producirlo y sirvan para explicarlo.

2.º Y así decimos que, cuando gobiernos y pueblos prescinden de Dios, Dios prescinde de ellos.

3.º Que quienes desde el poder son anarquistas en religión, merecen que los anarquistas les apliquen la ley del talión. Que es la ley de la Historia y la historia de toda rebelión.

LÍMITES DE LA OBEEDIENCIA AL ESTADO EN LA COEDUCACIÓN.

Es propio de los cristianos el obedecer y sin escatimar la obediencia ni los respetos, porque son hijos de Aquel que, «siendo Dios, se hizo hombre y hombre obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Pero no hay virtud que sin discreción no pueda convertirse en pecado, y el obedecer a cualquiera y en lo que quiera es *servilismo*, como resistir a la autoridad, cuando no procede, es *rebeldía*. Para ser pues, en esto como en todo, buenos cristianos, es menester ser discretos, y para ser obedientes discretos conviene observar las reglas siguientes, derivadas de este principio :«Al cristiano sólo le está vedado lo que es pecado.»

Por consiguiente: 1.º Jamás podrá hacer aquello que nunca puede ser bueno, por ser intrínsecamente malo, como el perjurar y apostar.

2.º Tampoco podrá hacer lo que sea malo por las circunstancias, mientras estas no cambien hasta hacer lícito lo que era ilícito.

3.º; Fuera de esas dos limitaciones, el súbdito puede hacer lo que el Estado le mande, aunque no estará obligado a obedecerle, sino cuando le mande con autoridad legítima, en cosas de su competencia y en la forma debida.

No hay obligación de obedecer a^o quien no tiene derecho a mandar; y cuando el poder evidentemente es legítimo, y ordena lo que está claramente fuera de sus atribuciones, o lo manda o exige faltando a las leyes de garantía que prescriben el modo, entonces no hay obligación de obedecer, porque el hecho de mandar no es el derecho a mandar.

Pero en caso de duda, la presunción está a favor de la autoridad, el hecho suple al derecho y el bien de

todos se impone a las conveniencias de algunas familias o particulares. (Veáse título 3.º, lib. 2.º, tomo 1.º, del Derecho Eclesiástico, por A. Manjón.)

Deducciones pedagógicas.

1. Es regla de educación cristiana obedecer a Dios en todo y por todo, y a los hombres con discreción y medida. Y esa regla hay que aplicarla en la obediencia a la autoridad política.

2. También es regla de prudencia cristiana, derivada de la anterior, no confundir la obediencia con el servilismo, ni el amor a la libertad con la rebeldía.

3. Pero cuando en la sociedad hay el contagio de la rebelión, la prudencia aconseja precaverse con la medicina contraria, que es la sumisión u obediencia.

4. Y en todo caso, no se puede olvidar que el hombre es más propenso a vindicar derechos que a cumplir deberes, y sobre todo, el deber de obedecer.

5. Ni debemos desconocer que la enfermedad revolucionaria es ya endémica y se halla infiltrada en la sangre, por la cual hay que ponerse más en guardia por medio de una recta educación cristiana.

6. Máxime sabiendo que las doctrinas liberalistas dominan en los Estados y éstos las imponen o secundan, por lo cual el instinto cristiano dice que el enemigo está en casa y tiene las llaves y las armas y recursos de casa. ¡Cuánta discreción y virtud no se necesitan para en tales circunstancias saber obedecer y saber resistir en virtud de una obediencia superior, que es la que debemos a Dios y a nuestra conciencia asegurada por el testimonio de la Iglesia!

7. De esta lamentable situación surgen a cada paso conflictos entre los dos soberanos Coeducadores, la Iglesia y el Estado, entre la conciencia y la fuerza, el cristiano y el súbdito, la paz de las almas y la opresión de los cuerpos; ¿cuál debe prevalecer?

Conclusión final.

Llevadas las cuestiones de educación al terreno de la política de batalla, y entendiendo por política doctrinal la anarquía intelectual, y por derecho del docetismo político el monopolio de la enseñanza a favor del Estado y el obstruccionismo y anulación, y aun confiscación, de las escuelas cristianas; el Educador cristiano, que no quiera ser un servil adulator de la tiranía más odiosa, que es la que se ejerce sobre las almas, y las almas de los niños y adolescentes, debe enseñar y defender y practicar la libertad académica de enseñanza. Hacer otra cosa, es desobedecer a Dios para obedecer a los hombres, es faltar a la verdad y la justicia por servir a la libertad liberalista.

LAS DOS SOBERANÍAS DE LA COEDUCACIÓN.

Una de las pruebas más grandes de incultura social y política es que hay muchos hombres, y hombres bautizados y con letras y aun carteras, que ignoran que en el mundo existen desde hace veinte siglos dos Soberanías organizadas, sobre las cuales se mueve y descansa el orbe cristiano. Esas dos Soberanías, que coexisten en el mismo territorio, actúan sobre los mismos hombres, se ayudan recíprocamente y recíprocamente se limitan y moderan, son la Iglesia y el Estado Soberanos e independientes.

Dichas Soberanías no pueden sumarse, porque son heterogéneas: son diferentes por el origen y el fin, por las propiedades y dotes, por el objeto y los medios, y hasta por la forma de su gobierno. Jesucristo en persona constituyó la Iglesia Soberana, señalándole como fin

la salvación de los hombres; para lo cual la hizo Maestra autorizada e infalible de la verdad religiosa que santifica y salva; le dió unidad y universalidad, haciéndola una y católica, esto es, la misma para todos los hombres de todos los tiempos; la hizo espiritual y santa, para que atendiera y santificara las almas; le dió su auténtica divina sellándola con las profecías y milagros, que son el sello auténtico de la omnipotencia de Dios; le prometió la perpetuidad e indefectibilidad hasta el fin del mundo, para lo cual le dijo que «Él estaría con Ella»; la impuso como necesaria, de tal modo que labra su condenación quien conscientemente no la obedezca; y para que pudiera vivir y obrar como una verdadera República de ideas santas y de moral santa, una e idéntica a sí misma en todos los tiempos y en todos los países, incorruptible e infalible, la hizo independiente o Soberana. De otro modo, si la hubiera sometido al Estado, la Iglesia no hubiera sido Iglesia, esto es, la Sociedad espiritual y santa de las conciencias, sino un organismo burocrático o dependencia política.

Jesucristo, pues, hizo a la Iglesia Soberana o independiente, porque, o debió hacerla así o no hacerla. Suponed al Estado mandando en ella; como éste suele ser enemigo o rival de la Iglesia, no podría establecerse ni conservarse ésta donde aquél se opusiera. Suponedla establecida y dependiente del Estado; como éstos son tantos, habría tantas Iglesias como Estados, y no «una sola Iglesia Católica», etc., etc. Todo esto no lo ignora quien sabe el Catecismo cristiano. (Véase Soberanía de la Iglesia, por A. M.)

Como nunca la Iglesia ha negado la independencia del Estado, ¿para qué probarla? Lo que interesa es sacar las consecuencias de esta doble Soberanía, por lo que hace a la educación social y magisterial.

Conclusiones.

1. Estando la Sociedad cristiana (al revés de la pagana) constituida sobre esta doble Soberanía eclesiástica y civil, todo atentado en contra de cualquiera de esas dos Soberanías es un atentado en contra de la Sociedad cristiana y un retroceso hacia el paganismo. El regalismo es un error pagano.

2. Como de esta doble Soberanía nacen leyes, gobiernos, atribuciones, administraciones y organismos independientes; quien legisla, gobierna, juzga, administra y educa sin tener en cuenta la legislación, gobierno, juicio, administración y organización de la otra Soberanía, falta al respeto y obediencia debidos a la Sociedad cristiana y a su cultura y civilización: es un bárbaro. El regalismo es la barbarie.

3. Como esta división de poderes es base de la Constitución de los pueblos cristianos, quien legislando, gobernando, educando, etc., desconoce esa doble Soberanía, es enemigo de la Constitución de los pueblos cristianos, es un rebelde en contra de la ley fundamental de los pueblos más cultos: es un insurrecto. El regalismo es el filibusterismo.

4 Siendo en pueblos cristianos doble el poder soberano, pues hay Iglesia independiente y Estado independiente, y procediendo de Dios esta doble Soberanía, que Jesucristo sancionó y la historia de la civilización ha comprobado; quien contra esa división de poderes soberanos se rebela, es un mal cristiano y un mal ciudadano, y quien desde las alturas del poder o desde la mesa de una redacción o desde los escaños de una cátedra enseña lo contrario, es un perturbador social y un antieducador, un civilizador al revés: un reformador y Maestro de los de hacia atrás

5. Cuando el humo de la pólvora se haya desvanecido y la embriaguez del espíritu producido por el mosto

de ideas mal digeridas haya pasado, conocerán los hombres de la libertad lo desacertados que anduvieron al quitar a Jesucristo del trono de los pueblos libres para poner en su lugar el ídolo del Cesarismo, que es el paganismo en la política.

6. Y cuando estos hombres de la libertad liberalista (vulgo liberalismo) se enteren de que han sido sus mayores enemigos, y estos fabricantes de Constituciones a tiros y a votos se enteren de que por medio de sus constituciones impregnadas de racionalismo pagano han desconstituído el pueblo cristiano, se arrepentirán (o dejarán de ser humanos) de su arbitrariedad y ligereza, de su inconsciente absolutismo y de su ignorancia imponderable.

7. Por lo que hace a los católicos independientes e ilustrados, no deben educar ni gobernar como Césares paganos, fieras que mataban a inocentes cristianos; ni poner por modelos a los Césares de Bizancio, eunuocos degenerados que secuestraban los pueblos a la unidad de la Iglesia; ni a los Césares de la reforma, monstruos sin delicadeza tan esclavos de la lujuria como confiscadores de la hacienda ajena; ni a los Césares sacristanes del jansenismo y regalismo, cabezas redondas dentro de las cuales sólo cabía una idea, la del poder absoluto redondeado con los derechos retenidos a la Iglesia; ni a los Césares de nómina o de quita y pon, toma y daca poderes, decadentes como los bizantinos, avaros como los protestantes, taimados como los jansenistas, absolutos como los regalistas, y, en ocasiones, crueles como los romanos de la decadencia y, como ellos, juguetes de las turbas, sectas, camarillas y de los pretorianos y bandos, poderes efimeros, alocados y turbulentos, que un día lo destruyen o comprometen todo, y al día siguiente ya han pasado y cedido su puesto a otros y otros Legisgadores, Gobernantes y Educadores Supremos... (1).

(1) No es serio pensar que todos valen para reinar y que basta la

LA HUMILDAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Lá humildad es la verdad.

He dicho, y voy a repetirlo, que del principio y fin del educando ha de tomar norte y guía el Educador, y que es vana la Pedagogía que, tratándose de los más menudos detalles de la enseñanza, omite estas verdades fundamentales, sin las cuales será aquella un apaño, pero no una ciencia. (Hojas 16 y siguientes.)

Los pedagogos cristianos tienen resuelta esa trascendentalísima cuestión en las primeras palabras del Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra.» Y a partir de aquí, enseñan: 1.º Que sólo hay un Ser Eterno. 2.º Que todos los demás seres han sido creados por el Ser Eterno.

Bastan estas dos verdades para inferir de ellas esta tercera: «La humildad es la verdad»; porque, ¿quién se va a enorgullecer de lo que no es suyo?

1.º Que hay un Ser Eterno, necesariamente eterno. que no pudo tener principio ni puede tener fin, nos lo enseñan la razón y la revelación. Recordemos aquel entimema: Existe algo; luego siempre existió algo. Por lo mis-

movilidad o cambio frecuente para moderar el poder, pues esto es poner los intereses de todos en manos de cualquier administrador, y para remedio de este mal, contar con la agravación del mismo, o sea, con el cambio de administrador todos los años, y aun cada trimestre.

Siendo ese el hecho, considerad ahora la educación patria en manos de tales y tantos improvisados Educadores supremos, y con la educación, la Constitución y todo el modo de ser de los pueblos cristianos, pues con todo se atreven estos soberanos temporeros que por arte de biribirloque rigen y gobiernan o regentean los pueblos.

Nunca el poder soberano ha estado en manos tan inexpertas; nunca los que le han ejercido han sido más ligeros, audaces y temerarios; nunca la sociedad se ha visto tan desprovista de gobierno.

mo que la nada es eternamente infecunda, se infiere que hay un Ser Eterno.

Este Ser Eterno es Dios, quien a sí mismo se define diciendo por Moisés: «Yo soy el que soy», definición sencilla de una verdad honda, pues quiere decir que es el *único ser a se*, el único de los seres que no ha recibido el ser de otro ser, el que no tuvo principio y fué principio de todo cuanto existe fuera de El, el que no se hizo e hizo todas las cosas, el que no comenzó ni cambia ni varía, sino que es siempre idéntico, el *Eterno Necesario*.

2.º Todos los seres creados de su cosecha son la nada; si no por la creación serían nada, eternamente cero; y como el ser es la base y fundamento de todas las perfecciones, sin la bondad y poder de Dios que los creó, nada serían mi poder, mi querer, mi obrar, mis movimientos y todas mis cosas. «Mi sustancia es como nada ante Dios», dice David (Salmo 38.)

3.º Pensar y sentir de sí lo que el hombre es, eso es la verdad y eso es la humildad. Si pues es verdad que mi patrimonio era la nada y que a Dios debo el ser y todo lo que en el ser se funda, ¿cómo es posible ser orgulloso? ¿Cómo es posible dejar de ser humilde sin dejar de estar acorde?

La humildad, pues, es la verdad, porque es la expresión justa de la realidad.

Y el orgullo es la locura, por no decir la maldad, porque es la expresión de una falsedad, de una mentira.

La humildad verdad es fundamento de la virtud, es la virtud capital.

1.º Fundándose la humildad en el ser esencial que de suyo tiene Dios y en la nada que de mí tengo, no sería yo hombre bueno si a Dios no amara como a principio de mi ser, como a Padre mío; no sería yo hombre reflexivo y pensador, si a Dios no reverenciara por la exce-

lencia de su ser; no sería yo humano ni justo, si a Dios negara el tributo de mi adoración y alabanza; no tendría corazón agradecido, si a Dios no agradeciera los bienes que con el ser me ha dado y ofrecido; carecería de instinto, del instinto de lo divino, si como criatura no acudiría confiadamente a la providencia de mi Dios por medio de la oración; carecería de sensatez y buen juicio, si a mi Dios y Señor desobedeciera y contra El me rebelara; negaría su ser y mi ser, no estaría en mi lugar, si en algo antepusiera mi pensamiento al suyo, mi voluntad a la suya, mi gusto al suyo, mi gloria a la suya, mi honor a su honor, mi querer al deber que para con El tengo en todo y por todo lo que de El he recibido y estoy recibiendo...

Resulta, pues, que el amor, reverencia, adoración, alabanza, agradecimiento, oración, obediencia, acatamiento, fe, honor, esperanza y gloria que a Dios debe el hombre, tienen por fundamento los fundamentos mismos de la humildad.

Quita la humildad y se acabó la Religión. Y también la recta educación, que es la formación del hombre según verdad.

2.º Y no solamente es la humildad el fundamento de las virtudes que dicen relación a Dios, sino de las que dicen relación al hombre. Puesto que nada somos sino lo que ante Dios somos, menester es medir nuestro ser, nuestro pensar y sentir y obrar por esta verdad. Y así, sabiendo que Dios es el Ser infinito y todo lo demás es como la nada en su presencia, jamás deberé dislocar o transtornar el orden de las cosas, amando más a las criaturas que al Creador y confiando más en ellas que en El. Y sabiendo que todos los hombres procedemos de Dios, a todos respetaré y amaré, en cuanto obras tuyas y en el orden trazado por su sabia y amorosa providencia. Me amaré y respetaré, que bueno y justo y debido es respetar y amar lo que Dios me ha encomendado y ordenado para su gloria y mi bien. Y esta mi propia estima esta-

rá exenta de todo amor propio y orgullo, porque amo y respeto en mí la obra de Dios.

Y lejos de mí las quejas porque a otros haya dado más que a mí. ¿Me debía acaso algo? ¿No sabrá Dios distribuir sus dones? ¿No es libre para darlos a quien le plazca? Yo estoy contento con mi suerte y agradecido y conforme y resignado con todo lo que El disponga. El mundo es grande, los obreros muchos, las ocupaciones varias, las vocaciones distintas, las aptitudes diferentes; que cada uno siga su llamamiento y hallará en él su ventura; yo seré bastante discreto para respetar las jerarquías, sin las cuales no habría orden en el mundo.

De aquí nacen la alegría de la vida, la paz de la conciencia y la paz entre los hombres de buena voluntad, el amor, respeto y obediencia a la autoridad que representa a Dios, y el amor a todos mis semejantes, y la igualdad y fraternidad sentidas y practicadas en Dios y por Dios, Padre de todos; de aquí la dulzura, amor y buen trato para los pobres y dependientes, quienes ante Dios son mis iguales y quizá superiores a mí por su humildad; de aquí la humanidad y buen trato o urbanidad nacida de la convicción honda que tengo de que en nada soy más que un hombre, esto es, un miembro de la humanidad creada por Dios.

La humildad, pues, es condición de una buena educación.

La humildad es la rectificación del orgullo

1.º Cuentan de César que, presenciando el pugilato de dos caciques que se disputaban el gobierno de una aldea, dijo: «Más quisiera ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.» Sin ser grandes como César, son todos los hombres (no humildes) pequeños como él en eso de mandar y querer sobresalir. En cada Escuela podréis hallar tantos Césares como muchachos, en cada Congreso tantos cesarillos como congresistas, en cada Ministerio

tantos como Ministros, en cada Municipio tantos como caciques, *et sic de caeteris*: todos queremos ser los primeros, todos nos reputamos por Césares.

¿Es tal deseo realizable? ¿Es tal pretensión sana? ¿Es tal ambición justa y honesta? No; que es una manifestación elocuente de que nuestra naturaleza se halla torcida y maleada por la soberbia. Juzguémoslo poniendo en parangón la humildad que rectifica al orgullo del hombre.

2.º La humildad no sólo es la verdad y el fundamento de la justicia, de la religión y de la sociedad, sino que es la rectificación de nuestra naturaleza en lo que tiene de más funesto, que es el orgullo. El orgullo es la antítesis de la humildad. Pensar y sentir de sí como es, es la verdad y la humildad; pensar y sentir de sí más de lo que es, y hasta como el primero de todos, es el error y el orgullo o soberbia.

Reconocer a Dios como fuente de todo mi ser y de todo ser, y rendirle por lo mismo amor, reverencia, adoración, gratitud, oración, obediencia, fe, gloria y honor, es profesar verdad y humildad; desear que Dios no existiera u obrar como si Dios no hubiera, no teniendo en la mente y el afecto, en las palabras ni en las obras más que el yo, el yo sobre todo, el yo siempre y en todo, es el error y el orgullo, es el egoísmo o culto idolátrico del yo sustituyendo al culto del Dios verdadero.

La humildad ama y respeta las jerarquías, que existen en todo, la autoridad, ley y orden que de Dios proceden, desecha la envidia, se contenta con su suerte, a nadie odia, a todos quiere y los considera como hermanos, incluso a los criados e inferiores, a quienes trata con suavidad y dulzura, y es urbana, atenta, humana, sociable; mientras el orgulloso aspirando a ser el primero, desprecia u odia las jerarquías, la autoridad, la ley y el orden, es envidioso y descontentadizo, no sabe amar sino a sí mismo, y así a nadie ama, a ninguno de hecho considera como igual ni como hermano (él es más que todos), y sí

la educación le impone el aparecer modesto, es porque los hombres no pueden sufrir ni tolerar las manifestaciones del orgullo, no porque la modestia sea en él otra cosa que una artística caricatura de la humildad, virtud que es incapaz de sentir.

La humildad pone su trono en la virtud, y la virtud en la consideración de la nada que de sí tiene el hombre; y el orgullo toma como pedestal cualquiera cosa, el nacimiento, la riqueza, la figura, el talento, la palabra, hasta lo que debiera avergonzarle, como el vicio, el impudor y la sinvergüenza.

La humildad exalta el alma dándole por base, fin y medio a Dios; el orgullo rebaja al hombre dándole por base un engaño o falsa realidad, señalándole por fin una ilusión difícil o imposible de realizar, y por medios para conseguirlo cualesquiera, incluso la adulación, el servilismo, la venta de su palabra y de su conciencia, no reparando ni en la mentira y el engaño ni en la misma muerte. ¿Qué han sido y suelen ser las guerras chicas y grandes sino arrojos de uno o más que aspiran a hacerse notables matando, alborotando o mangoneando?

La humildad es la virtud del sacrificio que llamamos abnegación, y, por tanto, es la antisoberbia, el contra-orgullo, la antítesis del egoísmo, que consiste en no sacrificarse por nada y en sacrificar a la humanidad entera a sí mismo. Por donde se ve lo buena que la humildad es y lo malo que es el orgullo, los bienes que la educación cristiana acerca de la humildad produce y los males que la soberbia anticristiana es capaz de producir.

Conclusión.

Las conclusiones son muchas; por ahora notemos que la humildad, según lo dicho, no es una virtud de los conventos, es una virtud que necesita el hombre en todos los estados y situaciones, una virtud sin la cual la sociedad

no puede vivir y ser dichosa, pues sin humildad es imposible la jerarquía, que es una serie de gradaciones, unas más altas y otras más bajas, que se necesitan y dependen entre sí, y todas necesitan de la humildad, ya para conformarse con el lugar, si es inferior, ya para hacerlo aceptar, si es superior. Sin esta virtud, la jerarquía no es más que tiranía desde arriba y rebelión desde abajo, un odio que desciende o asciende, nunca el orden tranquilo apoyado en la conciencia convencida y persuadida

DEDUCCIONES Y APLICACIONES PEDAGÓGICAS.

1. Siendo la humildad la expresión y sentimiento de la verdad, si educamos en la humildad habremos educado en la verdad; y siendo el orgullo la falsa idea y el falso sentimiento de lo que somos respecto de Dios y de los demás seres, si combatimos el orgullo, combatimos un funesto error, el más funesto de los errores, por ser la fuente de mayores males.

2. Siendo la humildad consecuencia inmediata de las verdades más hondas y trascendentales del orden filosófico y teológico, es una virtud honda y trascendental en sumo grado, es una virtud capital y decisiva en la educación de individuos y pueblos. Pongamos tanto interés como en sí tiene, en hacer hombres humildes, si queremos hacer hombres religiosos, justos y buenos, pues quien es humilde está en aptitud de ser buen hijo de Dios, bueno para sí y bueno y justo para con los demás.

3. La humildad, por ser la verdad y el fundamento de la piedad, de la justicia y la bondad, nos hace gratos a Dios y a los hombres, y el orgullo por el contrario; optemos, pues, por la escuela santa del amor y del respeto, de la religiosidad y la sociabilidad, o, por el contrario,

esto es, hagamos hombres humildes u orgullosos. No se da medio.

4. La humildad es la rectificación del hombre torcido por la soberbia; elijamos, pues, entre hacer: hombres rectos u hombres torcidos (al hacer hombres humildes o soberbios); hombres modestos o inmodestos, hombres piadosos o impíos, hombres obedientes o rebeldes, hombres respetuosos o irrespetuosos, hombres de orden o del desorden, hombres contentos o descontentos, hombres que a todos aman u hombres que a nadie aman, no siendo a sí mismos, hombres sin envidia o llenos de envidia y odio, hombres hermanos o hermanos del diablo que se gozan aborreciendo y destruyendo; hombres que consideran a los inferiores como iguales o los que en su orgullo no admiten igual porque se se reputan por los más altos y dignos, por los primeros; hombres de suave y dulce trato o de áspero gesto y hoscos modales; hombres urbanos y atentos o inurbanos y desatentos; en suma, hombres educados de verdad o verdaderos ineducados. No se da medio.

5. La humildad pone la grandeza en la virtud, y el orgullo en fruslerías, ya del nacimiento, ya de la riqueza, ya de la hermosura, ya del talento, ya de cosas aun menos estimables, menos suyas y menos insubsistentes. Por tanto, educar en el orgullo equivale a educar en la fruslería, en la falsa realidad, en la engañosa apariencia del valor de las cosas y las personas; por lo cual no hay seres más vanos que los orgullosos; son la personificación de la vanidad; son globos, son burbujas hinchadas de viento.

6. La humildad es la forma simpática del amor, de esa pasión grande de las almas grandes que se abajan y anonadan para entregarse en cuerpo y alma a otros más pequeños para alzarlos y levantarlos hasta sí, y por encima de sí hasta Dios; mientras el orgullo es la pasión del ser fatuo y tonto que sólo en sí piensa, sólo en sí se complace y goza, pasión tan vergonzosa que necesita dis-

frazarse de justicia, amor, fraternidad, etc., para poder vivir entre los hombres. Coeducadores, elegid, que no se da medio.

7. La humildad es la virtud divina y cristiana por antonomasia, y el orgullo es pecado de soberbia, pecado satánico por antonomasia.

Cuando Dios hizo el mundo se inclinó hacia la nada; cuando Jesucristo redimió el mundo, se humilló y anadó hasta el oprobio de la cruz; cuando fundó su Iglesia, la fundó sobre los seres más humildes y despreciables de la tierra; cuanto grande se ha hecho en el mundo cristiano lo ha hecho la humildad, y no ha habido un santo que no se haya distinguido por ella. Pero cuando Satanás cayó del cielo al infierno fué por soberbia; todo pecado es un acto de soberbia que se alza contra Dios; las disensiones y guerras suele producirlas la soberbia, y mientras en el cielo no hay ni un solo soberbio, en el infierno no hay ni un solo humilde.

Ahora, Educadores, escoged, que no se da medio.

8. La humildad es la fuerza moral más valiente e invencible. la que hace al hombre vencerse a sí mismo. la que sirviendo a todos, de todos se hace respetar, amar y servir; mientras el orgullo es la debilidad más común y propia de los débiles: el niño es un tarro de vanidad, la mujer superficial es un globo hinchado de vanidad, el rico poseído de su caudal es un tonel de vanidad y orgullo, y del estudiante, periodista, orador, cacique, militar, etc., no humildes no hay que hablar, son almacenes de vanidad.

Coeducadores, ¿qué preferís, hacer seres fuertes y maticos o globos llenos de humo? Elegid, que no se da medio

9. La humildad sabe edificar buenas obras; el orgullo sólo ha construido templos a la vanidad; la humildad ama a Dios y no se avergüenza de la palabra caridad, que es la más digna de ser pronunciada en los cielos y la tierra junto con la de Dios (Dios es caridad); el orgullo se avergüenza de esa honrosísima y santa palabra y la suele sustituir con estas otras menos expresivas, más heladas y

menos humanitarias y menos cristianas: *filantropía*, *altruismo* y *humanitarismo*. Edificadores del porvenir, elegid, que no se da medio.

10. La humildad es sincera, no necesita disfraz; el orgullo necesita vestirse de humildad porque los hombres no toleran el alarde del orgullo ni aun en el hombre de mérito más sobresaliente. Si, pues, en la sociedad hay que ser modestos y humildes y no hay más que dos modos de serlo, con sinceridad o fingimiento, ¿cuál de estos dos modos preferís? Elegid, que no se da medio.

11. La humildad sabe sufrir y no sabe injuriar, y el orgullo se hace insufrible y con frecuencia es arrebatado y descompuesto en las injurias. Elegid de estas dos cosas la que mejor os parezca; no se da medio.

12. La humildad no hace frases, pero forma corazones y hace obras que el corazón siente, produce y siembra, mientras el orgullo sólo hace frases de modestia y cortesía y forma tipos de urbanidad cortesana, que son verdaderos cómicos sociales, y, frecuentemente, prototipos de la insustancialidad cuando no son los farsantes de las palabras honradas y agradables, verdaderos gitanos del trato de gentes. Coeducadores, optad.

13. La humildad se alegra de la gloria ajena y hasta llega a alegrarse de las injurias recibidas y se goza perdonándolas, mientras la soberbia se entristece del bien ajeno y toda humillación hecha al orgullo le irrita y encona contra el causante, gozándose en verlo maltratado deshonrado y abatido.

14. La humildad hace amigos, el orgullo los deshace; la humildad produce la paz, el orgullo la guerra; la humildad edifica, el orgullo destruye; la humildad educa, el orgullo deseduca; la humildad es hija de Dios, el orgullo es hijo de Satanás, del Gran Rebelde. Educadores: optad entre hacer hijos de Dios y sus leyes o esclavos de Satanás y sus rebeliones, hijas de la soberbia.

Conclusión final.

Coeducadores: si la humildad hace hombres bien fundados en verdad, religión, justicia, bondad y sociabilidad, gratos a Dios y a los hombres; si rectifica el hombre torcido por la soberbia, haciéndole modesto, obediente, respetuoso, contento o resignado con su suerte; si a nadie envidia, a nadie aborrece, a todos ama, a todos considera, con todos fraterniza, a todos ensalza y eleva sobre sí, a todos atiende; si la humildad es la virtud divina y cristiana por antonomasia, la fuerza moral más grande, la que ha hecho tantos bienes y ningún mal, tantos santos y ningún malvado, la que sólo sabe amar y vengarse perdonando injurias, y el orgullo es todo lo contrario, ¿qué elegiréis para educar, la humildad o el orgullo? ¿Qué modelos tomaréis de civilización para en adelante, a varones de las romanas (o espartanas, o germanas, o niponas) virtudes o a varones de virtudes cristianas?

Cuanto hay de bueno en el paganismo se nalla en el Cristianismo y mucho más; no seáis retrógrados por indiscreto afán de pasar por nuevos, porque eso sería caer en lo sumo del ridículo, y la humildad nos impone el respeto a la verdad y a las personas. empezando por nosotros mismos.

LA HUMILDAD NO ES LA PUSILANIMIDAD.

Porque nada quita al hombre de cuanto vale y, al contrario, añade a su valor natural la confianza en Dios.

¿Qué resta la humildad del vigor natural?—No siendo la fiereza y la venganza, que no hacen valientes, sino fieras sañudas y vengativas, nada: energía y humildad se suman, no se restan; se completan, no se anulan.

¿Qué quita la humildad al valor y presencia de ánimo en los peligros? Nada, sino al contrario; el humilde está hecho a vencerse a sí mismo en todo, incluso en el temor excesivo, y a nadie teme, no siendo a Dios; de nada se asusta, no siendo del pecado, y cuando el deber le pide la vida, la da o la quita, según lo que el deber le ordene. Su confianza en Dios aumenta su valor en los peligros y le ayuda a serenarse y vencer.

¿Pero no es verdad que la humildad apoca el ánimo de los cristianos? No es verdad, o la historia miente o mienten los que tal afirman. En casi dos mil años que la historia del Cristianismo es la historia de la humanidad, se ha demostrado todo lo contrario; el Cristianismo no encoge el corazón, no hace pusilánimes, no engendra el apocamiento de espíritu. Tomad el valor bajo cualquiera de sus múltiples formas o aplicaciones, y veréis que, no siendo para pecar, en nada ni para nada nos faltan héroes. En Jesucristo, los Apóstoles, millones de Mártires, Vírgenes y Confesores, de Misioneros, Guerreros, Jueces, Gobernantes, Príncipes y Pueblos, tenemos modelos de valor a toda prueba, de grandeza de alma y de energía espiritual, cívica, militar y humanitaria hasta el heroísmo. ¿Por qué, pues, se escribe que el Cristianismo apoca y encoge el ánimo?

¿Por qué quita el brío que tenían los héroes paganos?—
 ¿Es verdad? ¿Hay degenerados oradores y escritores que tal dicen? Sí los hay, pero no saben lo que dicen, que si lo supieran no lo dirían. Comparar el valor de los pueblos y héroes paganos con el de los cristianos y hallar el de éstos inferior al de aquéllos, es no saber de la historia, ni del valor, ni de la humildad, ni de la humanidad, ni de la civilización una palabra, o lo que es más lamentable, es saberlo todo al revés.

¿La humildad disminuye la libertad y el atrevimiento?
 Para el mal sí, para el bien no; y en eso consiste su mayor mérito, en carecer del valor del crimen, y tener el valor de la virtud, en atreverse para todas las empresas

del bien, y *en no atreverse con todo*, como hacen los más procaces liberalistas y trastornadores políticos y sociales. Carecer del valor del asesino, del duelista (que es un asesino con ribetes de caballero inculto o bárbaro), del matoncillo desplantador, del provocador y penden-ciero, del sinvergüenza y sin reparo difamador e injuriador, en suma, del valor de los héroes de presidio, o de los semihéroes de la prensa y el parlamento cuando son malhechores inmunes; eso es carecer del valor del crimen, valor del cual se hubieran avergonzado griegos y romanos, deméritos por los cuales a puntapiés hubieran echado del Senado los Senadores romanos en la época de su mayor grandeza a los que hoy se glorían de imitarlos...

La mayor gloria del Cristianismo es que para denigrarlo hay que alabar el crimen, para deprimirlo hay que suponer que la virtud es pecado y el pecado justo desahogo de las almas grandes, y grandes llaman a todos los rebeldes: los demás son míseros esclavos. Pero honra más la esclavitud del deber que la rebeldía en contra de todos los deberes y del principio mismo de la autoridad. Jamás los paganos llegaron a tener una idea tan baja del valor como estos degenerados y renegados seres que pretenden imitarlos... (?)

¿Pero la humildad no es el anonadamiento, es decir, lo sumo del achicamiento?—La humildad es la verdad, y la verdad engrandece, no achica; la humildad es la virtud capital que es fundamento de otras muchas virtudes teológicas y sociales, y la virtud es fuerza, es energía, es valor, y valor fundamental y trascendental para las acciones más importantes de la vida; la humildad no es sino el justo aprecio y sentido de las cosas que desecha la presunción, jactancia, hinchazón y temeridad, lo mismo que la timidez y apocamiento. Pero la humildad que ante Dios reconoce la nada que de sí propio tiene, ante Dios y los hombres se tiene por la cosa más grande y digna de respeto, de educación y perfección de todas cuantas Dios ha creado, ya por el origen, ya por el destino

que Dios le ha señalado, ya por los medios con que Dios le ha favorecido. La humildad, pues, no achica, al anadar al hombre, sino que le exalta y engrandece. ¿Pues qué, hay seres que más atiendan a la dignidad y valor de su conciencia, de su alma, que los cristianos verdaderamente prácticos y humildes? ¿Y por qué será? Porque tienen de sí y de sus deberes y destinos un altísimo concepto, de que suelen carecer aquellos *in quibus non est intellectus*, de los que se reputan hombres por fuera y bestias por dentro.

Conclusión.

Coeducadores: ¿Cuál valdrá más (en cuantos sentidos buenos pueden tener el valer y el valor) el hombre solo o el hombre con Dios? Sumándose el hombre con Dios, vale muchísimo más que solo, ya para saber vivir, ya para dar la vida por otro, ya para saber matar, esto es, para con su sangre hacer respetar la vida independiente y noble de los pueblos y la misma vida y derechos del individuo.

Hasta ahora, como no ha habido pueblos sin religión, tampoco se ha podido averiguar el valor de los pueblos ateos; sólo se sabe que, a medida que la religión decae, decaen y son abatidos los pueblos y escasean sus héroes, y que es tan eficaz el sentimiento religioso que hasta las falsas creencias han producido héroes, desde Lacedemonia al Japón, desde Roma, la conquistadora del mundo, hasta Inglaterra, la explotadora del orbe.

La religión, por falsa que sea, contiene siempre la idea y el sentimiento de que hay un Ser superior al hombre ante el cual debe este humillarse; por lo cual van siempre unidas religión y humildad.

Esto por un lado; que por otro deben los Educadores meditar acerca de este enunciado: Quien a Dios deja, Dios le abandona. Y ¡ay de los que están dejados de la mano de Dios!

HUMILDAD Y DECORO.

Algunos pensamientos.

1. No son incompatibles la humildad y el buen nombre más que cuando en una u otro falta la verdad, esto es, cuando la humildad es falsa o el buen nombre no tiene por base la virtud y el mérito.

2. Pensar de ti según lo que eres ante Dios, es ser humilde y discreto a la vez; el que los demás piensen bien de ti, reputándote por bueno, debe impulsarte a serlo, si acaso no lo eres.

3. Si acaso alguna vez, por error o malicia de los hombres, murmuran de ti, te desestiman o injurian o deshonran sin motivo, piensa en si mereces ese desconcepto, murmuración, injuria o deshonor por otros pecados o faltas que Dios sabe y el hombre ignora; piensa que si la base de la estimación, que es la virtud, es sólida, pronto revivirá y brotará de ella la honra, como brota y se extiende la vid después de la poda.

4. ¿Pero no podré y deberé vindicar mi honra? Sí podrás y deberás hacerlo, cuando injustamente se te acuse de ciertos delitos atroces e infames, y más si de tu buena reputación depende la educación, el buen gobierno o la edificación de otros.

5. Fuera de estos casos podrás, pero por regla general no deberás volver por la reputación innecesaria, sino que deberás olvidar, disimular y menospreciar la injuria recibida, considerando que vale más un grano de humillación que mil toneladas de alabanza, y que cuanto más te afeiten la barba de la estimación las navajas afiladas de las lenguas murmuradoras, tanto más fuerte, igual y vigoroso brotará el adorno de tu rostro social, que es tu honra.

6. Sé, ante todo y sobre todo, hombre recto y justo. y si por serlo te fisgan, murmuran y calumnian los que no lo son, tenlo a honra. Los que se afanan por obtener el aplauso de los malos no son buenos, y los que prefieren sus alabanzas a las de los buenos tenlos por infames y merecedores de todo deshonor, puesto que buscan la honra, no por el bien, sino por el mal que hacen, no de boca de los hombres de bien, sino de los labios o plumas de los malvados.

7. Preocupémonos de asentar los cimientos de nuestra educación para la vida mucho más profunda y sólida que sobre el lecho arenoso y movedizo de las corrientes de la opinión si queremos tener hombres y no veletas, conciencias en vez de conveniencias, caracteres en vez de figurones, gobernantes en vez de vividores, hombres de Dios y la Patria en vez de farsantes o truhanes que de todo abusan, y, más que nada, del nombre y la fama fabricados *ad hoc*.

8. Una de las flaquezas más comunes es el miedo al qué dirán, de tal modo que hay muchos que, por su poquedad de alma y de carácter hacen y dicen el mal que no quieren ni piensan, o dejan de hacer el bien y decir la verdad que estiman y aprecian. ¿No es esto una debilidad impropia de personas y educaciones serias y sólidas? ¿Piensas tú dar gusto a los necios, a quienes nadie ha contentado? ¿O crees que engañando a los hombres malos y mereciendo de ellos que te dejen en paz ya lograrás vivir tranquilo? Todos los aplausos del mundo no disminuirán en un ápice tus remordimientos; todas las bajezas cometidas por lograr fama de sabio, de político radical, de patriota desinteresado, etc., serán otras tantas indignidades que te rebajarán ante Dios, ante ti y, regularmente, ante los demás. Lleva sueltos necios y laudatorios a la prensa, paga elogios de a columna en la misma, subvenciona o monta, si tienes dinero o empleos que dar, un periódico, cuyo fin principal sea formar un pedestal para tu persona y una batería en contra de lo

que a ti y tus planes se oponga; ante los hombres pensadores, serás un ser indigno; ante los hombres de bien, una mala persona; y cuando la historia te juzgue servirá tu *botafumeiro* o periódico para ahumar y ennegrecer tu nombre. Justo castigo de tu postiza fama, digno remate de tus vergonzosos medios para buscar un nombre entre los necios y malos, o entre los tontos, que para nada bueno aprovechan.

LA HUMILDAD Y LA NECEDAD.

Son necios por falta de humildad los que no piensan siquiera en el fundamento de su vanidad. Tales son:

1.º Los que se glorían de su noble origen, esto es, de lo que fueron sus antepasados, no de lo que son ellos. Alerta, nobles sin obras.

2.º Los que se ufanan del aura popular, esto es, de la estimación ajena, que no está en ellos, sino en los demás. Alerta, demócratas y héroes de plaza.

3.º Los que ponen su vanagloria en el caballo que montan, el sombrero que llevan, el traje que visten, las plumas o piedras que lucen; mereciendo más honor que ellos el caballo, el sombrero y el sastre, el ave y la mina de donde tales adornos fueron tomados. Alerta, ídolos cargados de alhajas, de trapos y plumas.

4.º Otros se precian del pelo, bigote o barba, de la figura que a su cabeza supo dar la peinadora o el barbero, del color, la estatura, el andar, bailar, jugar, cantar (y aun del silbar y graznar, que hay vanidades de todas clases y gustos), como si tales fruslerías fueran base suficiente para servir de pedestal a un ser humano, cuanto más a un hijo de Dios. Alerta, hijos de Dios, no os olvidéis de vuestra humildad ni grandeza, que son dos cosas inseparables.

5.º Otros se envanecen por un poco de charla, de oratoria, de poesía, de soltura de pico o de pluma, o de algo de ciencia, y pretenden ser honrados y respetados y erigirse en directores, inspiradores y maestros de todo el mundo, ellos, que son la pedantería andante y la personificación del verbalismo, cuando no son la verborrea sin fin, y quizá los servidores de un bando, de una secta, los peones de las empresas que explotan la curiosidad, la impiedad y otras miserias por medio de lápices y plumas asalariadas.

6.º Catedráticos hay tan redichos, tan relamidos, tan rebuscados, tan ahuecados, tan hirsutos o tan ceremoniosos, que ya en el pelo crespo, ya en la frente alta o en el bigote engomado, o en la garganta ocupada, o en la voz abovedada, o en la mirada olímpica, o en la acción imperante, o en la entonación ultrapatética, en fin, toda su aptitud y exteriorización cómica, revelan que en vez de pedagogía han aprendido pedantería, que es la ciencia de la vanidad junto con la vaciedad, o el arte de poner en ridículo la propia humanidad, aparentando la ciencia que no se tiene o afeando con la inmodestia y el artificio la poca que se posee. Así como la hermosa que es vana deja de ser hermosa (moralmente), y la virtud que busca alabanzas deja de ser virtud (sólida); así la ciencia o saber que nos hincha degenera en presunción y se hace antipática. ¡Y qué difícil es hallar un medio científico que no sea inmodesto!

7.º Cualquiera mujer habladora pretende tener más razón que la que calla y la escucha; cualquiera escritor para el pueblo presume saber más que los que le leen, y cualquiera Maestro, por saber un poco más que sus alumnos, se siente tentado de vanidad científica. Alerta, charlatanes, publicistas y pedagogos.

8.º Electrizarse y ahuecarse, como el pavo real para enseñar su cola, es poner al descubierto toda la fealdad, ruindad y miseria moral de nuestro ser. Alerta, pavitos implumes, que en tocando al punto de nuestra especial

vanidad, no habrá observador atento que no vea nuestro flaco. ¡Oh qué bien saben esto los aduladores y seductores! Alerta, jóvenes; alerta, madres; alerta, educandos y educadores.

9.º Necios son los que, olvidando que la urbanidad es la expresión del buen pensar, sentir y querer respecto de nuestros semejantes, sólo hacen de ella el arte mímico que actúa al compás de la etiqueta; el arte de los meros cumplimientos (cumplimiento y miento, que interpreta el pueblo); el arte de hacer buen papel en sociedad; la superstición de las formas, sin fondo de fe, respeto, consideración ni cariño para los demás; la frivolidad corriente, o la mera cortesía por ser cortesía, o quizá la desenvoltura sin modestia, el descoco gracioso, o acaso el arte del sensualismo cortés y aun artístico, que es el arte de ser un cerdo culto, el último desenvolvimiento y perfección del grosero materialismo informando la vida. Alerta, chorlitos de todas clases y sensualistas de todas las formas.

10. Hay madres que alardean de tener para sus hijos amas de cría; lo cual equivale a decir que no valen o no quieren ser sino cuarterones de madre. Señoras y caballeros hay que se glorían de la muchedumbre de sus criados, criados de lujo destinados al servicio de sus personas; lo cual revela que son seres inútiles, y, además de inútiles, costosos, esclavos de sus necesidades, e ignoran que no hay mayor señor que aquel que se sirve a sí mismo, ni hay mejor esclavo que aquel que para todo necesita de otros servidores.

11. Hacer alarde de comer y beber con exceso es gloriarse del pecado de gula, y también lo es buscar en la variedad excesiva de los alimentos y condimentos el gusto con el exceso; y lo es más el beber sin necesidad bebidas espirituosas y excitantes, y mucho más si son alcohólicas y llegan a perturbar el juicio. Gloriarse y envanecerse de esto, y de pasar el tiempo en las casas de ocio, llámense cafés, tabernas, círculos o con otros nom-

bres, es hacer alarde de ser un haragán dispendioso, un ser inútil y escandaloso. Alerta, señoritos de todos tamaños; disipadores del tiempo, la salud y el dinero, ¿ignoráis que sois los zánganos de la colmena social y una de sus mayores calamidades?

12. Necedad es gastar (para lucir) en lo superfluo y estar falto de lo necesario, vestir bien y comer mal, pasear en carruaje y tener trampas, lucir sedas y carecer de camisa, pagar casino y deber casa, gastar en muebles de lujo y carecer de sábanas y servicio de mesa y casa, sonar el piano y no sonar la basa, gastar en humo y en vino y carecer de pan para los hijos.

13. Necedad es ser pobre y tener la pretensión de aparecer rico, o estar en posición ínfima y querer figurar de clase media, o ser de clase media y figurar de potentado, etc., etc.

Si hubiéramos de enumerar todas las ridiculeces y necedades en que hace caer la vanidad o soberbia, esto es, la falta de humildad, no acabaríamos nunca. Sirva lo dicho como muestra de que la humildad es el contrapeso de la vanidad.

HUMILDAD APARENTE.

La tienen, entre otros, los siguientes:

1.° Quien, teniéndose en mucho, exteriormente se predica como el más indigno de todos. Este es orgulloso cuando ante sí crece y cuando ante los demás mengua, pues con su humildad falsa labra y cultiva la soberbia. La humildad, téngasla o no la tengas, no la pregones, que el buen vino pronto se avinagra o desvirtúa puesto al contacto del aire.

2.° Quien dice que no se atreve a considerar los bie-

nes recibidos de Dios, por no caer en vanagloria, ya es soberbio, además de ingrato. «Nada nos puede humillar tanto ante la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios; ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades.» (S. Francisco de Sales.) Cuanto mayores gracias tengas y recibas de Dios, tanto mejor podrás exclamar con aquel modelo de humildad y grandeza que dijo: «Mi alma engrandece al Señor porque ha hecho en mí cosas grandes.» (Canto del Magnificat.)

3.º La oración mental, la confesión y comunión frecuentes, la Misa diaria, el Rosario y otros actos de devoción, los reputan algunos por demasiado perfectos para su indignidad; y esto no es humildad, sino pereza espiritual o haraganería y abandono del alma.

4.º Dice otro: «Yo no predico ni enseño ni me meto en obras de caridad, porque soy muy flaco, y, o no sirvo, o corro peligro de envanecerme.» Esto no es humildad, sino malignidad que cubre la pereza, el humor o la propia opinión con capa de inutilidad y modestia. El humilde no rehuye el trabajo ni sepulta los tesoros, sino que procura con ellos ganar la gloria ganando almas para Dios, y nada le asusta ni detiene, seguro de que obedece y acierta siguiendo a su director. Las humildades opuestas a obediencia y caridad son falsas.

5.º Hay virtudes que producen alabanza hasta de los mundanos, como la prudencia, la liberalidad, la valentía, la urbanidad; y otras que el mundo desprecia o ridiculiza, como la paciencia, mansedumbre, el perdón de las injurias, la simplicidad y austeridad: el hombre recto que está bien educado no se ejercita en las primeras por agradar a los hombres, ni deja de practicar las segundas por no desagradarles, antes de aquí toma pie para conocer lo que es el mundo para no dejarse llevar de la vanagloria por los aplausos ni de la poquedad por las vanas censuras.

La humildad es la expresión de esta verdad: lo que

somos ante Dios, que es la Verdad, eso somos de verdad, y nada más.

6.º Decir: «Yo no soy nada, yo no valgo nada, yo no soy sino la basura del mundo y el conjunto de todas las ignorancias y miserias», es muy bonito; pero si nos tomaran por la palabra y creyeran y dijeran de nosotros eso que nosotros decimos, ¡cómo lo sentiríamos! Esconderse para que le busquen, ocultarse para que mejor le maniñesten, es buscarse y exhibirse con arte de humildad y fondo de soberbia. La verdadera humildad no hace semblante de serlo; el verdadero humilde oculta hasta su humildad, y si le fuera lícito, querría aparecer soberbio; la buena educación pide que no engañes ni mientas; cuando bajas los ojos, humilla el corazón; cuando digas que quieres ser el postsero, no mientas aspirando al puesto primero.

7.º Y las palabras de honor, respeto, consideración y obsequio tributadas al prójimo, palabras exageradas, pero corrientes en el uso de las gentes, ¿son mentira? ¿Serán falsa honra y verdadera o solapada soberbia o tentación para ella? No tal. Ama la sencillez y pureza de corazón, acerca tu corazón a los labios para expresar lo que sientes; pero si el uso exagera la frase y tú la tomas según el significado corriente en sociedad, no engañas ni mientes, diciendo, por ejemplo: Servidor humilde de usted; beso humilde su mano o sus pies; mi casa y persona son de usted; soy su esclavo, etc.

8.º Hacer de ignorante sin motivo es tan necio como hacer de sabio sin saber; tú no ocultes tu ciencia cuando así lo pida la necesidad o utilidad del prójimo, ni la exhibas por presunción o mera vanidad, que si dejar de instruir al ignorante y consolar al triste es una humildad opuesta a caridad, hacer alarde de saber es vanidad insoportable.

HUMILDAD Y URBANIDAD.

(Por vía de conclusión.)

1. Vaciar el alma de ideas necias de vanidad y preunción es la primera condición de toda educación discreta; retirar del trato con las gentes todo lo que huele a soberbia, vanidad, desatención y desconsideración, es la primera regla de toda urbanidad; poner en la conversación y trato verdad, modestia, sinceridad y amor, es completar la educación exterior para con nuestros semejantes; sin lo primero no se consigue lo segundo, sino por mera ficción o bien parecer, no por convicción y persuasión; y sin lo tercero, falta a la educación el alma. La urbanidad es la flor de la humildad y la caridad; cuando falta el aroma de estas virtudes, la urbanidad no es sino una flor de trapo, que engaña de lejos, pero no de cerca, que parece bien y no es sino flor contrahecha. Por eso se dice que la piedad es como la verdad, sirve para todo, incluso para agradar y urbanizar a los pueblos. Pronto se conoce en una visita, en un viaje, en una conversación, en un escrito, en una escuela, quien tiene piedad, observando quien tiene urbanidad.

2. La humildad viste bien y no está reñida con el decoro ni la urbanidad; pensar de sí lo que es y no atribuirse honor ni gloria por lo que no tiene o no es suyo, es de hombres juiciosos; consentir y alegrarse de que otros nos tengan por dignos de su consideración y buen trato, no es malo. Donde empezaría el pecado o la necesidad sería en hacer el bien por la mera honrilla, en buscar la alabanza por estos o los otros medios, en ser puntuosos y quisquillosos y por cosillas o nonadás de atenciones, cortesías, precedencias y tratamientos, tomar pena, dar disgusto o sostener querrela o disputa. El águi-

la no caza moscas; las personas humildes no se entretienen ni enredan con telarañas de vanagloria; quien tiene sólida educación ni busca ni desprecia el honor, sino que da gloria a Dios por todo y permanece quieto y seguro en la idea del propio conocimiento. Cabezas con seso y corazones con amor son siempre juiciosos y humildes y no vanos ni puntillosos.

3. Había una ciudad que tenía dos centros de educación, el uno enseñaba fondo sin formas, el otro enseñaba formas sin fondo; por lo cual el primero producía hombres serios y formales, pero bastos, y el otro producía señoritos finos, pero vanos e insustanciales, sin formalidad ni fondo. ¿Cuál de los dos es discreto en el arte de educar? Los dos son necios; el uno porque descuida las formas y el otro porque descuida el fondo. Ahora si se me pregunta cuál de estas dos educaciones es la peor, diré que la segunda. La educación, para ser perfecta, debe ser un buen fondo expresado con arte, el arte de la urbanidad.

DOS EDUCACIONES ENCONTRADAS.

La escena es en una aldea de Cantabria, de la cual emigran muchos jóvenes, al despedir a uno de los cuales le dicen sus Coeducadores:

—Mira, hijo mío, que seas buen cristiano, que seas humilde. (La madre.)

—Sé hombre de bien sé obediente y humilde para con todo el mundo. (El padre.)

—Que no seas soberbio ni rebelde, que obedezcas a tus amos y superiores y seas muy humilde. (Los abuelos.)

—Que seas fuera de casa más aplicado y humilde que aquí porque allí, no habrá mimos ni contemplaciones. (Los tíos.)

—Que te portes como corresponde a un hombre bien educado, con discreción, humildad y finura. (El maestro.)

—Adiós, hombre, que seas bueno; en todas partes está Dios y El ayuda y protege a los que le temen y son obedientes y humildes. Vete con Dios. (El Cura.)

—Quien no la hace no la teme. (El Alcalde.)

Al entrar el joven en la ciudad, toma un periódico y lee:

«Quien se somete a otro hombre merece la cadena y el látigo del esclavo; quien se humilla y obedece a otro amo, no es hombre digno, es un ser vil, un degenerado que lleva en su sangre el estigma del esclavo. Es menester proclamar la libertad e igualdad absolutas y acabar con toda jerarquía, con toda autoridad, con toda dependencia, con toda sumisión. Obreros de la libertad y la emancipación: opongámonos a la obediencia y la humildad la desobediencia y la rebelión.» (El Rebelde, periódico de educación y regeneración social.)

La lectura de este periódico escandalizó al muchacho, quien supuso que estaría escrito por algún loco o por algún criminal habitante de un presidio; pero después se convenció de que ni los que le escribían estaban locos ni los que lo autorizaban se consideraban con atribuciones para prohibir tales doctrinas; aquello se apellidaba derecho y libertad de pensamiento y de prensa...

Los compañeros le fueron orientando en eso de la libertad, y en las reuniones o *mítines* oyó tales despropósitos y atrocidades en contra de la autoridad eclesiástica y civil, que le pareció que aquello no podía ni debía pasar sin castigo. Y pasó.

Le llevaron a una corrida de toros, y aquello le pareció una corrida de la autoridad y otra de la humanidad y de toda educación y delicadeza; le quisieron asociar y la asociación era un complot para imponerse al amo; hasta le llegaron a medio iniciar en una sociedad secreta, cuyo título era «La Luz», y cuyo fin, según lo que él notó entre los ya iniciados, era renunciar a toda obediencia.

cia a Dios y a sus ministros y constituirse en rebeldes y sectarios.

El joven de la historia se fué enterando, por vistas de ojos y fe de oídos, que aquello que a él le escandalizaba, se llamaba *derecho y libertad*.

Y cuando algún juez intentaba penarlo, se llamaba *inmunidad parlamentaria*.

Y si algún diablejo de escritor (no parlamentario) era por casualidad condenado, el Jefe Supremo le indultaba, convidándole además a tomar chocolate con tostada

Escandalizado el joven emigrante con lo que veía y oía, tan opuesto a lo que en su casa y pueblo le habían inculcado, escribió una carta a los Coeducadores de su aldea en la forma siguiente:

«Mis queridos padres y maestros: Aquí me tienen confuso y perplejo, sin saber qué decir ni qué hacer ni qué pensar de lo que me dicen y veo. ¡Está tan en oposición con lo que ustedes me han enseñado e inculcado desde que nací hasta que emigré, que a veces dudo si el mundo lo rigen locos o si es que yo lo estoy. Aquí, no robando muy a las claras, ni matando con pistola o faca, ya se tienen los hombres por honrados.

»Ni la impiedad, ni la lujuria, ni la conspiración, ni la procacidad, ni la falta de obediencia y respeto y humildad, que tanto ustedes me persuadieron, se tienen por faltas de educación. Por lo menos, nadie las castiga, y hasta hay periódicos y revistas y reuniones y espectáculos y sociedades encargados de defenderlas y ensalzarlas, poniendo en ridículo las virtudes contrarias. Para que vean que no exagero, les envió algunos números de *El Rebelde* y de otras revistas, con monos y todo, que andan en manos de todos, incluso los niños y las jóvenes.

»Esto me parece a mí que no está bien, pero otros que saben más que yo, dicen que eso es civilización y progreso y libertad y regeneración, y lo que ahí me han ustedes enseñado es incultura y retroceso y esclavitud y degeneración.

«Yo creo en Dios y confío en ustedes, pero necesito que me alienten y defiendan con sus consejos y advertencias, ya que ustedes me aman y estas gentes parece que conspiran para perderme, o al menos les tiene sin cuidado que yo me pierda: juegan con las almas como si fueran pelotas.

«Oren por mí y no me abandonen, que de Dios y ustedes espero el socorro contra este mundo pervertido y perversor.—T. S.»

LA CONTESTACIÓN

Recibida la carta del emigrado en la aldea de Cantabria, pasó de casa en casa y de mano en mano a cuantos se interesaban por el joven emigrante, y convinieron en que le escribiera el señor Cura, ya que el asunto se relacionaba tan de cerca con la perdición o salvación del alma.

El Cura, ni tardo ni corto, le escribió diciéndole:

«Aunque un ángel del cielo (si posib'le fuera) bajara y te dijera lo contrario de lo que aquí te hemos enseñado en punto a fe, castidad, obediencia y humildad, no lo creas. Nuestra doctrina no es nuestra, ha bajado del cielo y se ha promulgado en la tierra por labios del Hijo de Dios. Muchas veces te he explicado por el Evangelio esta verdad, y ahora, para que no se te olvide, te mando el Evangelio escrito.

Jesucristo enseña la humildad.

(Evangelio de S. Mateo, capítulo 19.)

«Se acercaron los discípulos a Jesús, y le hicieron esta pregunta: ¿Quién será el mayor en el reino de los cielos?

Y Jesús, llamando a sí a un niño, lo colocó en medio de ellos.

Y dijo: En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños (*en la sencillez e inocencia*), no entraréis en el reino de los cielos.

Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.

Y el que acogiere a un niño tal *cual acabo de decir*, en nombre mío, a mi me acoge.

Mas quien escandalice a uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y así fuese sumergido en el profundo del mar.

¡Ay del mundo por razón de los escándalos!, porque si bien es forzoso *atendida la malicia de los hombres*, que haya escándalos; sin embargo, ¡ay del hombre que causa el escándalo!

Que si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo (o *pecado*) córtalos y arrójalos lejos de ti, pues más te vale entrar en la vida *eterna* manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser precipitado al fuego eterno.

Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácalo y tíralo lejos de ti; mejor te es entrar en la vida *eterna* con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno.

Mirad que no despreciéis alguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que sus ángeles (*de guarda*) en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.»

Conclusiones pedagógicas.

«Ya ves, escribía el buen Sacerdote, cómo para subir hay que bajar, para ser grande hay que ser humilde como un pequeño, no por la ignorancia, sino por la inocencia y sencillez, y cómo el que más se humillare mayor será en el reino de los cielos; ya ves el juicio que a

Jesucristo merecen esos escritores y oradores y societarios escandalosos; los considera supradignos de ser ajusticiados y condenados a ser arrojados a lo profundo del mar con una piedra de molino colgada al cuello para que de allí no salgan; ya ves lo que has de hacer con los escandalosos, aunque sean tus maestros y protectores, aunque sean para ti como la luz de tus ojos y el auxilio de tus pies y manos: echarlos de ti, apartarte de ellos, cortar toda relación peligrosa con ellos. Y para que más te animes, ya sabes que el ángel de tu guarda te ve y te guarda y él puede salvarte de todos los peligros, porque es comensal de Dios en el cielo; encomiéndate a él y no deseches sus santas inspiraciones.»

Omitiendo otros consejos y discretas advertencias del Párroco para su fiel educando, hagamos nosotros estas consultas a los Coeducadores:

1. ¿Cuál os parece mejor educación, la de esa aldea o la de esa ciudad?
2. ¿Cuáles os parecen mejores Educadores, los de la aldea de Cantabria o los de la ciudad de Libelandia?
3. ¿En cuál de esos dos puntos hay más coeducadores y en cuál hay más antieducación?
4. ¿Cuál de esos dos centros respeta más la inocencia y la humildad del niño, y por consiguiente es más humano?
5. ¿En cuál de esas dos escuelas se formarán mejor los hombres o los diablos? Respondan las estadísticas del crimen.
6. ¿En cuál se abusará más de la ignorancia del pueblo, compuesto en sus noventa y nueve centésimas partes de ignorantes y semiilustrados, que son los que ignoran lo que es modestia intelectual, porque no saben lo infinito que les queda por saber?

Conclusión final.

7. Finalmente, por lo que hace a la humildad y el escándalo, ¿habrá civilización e ilustración capaces de enmendar y corregir la norma de la civilización cristiana consignada en el Evangelio?

Coeducadores: Si decís que sí, adiós civilización cristiana; si decís que no, adiós la pretendida civilización moderna, o liberalista, o racionalista, o ultrapagana, o antievangélica, o anticristiana, que todo es uno.

Escoged, que no se da medio.

LA HUMILDAD Y LA VERDAD EN LA COEDUCACIÓN.

La humildad del corazón.

Coeducadores: no olvidemos que la Verdad está más alta que nosotros y que los que la buscan donde no está no la encuentran y se vuelven ciegos y locos: «Dios da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios»; y Dios es la Verdad y la Caridad, y también es el primer Educador de la humanidad. Discurramos.

La verdadera sabiduría consiste en conocer a Dios y en conocerse a sí mismo: *Noverim te, noverim me*, que escribía S. Agustín. Consistirá, pues, la sabiduría de una buena educación en el conocimiento y persuasión de lo que Dios es y de lo que nosotros somos respecto de El. esto es, en la humildad de corazón que sabe creer, esperar y amar a Aquel a quien aprecia como Verdad que no miente, como Poder que no falta y como Bien que llena y satisface todas sus ansias.

Coeducadores: ¿Se podrá educar apartándose de la verdad? ¿Se podrá llegar a la sabidura tomando el ca-

mino de la necesidad? «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios... y se hicieron (los que lo creyeron) abominables en sus estudios (deseos, etc.). He ahí, en dos pintadas, retratada la educación sin Dios.» (Salmo XIII, 1.)

Jesucristo, el Maestro de la verdad para todos los siglos, nos da esta lección de humildad: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.» (Mateo, XI, 29.)

Aprended, luego es enseñanza; *de Mí*, luego es modelo. ¿Y qué hemos de aprender? Humildad. ¿Y qué especie de humildad? La humildad del corazón.

Cuando consideramos que todo lo que tenemos a Dios se lo debemos, formulamos un juicio que se funda en la verdad, y puede llamarse por lo mismo *humildad intelectual*; cuando, fundados en ese juicio, nos alegramos y complacemos en Dios por los bienes que de El recibimos y los mayores que de El esperamos, practicamos la *humildad del corazón*.

Coeducadores, no nos contentemos con la verdad especulativa, adquiramos e inculquemos la humildad práctica; partiendo del *Nosce teipsum* del templo de Delfos, penetremos en las entrañas de la educación cristiana, añadiendo al conocimiento de nuestra miseria el reconocimiento a Dios por todas sus bondades.

La humildad de corazón comprende la verdad y la bondad, abarca la inteligencia y la voluntad, y es la suma de la sabiduría y de la virtud. Dios se complace en otorgar sus luces y dones a los humildes de corazón y resiste a los soberbios, dejándolos caer en los errores y pecados más groseros en castigo de su soberbia. Preguntan a S. Agustín por las vías que conducen a la verdad, y responde: «La primera vía es la humildad, la segunda es la humildad, la tercera es la humildad y si cien veces me preguntaran, cien veces contestaría que la humildad.» (Epístola 118 ad Dios.)

Siendo la verdad la misma realidad de las cosas presentes a la inteligencia, y siendo Dios el Ser infinito, la Realidad infinitamente perfecta, de quien procede nues-

tro ser, es también, y por lo mismo, la Suma Verdad, de la cual son como pequeños resplandores las verdades que alumbran nuestra inteligencia y encienden nuestro corazón. Y así exclama Jesucristo, que es Verdad y Bondad a la vez: «Gracias, Padre mío, por haber escondido estas verdades a los sabios y prudentes y haberlas revelado a los pequeños y humildes.» (Mateo, XI, 25.)

La soberbia del espíritu.

¿Cuál es la primera fuente de la verdad? ¿Es Dios? ¿Soy yo? A esta pregunta responde la soberbia por el racionalismo: *soy yo*; y contesta el Cristianismo por medio de la humildad: *es Dios*.

A partir de aquí, los pedagogos *yoístas* que sigan a Kant, Hegel, Krause y sus copistas o sectarios, serán ateos educando, reemplazarán a Dios por el hombre; pues para proclamar a la razón humana como regla, fundamento y fuente de todo lo que es verdadero y bueno, es menester afirmar que ella es la suprema realidad, el mismo Dios. Sin esto, ni sería la primera fuente de la verdad, ni tendría la omnímoda independencia que le atribuyen. Satanás, con toda su soberbia, no fué más allá que estos pedagogos del racionalismo que profesan la egolatría, que son idólatras de sí mismos. En punto a soberbia, no cabe más.

Mas ¿qué es el hombre en cuanto se aparta de Dios? Un vil esclavo de la carne. La soberbia, que es el pecado del espíritu, conduce siempre, para su justo castigo, al pecado de la carne.

El orgullo todo lo inficciona: la ciencia, la moral, el derecho, el arte y la enseñanza; en filosofía, es el racionalismo que para en escepticismo, ateísmo, panteísmo y materialismo; en moral, es la corrupción, hija del ateísmo; en derecho, es el liberalismo salvaje del individualismo y el socialismo; en arte, es el modernismo y sen-

sualismo, y en la educación, es el ateísmo y la antieducación. En esto, como en todo, se cumple el Evangelio: «Todo el que se ensalza será humillado; todo el que se humilla será ensalzado.» (Mateo, XXIII.)

Contra soberbia, humildad.

El Cristianismo, que es la antidolatría en todas sus formas, condena el racionalismo con todas sus aplicaciones sociales, políticas y pedagógicas, y como la raíz es la soberbia del corazón, opone a ésta la humildad de corazón, que es la luz para las inteligencias y bálsamo para los corazones

Concretándonos a la educación, decimos: que sin amor no hay educación, y sin humildad no penetra el fuego del amor de Dios en los corazones. Si queremos, pues, educar amando, menester será desnudar las almas de la vana complacencia en sí mismas para que en ellas entre Dios como quien es, como verdad, luz y fuente de todo bien. Así es como el educando llega a gustar de la bondad y dulzura del amor y a someterse numilde, obediente, convencido y persuadido a la autoridad infalible de la fe, que se funda en la palabra infalible de Dios, y esta sumisión se llama el *obsequio racional* del entendimiento.

Quien tuviere más humildad verá con más claridad.

No siendo la luz de nuestra razón sino un resplandor de la claridad divina, es un don de Dios que nos sirve para conocer la verdad, la cual resplandecerá tanto mejor sobre nuestras almas cuanto éstas se hallen más libres de obstáculos. No es nuestra razón la productora de la verdad, es, sí, el ojo que ve la realidad que se le muestra en las debidas condiciones. La verdad es una ecuación de la realidad y la inteligencia, y sólo hay verdad en nosotros cuando con fidelidad se retrata en nuestro entendimiento la realidad de las cosas.

Si, pues, por una parte nuestro entendimiento es como

una centellita del entendimiento divino, y por otra nuestro conocimiento depende de la realidad del objeto conocido, ¿cómo podremos dejar de ser humildes sin dejar de ser cuerdos? ¿Cómo podremos afirmar que la razón humana es capaz de conocer toda la verdad, o que es autora de la verdad, o que es independiente y libre de toda ley y autoridad, cuando depende en el conocer, no sólo de la ley divina, sino de todo objeto cognoscible? ¿Cómo podrá decir el hombre: yo soy el amo de la verdad, siendo su entendimiento el primer esclavo de la realidad? ¿Cómo podrá proclamarse ciencia la libertad de pensamiento, siendo tal libertad opuesta a la realidad?

Conclusiones pedagógicas.

1. No quitar ni poner nada entre la realidad y la inteligencia, sino aceptar con la humildad, sencillez y pureza de corazón las cosas tal como son, esa es la primera regla de la verdad.

2. Exponer con toda sinceridad y claridad la verdad así conocida ante los alumnos, es el primer deber y la dote primera de todo Maestro.

3. Mirar la realidad a través del prisma de las pasiones, y singularmente del orgullo (que es la pasión terrible del espíritu), es el principal obstáculo para ver la realidad y hacerla ver a los demás.

4. La humildad, pues, en cuanto es la verdad misma respecto a nuestro conocimiento, y en cuanto es la limpieza del alma para mejor entenderla y exponer la realidad, es la verdad y es la claridad; y la soberbia es todo lo contrario.

5. ¿Quién hay que se baste a sí mismo? El que en nada necesita Maestro, el que por sí sea capaz y tenga tiempo y medios para aprenderlo todo. Pero de estos no hay ni uno sólo; luego todos necesitan creer a otro, recibir de la autoridad lo que la razón necesita para creer

y obrar. Por eso, a falta de Dios y su Iglesia, los desertores proclaman como autoridad a cualquier corifeo, y este incrédulo o sectario es su apóstol, su amo y su todo. A la fe en Dios sustituyen la fe en un enemigo de Dios; a la libertad de hijos de Dios, reemplazan la esclavitud de la fuerza que se impone o se acepta; a la fijeza infalible de la Iglesia, suplantán esas «nubes sin agua llevadas acá y allá por los vientos, árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos, desarraigados, olas del mar embravecido que arrojan sin cesar la espuma de sus dudas y confusiones, astros errantes a quienes está reservada la eterna noche de las tinieblas.» (Epis. de S. Judas.)

«¿Dónde está el filósofo que para dar celebridad a su nombre no se halle dispuesto a engañar al género humano? (Rousseau.)

6. No habiendo más remedio que elegir entre Maestros racionalistas, desechado el Magisterio de Jesucristo, preguntamos: ¿Cuántas clases de Maestros tiene el racionalismo?

Los hay escépticos, ateos, materialistas, panteístas, deístas e indiferentistas. Escoged, pedagogos anticristianos, escoged Maestros racionalistas que os sirvan de pedagogos.

¿Un escéptico? No hay tal, ni puede haberle en la práctica; el escéptico absoluto es un rebelde total contra toda verdad, esto es, el absurdo de los absurdos, porque si sabe que nada sabe, algo sabe. Tal Maestro, si le hubiera, nada podría enseñar porque nada sabe; y no habiéndole, es un embustero quien tal se llame.

¿Un ateo? ¿Y qué es eso? Uno que lo admite todo menos la causa de todo, un filósofo sin razones últimas, un observador de hechos maravillosos hijos del acaso, esto es, de la bruta y estúpida fatalidad o de la casquivana casualidad. ¿Es esto serio?

¿Un materialista? ¿Uno que a la materia atribuye la extensión y el pensamiento, la necesidad y la libertad, la fatalidad y la responsabilidad, uno que para fin del hom-

bre señala el del cerdo? Eso es un absurdo y una indignidad.

¿*Un panteísta?* Un solo ser, y en este ser todas las contradicciones: unidad y multiplicidad, lo eterno y lo temporal, la infinidad y la limitación, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, él es juez y reo, asesino y justicia. Un Maestro así sería un maestro de hacer locos.

¿*Un deísta?* Esto es, uno que admite la existencia de Dios y niega su Providencia, lo cual equivale a dejar cesante a Dios, a hacerle inútil, ciego, sordo, insensible. divorciado de la creación, ser sin entrañas ni meollo. un dios no dios. Ese Maestro deísta no es sino un ateo disfrazado.

¿*Un indiferentista?* Es decir, uno que diga que lo mismo da ante Dios verdad que error, bien que mal, latría que idolatría; todo hay que respetarlo y todo garantizarlo y sancionarlo en la escuela o las escuelas de los discrepantes racionalistas y en el gobierno y educación de los pueblos. Lo cual es, además de absurdo, blasfemo, escandaloso, impío, ateo, inmoral y antieducador.

Comentarios.

«Dios resiste a los soberbios y a los humildes otorga su gracia.»

LA CASTIDAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

Los males de la impureza.

Antes de escribir, leer y tratar de esta materia, conviene orar y levantar el corazón en alto para que, por debajo, pase, sin mancharle, el fango más appestoso de la viciada naturaleza humana.

Somos espíritus unidos a cuerpos, y a cuerpos que tienen sentidos rebeldes que propenden a desobedecer las leyes del espíritu. ¿Por qué? Por un misterio tan sentido como inexplicable, por una causa de profunda perturbación, tan profunda y misteriosa como lo es el principio del bien y del mal. Todos sentimos en nosotros dos leyes contrarias: la del espíritu, que nos marca todo lo que es digno y bueno, y la de la carne, que pugna en contra del espíritu, y esta doble ley hace de la vida humana una guerra que no termina sino con la muerte.

Y aunque el desorden se designa y manifiesta por nombres y pasiones diferentes, la pasión más pasional, la que más batalla nos da y mayores males nos acarrea es la de la lujuria.

La mar no es tan agitada por las borrascas como el corazón humano por esta pasión; los naufragios no son en aquella tan peligrosos ni frecuentes como los de las almas en esta pasión; los que en medio de la tempestad se encuentran en un barco sin vela ni mástil no son más dignos de compasión que aquellos que en el fragor de las pasiones carecen de norte y ayuda para dominarlas y arribar al puerto de salvación.

Meditemos sobre los males y escollos de la lujuria para evitarlos.

1.º *La impureza disminuye la libertad.*

El hombre que es esclavo de esta pasión vergonzosa no es libre, no es hombre, carece de libertad y dignidad, es una humanidad y dignidad disminuída, como decapitada o sin cabeza. Porque siendo la voluntad la facultad emperatriz de nuestras potencias y sentidos, y habiendo ésta perdido el cetro y abdicado vergonzosamente ante la tiranía de la pasión más abyecta, claro es que en aquel sujeto no hay libertad según razón y prudencia, sino pasión vergonzosa que impera y manda, haciendo del hombre libre un mísero esclavo de la licencia o libertinaje.

Quien ame, pues, la libertad, aborrezca la lujuria, que es de todos los tiranos el más despótico y feo.

Y lo que se afirma del individuo hay que afirmarlo de la colectividad: un pueblo corrompido es incapaz de la libertad, pues hasta la palabra libertad la corromperá, identificándola con la licencia o libertinismo.

2.º *La impureza oscurece la razón.*

El lujurioso no es racional. La razón que nos ilumina se nos ha dado para que veamos, para que sea luz y guía de la voluntad y de cuanto de ella depende; importa, por consiguiente, que el ojo del alma, que la vista de la conciencia, que es la razón, esté sin nubes y vea con claridad y lucidez. Pero si la pasión vehemente y perturbadora de la carne la oscurece, perturba, debilita y casi anula o la esclaviza, para que sirva a sus fines egoístas, groseros y suicidas, entonces ya no hay razón que razone, sino pasión que impera en ella y la hace servir para sus apetitos innobles y degradantes. La razón se ha hecho pasión, el ser racional ha abdicado ante la bestia.

3.º *La lujuria se opone al amor verdadero.*

El lujurioso es incapaz de amar. El corazón humano es una víscera sumamente delicada y sensible, que se riega y cultiva mejor con gotas de rocío y tenues auras de gratas palabras, tímidas declaraciones, simpáticas miradas y discretos halagos, con sueños e ilusiones, con mutuas promesas, consuelos, esperanzas y sacrificios, que con fuertes sacudidas y espasmos nerviosos, cuyo final es el hastío, el desencanto, el tedio y alejamiento. El hombre, en cualquiera situación, es hombre, y como tiene espíritu, lo más espiritual y noble y digno produce en él

una simpatía más honda (aunque menos bulliciosa) y un cariño más estable y trascendental, que es el que hace felices a los corazones enamorados y para siempre unidos. Pero si el corazón de la juventud se ha estragado con los innobles y más que bestiales placeres de la carne, ya no mira el amor sino como un placer y no es capaz de sentir sus delicadezas, ternuras y exquisiteces, y mucho menos el placer de sufrir por el amado y sacrificarse por él. La lujuria mata el corazón humano y lo embrutece.

4.º *La lujuria resta dignidad.*

Ser hombre racional y libre para pensar, amar y obrar como es debido, constituye la dignidad humana; mas el que se hace esclavo del sentido abyecto y depravado de la carne, trueca la dignidad en abyección y depravación poniéndose por bajo de las bestias, y haciéndose un insensato, obra como por instinto de un egoísmo extraño y opuesto a su destino; no busca su fin, busca el placer por el placer, sin reparar que se acorta o quita la vida, se embrutece y, con frecuencia, cae en la estupidez y en la degeneración y perversión de todo su ser, no quedando en él ni pensamiento limpio ni corazón levantado y noble capaz de fe, esperanza, amor y sacrificio. Es una masa de carne ajada a la cual ha robado la lujuria el espíritu y sus nobles impulsos.

5.º *La lujuria es enemiga de la vida.*

Conservar la vida, mejorar la vida, propagar la vida, es propio de los seres castos, y a esto tiende la virtud de la honestidad. Esa vida que tú has recibido es obra de la castidad; cien generaciones la precedieron y la hicieron llegar a ti mediante la virtud de la continencia y la honradez del santo matrimonio, y otras cien generacio-

nes esperan de ti que se la transmitas pura y sana para perpetuar los hijos de Dios sobre la tierra. Pero si en vez de cuidar ese tesoro con destino a sus nobles y altos fines le malbaratas, y por ceder al sentido depravado te quitas la vida y se la quitas (en esperanza) a tus sucesores, o les trasmites un cuerpo débil, escrofuloso, enervado, lleno de miseria y falta de salud y vigor, dejando en pos de ti un reguero de lágrimas y miserias después de haber cubierto tu cuerpo y alma de infamias, entonces eres un malvado que atenta contra su vida y la vida de sus sucesores, un suicida y parricida a la vez de cien generaciones.

6.º *La impureza es enemiga de la humanidad y la familia.*

Es una plaga semejante a la filoxera, que ataca en su raíz la fuente de la vida: porque busca fuera del santo matrimonio y sus fines la satisfacción de placeres ilícitos; porque se llega al matrimonio con la naturaleza gastada y enferma; porque con sus excesos cubre de ignominia y de lágrimas a todos los suyos y a los extraños; porque aborrece el goce tranquilo y sencillo del hogar y va en busca de otros más costosos y viles; y así el lujurioso es: de niño, un perturbado; de joven, un corrompido; de hombre, un mal casado o mal célibe, y a los cuarenta años un viejo anticipado que marcha al sepulcro con el vicio en los tuétanos, la podre en las llagas y la maldición en sus raquíicos y degenerados hijos.

7.º *La impureza es contraria a la amistad.*

El lujurioso es un mal amigo. Es de tal manera apesetoso el mal de que es víctima, que todo cuanto a él se aproxime saldrá manchado. Sus palabras y miradas, sus

afecciones y caricias llevarán el tinte de la pasión que le domina, y no hará más víctimas de su brutalidad o de su fingimiento (según de quien se trate) que las que pueda. No pongáis junto a él la inocencia, que no será respetada; no se aproxime a él la virginidad, que su mayor satisfacción será desflorarla; no confiéis en su amistad para franquearle vuestra casa, porque allí acechará la ocasión de sembrar la discordia y cubrir vuestro nombre de oprobio; no os fiéis de sus palabras y juramentos; el lascivo es un degenerado, es un hombre vil, sin palabra ni honor, capaz de empeñar mil veces su palabra de honor, asegurada con otros tantos juramentos de amor y promesa de casamiento; pero logrados sus fines deshonestos se ríe y goza de haber realizado una conquista más a estilo de... caballeros tenorios.

No hay mentira, ni adulación, ni engaño, ni promesa, ni juramento, ni felonía, ni a veces atropello y cohecho que el lascivo no lo repute moneda corriente para el logro de sus fines de seducción; es un ser inmundo y desmoralizado que ha perdido el concepto de lo que el hombre se debe a sí mismo y de lo que debe a los demás, es un abyecto, un depravado, la calamidad de las calamidades y lo más ruin de las ruindades de que es susceptible la triste humanidad degenerada.

8.º *La impureza acaba con la Patria.*

Es la Patria una madre que vive de la sangre pura, sana y vigorosa de sus hijos, y cuando éstos se corrompen y enervan, queda aquélla a merced de sus contrarios; en tiempo de paz, porque no hay fuerzas ni gusto para el trabajo y, en tiempo de guerra porque no hay energía, tesón y entusiasmo para dar por ella sangre y vida. Cuando una peste invade el país, los seres depauperados y podridos son barridos; cuando hay trastornos, los seres corrompidos se aprovechan para mostrar en pú-

blico su rapacidad y lascivia; cuando hay espectáculos, gozan a costa de la honestidad; cuando leen periódicos, les parecen sosos si no hay pornografía; los que escriben para explotar el impudor, ya saben que tienen público, y que en proporción de lo que corrompan y perviertan, se les remunera por las Celestinas de la literatura y filoxeras de la nación.

9.º *La lujuria acaba con todo.*

Con la salud, la hermosura, el honor, la paz, la honradez, la hacienda, la vida y la gloria: es el desastre de todos los bienes en esta vida y en la otra, pues ni aquí tendrán dicha ni allá tendrán gloria los inmundos. El cielo se ha hecho para los limpios de corazón, no para los seres inmundos; y en la tierra son los lujuriosos sumamente infelices y desgraciados, ya por el tormento de las enfermedades, ya por los peligros de los placeres, ya por el tedio de la vida, ya por el espectáculo de la deshonra, ya por el reguero de los escándalos, ya por el torcedor de la conciencia, ya por la perspectiva de lo que les espera.

Conclusión pedagógica.

Coeducadores: Si queremos hombres libres, razonables, amorosos, dignos, sanos, vigorosos, miembros útiles de la humanidad y la familia, de la sociedad y la patria, honrados, hacendosos, honestos y santos, es necesario evitar que sean lujuriosos.

La infancia y la juventud son, o deben ser, períodos de suma castidad y pureza, y a toda costa deben estas virtudes conservarse, porque de otro modo todo se ha perdido.

Juventud corrompida, Religión y Patria perdidas.

Quien se crió en las delicias, vivió en el regalo y se

sumergió en el vicio desde la adolescencia, «dormirán los vicios con él en el sepulcro». En esta materia, los primeros años deciden de toda la vida. ¿Qué medios habrá para conservar la pureza?

EL REMEDIO.

Contra las malas pasiones, las buenas, más la razón y otros auxilios.

Al amor del mal hay que oponer el amor del bien, y para amar éste de modo que venza a aquél, menester será que la razón y el corazón se interesen a su favor y la disciplina y severa educación moral se pongan de su parte; de otro modo, dada la corrupción humana, verá el joven lo mejor, pero se irá en pos de lo peor en la edad de las ilusiones y pasiones. Procure el Educador arraigar en el corazón las ideas y sentimientos de libertad, razón, dignidad, amor a la vida, a la honesta amistad, a la familia, a la patria, al honor y la religión. y sacará de ellos conclusiones favorables a la pureza, diciendo:

Quien ame la libertad, que no se deje esclavizar por la tiranía de la lujuria, el más tirano y vergonzoso de los señores.

Quien ame la razón, que no se deje dominar por la pasión de la carne, que es la que más turba la razón del hombre.

Quien busque en el amor la dicha, que no le estraque con los espasmos de una felicidad que acaba en hastío, desdicha e insensibilidad del corazón, nacido para goces más tranquilos y menos turbulentos.

Quien ame la dignidad, que no la ponga (por el sentido depravado) por bajo de los brutos.

Quien ame la vida, que no se suicide con placeres il-

bitos, desgastando sus más preciosos órganos y derramando la savia de cien generaciones que la precedieron y de otras ciento que de ellas dependen.

Quien ame a la humanidad, que no frustre con el egoísmo grosero del placer malvado los planes de Dios acerca del hombre y sus ulteriores destinos.

Quien ame la sociedad, que no sacrifique seres inocentes a la brutalidad de su desenfreno procaz o de su taimado cariño.

Quien ame la patria, que no le reste generaciones de ciudadanos sanos y vigorosos que la sostengan, continúen y defiendan.

Quien ame la familia, que no la debilite, corroa, enerve, mine y envenene en su misma raíz y fundamento con abusos venéreos.

Quien ame la verdad y la belleza, que no las haga víctimas de sus embustes, trapacerías y desfloros, pues no hay mayor enemigo de la verdad y belleza que la lascivia.

Quien ame la propia hermosura, que no ponga en sus labios la asquerosa baba de la inmundicia, en sus ojos cóncavos la mirada vagorosa y triste de un alma abrasada por el fuego de la concupiscencia, en su frente y rostro la palidez y arrugas de una vejez prematura (vejez que comienza cuando debía la juventud hallarse en su pleno vigor y florecencia), y en el tuétano de sus huesos la levadura de vergonzosos y repugnantes males que irán con él al sepulcro, después de hacer un reguero de seres desgraciados. Hasta en el sepulcro se distinguen los lujuriosos.

Quien ame la bondad, que no se la deje robar por el pecado de la suma vergüenza.

Quien desee amar a Dios, que no se incapacite para amarle bañando el corazón en placeres malvados.

Quien ame la santidad y la gloria, que sepa que no hay cielo para los seres inmundos; para los que no son limpios de corazón, no es el Corazón de Dios.

Conclusiones pedagógicas.

1. Contra una pasión que (no domándola) nos priva de la libertad, turba la razón, endurece el alma, rebaja la dignidad, acorta la vida, daña a la humanidad, corroe la sociedad, arruina las familias, enerva y destruye las naciones y las razas, conspira contra la verdad, la belleza, la tranquilidad y la dicha, aja la hermosura, compromete la salud y hace perder honra y hacienda, vida y gloria, ¿qué remedio podremos y deberemos emplear? No hay otro sino el de una recta educación cristiana.

Consideremos si el Cristianismo sobra o falta en la educación.

2. ¿La pasión desenfrenada es la causa de tantos males? Pues a frenarla; no hay más remedio. Si hemos de ser hombres dignos, no podemos resignarnos a vivir bajo el degradante imperio de tan funesta pasión. ¿Qué quiere decir virtud, sino vigor y energía constantes del alma varonil o fuerte? Para vivir y vivir feliz, se necesita tranquilidad, la paz del espíritu, el dominio de sí mismo, y para lograr esto, menester es domar las pasiones.

3. Los verdaderos cristianos, por lo mismo que quieren ser verdaderos hombres, mortifican la carne con sus vicios y malos deseos (1), no sólo los vicios externos, sino las raíces de ellos. No basta matar vicios, cuales son «la fornicación e impureza», sino que es menester crucificar también «el amor al placer y los malos deseos»; porque mientras un vaso sólo se lave por fuera, inmundo se queda; mientras la causa de la fiebre esté dentro, la salud no es completa; mientras la savia del árbol no esté sana, los frutos no pueden estar saludables; mientras el ojo de la fuente se halle turbio, las aguas del arroyo no estarán claras; mientras las brasas queden en-

(1) «Qui sunt Christo carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis.» (San Pablo, Ad. Galatas, V. 24.)

cendidas bajo la ceniza. no ha cesado el fuego; y cuanto mayores hayan sido las huellas de las culpas pasadas (las de la juventud y las consuetudinarias) más dentro de los tuétanos habrá cundido el pecado.

4. ¿Y cuándo deben comenzarse a refrenar ésta y otras pasiones?

Ahora, en la infancia y juventud. En el principio de la vida están los cimientos de vuestro porvenir; en las costumbres, ideas y sentimientos primeros va el germen de los posteriores; en la semilla se encierra el fruto; en el injerto de la buena o mala educación consiste el bien o mal de vuestros años maduros; si ahora no sois alma y energía y continencia y virtud, después no seréis sino carne, debilidad, incontinencia y vicio. Es necesario, pues, que en la juventud haya castidad, haya pureza, haya dominio de las pasiones, haya temor de Dios y del porvenir, porque si no todo se ha perdido: la salud, el contento, la paz, el buen gusto, la delicadeza y el vigor de cien generaciones, además de la propia virtud.

5. ¿Cómo se debe refrenar la pasión de la lujuria?

Resistiéndola, pero con resistencia pronta, enérgica, total y constante. Pronto, como se sacude un ascua que cae sobre un vestido; enérgicamente, rompiendo con todo lo que sea ocasión de pecado, sin dejar ningún cabo que pueda tirar de nosotros hacia el vicio; y con resolución, mortificando, si es menester, la carne rebelde; totalmente, esto es, que ni en pensamientos, ni en palabras ni en obras admitamos parlamentos de la lujuria en ninguna de sus mil formas; y constantemente, pues aunque hay edades más peligrosas, en cualquiera es posible consentir y ser tentado, y hay que prolongar la lucha mientras dure la batalla, por toda la vida.

6. Se vence a este enemigo, el más tenaz y pegajoso, practicando lo opuesto de lo que él pide: contra la carne rebelde, la razón imperándola; contra la anchura y holgura, la mortificación de la vista, el oído, el gusto y todo cuanto favorezca al enemigo; contra los encantos

del vicio, la presencia de sus funestas y horribles consecuencias; contra las locas alegrías de una carne sobrada, la contrición, el ayuno y la maceración; y contra la soberbia, compañera inseparable de la lujuria, la humildad y la oración.

7. Y sobre todo, como medios de cristiana resistencia, remedio y preservación, la confesión frecuente, la devoción a la Virgen Pura y la recepción del Pan de los ángeles y las vírgenes.

Conclusión final.

¿Sobra o no sobra la religión para la educación moral, sana y vigorosa de la juventud?

Responded, jóvenes perdidos por la lujuria impía; contestad, jóvenes preservados de la corrupción por la piedad; y callad vosotras, viejas repugnantes, asquerosas Celestinas de la legislación, la literatura y el mercantilismo, que proyectáis hacer familias honradas, escuelas honestas y pueblos viriles sin Dios, virtud ni vergüenza.

EL CRISTIANISMO Y LA CASTIDAD EN LA COEDUCACIÓN

Que la Religión de Jesucristo cultiva la santa virtud de la castidad, a la vista está, pues mientras el paganismo no tuvo héroes de la pureza, el Cristianismo los tiene a millones. El mundo precristiano se mostró débil en esta materia más que en ninguna otra, pues si en otras virtudes morales tuvo hombres grandes, en ésta no los conoció. Se nos habla de un hecho de continencia de un Escipión, y se cita el raro caso de las raras vestales; pero, ¿qué son estas singularidades sino rarísimas excepciones que confirman la regla? El paganismo no sólo no

cultivó la pureza, sino que rindió culto al impudor y consagró templos, fiestas, sacerdotes, víctimas y dió honores de publicidad a lo que después de Jesucristo tiene que esconderse para poder practicarse.

Han cambiado, pues, las ideas y las costumbres en este punto vital, y esta reacción de la castidad contra la impureza se debe a Jesucristo y a su Iglesia.

Este hecho es más portentoso y divino, si cabe, que los milagros que pasan y las profecías que esperan, para demostrar la presencia de Dios en la humanidad redimida; porque es un portento que siempre está a la vista y da a todos ocasión de pensar en lo alto y de moverse a practicar la sublime virtud de la pureza.

Jesucristo Virgen, Hijo de María Virgen, funda su Iglesia sobre un Sacerdocio o virgen o casto; y aunque los siglos pasan, las generaciones y edades muy diferentes, el Sacerdocio católico permanece virgen o casto y es el custodio de la virginidad y la castidad con su ejemplo en su doctrina, con los sacramentos que administra y con las instituciones que bendice, con los religiosos que la profesan públicamente, y con las leyes del santo matrimonio que la encauzan y custodian.

La humanidad debe al Cristianismo la castidad, sin la cual no hay sociedad que mucho dure; pero, ¿quién es el Cristianismo?

El Cristianismo es la Religión de Jesucristo, la cual nació de hecho, no como una doctrina aislada, sino como una institución orgánica para propagarla, interpretarla y conservarla como Iglesia, como una Sociedad doctrinal y moral completa y soberana.

En esa Iglesia, que Jesucristo fundó, y por esa Iglesia, que Jesucristo conserva y preside, la virginidad recibe culto y la castidad se conserva; no por las sectas protestantes, que son hostiles a la virginidad de María y a la virginidad del claustro y del sacerdocio, así como, y a la par, a las leyes dadas por Dios para salvaguardia de la castidad del matrimonio. Moros y protestantes son anti-

cristianos en punto a castidad y virginidad. ¿Y los racionalistas?

El racionalismo ha producido el liberalismo, que es su hijo político, y el liberalismo es enemigo de la pureza tanto más que el mahometismo y el protestantismo. Dos manías parecen inseparables de nuestros liberalistas: la impiedad y la impureza, y estas dos culpas han dado siempre abundante cosecha. A más liberalismo más impiedad y más libertinaje, más anchura y más holgura para la libertad de la irreligión y de la carne. En los individuos, como en los pueblos, la incredulidad y la corrupción corren parejas; en la experiencia de la vida se observa que a mayor corrupción corresponde mayor liberalismo, esto es, mayor entusiasmo por la libertad para el mal.

Y si fuera menester una contraprueba, la hallaríamos en la hostilidad, odio y persecución contra la castidad, representada en el clero, representada en los institutos religiosos, representada en la educación de la juventud, representada en todo lo que es pudor, honestidad, decoro y delicadeza de costumbres; pues todo es hostilizado y perseguido o ridiculizado en nombre de la libertad. Aquella estatua de mármol vivo tomado del arroyo y colocado en el altar de Nuestra Señora de París, expresa fielmente lo que el racionalismo es respecto a la impureza, la adora. Las libertades de perdición o corrupción que hoy dominan en la prensa, el teatro, la pintura, en la misma plaza pública y en las leyes de barraganía y divorcio, nos dicen lo que el liberalismo racionalista es respecto a la pureza.

Consecuencias y aplicaciones pedagógico-sociales.

1. ¿La historia es la maestra de la vida? Pues si la historia nos dice que el paganismo no cultivó la castidad y el Cristianismo sí, no seamos paganos gobernando ni educando, sino cristianos.

2. Siendo la castidad una virtud necesaria para individuos y pueblos, y la Iglesia la única sociedad que ha sabido producir y cultivar la virginidad y castidad en toda perfección, coeduquemos con la Iglesia en punto a pureza, en vez de hacerle la contra sembrando el escándalo y su desprestigio.

3. No valiendo ni el mahometismo, ni el protestantismo, ni el racionalismo para garantizar entre los hombres las ideas e instituciones de la virginidad y pureza, si no queremos favorecer la inmundicia de la carne, no simpatizamos con la herejía o apostasía escribiendo, gobernando, enseñando y educando según ellas.

(El mahometismo es una herejía sin bautismo, el liberalismo es una apostasía sin templo, y el protestantismo es el reacionalismo en canuto.)

4. De la virginidad nace la fecundidad; de la virginidad se nutre el Sacerdocio, de ella el estado religioso, de ella mil instituciones de caridad y enseñanza, de ella salen los matrimonios fecundos y santos; educar en la pureza es educar para la fecundidad en todos los sentidos nobles de la palabra; educar en la impureza es ir contra la humanidad para agotarla y deshonorarla.

5. Dos instituciones indisolubles, o de por vida, hay que sólo se cultivan en la Iglesia de Cristo: el matrimonio indisoluble y los votos perpetuos, y ambas instituciones honran la castidad. Donde se halla la virtud, hay que honrarla; donde se educa en la castidad, prueba de que se ama. Dos pecados de lesa castidad constituyen el lema del liberalismo racionalista y protestante: el divorcio vincular del matrimonio y la prohibición de la vida religiosa. ¿Por qué será? Porque Dios se ha reservado ciertas virtudes como la humildad y la castidad, y fuera de El no se producen. No hay que pedir peras al olmo.

Millones de libras esterlinas darían los ingleses por tener un clero virgen y un magisterio virgen y no lo consiguen; y en Irlanda se consigue uno y otro sin dinero.

como en todo país católico, con una gota de aceite.

6. El Maestro casado no es malo, pero el Maestro, y sobre todo la Maestra, virgen, es mejor. ¿Por qué? Porque hacer voto de no tener más hijos que los educandos, para consagrarse por entero y durante toda la vida a ellos, es celebrar las nupcias pedagógicas de la virginidad y la fecundidad, espectáculo hermosísimo de educación que sólo puede presentar la Iglesia Católica y sólo puede impugnar un corazón de sectario incapaz de comprender las grandezas del orden moral, social y pedagógico.

Si algún infeliz laicista os dice que eso no es posible, que el que no tiene hijos de carne no vale para tener y educar hijos del alma, miradle con ojos compasivos; porque ese tal, y quien tal preocupación le ha imbuído, no sabe lo que es castidad, ni pedagogía, ni religión, ni educación cristiana, ni amor a la virginidad y humanidad; no sabe historia ni quiere aprenderla; mira la enseñanza y educación desde su pequeñez, en vez de mirarla desde lo alto; discurre como un moro, en vez de pensar como un cristiano; y pone la ceniza del deshonor, no ya sobre la frente de los sacerdotes y religiosos que enseñan, sino sobre la tercera parte de los profesores seculares que no están casados, y sobre las otras dos terceras partes que fueron Maestros antes de ser casados.

Tampoco sabe que, proporcionalmente, hay más adulterios en los casados que sacrilegios entre los célibes ligados con votos sagrados.

Conclusión final.

Coeducar es cooperar varios en la unidad de la obra magna de la educación de individuos y pueblos, cooperación más necesaria que en todo en el cultivo de la delicada y trascendental virtud de la castidad, tan fácil de perder como difícil de recobrar. Si todos los Coeducadores se unieran, mucho se conseguiría para conservar

pura la raza; pero si la autoridad pública deja correr por la plaza el fango de la lujuria hablada, escrita, pintada, bailada, representada y practicada, adiós pureza y adiós raza, adiós familia y adiós patria.

Algunos de estos protectores de la indecencia (a que llaman libertad) dirá: «De la moralidad que cuiden los Padres, Curas y Maestros.»

¿Y qué adelantan? ¿Ignoráis que el hombre es un ser caído que tiende a caer, y que bastan un dibujo, una escena, un artículo de periódico para destruir la obra de la educación de muchos años?

Hasta para ser políticos decentes ayuda el ser cristianos ilustrados.

LAS IDEAS RELIGIOSAS PURIFICAN Y COEDUCAN.

Ya hemos visto cómo los hechos, al hablar a favor de la castidad, abogan a favor de la Iglesia; indiquemos (nada más que indicar) algo acerca de las doctrinas, de las cuales los hechos proceden.

La castidad no es sino la naturaleza conservada en su punto e integridad; la Iglesia, al defenderla y cultivarla, defiende y cultiva una virtud necesaria a la humanidad, y la educación que en esto contradiga a la Religión se hace reo de lesa nación y humanidad.

Un libro merecería el desarrollo de estas proposiciones, que van a tratarse en muy breves líneas.

La belleza y la castidad.

El amor es el peso de las almas, es decir, que así como los cuerpos son atraídos por la ley de gravedad, así las almas gravitan atraídas por la ley del amor. Conver-

tir el amor en deseo y ponerle al servicio de la sensualidad, es amar sin juicio y dejarse llevar de la pasión; contener o refrenar el amor para mantenerle en el fiel de su propia balanza, para ordenarle a sus fines propios, eso es guardarle puro y entero bajo la ley reguladora de su vida y según las miras de la Providencia. A esto llamamos *continencia* (al amor contenido y bien dirigido), a esto el *amor de la castidad*, que es el amor de las almas puras y de los seres sanos.

La castidad, que es virtud del alma, influye en nuestro ser a modo de espíritu, esto es, como energía interior, en modo análogo a como el alma influye en el cuerpo, siendo principio de la unidad y centro de la fuerza que le impide disolverse. Conviene por tanto conservar la castidad, porque es principio de vida y centro de energía y conservación para todo nuestro ser. Por algo la impureza se llama *disolución*.

¿De dónde procede la perturbación del ser humano en este punto? ¿De dónde los desenfrenos de la carne? O de belleza que fascina, o de amor que desconcierta, o de deleite que, gustado o adivinado, embriaga, o a la vez de las tres cosas. Pues bien, si la belleza nos atrae y cuanto mayor más nos subyuga, encanta y deleita; considerado todas las criaturas con su hermosura como reflejos de aquella sublime y total Belleza, que es Dios, autor y fuente inagotable de toda hermosura, aprendamos a ver, admirar, querer y amar a Dios en proporción que sea el encanto de esos destellos y pequeños reflejos, de esos reclamos amorosos, variados y constantes con que intenta enamorarnos; y así no habrá criatura que de El nos aparte, no habrá hermosura que para amarle no nos ayude y para gozarle no nos anime.

Mírale en los astros, en la tierra, en el mar, en las aves, en los peces, en las bestias, en las flores, en las plantas, en el hombre, en los ángeles, en Jesucristo, en la Virgen María, en todos los Santos, en todas las perfecciones, y enamórate has de tanta hermosura.

Consideraciones morales y pedagógicas.

1. Coeducadores, educad en la belleza, que ella forma el encanto del alma. ¿Pero la belleza dónde está? La belleza está en todas partes; es como Dios y es obra de Dios, y tal como es debe considerarse si no queréis que vuestra educación resulte manca y falsa.

Hay belleza en los esplendores del día y en el silencio majestuoso y reposado de la noche, en las altas montañas y en los floridos valles, en el titileo de las estrellas y en el murmurio de las aguas, en el concierto de los astros y en los torrentes de vida que inundan el Universo, en la variedad de los seres y en la unidad y armonía de todos, etc., etc. Si buscáis a Dios con alma pura y sencilla, la naturaleza toda os le mostrará haciéndoos más sencillos, puros y santos. Así es como la belleza embellece y enamora y purifica el alma.

2. Como buenos artistas, no olvidéis que el arte es obra de la inteligencia, y no hay cuadro, ni estatua, ni escena, ni armonía, ni palacio, ni jardín que no haya salido de algún cerebro. ¿Y las bellezas todas del mundo? No os paréis en las hechuras sin llegar al Hacedor, que están escalonadas las criaturas para que subáis y ascendáis por ellas hasta el cielo. Sed pensadores y seréis religiosos y buenos educandos y educadores.

3. Y del mundo de la belleza sensible pasad a la espiritual y suprasensible, que aún es mayor y más propia para educar hombres. Buscad a Dios en el alma de las vírgenes, de los confesores, de los apóstoles, de los mártires, de los doctores, buscadle en todas y cada uno de los hombres que cultivan la belleza del alma y hallaréis ejemplos que admirar e imitar en las diferentes situaciones de la vida. ¡Oh cuánta más belleza hay en un alma pura y santa que en todas las obras del arte y de la naturaleza!

4. Sobre todo, si queréis contemplar la hermosura

de los cielos y la tierra unidas en un solo modelo, considerad y mostrad a Jesús en toda su vida y en toda su belleza física, moral, social y pedagógica, y veréis cómo inspira amor puro y casto semejante al que se lee en las actas de la virgen Santa Inés: «Yo tengo ya Esposo, de quien soy tan amada como enamorada. Y a éste mi Esposo, a quien he prometido fidelidad eterna, los ángeles le sirven y las estrellas se pasman de su hermosura. Yo amo a Cristo, nacido de Madre virgen y de Dios virgen; y amándole soy casta; abrazándole soy pura; y desposándome con él soy más que nunca virgen.»

El amor tiene aquí campo infinito, objeto sublime y modo santo; es el desposorio del corazón virgen y amante con la suma pureza y castidad del Esposo Divino. Y para esto es el amor, aquí tiende toda belleza y hermosura, a Dios, primero y último amor, el amor de los amores...

Pero continuemos.

EL AMOR, LA ALEGRÍA Y LA CASTIDAD COEDUCANDO.

El amor y la castidad.

La belleza sin bondad carece de correspondencia; el amor, para vivir y ser duradero, necesita ser correspondido; por eso las bellezas sin alma no suelen producir afecto profundo, y las con alma, pero sin bondad, inspiran odio o menosprecio. Lo que más honda y perseverantemente enamora es la bondad unida a la verdad y la belleza, que son una misma cosa mirada con tres aspectos.

Pues ¿quién habrá que a bondad gane a Dios? ¿Qué amor igualará al suyo? Es amor gratuito, generoso, magnífico, misericordioso, paciente, desinteresado, solícito,

inagotable, y es, como el amor de esposos, tierno y vehemente. Dios se achica, se encoge, se abaja, se hace esclavo del amor; Dios es tan mío como yo soy suyo: «Mí amado para mí y yo para mi amado», dice la Esposa de los Cantares. «Yo he venido a prender fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?», dice Jesucristo, que es el esposo de nuestras almas y el de ellas enamorado.

El alma, de Dios tan amada, se hace de El enamorada, y este amor es castidad, es pureza, es virginidad, es santidad, es sacrificio, es gracia y usufructo de la gracia, es amor de Dios, es caridad de Dios, con la cual es incompatible la culpa, y más que todo la impureza, que es la culpa que más afea y mancha.

Corolario.—Enseñar a amar a Dios es enseñar a odiar la impureza. El Cristianismo, en cuanto es la Escuela de la caridad, lo es de la castidad.

Coeducadores de los hombres: ¿Vais entendiendo ya las secretas inteligencias que hay entre piedad y castidad y entre impiedad y lujuria?

La alegría y la castidad.

Si la belleza es el vestíbulo del amor, el gozo es su paraíso. En la tierra y en el cielo, belleza, amor y gozo se necesitan y completan. Hemos sido formados para amar y gozar, y sabiendo que Dios es la Suma Belleza y el Sumo Amor, dicho se está que es el Sumo Gozo. Educar de modo que la verdad y hermosura, la bondad y el amor lleven a la alegría y el contento, es secundar a la naturaleza y satisfacer la suprema necesidad de la vida, que es el contento. ¿De qué modo se logrará esto? Apartando el alma de la culpa, que es semillero de remordimientos; practicando la virtud, cuya recompensa es gozo y dicha temporal y eterna; disminuyendo las penas con el alivio de los consuelos y atenuando los males con la esperanza de los bienes indecibles que nos están reservados.

Conclusión: Coeducadores cristianos: La Escuela debe ser la antesala del cielo. (Volveremos a hablar de esto en las páginas siguientes.)

MÁS SOBRE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA EN LA COEDUCACIÓN.

Hay una tristeza racional y moderada que es según Dios, porque lleva a la penitencia y produce la salvación; pero hay otra tristeza, tristeza de mundo, que mata a muchos y no causa provecho alguno. (Véase Epístola segunda a los de Corinto, 7, 10; y Eclesiástico, 30, 25.) Contra esta tristeza mala o mundana, «que obra la muerte», hay que prevenirse y batallar por medio de una recta educación.

La tristeza mala quita el gusto para todo: para estudiar, para reír, para meditar, para obrar. Para que la profesión u ocupación sea simpática, es preciso que no sea la vida triste, sino alegre.

La tristeza es opuesta al orden; porque alborota el alma, causa excesivos temores y la llena de perturbaciones nacidas del descontento de sí misma.

La tristeza oprime el ánimo, impidiéndole discurrir, juzgar y aconsejar con acierto y serenidad; oprime el corazón, privando al ánimo de la resolución y energía para vencer al temor y atacar los obstáculos y dificultades que se presenten; ataca y deja como tullidas las fuerzas todas corporales y espirituales de los seres a quienes hiela y entumece e incapacita para toda acción que pida esfuerzo.

La tristeza mundana quita a sus víctimas la hermosura moral y física y la suavidad y dulzura y el encanto y la simpatía, haciéndolas feas, duras, desabridas, agrias, repulsivas y antipáticas.

Con razón, pues, se ha dicho que la tristeza mala y

la alegría loca son el anverso y reverso del mal, y que no hay cosa que más alegre al espíritu del mal, después de la falsa alegría del pecado, que la melancolía y tristeza de la virtud. Huyamos de las alegrías y melancolías de Satanás, y alegrémonos día y noche, en lo próspero y adverso (según la opinión del mundo), en Dios, que es nuestra esperanza y toda nuestra alegría.

Dios es un Padre que nos quiere, una Providencia que nos abastece, un Esposo que nos ama, un Amigo que nos acompaña, y El hizo el mundo para nuestra utilidad y recreo y ha hecho la Gloria para nuestro cumplido y eterno contentamiento. Pongamos en El la fuente de nuestra alegría y derivemos de esa fuente la alegría de toda virtud coeducadora.

Dios se sonríe haciendo salir el sol todos los días; Dios se goza repartiendo a manos llenas los dones naturales; Dios se alegra cada vez que una flor exhala su aroma, que el corazón de un niño le saluda; Dios se llena de gozo cuando el pecador se convierte y vive; Dios nos envió a su Hijo, que es la alegría de los cielos y el gozo de los ángeles, los cuales, al anunciarle a los pastores, dieron la nueva del «*gran gozo* para el pueblo»; Dios es el «río caudaloso que llena de gozo la ciudad de Dios», esto es, la Iglesia. El Espíritu Santo se apellida «*óleo de alegría*»; los días en la Iglesia se llaman «*días del Señor y ferias*», esto es, días de alegría; y aquélla canta y canta sin cesar, y hermosea cuanto puede el culto; la forma de su culto es la alegría; el luto es una excepción. «Alegráos en el Señor», «*vivid siempre alegres*», nos dice S. Pablo. La alegría es precepto del cristiano y un como resumen del Cristianismo; pues la doctrina, culto, sacramentos, oraciones, salmos, himnos, indulgencias o perdones, esperanzas y satisfacciones, todo concurre a hacer nuestra vida alegre y a endulzar de tal manera las espinas del dolor que las trueca en rosas. «*Habiendo sido flagelados los Apóstoles, salieron muy gozosos del castigo, porque habían sido hallados dignos de*

sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús»; y S. Pablo «rebosa de gozo en medio de todas sus tribulaciones»; y San Juan de la Cruz pide por premio, mientras viva, el *padecer*; y Santa Teresa dice: «Basta, Señor, basta, que si continuas regalándome voy a morir de gozo»; y su vida era vida de mortificación y enfermedades.

Y es que Dios, como es Bondad, también es Alegría, y participa ésta a sus amigos y al centro de sus amistades, que es su Esposa la Iglesia.

Mas esto, ¿qué es en comparación de lo que en el cielo nos espera?

Aplicaciones pedagógico-sociales.

1. Con la santa alegría (no con la loca o pecaminosa) se hacen las cosas primero, mejor, con menor esfuerzo, con mayor gozo y de un modo más grato a Dios y a los hombres. ¿Qué pedagogo habrá que no quiera aprovechar tantas y tan preciosas ventajas?

2. La tristeza es todo lo contrario de la alegría; es tarda en el obrar, inconstante en el seguir, costosa y penosa para el que la tiene y antipática para los que de ella son víctimas o testigos; es una enfermedad tediosa que comunica su color a todo cuanto siente, piensa, imagina, dice y hace quien la sufre. ¿Qué Educador no querrá evitar este mal del alma y sustituirle con la alegría, que es el mejor síntoma del bienestar corporal y espiritual del educando?

3. Hagamos la enseñanza y educación agradables por medio de la verdad, la belleza y la bondad que produzcan el gozo, y haremos seres dichosos; restemos cualquiera de estas condiciones y los haremos desgraciados.

4. Aunque este mundo no se ha hecho para gozar, tampoco se ha hecho para ser la antesala del infierno, y la escuela o casa de educación debe ser alegre, como lo es la juventud, como lo es el corazón puro, como lo es nuestro ideal, como lo es nuestro destino, «gozar de Dios

para siempre y con El de todos los bienes sin mezcla de mal alguno». El que vive vida de Dios, aun aquí abajo goza del contento de Dios y participa, en cierto grado, de su alegría. La Escuela cristiana debe ser la antesala del cielo.

5. Escuela sin juego no es escuela, es cementerio. Maestro triste no es buen Maestro; pudiera ser un buen sepulturero. Enseñanza sin alegría es aburrimiento, no es educación; es antihumana, no es cristiana.

6. Educar con el látigo solamente es hacer esclavos, no seres buenos. Aunque la cara apretada y el látigo alzado son garantía del orden, que no haya necesidad de acudir a esos extremos sino en casos extremos; lo ordinario, lo común, el modo de ser de la casa de educación sea el contento y la alegría, la bondad y la satisfacción. Eso es lo cristiano y lo humano, eso lo que nos dicen la fe y la razón, y ese debe ser nuestro ideal.

7. Dentro y fuera de la Escuela, mientras la juventud tenga honestos esparcimientos, no pensará en vicios que la degraden. ¡Ay del niño, ay del joven que no juegue, ni ría, ni cante, ni brinque, ni goce con entretenimientos sencillos e inocentes y busque la soledad y el no ser visto para sus diversiones! ¡Ay del pueblo que sólo goce con el arte de la prostitución (escrita, coreada, dibujada, escénica, bailada, etc.) y se aburra con diversiones inocentes (paseos por el campo, coros, carreras, bolos, barra, pelota, marro, etc. etc.)!

Mirando desde la Escuela a la Patria.

Nuestra Patria atraviesa por un período de los más tristes de su historia, y contra esa atmósfera de tristeza producida por los desastres de fuera y las perturbaciones y maquiavelismos de dentro, es necesario hacerla reaccionar desde la Escuela.

¿Hay pesimismo en los viejos?; que no cunda en los jóvenes.

¿Hay desencanto en los políticos?; que la juventud se forme fuera de la ruindad y miseria de las pandillas, bandos y sectas que perturban y destrozan la Patria, a pretexto de política.

¿Hay frialdad e indiferentismo religioso nacido del escándalo continuo, del libertinismo de la prensa, teatro etcétera?; pues evitemos ese hielo del alma que se llama incredulidad o escepticismo, enseñando a los jóvenes a creer, esperar y amar.

¿Hay positivismo y egoísmo degradantes en la sociedad?; pues a formar los hombres del porvenir en altos y nobles ideales.

¿Hay rebelión, anarquía y desarticulación de los vínculos sociales?; pues a instruir y educar haciendo hombres disciplinados.

¿Hay confusión de ideas, confusión de principios, amalgama de absurdos, contradicción de pedagogías y educaciones?; pues aclaremos las ideas madres e inculquémoslas, distingamos y enseñemos por principios fijos, desechemos los absurdos y evitemos las contradicciones por antipedagógicas y antieducadoras. Si queremos caracteres, no hagamos caricaturas; si queremos hombres formales, no les enseñemos a ser inconsecuentes; si queremos educar seres racionales, no lo intentemos por la contradicción y el absurdo.

Y sabiendo que el pesimismo es triste, triste el engaño y desengaño de los asaltaestados, triste la incredulidad y el escepticismo, triste el grosero mirar del mezquino positivismo y el bajo proceder del antipático egoísmo, triste la anarquía intelectual, moral y social, y triste la contradicción de ideas madres y la confusión de los principios y la antítesis de pedagogías y maestros; huuyamos de estos males como se huye de la tristeza; combatamos esas fuentes de desdicha como se combate a un mortal y cruel enemigo del cuerpo y del alma, del cristiano y del ciudadano.

Y sobre todo, sabiendo que la alegría es el privilegio

de la virtud, que el corazón alegre no conoce la vejez de los años, que la juventud verdaderamente joven, florida y alegre, la sana de cuerpo y alma es la que se conserva honesta y pura, eduquemos en la virtud y, sobre todo, en la virtud de la castidad, y habremos educado en el gusto de la vida y del trabajo, del orden y de la energía espiritual y corporal, de la hermosura y del bueno y agradable trato, y, en suma, habremos hecho seres gratos a Dios y útiles y agradables para los hombres.

LOS MISTERIOS DEL AMOR Y LA COEDUCACIÓN.

Mientras el niño es niño.

Mientras el niño sea niño, conviene que los ignore; pero cuando sea adolescente y no pueda menos de conocerlos, conviene que sean los padres sus instructores.

El niño tiene una propensión tan grande a la imitación de lo que ve y oye, que sin darse cuenta de la malicia que contiene, o al menos sin medir todo su alcance, lo reproduce todo, sea bueno o malo. Como la vida es para él aprendizaje y copia, todo cuanto ve aprende, todo cuanto otros hacen, él lo hace o imita a su modo. Es un cómico de primera; y de ahí su imitación en la voz, en el gesto, en los dichos, en los hechos, todo hecho y dicho con abundancia de detalles, como buen fotógrafo, y con falta de discreción, como imperfecto pensador.

¡Oh madres, oh padres, oh autoridades, oh Coeducadores todos! No olvidéis esto, no olvidéis que el niño es una placa fotográfica y un verdadero fotógrafo; que lo que ve copia, y lo que oye repite; si bueno, bueno; si malo, malo; y, por tanto, del bien o mal que él haga y diga sois vosotros los responsables, bien por habérselo enseñado, bien por no haber evitado que otros se lo en-

señaran. Pero alguno dirá: el mundo está corrompido y por todos sus poros respira podredumbre, ¿quién evitará por mucho tiempo que esos miasmas apesten el corazón del niño?

¡Por mucho tiempo...! ¿Y cuánto pensáis que es mucho tiempo? Defended la infancia que mama, la que balbucea, la que anda, la que chilla y juega, la que aprende a conocer, amar y temer a Dios, la que aún no ha llegado al uso de la razón y la que está en los albores de ella, la que aún no tiene en sí poder de conciencia para resistir al mal; y defendedla mientras podáis, por la ignorancia del mal pégajoso de la impureza; porque enseña la experiencia que salva más niños de ciertos pecados el ignorarlos que el conocerlos. En esto no cabe duda.

¿Pero y después?

Después, cuando el niño raye en la adolescencia, cuando el desarrollo del joven se anticipe y le pregunte, cuando el colegio, el taller, la calle, etc., le hayan de enseñar lo que antes ignoraba, entonces, antes que le dé lecciones un malvado o un escandaloso, que sean la madre o el padre los encargados de abrirle los ojos, no para que pierda la inocencia, sino para que no desaparezca ésta con la ignorancia.

El *cuándo concreto* varía en cada joven; no puede fijarse tal edad o tantos años para todos; eso varía según los sexos, los climas, la cultura, la precocidad, la corrupción del pueblo en que se vive y la ocupación y compañía con quienes se haya de vivir; y ese es un estudio de observación concreta que deben hacer los mismos padres

¿Cuánto deberá correrse el velo?

Lo preciso y nada más, lo que baste para evitar el escándalo y no sea por sí ocasión de pecado.

El padre, y sobre todo la madre, deberán haber ido

formando por una seria educación cristiana y humana al hombre de conciencia, de costumbres y de sentimientos delicados y honestos, al hombre temeroso de Dios y del pecado, al hombre de reflexión y sacramentos, oración, y, en tiempo oportuno, al hombre escarmentado en cabeza ajena; y aquí, por los hechos ruidosos, por los escándalos públicos debidos a cierta clase de culpas, por la historia, que ofrece abundantes ejemplos, por la Doctrina cristiana, cuya explicación puede aclararse con casos de la Historia Sagrada de mayor escarmiento, por la visita de algún hospital, por la muerte de algún vicioso, por las lacras de algún degenerado, por las preparaciones anatómicas, los cuadros o libros, por cualquiera de estas cosas, y con toda parsimonia, gravedad y peso, se irá descorriendo el velo hasta conseguir que aquella alma aprenda y sepa el mal sin intentar copiarlo, sino al contrario, aborreciéndolo.

Este es un arroyo que tienen que pasar todos; no hay más remedio, y los padres, que son los que más aman y mejor deben conocer a sus hijos y más confianza deben inspirarles, son los que han de ayudar al joven en esa edad crítica, en que tantos se pierden sin saber que se pierden, ni acaso saberlo sus padres, hasta que ya el mal no tiene remedio o es de difícil curación.

Antes del Rubicón y después del Rubicón.

¿Qué haremos para conservar inocencia y castidad en los niños y jóvenes? Cultivarlas y defenderlas con todo el interés y celo que ellas se merecen.

¿Y cómo deben cultivarse? Sobre eso formaremos otra Hoja.

DEL CULTIVO DE LA CASTIDAD.

No hay cultivo más importante ni más delicado que el de esta virtud santa, que hace a los hombres sanos y fuertes las razas. Indicaremos breve y sumariamente algunos modos que interesan a los

Coeducadores.

1.º Y en primer lugar se cultiva la castidad *cultivando la inocencia por medio de la decencia*. Palabras, obras, vestidos, diversiones, juegos, espectáculos, cuadros, lecturas, todo lo que el niño oiga y vea, que sea decente, aseado y digno de un hombre cristiano bien educado.

2.º *Cultivando el corazón por medio de la religión*.—La idea de Dios, de un Dios Padre, de un Dios Sabio, de un Dios Justo, de un Dios Omnipotente, de un Dios Inmenso y Providente, que nos ama y que todo lo ve, que todo lo sabe y que todo lo premia o castiga, para lo cual tiene gloria e infierno, influye mucho para contener las pasiones que se vayan levantando. La oración y, en cuanto sean de ellos capaces, los sacramentos y ejercicios espirituales, ayudan a conservar la virtud y a restaurarla. Pero cuidado de que el niño no tome hartazgo e indigestión, aunque sea de manjares exquisitos; las cosas buenas han de hacerse gratas, y cuanto más agraden y menos fastidien, serán mejores en la práctica.

3.º *Cultivando la castidad indirectamente por medio de la actividad*.—No hay haraganes santos; los ociosos no suelen ser castos, porque la ociosidad es madre de todos los vicios y madrastra de todas las virtudes. Que el joven desde niño esté siempre ocupado; que la vida del hombre (niño, adolescente o adulto) esté metodizada, o dirigida y ordenada a algo con plan y método; que na-

die se acueste sino rendido del sueño y nadie se levante fastidiado del exceso del sueño; que los educandos tengan siempre un algo digno y honesto que los entretenga y preocupe; y que las personas que los rodean no les den con la ociosidad el peor de los ejemplos, ni a pretexto de riqueza, ni a pretexto de nobleza, ni a pretexto de tener quien se lo haga, ni a pretexto de no tener nada que hacer. Al hombre activo jamás le falta que hacer; el bien educado sabe que el tiempo es el más rico de los tesoros, y el buen Educador enseña con obras y palabras aprovechar el tiempo.

Un pueblo de holgazanes (con levita o sin levita) es un pueblo corrompido, y un pueblo de mujeres indolentes (con moños o sin moños) es un pueblo perdido.

4.º *Cultivando la cultura.*—Por cultura entiendo el cultivo del hombre en todo lo que tiene de animal racional, de animal moral, de animal teológico, de animal social, de animal político, de animal científico y artístico. Y digo *de animal*, porque sin animal no hay hombre y sin castidad no hay animal sano, robusto, resistente, duradero y apto, ya para la conservación, ya para la reproducción, ya para la cultura y perfección del hombre espiritual.

Digo *animal racional, moral, etc.*, porque la cultura (sea cualquiera el grado en que pueda recibirse) debe tener como base el equilibrio de todas las facultades, y para ello conviene que cuanto hay en el hombre de ser superior contrapesese las tendencias bestiales del hombre inferior, y no con la cultura meramente intelectual, sino sintiendo y obrando como se cree, sabe y entiende, que eso es la cultura; lo demás es charla huera o mero *intelectualismo*.

No nos engañemos de balde ni intentemos engañar a los demás haciéndoles creer que la cultura consiste en ilustrar cabezas y en secar, destrozar o abandonar corazones. La escuela que no educa no es escuela; la sociedad que no educa no es sociedad; la organización docente que

para nada se cuida de la honestidad y religiosidad de sus alumnos, ni es cristiana ni es decente, no es pedagógica ni culta; es la antipedagogía disfrazada de ciencia, es el abandono de lo que más vale en el hombre, de la voluntad, de la acción y de la salud de cuerpo y alma (que es base para todo) bajo el especioso título de la *ilustración*

El mero *intelectualismo*, los llamados hoy *intelectuales*, nos están dando la prueba, pues son para la inocencia, la Sociedad, la Religión y la Patria, la calamidad de las calamidades.

EN DEFENSA DE LA INOCENCIA Y CASTIDAD.

No basta cultivar las plantas; es menester, además, defenderlas contra animales dañinos, y por eso insisto en esta delicada y trascendental materia; mas para no ser pesado ni molesto, opto por consignar algunas proposiciones o corolarios que se desprenden de lo ya dicho, y las personas dignas sabrán ampliarlos dignamente.

¡Es tanto y tan sensible lo que sobre esto habría que decir!

1. Carece de sentido moral quien no sabe respetar la inocencia del niño, sea padre, amigo, instructor, escritor, fotógrafo, impresor, dibujante, cómico, danzante o autoridad.

2. Una sociedad en la cual los niños están *muy adelantados* en ciertas materias, carece de vergüenza y decoro, porque es ella quien los ha hecho *adelantar* en el pecado más nocivo para sus cuerpos y sus almas; es una sociedad de indecentes la que no sabe respetar la inocencia.

3. Un pueblo de grosero lenguaje no puede ser delicado y honesto.

4. Una civilización que no haga respetar la piedad y la pureza, sino, al contrario, falla por su base, es una barbarie disfrazada.

5. Un Estado que garantice la libertad de perdición para la juventud, es el primer enemigo de la Patria, es un malhechor social.

6. El mundo, antes, ahora y siempre, se ha conservado por la castidad y se ha perdido por la impureza. ¿Lo oís, políticos avellanados?

7. La última de las perversiones no es el pecado, sino el derecho a pecar, el derecho a corromper y ser corrompido, que es lo que en tiempo de Tácito, y ahora se llama *libertad*. ¿Lo entendéis, seres degenerados?

8. Cuando la autoridad (de la ley o del gobierno) se pone de parte de la inmoralidad, no hay defensa posible para la juventud ni para la sociedad dentro de la legalidad ¡Qué verdad y qué inmoralidad!

9. Cuando el derecho a mandar se confunde con el derecho a corromper y pervertir, no hay hombre de bien que, siendo discreto, pueda estar al lado de la autoridad; solamente los malos o tontos pueden servirle de corte. ¡Corte digna de tales poderes!

10. Cuando los partidos políticos se tornan pandillas de sectarios, o de empresarios cuyo pugilato consiste en quién va más hacia el lado del Diablo, esto es, quién es más impío y libertino, quién es el más anticristiano; la política no es el arte de gobernar, es la artimaña de pervertir y corromper las naciones o pueblos para fines particulares y nefandos.

11. En tal situación, sólo puede mostrarse indiferente en la llamada política quien sea indiferente en religión, moralidad, patria, decoro, humanidad y vergüenza. ¡*Attendite, reges!*

12. Contra el enemigo de todo lo que más vale, de aquello que pide y tiene derecho a exigir el sacrificio de todos los bienes, de todas las comodidades, de todos los honores y de la misma vida, ninguno puede decir yo

no valgo nada, y ninguno debe dejar de hacer todo cuanto valga. *¡Erudimini qui judicatis terram!*

13. La cuestión de coeducación reviste hoy (como por lo enunciado se deja entrever) una importancia que acaso nunca ha tenido en el transcurso de los siglos; es cuestión de ser o no ser, de conservar raza, Religión o Patria, o de con ellas desaparecer.

14. Siendo la pureza la cosa más preciosa y más expuesta a fragilidad, hay que cuidar de ella como se cuida de un vaso preciosísimo que muy fácilmente puede quebrarse. Siendo la lujuria como la mordedura de víbora que, aunque al parecer pequeña, siempre es mortal, hay que huir de aquélla como se huye de ésta, como se huye de la muerte. Siendo la impureza levadura cuyo fermento corrompe la masa, basta un pensamiento impuro, una acción deshonesta para hacernos impuros, y por tanto hay que cuidar de la integridad de la castidad.

15. Siendo la lujuria fuente fecundísima de casi todos los males, cegar esa fuente importa tanto como evitar que individuos y pueblos se ahoguen sumergidos en la inmundicia y en el piélago de todas las calamidades. Recordad la historia de las naciones y veréis comprobada esta afirmación; estudiad la vida de cada hombre y de cada pueblo y os asombraréis de ver como casi todos cayeron por la carne.

16. Siendo la lujuria la pasión que más pecados pare, quien aborrezca el pecado que la deteste como la suma de todos los males, como la cloaca donde van a parar todas las inmundicias y maldades.

Por la lujuria se pierde la fe, como la perdieron Lutero y Enrique VIII; por la lujuria se va hacia la incredulidad en Dios y en el infierno, porque estorban para gozar; por la lujuria se produce la ceguera intelectual y social y la contumacia o impenitencia, como en David y tantos otros; por la lujuria se falta a Dios, al honor, a la verdad, a la vida, a la inocencia del niño, a la honra de la mujer, a la paz de las familias, al presente, al pa-

sado y al porvenir de los pueblos, y, en suma, a todas las leyes y deberes de la humanidad y de la Divinidad; por lo cual se dice de este pecado que es *summa malorum*, la suma de los males y el pecado de los pecados.

17. Quien alto o bajo, padre o maestro, amo o criado, sacerdote o alcalde, gobernante o legislador, pintor o escritor, empresario o actor, vecino o amigo, español o extranjero, escandalice a un niño, merece que «le cuelguen una rueda de molino al cuello y, con ella, le arrojen al profundo del mar».

¡Qué merecerán los que escandalizan a un pueblo!

¿Y qué los que escandalizan a las naciones?

18. Quienes pudiendo evitar el escándalo, no lo evitan, se hacen cómplices de todos los escandalosos y de todos los escandalizados y partícipes de sus culpas.

19. Quienes piensan que debe respetarse como un sagrado derecho el de escandalizar, ya saben que piensan al revés de Jesucristo y lo mismo que las dueñas de burdeles.

20. Quienes desde el poder garanticen sin necesidad ese derecho, están, en orden a moralidad, muy por bajo de las tales dueñas.

21. Cuando los pueblos más *avanzados* están más corrompidos, avanzan hacia la maldad; cuando las pandillas de políticos se distinguen por su avance hacia las doctrinas y libertades de perdición, quien les entregue el poder se lo entrega a perturbados que aspiran a perturbar y perder a los pueblos.

22. Ante la moral pedagógica no hay irresponsables, no hay exenciones ni privilegios; antes crecen la culpa y la consiguiente responsabilidad con el mayor saber y el mayor poder.

23. Debe haber en la conciencia del buen Coeducador, como lo hay en el corazón de Dios y en las penas del infierno, un sitio de reprobación especial para los pedagogos y legisladores que escandalizan a miles y miles por medio de falsas pedagogías y leyes demoleadoras de insti-

tuciones honradas, piadosas y castas, leyes a la vez protectoras de instituciones y escuelas que son todo lo contrario.

24. Cuanto debemos detestar a tales y tan grandes malhechores sociales, otro tanto debemos amar y bendecir a los pedagogos y legisladores cristianos que por amor de Dios y de los hombres evitan cuanto pueden el escándalo.

¡Cuán felices son los pedagogos cristianos! Ellos gozan de la paz intelectual del alma que tiene resueltos los problemas más trascendentales de la vida; y pueden tranquilamente dirigir los pasos de sus alumnos por caminos seguros a fines santos; y pueden asimismo comunicar la vida espiritual, la animación y pureza de sus ideas morales al mundo de la materia y de la carne; y la materia, merced a esas ideas espirituales, será ley, orden, armonía, plan, fin, ciencia, sabiduría, honor y gloria; y la carne dejará de ser bestia para hacerse casi angelical.

Conclusión final.

Coeducadores de todas clases y tamaños: Si queremos aproximar los educandos a los ángeles, procuremos que sean piadosos y castos; si intentamos aproximarlos a las bestias, y aun ponerlos por bajo de ellas, hagámoslos impíos y deshonestos.

TRES SÍMILES Y CUATRO EXHORTACIONES.

Símil 1.º

Cuida el joven o la joven con esmero la nueva y hermosa prenda que viste, huyendo o evitando todo aquello que pueda ensuciarla, romperla o ajarla; mas si ya

la prenda se ensució, rompió o ajó, poco le importa que en ella caiga una nueva mancha y se haga un nuevo rasgón.

Así es la inocencia, así es la castidad: evitad la primera mancha, evitad el primer rasgón, porque si no os será más difícil evitar los demás.

Conclusión.—Es más fácil la continencia en los vírgenes que en los viudos y en los célibes que no han sido continentes, como es más fácil conservar una manzana sana que otra ya golpeada o contagiada.

Símil 2.º

Mirad cómo vuela alborozada alrededor de la luz que la fascina la inexperta mariposilla, y tanto va y viene, sube y baja, que se atolondra y enloquece hasta caer en la lumbre abrasadas sus hermosas alas.

Cuiden las mariposillas inexpertas de la inocente juventud precaverse del encanto de las ilusiones de los sentidos y de las imaginaciones y sueños de lo desconocido, y confíen los secretos del amor que empieza revoloteando a persona de confianza y experiencia, si quieren librarse de muchos y muy amargos desengaños y acaso de males irremediables.

Conclusión.—En nada se necesita tanto de la vista ajena como en aquel estado pasional que poetas, filósofos y pintores pintan como un niño inexperto que, además de niño, es ciego y está armado, es atrevido y temerario y dispara sus flechas sin saber a donde van a parar.

Símil 3.º

El tercer similitud sea el de aquel filósofo griego que para enseñar al pueblo corrompido dónde estaba la salvación, le presentó unas manzanas podridas que contenían semi-

llas sanas. Esas manzanas podridas sois vosotros; esas semillas sanas son vuestros hijos: cultivad esa semilla con esmero y ella salvará la Patria.

Cuando se pudren las manzanas, aún quedan las pepitas; pero cuando se corrompen manzanas y pepitas, ya no queda esperanza de salvación. Esto, que es una verdad fisiológica, moral y social, es también, y por lo mismo, una verdad teológico-pedagógica: Dios conserva el mundo por los niños. Las sociedades se regeneran empujando por los niños.

Conclusión.—La inocencia redime la culpa; los niños salvan a los grandes, pero es a condición de que los grandes no priven de la inocencia a los pequeños por medio del escándalo. Por eso aquel Maestro de los siglos, tan manso como humilde y compasivo, al considerar los males individuales y sociales, religiosos y morales que causan los escandalosos de los seres inocentes, exclama: «¡Ay del mundo por los escándalos! Dada la maldad del mundo, siempre habrá escándalos, pero más le valiera al escandaloso que le hubieran colgado una piedra de molino al cuello y le hubieran arrojado en lo profundo del mar.»

«¡Ay del que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí!» (1).

Primera exhortación.

Huid de la impureza como se huye de la esclavitud, del embrutecimiento, de la degradación, de la enfermedad y la muerte, de la ruina de la familia y envenenamiento de la sociedad, del amigo traidor, del primer enemigo de todos los bienes y causa de todos los males;

(1) Ya saben lo que merecen los que por el escándalo roban fe, salud y costumbres a los niños, y también lo que la sociedad que a los escandalosos ampara se merece, la muela del asno y el agua salada, esto es, la ignominia y el abismo.

huid de ella como se huye de la vergüenza y el deshonor, de la desdicha y el tedio de la vida, de la desesperación y el infierno; y huid no sólo de ella, sino de todo cuanto a ella os aproxime o conduzca: de la ineducación y desenfreno de las pasiones, de los malos deseos, del mimo excesivo, de la cama blanda, de la mesa regalada, de la vida muelle y holgazana, de conversaciones, canciones, lecturas y escenas ocasionadas del orgullo y la impiedad, de reuniones y asociaciones de perdición, de la alegría loca y la tristeza mundana y tediosa; huyamos de nosotros mismos, esto es, de las locuras y desbordes de nuestra imaginación y de los caprichos y antojos de nuestra voluntad apasionada, descubriendo y consultando con personas de juicio recto y experiencia los secretos del amor.

Segunda exhortación.

Y no huyáis de Dios, que es el Amor de los amores y el Señor de las virtudes; de Jesucristo, que es el Modelo de toda pureza; de María, que es la Virgen de las vírgenes; de la Iglesia, que es la Escuela de Cristo; de los Sacramentos, que son los canales de la gracia; del examen, la oración y meditación, que dan reflexión, poder y vigor al alma contra las tentaciones; de la mortificación, que refrena las pasiones; de la ocupación constante, que libra de muchos males; del culto de las ideas cristianas, que elevan y castifican el alma; y, sobre todo, del cultivo de la santa virtud de la pureza, cultivando la inocencia, cultivando el corazón, cultivando la inteligencia y el buen gusto por medio de una cultura verdaderamente digna del hombre mirado en todos sus aspectos, cultura que supone el culto del decoro y la delicadeza y los miramientos del hombre bien educado y, sobre todo, del hombre cristiano.

El hombre cristiano es: el hijo de Dios Criador, el hermano adoptivo del Dios Redentor y el templo vivo

del Dios Espíritu Santo Vivificador y Santificador; es el rey de la creación, a quien todo sirve y por quien todo debe servir para honra y gloria de Dios; es el heredero de todas las grandezas de la tierra y el cielo, al cual le está vedado toda indignidad y degradación; es el escarmenado en tantas cabezas cuantos han sido los castigos de los hombres desde Noé hasta nuestros días; es el incorporado en Cristo por el Bautismo, el resellado en la milicia de Cristo por la Confirmación, el encarnado y reencarnado en Cristo mediante la Encarnación y la Eucaristía; es la obra maestra de Dios en quien se complace y a la cual no puede ver manchada ni sucia.

¿Y habría de coger todos esos títulos, dignidades y grandezas, todos esos destinos temporales y eternos para arrojarlos y arrojarse con ellos en la inmunda charca de la impureza?

Tercera exhortación.

Y si verdaderamente amáis a Dios y a los hombres, la Escuela y la Patria, no os contentéis con mirar por vosotros, sino mirad también por los demás y extended cuanto podáis el culto de la santa pureza, ya en vuestras familias, ya en vuestros amigos, ya en vuestros pueblos, ya en vuestras Escuelas y Colegios, ya en vuestros escritos, ya, si a tanto llega vuestro poder, en las leyes, Estados y gobiernos, y sabiendo que la castidad es una virtud necesaria para individuos, familias, Escuelas y pueblos, que exige los mayores cuidados y que no se da por entero sino donde se da culto al Dios verdadero, no seáis ateos, ni moros, ni protestantes, ni racionalistas en la educación, sino cooperadores de la educación cristiana como lo enseña la Iglesia, que es la Maestra de la pureza y la castidad en toda su integridad.

Lo que ella apruebe, lo podéis aprobar; lo que ella reprueba, lo debéis reprobar.

Cuarta exhortación. Eduquemos con la Iglesia.

La Iglesia, Madre de la fe, es guía y guarda de la ciencia y directora de la conciencia puesta en acción; jamás condenó la verdad ni maldijo la virtud, y siempre condenó el error y censuró el mal. ¿Es pequeño este gran servicio hecho a la humanidad? ¿Hay en el mundo docente otra institución doctrinante y educadora que más se interese por la verdad y la castidad? ¿Hay alguna academia, alguna filosofía, alguna pedagogía, alguna jurisprudencia o legislación que haya corregido más errores, que haya enderezado más inteligencias, que haya mejorado más corazones, que haya moralizado, humanizado y hecho castos más pueblos?

La Iglesia es como luz puesta en un alto monte que recibe la claridad del cielo y la comunica a la tierra; siendo luz, ¿cómo ha de oscurecer?; siendo magisterio, ¿cómo no ha de enseñar?; siendo celestial claridad, ¿cómo no ha de ilustrar y ennoblecer?; siendo la pedagogía en acción para llevar los hombres por la verdad y el deber a Dios, ¿cómo no ha de ser la educadora y moralizadora por antonomasia?

Así que, ¡oh Maestros y Coeducadores!, si aspiráis a enseñar y educar con la fe, ella es el fundamento; si aspiráis a educar con la verdad y la ciencia, la verdad y la ciencia hablan por ella; si queréis educar con la historia, la historia habla por ella; si queréis educar por la caridad y la humildad, la obediencia y la castidad, éstas hablan por ella; si queréis educar por la equidad, fraternidad y libertad, éstas hablan por ella, siempre que las dejan hablar en cristiano; si queréis educar al pueblo popularmente, los pueblos cristianos, que son los pueblos más inteligentes, nobles y cultos, hablarán por ella; si queréis educar a la sociedad en la protección y socorro al pobre y desvalido, la Iglesia os presentará una serie interminable de medios e instituciones de enseñanza, hu-

manidad y beneficencia destinados al alivio y mejoramiento de los hombres; si queréis educar en el valor y el sacrificio, ella os presentará por millones y millones los ejemplos de quienes lo dan todo, incluso la vida, en testimonio de la verdad y el amor de Dios y del prójimo; y, finalmente, si queréis educar en la unidad de la doctrina y del magisterio, y hasta en los sistemas y procedimientos, muchas cosas hallaréis en ella que imitar y algunas que envidiar.

EL TRABAJO Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

El trabajo es ley divina y universal.

Siendo trabajar hacer, quien algo hace trabaja, y como todo en el mundo es acción, no hay ser que en su esfera no trabaje. Trabaja la hormiga en su hormiguero, la abeja en su colmena, el ave en su nido, el gusano en su cendal y el hombre, que es materia y espíritu, trabaja con su cuerpo y trabaja con su alma; cavar, segar, dolo y coser es trabajar con el cuerpo; pensar, querer, amar y orar es trabajar con el alma. Tan natural es al hombre el trabajar como al pez el nadar y al ave el volar, y nada hay más opuesto a la salud, moralidad, honor, libertad y riqueza de hombres y pueblos que la ociosidad. El trabajo es la vida, la ociosidad es la muerte; así como el orín consume el hierro antes que el uso, la ociosidad desgasta más al hombre que el trabajo moderado.

Dios nos hizo para el trabajo, pero no para un trabajo cualquiera, sino para el trabajo digno del hombre.

Cuando Dios crió al hombre, le puso en el Paraíso para que *le trabajara*; cuando Adán abusó del trabajo, ejecutando una mala acción, Dios le echó del Paraíso *para que trabajara con el sudor de su frente la tierra ingrata*. Antes del pecado y después del pecado, el trabajo

es ley para el humano linaje, y ley tan importante que, al hacer Dios el mundo, pudiéndole hacer de repente y en un solo acto, se nos presenta trabajándole en seis grandes días o períodos y descansando el día séptimo, para consagrar el trabajo y regularle en nosotros. Dice el Génesis, capítulo segundo: «Dios acabó el séptimo día la obra que había hecho, y reposó de él el séptimo día. Bendijo el séptimo día y le declaró santo, porque en este día había cesado de crear y de hacer su obra.»

Aquí tenemos indicada la ley del trabajo y la ley del descanso, que se aclara en el Deuteronomio con estas expresivas y gráficas palabras: «Trabajarás seis días; el séptimo día es el sábado, es decir, el reposo del Señor, tu Dios. No harás ninguna obra en este día, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu servidor, ni tu criada, ni tu buey, ni tu asno y todos tus animales domésticos, ni el extranjero que ha entrado por tus puertas.» Añadiendo más adelante: «A fin de que tu criado y tu criada descansen como tú.»

Y le recuerda, para que no lo olvide, lo que es el trabajo esclavo. «Acuérdate que tú mismo has servido en Egipto.» (C. 5.) Palabras que pueden convertirse en estas otras: Porque recuerdes el hecho de la creación, porque obedezcas la ley del Creador, porque eres materia y espíritu y quiero cultives uno y otro, porque tus criados son tan hijos de Dios como tú, porque trabajar sin descansar y sin santificar el descanso, es servir de esclavo, como los israelitas en Egipto; por esto trabajarás seis días y descansarás el día del Señor, que es el séptimo.

La ley divina del trabajo y del descanso es pública y social.

Es necesario el trabajo, es necesario el descanso y es necesario fijar por una ley la proporción entre el descanso y el trabajo, y siendo ley de humanidad, debe fijarse

uno y otro por el Autor de la naturaleza, para que todos los hombres en los mismos períodos y por las mismas horas trabajen o descansen, se encorven al suelo o miren al cielo. De aquí esa ley de la semana, que Dios fijó por la creación, clavó en las capas de la tierra por los días genesiácos, hizo se trasmitiese de siglo en siglo por los pueblos y se sancionara en las legislaciones, la salvó del sistema decimal de la ignara y audaz revolución francesa, y valiéndose hasta de sus enemigos, está haciendo que se salve de la avaricia burguesa y de la codicia y de la pretendida libertad de conciencia y libertad del trabajo de los burgueses y empresarios liberalistas de la prensa.

Esta es la ley de Dios y la ley de la humanidad; cuando se altera o no se observa, desaparecen la felicidad, la moral, el orden, la justicia, el contento, la cultura y hasta la riqueza y la equitativa distribución de la que el trabajo mal organizado produce. Las revoluciones, invasiones, irrupciones, huelgas, etc., suelen tener por raíz la acertada o torcida interpretación de la ley del trabajo y del descanso.

¿Y la libertad del trabajo y de conciencia?

No hay tal libertad, humana y jurídicamente hablando; porque no se da derecho contra derecho. Y menos si esa libertad (como sucede) es la codicia o avaricia disfrazada de derecho; y menos si ese derecho es opuesto al de Dios; y menos si esa libertad es un atentado en contra de la mayoría de los hombres, que son los que dependen de otro, cuyos cuerpos y almas quedan a merced de los amos sin piedad ni entrañas. La libertad del trabajo sin la obligación del descanso es una esclavitud disfrazada, es una gran mentira liberalista.

Bien; que haya descanso, pero por horas, no por días, por convenios entre particulares, no por leyes generales.

Esta es la última trinchera de la codicia burguesa, de la avaricia judaica y de la liberalistería mema, servidora de ambas y enemiga de Dios y del pueblo. No, señores empresarios de la opinión y la prensa; no, señores explotadores del trabajo y la riqueza; no, señores legisladores y alquilones de la libertad: la ley del descanso es un día por cada seis de trabajo; la ley del descanso por días es divina, es ley de la humanidad y no puede pactarse fuera de ella ni contra ella sin violarla.

Hay un día, día entero, día bendito, día del Señor, día de todos en el cual no hay siervos del trabajo, sino señores y dueños de sí mismos, que en colectividad descansan, en comunidad se alegran, en comunidad oran, en comunidad ríen, cantan, juegan y se reconocen hombres y hermanos e iguales ante Dios; y para esto es menester que todos cesen a una y trabajen a una.

Consecuencias pedagógico-sociales.

1. Siendo el trabajo honrado ley natural del hombre, educar en la ociosidad es ir contra la naturaleza, es faltar a Dios, al hombre y a la humanidad. Ningún desocupado voluntario tiene derecho a comer; el que no trabaje que no coma. Ni la tierra ni el cielo se han hecho para los holgazanes.

2. Siendo el descanso otra ley natural del hombre reglamentada por la revelación y las leyes de la humanidad, quien priva (positiva o negativamente) al criado, jornalero, hijo, servidor u hombre cualquiera, *del derecho al descanso, y un descanso honrado y santo*, es un mal hombre, un mal amo, un mal consocio, un mal padre, un mal municipio, un mal Estado. Quien quiera que se sale del derecho divino, deja de ser bueno y honrado; el que está contra Dios está en contra de la humanidad.

3. No lo olvidemos, Coeducadores, libertad que no cabe en la ley divina, no es libertad, sino licencia; de-

recho que no está basado en las leyes de la humanidad. no es derecho, sino arbitrariedad.

4. Por consiguiente, no hay derecho a la libertad explotadora del sudor ajeno a perpetuidad, aunque el trabajador lo consienta; como no le hay a la libertad tabernera, chulapera, matona, taurómaca, trasnochadora y corruptora, sea por la pornografía del cuadro, del periódico, de la novela, del teatro, del baile o cualquiera otro espectáculo que enerve, rebaje, embrutezca y degrade al hombre, haciéndole más bestia y menos hombre.

5. Mientras esto, que es de buen sentido, no se quiere entender, no os canséis, Maestros, en educar; porque a más letras corresponderá más corrupción y menos humanidad, como enseñan todas las estadísticas, empezando por París y terminando por Madrid. (Véase la Memoria del Fiscal del Tribunal Supremo en la apertura de los Tribunales (1905 a 1906).

6. Ea, pues, Coeducadores, a trabajar en la educación y educación honrada, que la que así no es, no es educación; a trabajar dentro de la armonía social, el día de trabajo corporal en lo corporal y el día de trabajo espiritual en bien del espíritu; a trabajar entendiéndose con los padres y autoridades, para cooperar en la magna obra de la educación; a ser en esto hombres de buen sentido y no vulgares liberalistas o insignes mentecatos, que sueñan en salvar los pueblos con letras y sin costumbres, con mucha libertad y ningún orden, pudor ni recato; a hacer hombres completos y no bestias humanas muy leídas y muy pervertidas.

7. Y en el trabajo educativo no olvidéis estas reglas:

a) Aquel sabe trabajar, que sabe practicar y sabe lo que practica.

b) No sabe lo que es trabajo penoso quien se enamora de su profesión.

c) Saber enamorar del trabajo a los discípulos es la más alta recomendación del Maestro.

d) Tanto menos vale el Maestro, en cualquiera ofi-

cio y carrera, cuanto más trabaja él y menos sus discípulos, cuanto más discurre él y menos sus discípulos.

e) Quien educa hombres, que no olvide el trabajo doble que cuadra al hombre, en cuanto es cuerpo y espíritu.

f) Si la verdadera nobleza del trabajo no está en trabajar, sino en servir a Dios y a los hombres con el trabajo, ¿dónde habrá otro mayor ni mejor que el de Coeducador cristiano?

Conclusión final.

Que nadie, ni alto ni bajo, se sustraiga a la ley del trabajo ni a la ley del descanso; que ninguno, sea amo o empresa, criado o jornalero, pueda pactar, obligarse ni obligar en contra de las leyes divinas, naturales y reveladas; que ningún poder, sea regio o democrático, se excuse de garantizar con sus leyes y medidas de gobierno las leyes por Dios establecidas para el buen régimen y gobierno del trabajo en el mundo, ya que estas leyes revisten carácter social y público.

Y al que así no sea, que Dios se lo demande y los hombres se lo paguen; que bien merecido lo tiene.

DEL TRABAJO NACE LA PROPIEDAD.

Propio llamamos lo que es nuestro y no es de otro, y siendo todos propietarios de nuestras facultades, la actividad desarrollada por ellas también será nuestra; el trabajo, pues, es nuestra segunda propiedad; las potencias o fuerzas que le producen son su fuente primera. No hay, por consiguiente, ni un solo trabajador que no sea propietario.

Siendo tuyo tu trabajo, tan tuyo como tu persona, tan tuyo como las potencias que Dios te ha dado, tan

tuyo que nadie, ni tú mismo, radicalmente puedes enajenarlo, el producto de ese trabajo también será tuyo, porque es como la prolongación de tu persona puesta en actividad, eres tú reproduciéndote en tus obras. Es mío el cuadro que pinto, mía la escritura que estampo, mío el cacharro que modelo, mío el mueble que fabrico y mío el suelo que con mi sudor transformo.

Esto es claro, es de sentido común, es lo que hace y dice todo el mundo; ¿por qué se pone hoy en litigio el derecho de propiedad? Porque la impiedad siempre lleva consigo, con los girones de la revelación, los girones de la razón. Por el odio a lo sobrenatural se niega hasta el orden natural, con aquél íntimamente enlazado, y Dios consiente que los que de El se apartan, se alejen de la verdad y caigan en mil absurdos y contradicciones. Dios ha sancionado el derecho natural de propiedad, no sólo por la ley natural, sino por la ley mosaica, en el séptimo y décimo preceptos del Decálogo, y por Jesucristo en su Evangelio: «Los ladrones no poseerán el reino de los cielos.»

Como no hay más que un Dios, tampoco hay más que una humanidad, y entre Dios y los hombres una sola ley moral, la moral que llama ladrón «al que quita lo ajeno contra la voluntad de su dueño». La propiedad o dominio es un dogma de la humanidad, a la vez que del Cristianismo. ¿Seremos culpables por ser veraces, honrados y consecuentes?

Por lo mismo que tú eres *tuyo*, tu actividad o trabajo es *tuyo*, el producto de ese trabajo es *tuyo*, la tierra regada con tu trabajo es *tuya*, y de tí pasará a tus hijos, por ser ella y ellos *tuyos*; esto dice el derecho natural, que el Evangelio sanciona, y, al sancionarlo, condena el error liberalista de la incautación de los llamados *bienes nacionales*, y el error socialista y comunista que de aquella *justicia nacional deduce la justicia social* del reparto o comunidad de todos los bienes. El pillaje *nacional* llama lógicamente al pillaje *social*; si es lícito calificar de na-

cional y social la conducta de unos cuantos... hombres de bien que... roban o piensan robar por leyes.

Consecuencias pedagógico-sociales.

1. La propiedad es indestructible, porque se funda en nuestra propia naturaleza; educar en el comunismo es ir contra la naturaleza.

2. Sin dejar de pertenecerte no puedes dejar de poseerte, esto es, de ser dueño de ti y de tus facultades y del producto de éstas.

3. Sólo puede negar el derecho de propiedad quien se atreva a negar el derecho de personalidad, es decir, que para que no hubiera propietarios habría que comenzar por hacer que no hubiera más que esclavos, hombres sin hombría, cosas de otro, y aun así aparecería el *propietario* de esos hombres-cosas.

4. La propiedad, que es hija de la personalidad, sirve a ésta de escudo y garantía; por eso la Iglesia, enemiga de la esclavitud, es amiga de la propiedad.

5. El socialismo, pues, sea de cátedra, sea de congreso, sea de libro o sea de club, es una utopía opuesta a naturaleza, y si se llevara a la práctica, acabaría con la libertad y dignidad personal.

Suponed transportado el derecho de propiedad individual a la sociedad, ésta sería la dueña única, el amo único, y todos los asociados sus mercenarios, sus verdaderos esclavos. Y como en toda sociedad son dos o tres los que la rigen, estos regentadores sociales serían de hecho los únicos dueños y todos los demás esclavos, pero esclavos totales. Nadie trabajaría sino en aquello que se le mandara, y como los trabajos son tan desiguales, v. gr.: labrar piedras y tocar guitarras, hacer adobes y redactar periódicos y leyes, guisar el rancho y mandar ejércitos. ¿quién de buena voluntad aceptaría los trabajos y oficios de mayor esfuerzo y menor brillo y recompensa?

Para obtener la obediencia de los más, que serían los infinitos de abajo, no habría otro recurso que la fuerza, y resultaría que por huir de las desigualdades económicas pararían en otras desigualdades infinitamente mayores y más odiosas, por ser impuestas y no elegidas. Toda la masa sería esclava, todos, menos los dos o tres caporales del socialismo.

Para este viaje no son menester alforjas ni bagajes literarios. ¡Cuán cierto es que quien se aparta de la naturaleza se mete en la injusticia, y que salirse del Evangelio es salirse de la razón y ponerse en ridículo!

Ahora, Pedagogos, meteos a socialistas, y vosotros, Coeducadores, considerad si cabe el socialismo en las escuelas.

CRISTIANOS O PAGANOS.

Los errores de los hombres se repiten tanto o más que las modas de las mujeres, y la última *novedad* suele ser la repetición, algo retocada, de olvidadas antiguallas. Conviene presentar a la vista de las cabezas ligeras y espíritus noveleros los errores que estuvieron de moda, para que se vea la pobreza de los *intelectos* que se dan a inventar la cuadratura del círculo de que no haya ricos y pobres en el mundo.

El paganismo.

En el paganismo el Estado lo era todo; el hombre quedaba en él sumergido.

En el paganismo el hombre se había degradado a medida que se había separado de Dios, su Padre, y el rico degradado había degradado al pobre, dejándole sin propiedad, ni de su persona ni de sus cosas.

El pobre, generalmente, era esclavo, es decir, *animal doméstico* del rico, y, por tanto, carecía de dignidad, respeto y consideración ante él; no podía invocar derechos, porque carecía de ellos; no era persona, ni podía abrigar esperanza de redención, porque entre él y el hombre había el abismo que separa las cosas de las personas; no podía soñar en la fraternidad, porque ni siquiera sabía que todos somos hijos de un Dios único. La humanidad rica tenía postrada y degradada a sus pies a la humanidad pobre, y la filosofía, la poesía, las costumbres y las leyes sancionaban ese hecho. Esto era el mundo antes de Cristo, esto la libertad, dignidad y propiedad antes de la redención del mundo por el Cristianismo.

Veamos el cambio.

El Cristianismo.

El hombre siempre es hombre, y nadie puede hacerle esclavo o cosa, ni él mismo, aunque quiera. De la propiedad de su persona nace la propiedad de su trabajo, que nadie le puede quitar; y de la propiedad del trabajo nace la propiedad del producto y del suelo, que con aquél fecunda.

En el trabajo manda el trabajador, en el trabajo acumulado (producto o instrumento de la producción) manda el propietario; para que estos dos agentes concurren a producir, es necesario un convenio o pacto entre los dos propietarios, y lo que convengan dentro de la equidad será la ley de armonía social.

Pero hay seres que, teniendo derecho a vivir, carecen de medios de vida (trabajo y riqueza), como los niños pobres, los ancianos, los enfermos, etc., y a éstos debe socorrérseles por los que tienen algún sobrante, el sobrante de los ricos es la propiedad de los pobres. Y aunque éste es un precepto moral y la ley de la caridad hace milagros, pueden las leyes civiles, fundándose en él, impo-

ner tributos para atender a los pobres con el superfluo de los ricos, y deben sancionar y garantizar los arranques de las almas generosas que ofrecen a los pobres sus personas y sus bienes.

El Cristianismo se preocupa del pobre de tal modo que hace de la caridad su distintivo. Jesucristo nació pobre, vivió pobre y murió pobre, se ocupó en evangelizar a los pobres, los recomendó eficazísimamente a sus discípulos, y a los que dudaban si era el Mesías les dió esta señal y prueba: «Los pobres son evangelizados.» Esta doctrina y ejemplo han cubierto la tierra de palacios de la caridad (hospicios, hospitales, casas de misericordia de toda especie); han multiplicado las fundaciones de institutos religiosos, cofradías y sociedades de socorro, instrucción y obras de toda clase de beneficencia; han aproximado la pobreza a la riqueza, la cabaña al palacio, y miles de ricos se han hecho pobres de espíritu para enriquecer con los tesoros de su alma el desconsuelo y la pobreza corporal y espiritual de millones de pobres. Bien puede decirse que no ha habido una miseria humana a que la Religión de la caridad no haya acudido con una medicina apropiada, y si se hubieran respetado todas las obras que la Iglesia ha fundado, cubrirían la tierra, porque han sido innumerables.

El neopaganismo.

Los abusos sociales suelen ser hijos de errores y abusos teológicos, y en este caso se encuentran los abusos de los incautadores de bienes eclesiásticos y demás destinados a los pobres, y la persecución de los institutos religiosos destinados a la instrucción, socorro y evangelización del pueblo, que en su mayoría son los pobres.

El Cristianismo ha dicho: así como la propiedad de la familia garantiza la vida de ésta, la propiedad colectiva garantiza la vida de las colectividades, y, por tanto, la destinada al socorro, alivio, defensa e instrucción

y consuelo del pobre, garantiza a éste. ¿Por qué, pues, se han incautado los Estados de esas propiedades, no suyas, sino de la Iglesia y de los pueblos, y singularmente de los pobres, declarando tales bienes *nacionales*?

Búsquense respuestas, que las hay para todos los gustos, menos para los que tengan el gusto de la justicia, de la libertad y de la humanidad y la caridad en su punto. Para éstos sólo hay una razón, y es el odio a la Iglesia y a todo lo que ella protege. Este odio ciego ha hecho cegar a muchos pobres hombres, mediante los abusos de la palabra y la acción de algunos pobres diablos que, llamándose liberales, han destruído la libertad de la piedad y de la caridad; llamándose populares, han ido contra la garantía y propiedad del pueblo; y apeilidándose filántropos, han dejado al pobre sin las instituciones fundadas y medios acumulados para su alivio y protección.

La desamortización, incautación o confiscación y venta de los bienes de las comunidades y los pobres, es el *gran latrocinio* de la propiedad y libertad de la Iglesia, de los pobres y de los pueblos, es el *gran pillaje nacional* precursor del *gran pillaje social*.

La invocación de los derechos del Estado para realizar esta iniquidad nacional, es la resurrección de los errores y abusos del despotismo de los estados paganos. Entre cristianos se ha respetado la libertad, y sobre todo la libertad de hacer el bien, y más que todo la libertad de socorrer, instruir, educar y consolar al pobre; y estos neopaganos no la quieren respetar.

Hijo de ese atavismo pagánico es el individualismo egoísta, que proclama el liberalismo, y no es sino la lucha libre entre el que todo lo tiene y el que de todo carece, lucha que da por resultado el rico libre y el pobre esclavo. La desamortización despojó a los pobres para enriquecer a unos cuantos aprovechados burgueses, nervio y sostén del bando o secta que los enriqueciera, sin otro trabajo que la desaprensión o despreocupación (así la llaman) de conciencia.

Conclusiones pedagógico-morales y sociales.

A educar, pues, ¿más cómo? ¿Metiéndose la razón, la historia, el Decálogo, la libertad, la propiedad, la caridad y la humanidad en el bolsillo. o mostrándolas tales cuales son? Si lo primero, adiós educación; si lo segundo, adiós revolución. ¿Por cuál optamos? Alquilen otros su razón y conciencia, falsifiquen la historia, torturen la ley de Dios para que sirva de fundamento a las sectas, llamen libertad a la anarquía y la esclavitud, llamen propiedad al robo, llamen filantropía y humanidad a la dilapidación de los bienes de los pobres y de las comunidades más bienhechoras de los hombres; el pedagogo, el educador, si ha de ser el hombre de razón y conciencia, el varón sincero, imparcial y justo, el amante de Dios y los hombres, el que ama la libertad y su garantía, que es la propiedad, no puede menos de afirmar e inculcar:

1. Que se debe respetar la propiedad, como se debe respetar la persona, de la cual es una como prolongación, garantía y complemento.

2. Que debe respetarse la propiedad en la familia, por ser los hijos como la prolongación de los padres y la propiedad de éstos como cosa de aquéllos y garantía de sus existencias.

3. Que los pueblos, comunidades y pobres son también personas morales y jurídicas con derecho a existir y a poseer bienes para garantizar su vida.

4. Que si es inhumano atentar contra la propiedad individual y familiar, lo es aún más atentar contra la propiedad de las personas colectivas, y de modo especial contra la destinada a los pobres o a las comunidades que se destinan a su servicio.

5. Que como no hay más que un sólo Decálogo, tampoco hay más que una sola moral, y si el salteador de caminos y estafador es un ladrón, ladrón será, y ladrón

elevado a la quinta potencia el confiscador de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, sea por juntas, sea por gobiernos, sea por actos, sea por leyes, que son los actos de los soberanos.

MÁS CONTRA EL NEOPAGANISMO.

Consecuencias de lo dicho en las Hojas anteriores son éstas:

1.^a El robo a mano armada, abusando de la superioridad e invocando el santo nombre de la Nación, es un latrocinio que reviste una maldad proporcionada al escándalo y al daño causados.

Entre todos los robos que penan los códigos y pueblan los presidios no igualan al latrocinio de la incautación de los bienes eclesiásticos. El pueblo lo sabe, y también sabe (el que no es católico, sino socialista) lo que tiene que hacer con la propiedad no eclesiástica, cuyos títulos e inversión no están mejor justificados que los de aquella. Pues si confiscar con leyes es justicia, que siga la justicia confiscando y venga el reparto de los bienes de los ricos entre los pobres. Esta es la lección que les habéis dado.

2.^a La *justicia nacional* de la incautación llama a la *justicia social* de la repartición; si, pues, hemos de educar en el liberalismo incautador, debemos coeducar para el socialismo distribuidor.

¿Qué haremos, Coeducadores? ¿Qué haremos, hombres de bien? Si no podemos ocultar ni tergiversar el pasado sin comprometer el porvenir, ¿deberemos ser liberalistas para terminar en socialistas?

3.^a Si la Iglesia se dejara llevar de la desesperación y la venganza; si no fuera infinitamente mejor que sus expoliadores; si la Nación fuera tan mala como los Go-

biernos incautadores; si la Sociedad tuviera tan malas entrañas y aprendiera y copiara la lección de moral y derecho que le han dado los Estados confiscadores, ya no habría ni propiedad, ni familia, ni Nación, ni Estado, ni Sociedad, ni nada. Consolémonos pues, pensando que aún somos mejores que nuestros Maestros y Soberanos Coeducadores.

4.^a Y porque es menester que la verdad entre en las Escuelas, penetre en el cerebro de los Pedagogos y rija la enseñanza de los Maestros, es preciso que el Educador sea hombre de su tiempo y sepa que hoy el laicismo, socialismo, comunismo, colectivismo y anarquismo tienen un sobrenombre común: ateísmo; y consiguientemente todos trabajan en una obra común: la destrucción de las columnas en que descansa el edificio social, comenzando por la religión y continuando por la autoridad, matrimonio, familia, propiedad, costumbres, derecho y leyes, todo lo que hoy existe y bajo cuyo amparo vive la humanidad.

Cosa nunca vista en la historia; pues si bien han existido ideólogos del comunismo, nunca han existido apóstoles, sectas, ni masas del ateísmo, que es el error más perturbador y más antisocial de cuantos el hombre es capaz de imaginar.

Los que quieren desterrar a Dios de la enseñanza, no son sino laborantes del materialismo, comunismo y la anarquía por tablas. Pensad, Coeducadores, si la misión de la escuela es empollar socialistas y anarquistas, esto es, preparar desde la infancia materialistas que sean perturbadores y trastornadores del orden social desde sus más profundos cimientos.

Pensad, pues, ¡oh legisladores circunstanciales!, si al hostilizar la educación religiosa *laboráis* a favor o en contra de la sociedad, si sois coeducadores sociales o grandes antieducadores de la sociedad.

Lo que enseña una estatua a los Educadores.

Allá, en una villa que pretendiendo ser la maestra y hasta el cerebro de la Nación logra en muchas ocasiones ser centro de ineducación y perversión nacionales, y en una plaza llamada por equivocación del Progreso, se erigió por progresistas y masones una estatua que es burla del arte y befa de la nación, además de ser un insulto a la Religión, una provocación al robo y un pretexto para educar en el asesinato. Esta estatua representa a un hombre que fué: de raza, judío; de secta, masón; de bando, liberalista; de facción, progresista, y tan amigo de lo ajeno que hasta el apellido hurtó a sus padres (siendo Juan Méndez Alvarez se llamó Mendizábal), y a la Iglesia, al pueblo y a los pobres hurtó e incautó todos sus bienes.

Pues bien; ante esta estatua, en aniversarios de grandes crímenes (que las sectas y bandos llaman glorias *nacionales*, como el degüello de indefensos frailes, desfilan, por vía de educación, los Maestros y alumnos de las que llaman escuelas laicas; hecho triste que nos sugiere estas preguntas:

1.^a Si las estatuas deben servir para honrar a los héroes e imitar sus virtudes, ¿será un hecho heroico digno de loa e imitación el asesinato y el robo?

2.^a Si esos niños (y otros grandes) aprovechan la lección, ¿qué serán el día de mañana?

3.^a Si la escuela y el periódico, el poder y el bronce contribuyen a ensalzar el crimen, ¿qué extraño es que de tales vientos resulten futuras tempestades?

Conclusión pedagógica.

Puesto que para educar hay que formar hombres de bien que amen y respeten la justicia, la libertad, la moral, la Religión y la Patria, importa que el Educador

sepa si están vigentes o no los Mandamientos de la Ley de Dios, para hablar bien o mal de ellos, para hablar bien o mal del séptimo Mandamiento, en la escuela y en la casa, en el libro y en el periódico, en el templo y en el congreso. ¿Puede el Estado robar? ¿Puede la Nación consagrar la santidad del robo? ¿Pueden los Maestros llevar sus alumnos a honrar incautadores y a celebrar degüellos de inocentes ciudadanos? ¿Podemos ser honrados a la vez que ladrones, patriotas a la vez que antieducadores, formadores de hombres dignos a la vez que formadores de hombres injustos e inhumanos?

¡Oh intrépidos liberales que os decís elevadores del nivel moral y social del pueblo!, se me antoja que os sale el tinglado bastante desnivelado. ¡Oh fabricantes de honrados y nobles caracteres!, me parece que ni las acciones innobles ni las palmarias contradicciones han sido nunca medios ordenados para hacer ni ennoblecer caracteres.

ALGO DEL «MEUM-TUUM» O MUTUALISMO.

Nada hay que valga menos que el hombre aislado; la asociación, la comunidad, le es necesaria, ya para nacer, ya para vivir, ya para gastar, producir y ahorrar, ya para desarrollarse y defenderse de la miseria, de la esclavitud, de la degradación y de la conquista. Hoy, gracias a Dios, se tiene por carcamal y ñoño (cuando no es un truhán) al liberalista defensor del feroz egoísmo individualista, al estúpido y cruel matador de asociaciones y expoliador de sus medios de vida; porque el mundo de los expertos ha caído en la cuenta de que quien mata la comunidad deja a sus miembros sin posible defensa, y de aquello: «el individuo lo es todo», se ha pasado al otro extremo: «la sociedad es la que manda». Quizá por algunos se va de un extremo malo a otro peor; pero el

fondo es sano, la asociación es el gran medio moral y económico del mundo; mediante ella, los pocos se hacen muchos, lo poco se centuplica sumándose con lo poco, lo débil se hace fuerte y como de tenues hilos se teje la cuerda de poder cuasi infinito, sumandos pequeños forman las grandes sociedades, los grandes recursos y los ejércitos del auxilio mutuo y la solidaridad. Unión es fuerza, asociación es poder, la fraternidad y mutualidad están llamadas a resolver el problema del comer y del vivir. Mas esto, que hoy se predica como una novedad, es tan antiguo en la Iglesia como el creer y el rezar.

El Cristianismo es una gran Sociedad llamada Iglesia, una Fraternidad inmensa cuyo fondo es el auxilio mutuo, un Organismo de armonía universal dentro del cual se forman otros organismos o asociaciones subordinadas para fines especiales de instrucción, socorro, consuelo, oración, sacrificio y defensa social.

Y como esta Sociedad tiene entrañas de caridad, propende a formar asociaciones, no sólo de mutualidad, sino de abnegación, en las cuales los servicios para el pueblo son enteramente desinteresados y gratuitos, asociaciones y comunidades de varones apostólicos que predicán de balde al pobre pueblo, de maestros y educadores que enseñan y educan gratis al pobre pueblo, de enfermeros y asistentes, militares y mercedarios, que en los hospitales, asilos, casas de misericordia, en los campos de batalla y en el cautiverio vienen en socorro del pobre pueblo, de seres angelicales que renuncian a todo por el placer de consolar al triste, de acompañar al que se ve de todos abandonado, de prohijar al hijo de padres sin entrañas o tan necesitados que le han expuesto, de orar por los que no oran y sufrir porque otros sufran menos. **¿Qué miseria, qué desdicha, qué calamidad, qué mal público no ha encontrado en el organismo Iglesia otro organismo especial consagrado a su curación o alivio?**

¿Y cuál es el secreto del poder de esas colectividades? El secreto está en saber compartir el corazón, el tra-

bajo y el dinero; en no tener nada propio, sino en hacerlo todo común; en la fraternidad más estricta con la solidaridad más amplia y la caridad más intensa; en haber aprendido a amar, servir y ayudar al prójimo por amor a Jesucristo, a quien veneran y sirven en cada desgraciado, en cada pobre, en cada hermano, en la Fraternidad cristiana.

Aplicaciones a la educación.

1. Los hechos de la caridad ño necesitan comentarios; todos ellos educan y mejoran a quienes socorren y a los socorridos, a los que los ejecutan y a quienes los presencian; dejaríamos de ser humanos si en esto no fuéramos cristianos.

2. Puesto que, según la historia de todos los siglos, la Iglesia no es sino una gran Sociedad de caridad que nunca se cansa de hacer el bien, que nunca se agota en su fecundidad productora de instituciones bienhechoras a favor de la humanidad necesitada, quien ame a la humanidad indigente debe amar, proteger y ayudar a su más grande bienhechora. Los que al educar intentáis formar grandes corazones, no olvidéis esta grandeza viviente.

3. Como en la república hay un organismo general que atiende a las necesidades comunes y generales, y dentro de él funcionan otros inferiores que atienden a servicios especiales, así en la república de las almas, que es el Cristianismo, hay una organización general que atiende a las necesidades espirituales comunes, y es la Iglesia, y dentro de ella existen otros organismos especiales encargados de atender a necesidades especiales. De aquí los institutos religiosos, las congregaciones, hermandades, fundaciones y asociaciones de todas clases, tan respetables y santas en sí como la Iglesia misma, de la cual brotan y a la cual sirven. ¿Qué diríais de un Go-

bierno que prohibiera las especialidades en medicina, *por lo mismo* que hay médicos que, a falta de otros, lo curan todo (o no lo curan, porque no saben)? Pues esa es la altura científica y política de aquellos estadistas que prohíben las asociaciones religiosas (a lo Nerón o a lo Juliano), porque ya hay Curas e Iglesia que atenderán a todo...

Puesto que el hombre tiene derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana, y de hecho hay libertad de asociación aun para las cosas más triviales y ridículas, y hasta para las cosas *non sanctas*, ¿por qué se ha de prohibir la asociación religiosa, cuyo fin es tan honesto, bienhechor y santo como el educar y socorrer al prójimo y el educarse a sí mismo? Un educador imparcial no puede menos de reconocer ese derecho y de aplaudirle puesto en ejercicio.

5. ¿Es que enseñan Religión? ¿Y qué, no es el primer deber y derecho del hombre el ser religioso y procurar que otros lo sean?

6. ¿Es que el laicismo no quiere enseñanza religiosa? Pues el Cristianismo sí la quiere, y los padres sí la quieren, y la sociedad la necesita y la quiere, y el Gobierno (que no sea sectario y enemigo de la Religión, de la familia y la sociedad) debe quererla.

7. Y de todos modos y en toda hipótesis, por encima de todo prejuicio están la libertad y el derecho, la libertad de educar y el derecho a hacerlo en cristiano y por maestros cristianos. Si los religiosos son hombres y quieren educar, y los padres les encomiendan sus hijos, ningún poder que respete el derecho y la libertad puede prohibirles que eduquen. ¿O es que la libertad y el derecho son meras tartuferías?

FRATERNICEMOS.

Criaturas de un mismo Dios y nacidos de unos mismos padres, somos hijos de la misma familia e inquilinos de una misma casa; ¿por qué, pues, estamos divididos y separados como si no fuéramos hermanos?

Porque la fraternidad no es una realidad, sino un sueño, un ideal de la humanidad, para cuya realización se necesitarán siglos y más siglos. Es más, la historia de cuatro mil años que precedieron a Cristo, no fué de aproximación, sino de separación y divorcio entre los hombres. Recuérdese que el mundo, entre otras separaciones, tenía la de libres y esclavos, que es lo más opuesto a la fraternidad.

Dígase lo que se quiera, la experiencia de los siglos enseña que el hombre no ama al hombre, ni ama el trabajo, ni ama el dar, y sin estos tres amores no cabe fraternidad. Hecho triste y tristemente repetido, que debe tener su explicación dentro de la miseria de nuestra naturaleza decaída.

El hombre no ama al hombre, porque éste, en general, ni por lo físico ni por lo intelectual y moral, es amable; y donde no hay belleza no hay encanto para el corazón.

El hombre no ama el trabajo, porque éste exige esfuerzo, fatiga y sacrificio; a lo cual no se sujeta de buena voluntad el hombre.

El hombre no ama el dar, porque prefiere el tener, el aumentar y enriquecerse, a socorrer y dar.

Si, pues, el hombre no ama al hombre, ni el trabajo ni la distribución de sus bienes, lógicamente tenderá a hacer del hombre un esclavo que le sirva y trabaje para él y aumente su riqueza y sus placeres. Donde quiera que no llega el amor se detiene la fraternidad, que vive de la justa igualdad y de la caridad.

Como el mundo sin Dios no sabe amar, el mundo del

paganismo, que todo lo adoraba por dios menos al Dios verdadero, y el mundo del neopaganismo, que no tiene otro dios que el vientre y el dinero, no sabe ser justo ni practica la caridad, sin lo cual no hay fraternidad.

Habla el Hombre Nuevo cosas nuevas.

«Yo os doy un mandato nuevo: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviérais caridad entre vosotros.» (S. Juan, C. 13, V. 34 y 35.)

(Por lo visto, la caridad es cosa nueva.)

«Si alguno de vosotros quiere ser el primero, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del Hombre, que vino a servir, y no a ser servido.» (S. Mateo, C. 20, V. 26, 28.)

(Que los altos sirvan a los pequeños es cosa nueva.)

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

(Hacer dicha de la pobreza es cosa nueva.)

Aquí tenemos los tres amores nuevos: el amor al prójimo, el amor del trabajo prestado en servicio del prójimo y el amor de la pobreza en obsequio del prójimo. Veamos esta doctrina aplicada en los Hechos de los Apóstoles. (C. 4, V. 32 y sigs.).

«La muchedumbre de los creyentes no tenía más que un corazón y un alma, y ninguno de ellos decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes; y no había ningún necesitado entre ellos, porque cuantos poseían campos o casas las vedían y traían el precio de lo que vendían y lo ponían a los pies de los Apóstoles, y se repartía a cada uno lo que había menester.»

Es la aplicación de la doctrina vertida en los textos anteriores, es la actuación de estas palabras de Jesucristo dichas a un joven: «Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes. dáselo a los pobres y sígueme.»

Palabras que han llenado el mundo de obras de caridad y los claustros de personas dedicadas al amor de Dios y del hombre, y sobre todo del hombre pobre.

Saber amar es el secreto de la fraternidad y el resumen de la perfección humana y cristiana; pero, ¿cómo conseguirá el hombre egoísta amar al hombre ingrato y en general poco agradable? Poniendo en él lá belleza y hermosura moral de Jesucristo. Desde que en cada hombre se ve a un Cristo, ya no es difícil amarle, ni servirle, ni obsequiarle, ni asistirle, y esto es lo que saben hacer los cristianos prácticos, y esto es lo que de modo especial y público profesan los institutos religiosos: hacer el bien amando, sirviendo y entregándolo todo por amor de todos. No creo que quepa en la imaginación del hombre ni pueda abrigarse en el corazón un ideal más noble, un fin más honrado ni santo.

A., rico; B., Bueno; C., listo; D., pobre; E., príncipe; F., ingeniero; G., médico; H., teólogo; I., misionero; J., maestro; K., agricultor; L., literato; Ll., sastre; M., militar, y N., cocinero se asocian poniendo en común todo lo que tienen: riqueza, talento, santidad, pobreza, nobleza, ciencia, trabajo y celo. ¿Hay en esto pecado?

Todos participarán de los bienes de todos, no habrá mío ni tuyo, sino que todo irá al tesoro común, y por encima de *lo mío* estará *lo de todos*, y ante la igualdad fraterna más estricta desaparecerán todas las desigualdades de riqueza, talento, nobleza y saber; todos vestirán el mismo sayal, comerán los mismos manjares, ocuparán idénticas celdas y dormirán sobre idénticas tablas. ¿Hay en esto pecado?

Niveladas todas las desigualdades, compenetrados todos los corazones de una misma bondad y amor de Dios y del prójimo, no sólo gozan en servirse unos a otros, sino que anhelan servir a los demás, repartiendo el pan del cuerpo y el pan del alma, dando limosna y enseñanza, etc. ¿Hay en esto pecado?

Y si no le hay, ¿le habrá en prohibir esa clase de vida a esa clase de ciudadanos? Es indudable.

Conclusiones pedagógico-sociales.

1. La más alta misión de la educación, en su aspecto general, es impulsar la humanidad hacia la fraternidad; que todos los hombres sean uno, como el Padre y el Hijo, es la oración del Redentor del mundo, y debe ser el ideal del Coeducador cristiano.

2. Allanar las montañas y rellenar los abismos que separan a los hombres de los hombres es obra de titanes; la obra, pues, de la Coeducación es una obra titánica, porque hay que elevar a los hombres por encima de las diferencias de raza, poder, riqueza, clima, nación y clase, y, además, sofocar en el hombre el odio, el egoísmo la ambición, los celos, las envidias, las preocupaciones y tantas otras cosas como los tienen distanciados entre sí y en guerras continuas de ideas, costumbres, leyes, intereses, preocupaciones y pasiones.

3. Entre todas las obras grandes y de los más grandes hombres, no hay una más grande que la de la fraternidad universal predicada por N. S. Jesucristo y realizada por El mediante su Iglesia. Cooperar educando en esta grande obra es secundar los planes de la Providencia en orden a la fraternidad, es trabajar en bien de la humanidad.

4. Lejos, pues, de nosotros, el anticuado paganismo con sus divisiones religiosas y procedimientos de división entre los hombres; proclamemos con Jesucristo un solo Dios, una sola fe y una sola Iglesia para toda la familia humana santificada por una misma sangre redentora. Ante la unidad de Dios, caigan los dioses falsos de la idolatría; ante la unidad de la fe, caigan los falsos ídolos de la herejía; y ante la unidad de la Iglesia, caiga la falsa autoridad del cisma o división. De la unidad de Dios

derivemos su paternidad en cielos y tierra; de la unidad de la fe, derivemos el credo fundamental de la coeducación en sus ideas madres, y de la unidad de la Iglesia aprendamos la unidad de acción y organización para ser unos e idénticos en todas partes y tiempos.

La obra de la coeducación no debe estar divorciada de la obra de la redención; puesto que educar es salvar, la república de los Coeducadores no debe vivir en guerra con la grande y única república universal de las inteligencias y los corazones, que es la Sociedad Cristiana.

Conclusión final.

En suma, en esto, como en todo, hay que estar con Dios, sin cuya paternidad suprema no cabe la fraternidad universal.

Traducción final.

El amor de Dios y del prójimo es toda la ley, y el Evangelio no es sino la ley del amor; educar a los hombres en ese amor es trabajar a favor de la justicia, la caridad y la fraternidad unidas, que ni pueden ni deben separarse.

Esta es la doctrina *nueva*, porque nunca envejece; *nueva*, porque siempre rejuvenece; y anunciada y mandada por Jesucristo como *nueva*, porque los hombres la habían olvidado. ¿Seremos tan retrógrados como los infelices paganos?

Pensadlo bien, Coeducadores. Cuando se pregona la enseñanza atea se va en contra de la fraternidad universal, que supone (claro es) una paternidad universal, y, sin conocerlo, o a sabiendas, se falta al mismo tiempo a la Divinidad y a la humanidad, a Dios, que siempre será Dios, y a los hombres, que siempre serán hermanos por ser hijos de un mismo Padre, que es su Dios.

EL DINERO Y SUS PEROS.

Que el hombre tiene *derecho* natural a poseer algunos bienes, es indudable; que del derecho se deriva el *uso* de dichos bienes para sus necesidades, también parece claro, pues ¿de qué le serviría ser propietario si de lo suyo no usara ni disfrutara? ¿Pero este derecho es ilimitado? Ya que ante el derecho legal el hombre puede usar y abusar de lo suyo, ¿será igual ante Dios, la conciencia y la sociedad?

Alguno dirá: ¿Pero el objeto de la riqueza no es para disfrutarla, no se quiere y estima para gastarla?

Muy bien; pero ¿para gastarla y gozarla en gastos superfluos y placeres inmorales o tontos? ¿Y esto aunque el vecino se muera de hambre y la sociedad se hunda por sobra de egoísmo y horror a todo lo que es privación y sacrificio?

Los bienes son buenos porque remedian males, y los que tienen son buenos en cuanto con ellos cumplen los deberes individuales y sociales que como propietarios tienen, no de otro modo. ¿O se pretende hacer creer que la propiedad carece de deberes morales y sociales?; ¿que el rico puede gastar lo que se le antoje en lo que se le antoje y como se le antoje?; ¿que en atendiendo a sí y a los suyos, satisfaciendo sus necesidades y gustos, ya es un hombre de bien, ya es un honrado propietario?

Una pilada de peros.

«Aquí, en España, todos somos unos pelambres: el que tiene camisa no tiene chaleco; no hay riqueza sobrante, todos necesitamos lo que tenemos y más que hubiera.»

Por desgracia, no es España de las naciones ricas; pero para mayor desdicha, en parte es pobre porque malgasta la riqueza que tiene. Y si no pasad la vista por es-

tos números que nos presenta, como bien aquilatados, el doctor Sabando, junto con otros que podéis aquilatar vosotros.

Los españoles gastan al año, en tabaco, más de 100.000.000 de pesetas.

En la lotería (no hablemos de otros juegos), 83.000.000 de pesetas.

En emigración veraniega (no hablemos de otros viajes de lujo y mera tontería) 50.000.000 de pesetas.

En morir con lujo (no hablemos del nacer, vivir, casarse y exhibirse con lujo) 10.000.000 de pesetas.

En café y fondas (y no hablemos de fonduchos y tabernas) 115.000.000 de pesetas.

Resultan gastados en esto, que es pura farolería, por los míseros españoles, en pesetas al año, la respetable suma de 358.000.000 de pesetas.

Y como lo que va entre paréntesis suma más del doble que eso, y lo que falta de incluir en lista de los vicios, con paréntesis y sin él, excede del cuádruplo, resultan gastando los españoles en forma improductiva más de dos mil ochocientos millones de pesetas al año; ¡2.800.000.000 de pesetas en cosas inútiles!

Quitemos de esa suma los mil ochocientos millones; ¿no es verdad que con mil millones de pesetas bien empleados, bien administrados, tendríamos escuelas, barcos, agricultura y todo lo que quisiéramos?

¿No es verdad que resultan caros, muy caros, los vicios, esterilizadoras e infecundas las demasías, lujos y farolerías de todas clases?

Pero el dinero gastado en vicios no es perdido, porque con él se fomentan varias industrias y mantienen muchos desdichados; «lo que uno pierde otro lo gana».

¿Cuántas veces se habrá repetido este argumento de aguachirle y cuántos pobres hombres lo habrán aceptado como bueno, cuando lo repiten aún los que se tienen por ilustrados!

Cuando yo como para vivir, lo que gasto en comida



lo tengo en vida, la cual, bien empleada, producirá tanto o más que lo que costó mi mantención; pero si yo quemó la casa, la pólvora o el tabaco, ¿no destruiré la riqueza que convierto en humo?

Cuando gasto mi dinero en bebidas alcohólicas, en trenes costosos, en viajes al extranjero o en otras cosas inútiles o innecesarias o nocivas o tontas, el comerciante, la empresa, el extranjero, etc., han tomado mi dinero que emplearán en algo útil; pero yo he gastado y destruído la riqueza de la bebida, el tren, servicio, alhaja, etcétera, sin obtener un equivalente, y, por tanto, he disminuído de mi haber y del haber general tanto como he gastado inútilmente; si mucho, mucho; si poco, poco.

El vicioso, pues, y derrochador no es un ser productivo sino esterilizador e infecundo, y lo es para sí y para los demás; es una calamidad individual, familiar y social.

¿Pero en qué quedamos?

Quedamos en afirmar las siguientes verdades, para quien no tenga interés en negarlas, negando lo que es de buen sentido:

1. Quien más gasta en cosas inútiles, más resta de las cosas útiles.

2. Quien mucho gasta en sí, poco dará a los demás.

3. Para dar mucho, es menester gastar poco.

4. En la economía social, no es menos nocivo el derrochador que el usurero.

5. Moralizar individuos y familias es enriquecer pueblos.

6. Cristianizar pueblos es enriquecerlos, ya porque se suprimen vicios, ya porque se estimula al trabajo y la honradez, ya porque se favorece la recta administración y distribución de la riqueza, en cuanto don de Dios. El

buen cristiano es severo para sí y generoso para los demás.

7. Al contrario, desmoralizar y descristianizar hombres, familias y pueblos es empobrecerlos.

8. Cuando la impiedad se alía con la inmoralidad (como sucede entre nosotros), descristianizar la Patria equivale a corromperla, enervarla, agotar su vida y destruir toda la historia y toda esperanza de resurrección. Para enervar naciones no hay como corromper inteligencias y corazones.

Un carbonero y un papagayo de la prensa.

Peroraba un infeliz lector de periódicos neopaganos, vulgo liberalistas, acerca del ateísmo en la enseñanza, y decía ahuecando la voz y arqueando las cejas: «Para que triunfe la fraternidad universal, es menester acabar con toda religión, emancipar a la humanidad de la Divinidad.»

Y un carbonero, desmochando un árbol, exclamaba:

—¡Ajajá! Para que estas ramas estén más y más unidas al árbol, con cortarlas basta.

—¿Qué murmuras, carbonero rústico?—dijo el *periodiquero* ilustrado?

—Que los hermanos son hermanos por ser hijos de un mismo padre, y vosotros, los leídos y escritos, suprimís el padre común para que resulte la fraternidad universal; disparate no inferior al que para unir más las ramas de este árbol comenzara por separarlas del tronco, cortándolas o desmochándolas.

UNA PREGUNTA PEDAGÓGICA: ¿LA HUMANIDAD ESTÁ CAÍDA?

Explicación de la pregunta.

Si alguno pregunta para qué es el hablar en pedagogía de la caída del hombre, le responderás que para saber si hay o no que levantarle.

Un médico que jamás pregunta por la salud o enfermedad de sus clientes, ¿será acreedor al nombre de médico? Un pedagogo que pretenda dirigir y educar al hombre, ¿no deberá ante todo saber si ese hombre está torcido o derecho, inclinado al mal o al bien, con las facultades y sentidos sanos o enfermos?

No seamos superficiales y ligeros, a pretexto de ser incrédulos; no somos atolondrados ni temerarios, al juzgar de atrasada, inoportuna o vacía esta pregunta, que se han hecho todos los pensadores y sociólogos: «¿La humanidad está sana o está enferma? ¿Salió tal cual hoy es de las manos de Dios o ha sido perturbada y trastornada en su fondo?»

Importancia de la respuesta.

Si la humanidad está sana, no hay sino dejarla que siga su curso, y, a lo más, ayudarla; si está enferma, habrá que curarla, que esto significa educar, sacar fuerza de flaqueza.

Hablando del hombre moral, si está recto y sano, sanas y rectas serán sus acciones, pasiones e inclinaciones, y no habrá que rectificarlas ni enderezarlas; mas si, por el contrario, se hallan torcidas y mal inclinadas, ¿qué diremos del hombre, sino que está torcido y hay que enderezarle, que está enfermo y hay que curarle?

Bastará concretar la pregunta para darle relieve, y hallaremos una contestación pedagógica adecuada.

¿Es cierto que el hombre se siente inclinado al egoísmo y la soberbia, a la ambición y a la avaricia, a la gula y los placeres de la carne, a la ira y la venganza, a la crueldad, a la envidia y a la haraganería o pereza? ¿Deben reputarse estas inclinaciones, pasiones o pecados capitales (que dice el Catecismo cristiano) como hijos de una naturaleza recta y sana o torcida y enferma? Si lo primero, ni el egoísmo, ni la soberbia, ni la ambición, ni la avaricia, ni la embriaguez, ni la lujuria, ni la ira, ni la venganza, ni la crueldad, ni la envidia, ni la pereza o negligencia deben ser refrenadas ni contenidas; porque no son malas, no son sino productos sanos de una naturaleza sana, desahogos naturales de una naturaleza no torcida.

¿Qué os parece, se puede sostener eso? ¿Se puede suponer eso y hacer eso en una escuela, en una familia, en un pueblo, sin que venga la disolución? ¿Una pedagogía, individual o social, que tomara por punto de partida ese supuesto, valdría para educar hombres, o sería el mejor sistema de pervertirlos y corromperlos?

Si un Maestro abriera una escuela con este programa: «Las pasiones son siempre libres, buenas y santas, porque son naturales; aquí no se las reprime, se las cultiva y fomenta»; ¿mandaríais vuestros hijos a esa escuela? Contestad, pedagogos.

En la práctica abundan los pedagogos prácticos.

Y si no contestáis, ¿qué vamos a decir sino que en la vida práctica, donde el sofisma cede al buen sentido, donde el instinto se impone a la novelería, donde la honradez y el amor no comulgan con ruedas de molino o sistemas de animalización, hasta los incrédulos creen que el hombre nace inclinado al mal, que está enfermo de

alma *a natiuitate* y que la educación que no trate de curarle con un tratamiento pedagógico adecuado a este modo de ser, no es lo que debe ser, no es la verdadera clínica del cuerpo ni del alma.

Y esto nos honra; porque así como en el arte de curar no es lícito ensayar medicamentos desconocidos y peligrosos en el hombre, tampoco es lícito hacer ensayos de pedagogía peligrosa en el *ánima vilis* de los niños adolescentes. La pedagogía no es el arte de la temeridad; la pedagogía es, ante todo, la ciencia del buen sentido y el arte del amor y del respeto más profundos para con la verdad y para con la humanidad; cuando, pues, se la quiere convertir en la ciencia de las novedades y el arte de las innovaciones y ensayos más peligrosos, sin reparar en la clase de ideas y sistemas filosóficos, etc., deja de ser pedagogía para convertirse en novelería y, acaso, en tarambanería, y con frecuencia en sectarismo, que disfracarán con el nombre de escuela o modernismo pedagógico.

En ninguna cosa es más peligrosa la novelería que en el orden pedagógico.

Volviendo a la caída.

Por cualquier lado que lo miremos resulta que, si el hombre está enfermo y por suponerle sano no se le cura, se pondrá incurable y contagiará a los demás: que no hay enfermedad más contagiosa que la mala educación o educación torcida. Favoreciendo a la naturaleza caída se favorece la corrupción, que no es sino la repetición de las caídas.

¿Vamos entendiendo ya la importancia de la caída del hombre relacionada con su buena o mala educación?

Suponiendo (como supone todo el mundo en la práctica) que el hombre está propenso al mal y que es un enfermo moral que debe medicarse, y que el educador

ha de ser el médico de cabecera de ese enfermo, necesita, para aplicar el tratamiento, diagnosticar la enfermedad y estudiarla' en su origen y desenvolvimiento; y aquí estas preguntas: ¿Cuál fué el hecho que motivó la existencia del mal? ¿Cómo se ha transmitido, caso de ser hereditario?

Por lo que se ve, es un estudio que exige datos, ¿y a quién se los pedirá?

Sólo hay dos agentes, Dios y el hombre, que puedan suministrarlos; interroguémosles con el respeto y veneración que se merecen y con la seriedad que el asunto en sí tiene.

Conclusiones pedagógicas por vía de descanso.

Aunque todo lo que precede es pedagógico por sus consecuencias, antes de pasar adelante hagamos notar:

1. Que el Educador esciente y consciente necesita pensar mucho y estudiar mucho; que no es profesión ni oficio de atolondrados, ni de cabezas superficiales y ligeras, ni tampoco de incrédulos, ni de políticos de plataforma, ni de periodistas alquilados o destajistas de la prensa.

2. Que siendo rarísimos los que en esto se pueden permitir el lujo de tener ideas propias, menester será que sean muy discretos al apropiarse las de otros.

3. En especial, teniendo en cuenta que en pedagogía hay materias hondas que encierran consecuencias de muchísima trascendencia, y no siempre son tratadas con el estudio, la reflexión, la imparcialidad y la discreción que ellas se merecen.

De ejemplo sirva este punto de la caída del hombre, que ¡ay! tratan algunos pedagogos con la ligereza y atolondramiento de un periodista de tercera, y acaso con la procacidad y chacota de un gracioso de cuerpo de guardia o de un bufón de parlamento.

Y es la cuestión más seria, honda y trascendental de la educación del hombre...

LA HERENCIA Y LA EDUCACIÓN.

Es el educando un niño que va para hombre, un vástago de la familia, de la raza y de la humanidad, que hereda a todos sus progenitores y transmite la herencia, mejorada o empeorada, a todos sus descendientes. Por eso puede considerarse la estirpe como una cadena en la cual cada hombre es un eslabón y cada eslabón es el sostén responsable de toda su casta.

Es ley de naturaleza que los hijos se parezcan a los padres. La estatura, longevidad, robustez o enfermedad, la fuerza o la debilidad, la inteligencia, la voluntad, las pasiones, inclinaciones, los instintos y aptitudes que son transmisibles, suelen transmitirse de padres a hijos.

Esos rasgos de familia dan a las familias, pueblos y razas fisonomía especial que las distingue física y moralmente.

El pueblo expresa esta verdad experimental en dichos como estos: De tal palo tal astilla. De casta le viene al galgo el ser rabilargo. El que a los suyos se parece ni mengua ni crece. Y es que al nacer el hombre, tiene lo que le dan y al reproducirse transmite lo que él tiene.

Si alguna ley clara hay en la reproducción es ésta: «Todos los seres vivos tienden a reproducirse en sus descendientes.» O lo que es lo mismo: «Todo ser vivo se reproduce en otros semejantes a él o a otros que fueron antes que él y se llaman progenitores.» Esto último quiere decir que la herencia a veces (a primera vista) da saltos, y el hijo se parece al abuelo y no al padre, o a los abuelos más que a los padres.

Mirando así las cosas, la herencia no es asunto despreciable para la educación pedagógica, sino muy impor-

tante, y tiempo vendrá en que los hombres aprendan que bajo este punto de vista valen más que los gallos, perros y caballos, más que las patatas, el trigo y las remolachas.

Pero hoy no lo saben, pues mientras seleccionan para vegetales y animales reproductores las mejores semillas y los mejores tipos de las mejores razas, para reproductores del rey de la creación no hay selección; todos valen, incluso los tísicos, alcohólicos, neuróticos y degenerados. El capricho, la pasión, el interés se anteponen con frecuencia a la salud, robustez, temperancia, equilibrio, hombría y temperamento sanos, fuertes y de raza, que son los más seguros y los más perpetuables en los descendientes. Cuántas desgracias individuales y sociales se evitarían con sólo atender a esta verdad de experiencia y buen sentido. La herencia es la transmisión de los caracteres, atributos y propiedades (y, por tanto, de la propensión a los vicios y enfermedades) que tienen el ser o los seres procreadores.»

Esto lo sabe la mujer que tiene gallinas y conejos en su corral, el cazador que tiene perros y perdices de caza, el ganadero que tiene ovejas, cerdos o caballos en sus cuerdas, y lo ignoran con demasiada frecuencia el padre que tiene hijos y el hijo que aspira a ser padre. Y si no lo ignoran, atropellan a sabiendas la sacrosanta ley de la naturaleza que continúa y copia y reproduce por los padres la obra más grande de la creación, que es el hombre sano de cuerpo y alma, por la descendencia.

Dicen en Castilla «que quien fuera de su pueblo va a casar o va engañado o va a engañar», aludiendo a lo que importa saber quién es cada cual y de quién procede; pues así como el fondo de nuestras variaciones es la identidad del yo o del ser personal, así el fondo de la persona es la familia o la raza, y muy bien pudiéramos decir que cada individuo es el resumen de su casta respecto de su pasado y el responsable de su casta respecto del porvenir.

¿Es o no es importante para apreciar el producto conocer los factores? Pues si lo es, ya sabéis que el educando es un producto cuyos factores son sus padres o progenitores.

¿Es o no importante, para obtener buen grano, sembrarlo sano, para obtener buenos pollos, incubar buenos huevos, para conseguir buenos potros tener buenas yeguas, de pura sangre, de buena hechura y raza? Pues ampliad la regla, que animales somos y, según leyes biológicas, nos propagamos y conservamos.

Conclusiones pedagógicas e higiénicas.

1. Si quieres tener hijos sanos y fuertes, sólo tú, séalo tu mujer y séanlo vuestros padres y ascendientes. Con mala sangre no pueden hacerse buenas morcillas, dice un adagio vulgarísimo de Castilla.

2. Si tú, médico; si tú, pedagogo, queréis conocer a vuestros enfermos y educandos, estudiadlos en sí y en sus antecesores. Ni el oficio de médico ni el de pedagogo se ejercen a conciencia sin conocer las familias, y si tuviéramos talento práctico, el cuidado de la salud y de la educación de las familias estarán constantemente a cargo de unos mismos doctores y maestros.

3. Habiendo herencia fisiológica y psicológica, en lo físico y en lo espiritual conviene saber lo que es personal y lo que viene de herencia para curar y educar. Muchas veces castigamos en los hijos los vicios de los padres y otras atribuimos a los padres las faltas personales de los hijos.

4. Los iracundos producen en sus hijos la ira, los miedosos miedo, los envidiosos envidia, los celosos celos, los apasionados pasión, los libertinos libertinaje, los ebriosos embriaguez, los pendencieros pendencia, los anémicos anemia, los herpéticos herpe, y así de otros defectos y enfermedades transmisibles. «Los padres comieron agra-

ces y los hijos sintieron la dentera», dice Jeremías (C. 31, v. 29.)

5. Siendo las familias, pueblos y razas tan diferentes en sus aptitudes, tendencias y necesidades (físicas, intelectuales y morales), no a todos conviene una misma educación. No olviden esto los que para educar a sus hijos los *extranjerizan*, bien mandándolos fuera, bien trayendo extranjeros para maestros de sus familias.

Historia.

Recuerdo que un día vi a un canónigo del Sacro-Monte montado sobre una pollina, mientras una gitana que le pedía limosna llevaba en los brazos un niño que tendría como diez meses; tendía éste con afán los brazos hacia la burra, como si quisiera cogerla y hacerla suya, y observando el canónigo aquel alborozo y afán, dijo a su madre: «¿Qué quiere ese niño?» «¿Qué ha de querer sino lo que llevan todos los gitanillos en la masa de la sangre, el amor a las bestias?»

¿Heredarán los gitanos su inclinación a las bestias?

En caso afirmativo, ¿hasta qué punto podrán resistir a esa inclinación hereditaria? Es un caso de herencia tan interesante para el criminalista como para el pedagogo.

Advierto que no soy legislador, sino pobre asesor de padres y maestros.

HISTORIA BREVE DE UN HECHO GRANDE.

El hombre más sabio, más grande y más providencial de su tiempo y el más sincero e interensate de los historiadores, en el libro más antiguo de la antigüedad, que es el Génesis, nos dice, con la sencillez y autoridad de un patriarca y la inspiración de un vidente, cuál fué el

primer hombre, cuál la primera mujer, cuál el estado primitivo de la humanidad condensada en esta primera pareja, los dones de naturaleza y gracia con que Dios les adornó, cómo fueron tentados y cayeron en el pecado, y cómo por la culpa decayeron del orden sobrenatural y quedaron expuestos, ellos y sus descendientes, a todas las miserias.

Al leer esta primera página de la historia del hombre es menester considerar que Moisés, con ser tan grande historiador, no es sino un amanuense que escribe divinamente inspirado y asistido por Dios, autor de la historia genesiaca.

Tomemos algunos de sus párrafos.

Formó el Señor Dios al hombre del limo de la tierra y le infundió con el alma el espíritu vital, haciendo de él un ánima viviente.

Antes de esto, había el Señor Dios plantado un paraíso deleitoso y en él colocó al hombre que acababa de formar.

En este lugar de delicias había el Señor Dios hecho brotar toda clase de árboles hermosos a la vista y de frutos sabrosos.

Y también puso en medio del paraíso el árbol de la vida, y junto a él el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Un río, que brotaba en el paraíso, le regaba, río que se dividía en cuatro brazos.

Tomó, pues, el Señor Dios al hombre y le puso en el paraíso del deleite para que le labrara y custodiara, y le mandó y dijo: «De todo árbol que hay en el paraíso come, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en el día que de él comieres morirás.»

Habla después el historiador sagrado de la formación de la mujer e institución del santo matrimonio en el paraíso, no faltando nada a aquella primera pareja para ser dichosa con dicha completa, como no fuera el uso legítimo

de su libertad para merecerla, esto es, la tentación o prueba.

La serpiente, realidad simbólica de Satanás, dijo a la mujer: «¿Por qué os ha prohibido Dios que comáis de la fruta de todo árbol del paraíso?»

La mujer respondió: «De todo árbol que hay en el paraíso comemos; sólo hay uno, el que está en medio del paraíso, del cual nos ha prohibido que comamos ni le toquemos, no sea que muramos.»

La serpiente repuso a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Sabe Dios que el día en que comáis de ese árbol se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.»

Vió, pues, la mujer que la fruta de aquel árbol era buena para comida, agradable a la vista y hermosa, y la tomó y comió, y dió a su marido, quien comió. Y se abrieron los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos...

Vienen con el pecado el huir de Dios, la confusión, el desorden, la inquisición, las excusas y las penas o sanción. Adán y Eva son arrojados del paraíso. sujetos a los trabajos penosos, al hambre, la enfermedad y la muerte, y, lo que es más triste, a la oscuridad en la inteligencia, la flaqueza en la voluntad y la desviación de su objeto final en las pasiones, con todos los males que de ahí se siguen para ellos y sus descendientes.

Sólo una esperanza queda a los tristes desterrados, la de un Redentor, que nacerá de la mujer y aplastará la cabeza de la serpiente. «Pondré enemiga ante ti (la serpiente) y la mujer, entre tu semilla y su semilla, y ella (la mujer) aplastará tu cabeza, y tú acecharás a su cañal.»

Es la visión profética de María Inmaculada, Madre del Hijo de Dios, y de la semilla de Jesús y María en guerra constante con Satanás y su semilla, y del triunfo definitivo de la Iglesia y la Verdad sobre la sinagoga de Satanás. fabricante de mentiras.

Consideraciones.

En ese árbol y en su fruto de la ciencia del bien y del mal hay que ver lo que se encierra, no la parte exterior de fruta y del capricho solamente, sino la parte interior y simbólica que representa.

Ese árbol tiene un nombre misterioso: se llama «el árbol de la ciencia del bien y del mal»; ese árbol contiene un precepto del *Señor Dios* por el cual limita la soberanía del hombre y afirma la suya; ese árbol es el único que entre tantos y tan hermosos y agradables ha prohibido tocar el Señor; es, pues, símbolo real de los límites de la razón, de los límites de la voluntad y de los límites puestos por Dios a la pasión del hombre.

Mirando así la fruta del árbol prohibido, ya no parecerá un juego infantil, una prueba de niños, sino la prueba que resume todas las pruebas a que puede verse sometido el hombre.

El árbol de Guernica no es sólo un roble, es el símbolo de las libertades y fueros vascongados; la lanza que sostiene la bandera patria no es un palo del que pende una tela amarilla y encarnada, sino el símbolo de la soberanía de Dios sobre el hombre, soberanía que éste desconoce cuando, por orgullo de la razón, rebeldía de la voluntad y antojo de la pasión, quebranta sus mandatos.

Por donde se ve que todos los pecadores somos Adanes, que todos los pecados se reducen a uno, y que todos los preceptos de Dios se suman en el de *obedecerle, acatando su soberanía*.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LA PRIMERA CULPA.

Decíamos en la hoja anterior que todos los pecados se reducen a uno: la desobediencia o rebelión contra Dios, y que todos los preceptos de Dios se suman en el de obedecerle, *acatando su soberanía*. Por eso repite con tanta insistencia el Sagrado Texto el *Señor Dios*; por eso amenaza con pena de muerte, pena que sólo puede imponer la soberanía de un Dios; por eso se apellida a la prohibición el *precepto* antonomásticamente, porque en la soberanía se contiene la fuerza de todas las leyes; por eso pone Satanás su puntería contra ese precepto, en cuya observancia se reconoce la soberanía de Dios y por cuya transgresión se acepta la suya; por eso se llama «el árbol de la ciencia del bien y del mal», porque sabe ser bueno quien sabe obedecer y aprende a ser malo y lo que es el mal quien se rebela y desobedece a Dios, y porque a quien la ciencia del bien no sirve para ser bueno, la ciencia del mal (del castigo, de la pena, del escarmiento) le aleccionará, pues no hay más que dos maneras de educar a los hombres en el deber: por buenas y por malas, por convicción y por contusión o coacción, antes, ahora y siempre.

La escena del paraíso se repite a todas horas y hoy tiene una actualidad y reproducción tan elocuente y manifiesta que nos sirve de ejemplo para mejor entender lo que son la rebelión y la obediencia, en las cuales, según hemos dicho, se comprenden todos los pecados y todas las virtudes.

Hoy la serpiente de la soberbia pregunta a la humanidad vanidosa y sensual, y la dice: ¿Por qué no has de ser soberana? Tu razón se basta y no necesita de la fe, tu voluntad se basta y no necesita de la gracia, tu soberanía es completa y no admite sobre sí ni Dios ni amo,

tus pasiones son impulsos de la naturaléza a los que hay que obedecer; eres independiente, eres como Dios. Tu razón pare verdad, tu voluntad produce deber y justicia. tu soberanía produce autoridad y poder y tus pasiones son desahogos naturales; vive, pues, y obra según tu entender, querer, poder y sentir, y no según el de Dios, del cual debes prescindir.»

En el fondo, en la sustancia, ¿no era éste el lenguaje de Satanás en el Paraíso? ¿No es la rebelión actual (a que llaman revolución) contra Dios y sus leyes, a nombre del libre pensamiento y libre voluntad y libre libertad y concupiscencia, aquella misma sublevación de Satanás, Eva y Adán en el Paraíso?

Pues he aquí el árbol de la ciencia del mal en contraposición al bien, y en ese pecado reproducido el primer pecado, y en esta caída la terrible caída de la humanidad insurrecta contra Dios y abyecta ante la materia, hasta poner su dicha en el cebo de los gusanos, en el placer de los sentidos.

Podemos ahora contemplar la maldad y trascendencia y el justo castigo de aquellos primeros padres. Ellos, recién salidos de las manos de Dios, enriquecidos con toda clase de dones, dotados de inteligencia clarísima y nobilísimos corazones, alumbrados y robustecidos con las luces y gracias de lo alto hasta hacerlos los primeros sabios, los primeros profetas, los primeros patriarcas, los primeros príncipes, los primeros santos, y conociendo todo esto y toda la ingratitud, maldad y trascendencia de la desobediencia, desobedecen, y entre Dios y el Diablo dejan la verdad de Dios por la mentira del Diablo, y entre los dones del cielo y la tierra y una manzana de maldición, eligen la maldición y se quedan sin la bendición.

Conclusiones verdaderamente profundas.

1. Verdaderamente que la historia del Paraíso no es historia infantil, sino la historia de la humanidad, influida por Dios o por Satanás.

2. Verdaderamente que fueron nuestros primeros padres los primeros y más grandes pecadores que ha habido sobre la tierra, y hay que subir hasta la rebelión de los ángeles para hallar algo que se les parezca, y descender hasta el orgullo de nuestros apóstatas para ver una semejanza.

3. Verdaderamente que sus hijos son incapaces de comprender toda la gravedad de la culpa primera, porque necesitarían haber conocido y disfrutado de las luces y dones naturales y sobrenaturales de que estuvieron adornados sus padres.

4. Verdaderamente que es providencial que la apostasía racionalista e insurrección liberalista y anarquista y la abyección materialista de nuestros tiempos nos vengan a enseñar, con hechos tan elocuentes como tristes, lo que fué la insurrección primera en contra de la soberanía divina, una sublevación satánica en contra del deber moral y a favor del orgullo y de la materia. (Racionalismo, materialismo y satanismo se llama hoy esto.)

5. Verdaderamente que para explicar la primera caída se necesitó la intervención diabólica, y para explicar la suprema maldad de ciertas sectas y bandos se necesita la intervención de un ser que sea peor que los hombres a los cuales con odio y saña diabólicos lleva a su pérdida y total ruina, y este ser es el Diablo.

6. Verdaderamente que el castigo debe seguir a la culpa, que de la ciencia (o conciencia) del mal debe brotar la ciencia (o aprendizaje) del bien, y en este sentido la ciencia del mal es una gran ciencia, porque es la justicia de Dios que educa castigando.

7. Verdaderamente que así miradas las cosas, des-

pués de Dios no hay mejor educador que Satanás; después de las enseñanzas de la Iglesia no hay enseñanza más saludable que la de las sectas. Lo que no enseñe el anarquismo, ¿quién lo enseñará? Quienes ante el puñal, la bomba, el incendio, la impiedad, violación y el saqueo no despierten y aprendan, ¿quién los despertará y enseñará?

8. Verdaderamente que los que no entienden la necesidad de la verdad sino por la enormidad de los errores, ni la necesidad del bien sino por lo extremo del mal, aprenderán por los groseros errores del materialismo y la suma maldad del anarquismo y demás sectas de iniquidad la necesidad de la revelación y la Iglesia, que es el árbol de vida plantado frente a frente del árbol de la muerte por Dios mismo en el Paraíso para durar lo que el mundo.

9. Verdaderamente la enseñanza de la Iglesia es la antítesis de la enseñanza del Diablo, el autor de la ciencia del bien y del mal, y al «seréis como dioses» desobedeciendo, opone «el seréis hijos amados de Dios obedeciendo y amando. Respetad y obedeced a Dios, como a Criador, como a Maestro, como a Legislador, como a vuestro Señor y Dueño, y no traspaséis su ley por orgullo, por infidelidad, por malicia ni por pasión.»

10. Verdaderamente el mundo sería un paraíso si esta ley se cumpliera al pie de la letra, así como sería un infierno si la soberanía de Dios del todo se desconociera. El día en que las sociedades fueran tan ateas como ciertos gobiernos, sería el mundo un infierno.

11. Verdaderamente el Educador tiene que elegir hoy, como Adán, entre el árbol de la vida y el árbol de la muerte, o lo que es igual, entre la verdad y el error, el bien y el mal, la virtud o el pecado, la obediencia o la rebelión, la soberanía de Dios o la soberanía del hombre, que es la soberanía del Diablo ejercida por poder.

12. Verdaderamente el Educador es una inteligencia que actúa sobre otras inteligencias para inducir las al bien

o al mal, esto es, para ser misionero de Dios o instrumento del Diablo; en cada niño que nace y en cada joven que se educa hay un pequeño Adán inocente que está expuesto a la seducción (de un falso amigo, periódico, libro, teatro, político, filósofo, historiador o diablo).

¿Seremos nosotros cultivadores del árbol de la vida o del árbol de la ciencia del bien y del mal? ¿Tendremos la responsabilidad de la perversión y extravío del pueblo o la gloria de haber contribuido a su ilustración y salvación? ¿Somos Educadores o seductores? He aquí una pregunta que debe hacerse todo hombre animado de proselitismo y todo Maestro coeducador.

Conclusión final.

Coeducadores, ¿qué haremos? ¿Crear *a priori* en Dios y sus leyes morales y sociales, naturales y sobrenaturales, o crear *a posteriori*, en vista de los castigos terribles y ruinas individuales y sociales que de la rebelión se siguen?

Si educar es precaver, hay que enseñar a obedecer antes de castigar; si educar es escarmentar, hay que enseñar a temer en vista de los castigos. El educador debe ser como Dios: debe educar enseñando y amenazando, estimulando para el bien e intimidando con el mal.

Y puesto que Dios revela su voluntad por preceptos y castigos, que la ley y la pena se confirmen, que la revelación y la historia se completen, que la verdad y el bien triunfen entre los hombres, sea por buenas, sea por malas, y que no haya más que una historia, la historia de la humanidad, que obedece o desobedece a Dios, ya ilustrándola y colmándola de bienes en Adán y Jesucristo inocentes, ya corrigiéndola y fustigándola en Adán, Caín y Judas, y en todos los ingratos desertores de la verdad y el deber.

DE LA CAUSA DEL MAL.

El pecado de Adán, el más grande pecado del mundo después del de los Angeles, separó a la humanidad de Dios, con quien antes vivía en sociedad, y atrajo sobre nuestros primeros padres un cúmulo de grandes males de alma y de cuerpo. ¿Pero pasaron el pecado y sus penas a sus descendientes? ¿El pecado de Adán se paró en Adán o ha manchado a la especie humana? ¿Nacemos puros o impuros, inocentes o manchados? Esta es la cuestión capital que separa (en dogma, filosofía, moral, derecho y pedagogía) a los cristianos de los no cristianos. Para los cristianos, el llamado pecado original es un dogma fundamental que supone la caída y sirve de base a la redención y de norte para orientar la educación del hombre; los racionalistas no lo admiten, por ser para ellos inexplicable. ¿Y qué cosa hay en el mundo de las ideas y los hechos que a la tercera pregunta no resulte inexplicable? El misterio está en todo; las tinieblas envuelven la luz por todas partes, y ¡ay! del soberbio que niegue todo lo que no entiende, porque se deberá negar a sí mismo.

El hecho.

Para conocer la existencia del pecado de origen tenemos dos medios: la revelación de Dios y la observación de nosotros mismos. Examinémosnos preguntándonos: ¿Por qué honrando a la virtud practicamos el vicio? ¿Por qué viendo el bien hacemos el mal? ¿Por qué habiendo nacido para la virtud no podemos lograr ésta sin grandes esfuerzos, mientras que para hacer el pecado no hay sino dejarse llevar? ¿Por qué la virtud supone el supremo esfuerzo del hombre (y de ahí el llamarse *vir-*

tud), mientras para el pecado todo es facilidad? ¿Por qué sin educación, esto es, sin trabajo de cultivo perseverante el hombre de por sí resulta una fiera, un salvaje, un ser egoísta, un déspota, un bárbaro, ignorante, cruel y corrompido? La maldad se da espontáneamente, como las zarzas y abrojos en el erial; la bondad necesita largo y discreto cultivo; ¿por qué será? ¿Por qué sin educación no hay civilización? ¿Por qué las razas y pueblos que no saben o no quieren educar son pueblos y razas perdidos?

¿Por qué en la vía de la perfección y del progreso intelectual, moral y social, hay que ascender muy lentamente por caminos arduos y con auxilios de fuera (como la educación), mientras que para retroceder y caer se puede hacer con facilidad, espontánea y aceleradamente?

Y en otro orden de ideas y consideraciones, ¿por qué siendo Dios el único Ser a quien lo debemos todo y de quien lo esperamos todo, no le hemos de amar sobre todo, sino que frecuentemente ni siquiera de El nos acordamos y cualquiera cosilla interesa más nuestro corazón que el Dador de todo bien? ¿Por qué siendo todos los hombres hermanos y siendo ley de semejantes el amor y la benevolencia permanecemos tan indiferentes para aquéllos que no son nuestra familia, esto es, nosotros mismos? ¿Dónde están los que aman al extraño y por amor le enseñan, y por amor le compadecen, y por amor le socorren, y por amor le sufren, por amor le perdonan, por amor le respetan y le consideran y le tratan, no como extraño, no como inferior, no como protegido y humillado, sino como hijo de Dios y hermano suyo?

No hablemos de los tiempos precristianos, tiempos de esclavitud, egoísmo, crueldad, lujuria y enorme desigualdad; aun entre cristianos, ¿no subsiste la levadura del egoísmo y de la crueldad y del menosprecio de la vida, del dolor y la miseria de los que llamamos nuestros hermanos?

Y tornando a nosotros mismos, en cada uno de nos-

otros, ¿no hay una guerra constante entre el cuerpo animal y el alma racional, entre el placer y el deber, entre las ideas nobles y las ideas y pasiones innobles? Si nuestra naturaleza ha nacido para la virtud, ¿por qué nos es tan doloroso su reinado? Y si ha nacido para el crimen, ¿por qué al cometerlo tenemos remordimientos? ¿Quién mejor que S. Pablo? Y no obstante sus trabajos, martirios, estigmas de Jesucristo impresos en su carne y sus ya largos años, exclamaba angustiado: «En verdad, no comprendo lo que hago; porque no hago el bien que quiero, y sí hago el mal que odio... Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo en mis miembros otra ley que es contraria a la ley de mi espíritu y que me cautiva en mi cuerpo bajo la ley del pecado. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Epístola a los Romanos, c. 7.)

Explicación del hecho.

Si pues para el mal todo nos es posible, fácil y espontáneo, y para el bien nos hallamos o incapaces por nuestras solas fuerzas o con gravísimas dificultades, con árduas y sostenidas luchas y costosos aprendizajes; si considerada nuestra posición para con Dios, para con nuestros semejantes y para con nosotros mismos, nos sentimos en una falsa e injusta posición, ¿no probará esto lo que dice el Concilio de Trento contra los protestantes: «que el pecado de Adán no extinguió el libre albedrío, pero sí lo dejó *debilitado e inclinado* al mal?»

El mal existe, el desorden existe, y es profundo, universal, afecta a todo el hombre y a todos los hombres. ¿Cuál es su origen no siendo el pecado original?

Las filosofías acerca del origen del mal.

Que somos débiles, lo sentimos todos, y que la debilidad se siente sobre todo en el libre albedrío, que es como

el centro de nuestra actividad moral, bien lo pregonan nuestras caídas, hijas de nuestra flaqueza. ¿Pero cuál es la causa de esa endeblez espiritual y moral? Aquí los pensadores se dividen: unos considerando el hecho y recogiendo las tradiciones de los pueblos, afirman un estado primitivo dichoso para el hombre y un trastorno profundo que perturbó su ser. Otros sostienen que Dios hizo al hombre tal cual es, sér imperfecto sujeto a desarrollo, perfección y prueba. Pero esto no puede ser, porque Dios no hace sus obras tan imperfectas en relación con sus fines ni tan contradictorias. Y, además, si con filosofía se ha de curar, ¿por qué no se cura ni intenta siquiera curarse?

Otros (y en esto paran todas las filosofías) dicen: «No hay conflicto entre el cuerpo y la conciencia, porque el hombre no es más que un cuerpo con deseos; todo lo demás lo inventa la imaginación; obrar conforme a esos deseos naturales es obrar bien. Esta filosofía del materialismo dogmático no ha logrado arrancar del corazón humano más pervertido la conyicción de que hace mal obrando el mal. ¿Cómo vamos a admitirlas nosotros para explicar un hecho evidente y de conciencia universal que aquélla empieza por negar?

Otros han supuesto que el hombre nace bueno y todos los males que le afligen no proceden de él, sino de la sociedad que se los ha inoculado. Es la teoría del Emilio de Rousseau la que supone al hombre salvaje por naturaleza y a la sociedad como más antinatural que el salvajismo para el hombre. Este salvajismo filosófico-pedagógico tuvo muchos partidarios, y aún le siguen los más rezagados liberalistas; pero ningún pensador serio incurre en las solemnes tonterías del contrato de Rousseau y de los sociólogos y pedagogos contratistas de los siglos XVIII y XIX. Pasó sobre él un río de sangre y hoy pasa un río de lástima al considerar de cuánta necesidad es capaz el corazón que no quiere creer a Dios y cree cuanto le dicen los soñadores que se llaman filósofos y

pedagogos. El Socialismo, retoño y verdugo del liberalismo antisocial, participa de las misantropías y errores del gran sofista ginebrino. Según él, el hombre es bueno, la sociedad es mala. Y los anarquistas, hijos y verdugos de los socialistas, añaden: «Si pues la sociedad es mala y la causa de todos los males del hombre, **DESTRUYÁMOSLA.**»

Es la última receta de la filosofía acerca del origen y remedio del mal.

Conclusión pedagógica.

La pedagogía es ciencia de educación, y ningún sistema filosófico ni pedagógico, fuera del Cristianismo, ha podido fundar un poder que perfeccione al hombre y a la sociedad; luego ateniéndonos a los resultados, podemos concluir: 1.º La ineficacia de la filosofía humana para conocer y remediar el mal que aflige a la humanidad. 2.º La afirmación del Cristianismo acerca de la causa del mal moral y su poder educador aplicado a curar esa enfermedad.

Un concurso de reformadores.

Se presentaron en un concurso de pensadores y reformadores sociales cuatro filósofos aspirando a un premio titulado: «Salvación del hombre».

El primero dijo: «El hombre está enfermo y hay que curarle con filosofía.»

El segundo dijo: «El hombre está sano y sólo adolece de tontería que tiene en la cabeza debido a la ignorancia, y ese mal se cura con letras.»

El tercero dijo: «El hombre, si algún mal tiene, se lo debe a la sociedad y las leyes que se lo inoculan; el mal se cura reformando la sociedad por leyes.»

A esto responde el cuarto: «En vez de las cataplasmas legislativas, aplíquese el enérgico remedio de la dinamita, que es la anarquía; no hay otro remedio.»

El Jurado, al observar que ningún filósofo había mejorado a su barrio siquiera, que la ilustración de por sí no lleva la moralidad, pues se ve que las ciudades que pasan por más ilustradas suelen ser también las más corrompidas; que sin hombres buenos no se pueden hacer buenas sociedades, como con mala sangre no se hacen buenas morcillas; que destruir no es reformar ni edificar, y el que sólo sabe demoler es un malhechor social, acordó: «No haber lugar a adjudicar el premio.» Después añadió: «¿No habrá en el mundo quien, conociendo los males de la humanidad, se haya aplicado a ponerles remedio y en parte lo haya logrado? Si lo hay, que ante él se callen los que charlan, pero no curan.»

Eso dice la Pedagogía del buen sentido; quien sabiendo la causa original del mal sepa educar, debe ser preferido a todos los sedicentes filósofos, pensadores, reformadores y demolidores sociales que, o ignoran el mal que intentan curar o se concretan a diagnosticar el mal, sin aplicar con plan y tesón al enfermo las medicinas.

Cese la charla, vengan las obras; cesen las calaveradas pedagógicas y reine el buen juicio.

DE LA TRANSMISIÓN DEL PECADO DE ORIGEN.

La naturaleza humana está caída y el Cristianismo la levanta.

Que la naturaleza está caída lo vemos y sentimos todos; que sobre este hecho funda el Cristianismo el edificio de la regeneración y educación individual y social con feliz éxito, está a la vista y lo dicen la historia, la moral y el dogma; que entre todos los sistemas filosóficos no hay uno que al Cristiano se pueda comparar, ya respecto al conocimiento del hombre, ya en cuanto a los

medios de su perfección y mejoramiento, también está a la vista. Las filosofías anticristianas, partiendo de un falso supuesto, no pueden llegar a consecuencias prácticas que no sean desaciertos. Además, no suelen pasar de meras especulaciones. Ocupamos, pues, ante la pedagogía del buen sentido práctico una posición histórica brillante y tenemos (aparte de otras pruebas de razón y fe) a nuestro favor la presunción de la verdad de la caída y su transmisión a la posteridad de Adán, pues así como los espinos no dan uvas, los errores dogmáticos, si tales fueran, no producirían ciertos y bienhechores resultados pedagógicos. Ante estas consideraciones prácticas verdaderamente pedagógicas, ¿qué significan las argucias y cavilaciones heréticas contra el dogma? Para nuestro objeto, muy poco o nada.

Se dice que la Iglesia enseña que todo hombre, al nacer, ya ha pecado, y a esto se contesta que el pecado original no es el pecado personal; que el pecado de la persona de Adán es suyo y no nuestro; suyo, porque él le hizo; no nuestro, porque en él no ha tomado parte nuestra voluntad; es hijo de su conciencia y, por tanto, sujeto a dolor y arrepentimiento, mientras nosotros no podemos arrepentirnos de lo que no consentimos. Adán, si no hubiera hecho penitencia de su pecado, se hubiera condenado; mientras el que muere con sólo el pecado original no se condena, sino que es feliz en el limbo con una felicidad proporcionada a su sér natural. No se transmite, pues, ni es transmisible el pecado personal. ¿Qué es lo que se transmite? Lo que en el pecado no es persona, sino naturaleza, lo que se unió a la naturaleza para transmitirlo por la generación a la raza y no pudo transmitirse porque no supo conservarse.

Sin tratar aquí de los fundamentos en que descansa el dogma del pecado original, y mirándolo solamente bajo el aspecto pedagógico, diremos, condensando la doctrina:

1. Que el pecado, como la virtud, causa estado en quien lo hace.

2. Que ese estado afecta al sér tanto más hondamente cuanto más grande es la culpa, mayor es la perturbación y más veces y con más ahinco se repite el hecho pecaminoso.

3. Que ese estado afecta a las facultades que en él toman parte (inteligencia y voluntad, sensibilidad y memoria), perturbándolas y enervándolas para lo que es recititud y vigor en el bien obrar.

4. Suponiendo que el alma está en gracia o en unión de amistad con Dios, el pecado, al romper esta unión, deja en ella un vacío que con nada puede llenarse, y es como la muerte de aquella vida que con Dios vivía, por lo cual se llama a esta *muerte* del alma pecado *mortal*.

5. Viviendo el espíritu y el cuerpo en unión tan íntima que forman una unidad, los actos pecaminosos (y virtuosos) afectan y conmueven conjuntamente al cuerpo y el alma, a lo físico y a lo espiritual, y no hay pedagogo que por la cara no pretenda conocer el alma del niño, ni criminalista que no pretenda distinguir por los rasgos fisonómicos a un criminal de un santo.

6. Como el hombre no es una casualidad, sino un producto de sus padres y abuelos, que a su vez produce por la generación hijos de su sangre, ha recibido la naturaleza afectada por el estado psico-físico de sus progenitores y la ha transmitido con sus inclinaciones y aptitudes de raza y familia a sus descendientes. El que las almas procedan de Dios por creación, nada quita que estas almas sean afectadas por la sangre y la forma del cuerpo que transmiten los padres. Por eso hay rasgos físicos y morales comunes en las familias y los pueblos y las razas.

7. De aquí la solidaridad. La humanidad es un tronco único con multitud de ramas, unas injertadas con yemas de buena sangre y otras con mala.

Dios, su primer padre, plantó el árbol, y por eso la humanidad es una; los hombres, por sus actos y elementos, han influído en los brotes, y por eso hay en ella variedades; algunas de estas variaciones son accidentales

y otras son hereditarias; algunas influyen mejorando el individuo o la raza, otras empeorándolos; por donde se viene en conocimiento de la influencia que tienen en la humanidad la generación y la educación, tomada en la más amplia acepción esta palabra, y la solidaridad que existe entre padres e hijos, entre la nación y los súbditos, entre los educadores y sus educandos.

8. Siendo el pecado lo más opuesto a nuestra naturaleza y viviendo en nosotros como hábito, como estado de apartamiento y oposición a Dios, que es el bien de nuestras almas, no sólo es un mal huésped, sino que es nuestro amo. «El que hace el pecado es esclavo de él», y su dominio disminuye el nuestro. Es decir, que cuanto más pecamos, más se corrompen nuestras facultades intelectuales, más nos poseen y dominan las pasiones bajas, y nos sentimos menos hombres y más animales, porque la debilidad de nuestro albedrío corre parejas con la gravedad y frecuencia de nuestras culpas. Sólo el hombre de bien no tiene dueño; sólo el que obedece a la verdad y la justicia no es esclavo; quien pierde la filiación de hijo de Dios se marca a sí mismo con el estigma de esclavo del Diablo, mediante la cadena del instinto depravado. ¡Oh el pecado! ¿Dónde habrá cosa que más daño cause, que más hondamente perturbe y que más afecte a la carne y al espíritu del hombre ni que peores consecuencias tenga?

9. Y si eso es todo pecado personal y mortal, considérad lo que será aquel primer pecado del hombre individuo y del hombre humanidad, aquel pecado de la persona y de la naturaleza humana encerrada en esa persona; aquel pecado que rompió la sociedad sobrenatural e inevitable entre Dios y el hombre por vez primera, aquel pecado hecho con pleno conocimiento, con una voluntad entera, sana, robusta y sobrenaturalizada y sin que la carne resistiera al cumplimiento del deber; aquel pecado de soberbia e ingratitud y menosprecio de opción libérrima entre Dios y Satanás, entre la vida temporal y eterna y

una manzana. . Y si todo pecado es una perturbación, ¿qué perturbación tan honda, qué trastorno no causaría el primer pecado en toda la naturaleza humana? Y si lo que se pega a la naturaleza profundamente pasa con la sangre a los herederos de esa naturaleza, os explicaréis en parte o de alguna manera muy imperfecta lo que es el pecado original y su transmisión a todos los hombres.

—Pero eso es una injusticia.

—¿Injusticia? ¿Y por qué?

—Porque el pecado original priva de la gloria a los que estaban destinados a ella.

—Y si no les era debida, ¿dónde está la injusticia? Basta con que no se condenen para que la justicia quede a salvo.

—Pero, ¿por qué hemos de ser todos hijos del pecado?

—Porque somos todos hijos del Gran Pecador.

—Su culpa no es nuestra.

—Pero su familia es la nuestra, su sangre es la nuestra, su herencia es la nuestra, su honor y deshonor el nuestro; es una comunidad de mérito y demérito, de gloria y vergüenza para ser ligados entre sí por un principio de unidad moral a que llaman solidaridad. En la cárcel meten todos los jueces al asesino y ladrón, ¿y por qué encarcelar al cuerpo, si quien delinque es el alma? Por la solidaridad del cuerpo y el alma. Cada nación es gloria de sus hechos gloriosos; ¿y por qué, si los que los hicieron ya murieron? Por la solidaridad que hay entre todos los miembros de la patria. En una familia, en un pueblo, se gozan o apenan del bien o del mal de sus miembros. ¿Por qué? Por la ley de la solidaridad, que es ley del mundo.

Pues bien, esa ley general es la que se aplicó a la descendencia del primer hombre, pero la extensión y profundidad que pedían el pecado de Adán, único que pudo decir: «Yo he perdido al mundo»; como Jesucristo es el único que puede decir: «Yo le he salvado.»

Adán y Jesucristo son la unidad primordial de donde fluyen la perdición o la salvación del hombre. Pedagogo-

gos, no olvidéis esta verdad si tratáis de mejorar instruyendo y educando a la humanidad.

Aplicaciones pedagógicas.

1. La naturaleza humana está caída e inclinada al mal. Tengámoslo en cuenta al castigar sus caídas y remediar sus males.

2. El Cristianismo nos ha enseñado el dogma del pecado original, y, a la vez, una pedagogía fundada en él. No lo olvidemos, ni olvidemos que en la práctica no hay otra pedagogía ni medio de regeneración sino sanar y afirmar la salud, enderezar y sostener lo rectificado.

3. El pecado original no es pecado personal, pero consecuencias de aquél son la debilidad y atenuación del libre albedrío y la inclinación al pecado. Ya lo sabéis: pecado y libertad no se suman, se restan; sólo el hombre justo es del todo libre.

4. Quien está en pecado se halla en un falso estado de vida. Nada interesa más a la educación que evitar esa falsa, injusta y peligrosa posición. Tanto más cuanto el pecado perturba el ser del educando.

5. Y oscurece, enerva y trastorna sus facultades.

6. Y conmueve y trastorna la parte física del hombre, hasta producirle a veces la enfermedad y siempre los rastros y rasgos de la culpa.

Ningún pecador es del todo hermoso ni está del todo sano.

7. Y cuanto afecta hondamente al cuerpo y alma de los padres, se transmite por la generación en forma de inclinaciones, pasiones, enfermedades, etc., etc., a los hijos. Por eso todo Educador debería conocer a los educandos desde sus abuelos, y todo fundador de familias debería establecer un libro reservado, y bajo clave, donde se consignaran los datos más importantes de su vida íntima y la de sus antecesores y sucesores.

8. Porque sin tener en cuenta la solidaridad, es difícil que sea concienzuda y acertada la dirección y educación del hombre.

9. Bueno es al Educador conocer las virtudes del educando y de sus progenitores; pero aún es más interesante el conocer sus pecados, por lo que éstos influyen en la vida y lo que tiene aquél de médico higienista del alma.

10. Y no se olvide el aspecto más saliente del Educador, que es el de moralista y moralista cristiano; pues sólo un moralista cristiano es capaz de entender y sentir, hasta cierto punto, los estragos que el pecado causa en el educando, los cuidados que la moral exige, la veneración que el niño merece y los medios adecuados para evitar en lo posible y curar los males morales.

11. Ni debe omitirse que el Educador que no tiene algo de sociólogo ignora que educa para todos, que aquella enseñanza que él da va ordenada al bien social, en virtud de la solidaridad.

12. Finalmente, puesto el Educador en la cúspide de la historia de la humanidad, verá a derecha e izquierda dos clases de educación: la una buena y la otra mala, la una rectificando ideas, acciones y pasiones, y la otra menospreciando la verdad hasta igualarla con el error o ponerla por bajo de él, y adulando a la humanidad hasta halagar sus pasiones y disculpar sus pecados como desahogos naturales y justas reivindicaciones. La línea divisoria de esos dos campos irreconciliables, el punto de partida de esas dos corrientes, es la afirmación o negación del pecado original.

Conclusión.

Coeducadores: ¿tiene o no tiene importancia pedagógica el pecado de Adán?

Pues no la tiene menor la redención de Jesucristo.

DEL MAESTRO Y REDENTOR.

No queremos tratar este punto sino sucintamente y por vía de exposición para llegar a las conclusiones pedagógicas.

El hombre cae y Dios le levanta. La humanidad, contenida en Adán, cae, y Jesucristo, el Hijo de Dios, la redime; la solidaridad hizo a todos caer en uno, y la solidaridad hace que todos sean salvados por uno. ¿No es verdad que las leyes de la Providencia son tan unas como sencillas? ¿No es verdad que desde que Dios ha puesto su sangre y su vida para redimir al hombre, la ley providencial de la solidaridad se hace más inteligible al corazón y más simpática y nos sentimos tanto más grandes y fuertes cuanto más hermanos de todos en Cristo?

Dios hizo al hombre por su sola bondad; el hombre cayó del orden sobrenatural en que Dios le había colocado por su sola culpa; ¿abandonará Dios al hombre en su caída entregándole indefenso al sentido depravado? No, que en Adán está la humanidad entera, y ya que la naturaleza la hace culpable sin culpa (personal) por la solidaridad, la bondad y la justicia divina inventarán un medio de salvar a todos por uno mediante la misma ley de la solidaridad.

Jesucristo encarnó, Jesucristo murió por todos; su sangre y su muerte es el precio de nuestra redención. Para poder morir se hizo Hombre, para poder pagar nuestras deudas tomándolas a su cargo, se hizo de nuestra comunión sustancial y fraternal; El es nuestro Hermano mayor, lleva nuestra sangre, que ha tomado de una Virgen descendiente de Eva; El es nuestro Apoderado, el Padre le ha conferido todo poder en los cielos y en la tierra; El es nuestro Maestro, el Maestro de los siglos, porque es la Verdad increada, la Luz eterna que ha ve-

nido a este mundo para alumbrar a los que duermen sentados en las sombras del error y la muerte; El es el Gran Reparador, que hace supere la abundancia de la gracia donde existía la abundancia del pecado; El es la Hostia de propiciación y el Precio del pecado, deuda que el hombre no podía pagar y pagó el Redentor desde la cruz; El es el Salvador que nos salvó del pecado y el Libertador que nos libró del enemigo malo; y por decirlo en una palabra, El es la Clave, el Principio, el Medio y el Fin de la Historia, el Alfa y Omega, por quien todas las cosas fueron hechas y deben ser rehechas o santificadas y salvadas.

Pero aunque Jesucristo se haga solidario (pagador *in solidum*) de las deudas morales de la humanidad, es de justicia que tome parte en ello nuestra libertad, para que se nos apliquen sus merecimientos.

De aquí el mérito y alcance de nuestras buenas obras. que si como nuestras, son dignas de premio, como auxiliadas y sublimadas por los méritos de Cristo, traspasan el orden natural y nos merecen la Gloria.

De aquí la lucha que, aun después de redimidos, hemos de sostener contra la ignorancia y las pasiones.

Y de aquí la formación de esos dos bandos o ejércitos formidables, cuyo batallar cubre el mundo y durará lo que el hombre sobre la tierra, el de los hijos de Dios y el de los hijos del mundo, el de los que reciben la señal de la cruz y el de los que no quieren otra señal que la de la bestia, el de los cristianos y el de los anticristianos, esto es, el de Cristo y el del Anticristo.

Mas por donde quiera que se mire esta lucha, ello probará que el pecado original existe y que existe la necesidad y el hecho de la reparación; los malos lo probarán con su maldad y los buenos con sus virtudes; la corrupción nativa indicará el vicio de origen y la santidad adquirida al pie de la cruz revelará al mundo que ha venido la redención y que Jesucristo con su muerte nos dió la vida.

Aplicaciones pedagógicas.

1. Si la creación nos enseña la bondad y el amor de Dios, la redención nos educa en la justicia unida a la misericordia y el sacrificio. Al ver a un Dios encarnar, se entiende lo a pecho que hay que tomar la educación, pues Dios se hizo hombre para servir de Hombre modelo.

2. Tú, ¡oh hombre!, encarnas, y por la encarnación sirven tus obras de espejo de tu alma y de ejemplar para tus semejantes; ¿y el Verbo no pudo encarnar y, hecho hombre, servir de Hombre modelo, el Hombre de cuerpo y alma enteros, el Hombre de Dios, el Hombre cabal, el Hombre de la humanidad en quien habita corporalmente la Divinidad, el Hombre por antonomasia?

Coeducadores: ¿Podremos prescindir de este Hombre al formar a los hombres? Este es el problema pedagógico y sociológico, a la vez que teológico, entre cristianos y paganos.

MÁS APLICACIONES PEDAGÓGICAS DERIVADAS DE LA REDENCIÓN.

Supuesta la encarnación del Verbo de Dios en la humanidad, de que se habló anteriormente, y sabiendo que Jesucristo vino a enseñar, educar y salvar a los hombres de todos los siglos en todos los climas, por la doctrina y la cruz, insistiremos en hacer algunas aplicaciones pedagógicas fundadas en ese hecho, que es el Gran Hecho de la Historia.

1. Los Educadores deben ser hombres superiores a los errores y pecados de su tiempo, porque están llamados a disiparlos y corregirlos. ¿Qué esperanza resta al mundo ignorante y corrompido si los que han de alumbrarle y curarle, desprecian la luz y medicina que para

las ignorancias y males sociales Dios ha establecido en el mundo?

Coeducadores: ¿Entendéis ahora la importancia de los Maestros cristianos y anticristianos para salvar o perder a los hombres y los pueblos?

2. Dios odia el mal porque ama el bien, y odia al malo porque, en cuanto malo, no puede menos de odiarlo, y este odio le obliga al castigo, que es de justicia. Dios no sería bueno si no fuera justo.

Coeducadores de la bonachonería y sensibilismo, no olvidéis esto: el que no es justo no es bueno; el que no sabe castigar no vale para educar.

3. Pero en el malo hay un fondo bueno y amable, es un ser cuya naturaleza es la obra maestra de todo un Dios; tiene un destino altísimo que aún puede cumplir; su corazón aún puede amar y reparar los daños causados. Castigad, pues, para corregir, no para exterminar; para enmendar, no para endurecer; castigad amando y sufriendo y con la mira de salvar, a semejanza de Dios.

4. No os asustéis por la precocidad ni por la atrocidad del mal; ya sabéis que el niño es hijo de una masa corrompida desde el vientre de su madre y que quizá vosotros, con su sangre y su ineducación. Seríais tan malos como él.

¿Jesucristo ha muerto por él? Pues no desconfiéis; hacédselo sentir sintiéndolo vosotros e invocad sobre él su nombre con vuestras oraciones y las de sus discípulos: que no hay pecador debajo del cual no se oculte un hombre de bien, un hijo de Dios, una esperanza de redención.

5. Mas supongamos que todos vuestros esfuerzos no llegan a conseguir la enmienda de algún culpable; supongamos que hay niños incorregibles; no os descorazonéis ni turbéis; Dios, con ser Dios, no siempre consigue conquistar el corazón del hombre. La libertad del hombre puede resistir a todo; por eso de una buena Escuela pueden salir algunos malos discípulos, de la nación me-

jor regida brotan pésimos criminales y en una familia modelo cabe que haya un Judas.

¿Judas no fué familiar de Cristo?

¿Cristo no es el primero de los Educadores del mundo?

¡Cuánto enseñan ciertos hechos!

¡Cuánta pedagogía se encierra en la doctrina e historia cristiana!

6. Desde que la humanidad ha sido levantada a un orden sobrenatural, la educación meramente natural ha dejado de ser honrada, porque es una traición que hace el Educador a los planes de Dios y a los destinos del educando. ¿Y si lo hace por ignorancia? Sería una muy crasa ignorancia en él imperdonable viviendo en país de cristianos.

7. Desde que a Dios plugo naciéramos de una sola sangre, y ésta impura, y renaciéramos de otra sangre purísima, carecen de ilustración y aptitud educadora para cristianos el Padre, Maestro o Rector que no tengan en cuenta la solidaridad de la culpa y la solidaridad de la redención.

8. La humanidad es lo que es, y tal cual es hay que tomarla para guiarla o conllevarla. ¿Quién eres tú, pobre peón de la Providencia, átomo imperceptible de la realidad, para sublevarte y decir; «Yo en mí comienzo y en mí acabo, y ni de lo que me precedió me cuido ni de lo que me siga respondo». ¿Es esa toda tu ciencia pedagógica y social? ¡*Sursum corda!* Mira arriba y verás tu origen; mira a lo lejos y verás tus destinos; mira a tu alrededor y te hallarás hermano de tus hermanos; y por donde quiera que te mires te verás grande dentro de la grandeza de la solidaridad e infinitamente pequeño aislado de ella; con ella eres la humanidad; sin ella eres un hijo sin padres y un padre sin sucesión, un absurdo, un ridículo. ¿Y pretendes ser Maestro?

El Maestro sabe de dónde viene y a dónde va, y tú no lo sabes; el Maestro sabe historia y tú la ignoras; el Maes-

tro sabe cuáles son los destinos de la humanidad y tú no los sabes; el Maestro sabe que es heredero de una sangre y una doctrina que comenzó en Adán para llegar a él y pasará por él para llegar hasta la última generación. y tú no has pensado seriamente en esa doble transmisión. Realmente, tus ideas no están a la altura de tu nombre y profesión; tú eres, con todos tus títulos y pretensiones, un infeliz intruso que no sabes ni de dónde vienes ni a dónde vas ni por dónde has de llevar a los educandos que te encomienden.

9. Observa este hecho portentoso y hasta ahora quizá para ti inadvertido:

Al pie de un patíbulo y de la sangre de un supuesto criminal de todos abandonado y casi de todos escarnecido, brota la regeneración de un pueblo numeroso que se extiende por toda la tierra y que no desaparece con el tiempo; ayer, como hoy, salen de ese manantial milagroso apóstoles, mártires, vírgenes y confesores, servidores de Dios y el hombre hasta la muerte; quien recibe sobre sí la sangre del que pende en la cruz recibe la bendición de Dios y se siente transformado, de orgulloso, en humilde; de lujurioso, en casto; de rebelde, en sumiso; de agrio, en dulce; de avaro, en generoso; de atolondrado, en juicioso; de amigo del pecado, en amigo de la virtud; de apartado de Dios, en piadoso y amoroso; de indiferente o despreciador de los hombres, en su servidor, y, en suma, de malo, en bueno y santo. Mientras el que maldice de la cruz degenera.

Coeducadores: ¿Ese hecho portentoso, que está a la vista, no sirve para educaros y orientaros en la recta educación del hombre?

10. Desde la lección del Calvario hay en la educación dos escuelas: una de los que admiten el pecado original y la redención, y otra de los que la niegan; una de los que toman por Maestro y Modelo a Jesucristo, bajo la dirección de la Iglesia, y otra de los que los menosprecian o persiguen para seguir las máximas del mundo co-

ruptor, y las dos progresan a su modo, una en el camino del bien y otra en el camino del mal. ¿Y has reflexionado que dentro de ti, como dentro de todo hombre, esa lucha progresiva, en bien o en mal, es de todos los días hasta que mueras? ¿Y que fuera de ti durará la lucha entre la humanidad nueva y la vieja, entre la regenerada y la decaída o degenerada cuanto duraren la libertad y las pasiones del mundo? ¿Y sabes que si no tomas parte en esa lucha en que se interesa la humanidad entera, faltas a la ley de solidaridad y no haces lo que debes? Todos debemos luchar hasta morir por la verdad y la humanidad, por la perfección y el bien, y, de modo especial, los Coeducadores, que son los llamados a mejorarlo todo o empeorarlo por medio de la recta o torcida dirección del hombre.

11. Dios se hizo hombre para ser modelo de los hombres en vida y en muerte; y el Educador que enseña a vivir y no a morir olvida lo principal del oficio, ya porque quien no enseña a morir no enseña a vivir bien, pues la muerte es el complemento de la vida, la garantía de la conciencia y la libertad y el supremo esfuerzo del bien y de la virtud, ya porque la vida recobra toda su importancia en vista de la eternidad, que comienza en la hora de la muerte y será según lo que merezca la vida.

¿Qué defensa queda a la conciencia oprimida por la tiranía sino es el martirio? ¿Cómo se garantiza la libertad de la Patria sino muriendo por ella? ¿Cómo se prueba el sumo amor a Dios y a los hombres sino es muriendo por ellos? ¿Qué remedio moral hay en la última enfermedad sino la aceptación de la muerte? ¿Ni qué virtud hay que supere a la mortificación sufrida por amor de la virtud?

Quien, pues, eso no enseñe y en eso no eduque, no sabe educar hombres virtuosos.

Conclusión.

En resumen: hay mucha pedagogía en la doctrina cristiana y mucho error antipedagógico en la apostasía.

Sabedlo, Directores de la educación patria, y no lo olvidéis vosotros, Educadores de los hombres.

LA CARIDAD DE LA VERDAD Y DIOS EN LA COEDUCACIÓN.

La caridad es el amor de Dios y del prójimo; estudiémosla aquí especialmente como don que el hombre hace de sí a los demás hombres, ya en la trasmisión de la verdad por la enseñanza, ya en la educación por medio de ella.

Somos pobres porque tenemos mucho que recibir, de aquí la humildad, y somos ricos porque tenemos mucho que dar, de aquí la hermosa virtud de la caridad, sin la cual no podría el mundo subsistir. La caridad es una virtud precisa, necesaria, indispensable a la humanidad, tanto y más que la justicia, tanto y más que la obediencia y la humildad, y tanto como la castidad.

La caridad, tomada en su sentido más general, es el don de sí mismo; cuando se dirige a Dios, es el don de sí a Dios; cuando se dirige al hombre, es el don de sí a la humanidad. ¿Y qué puede dar el hombre a los hombres? Puede darles su inteligencia por la doctrina, puede darles su sentimiento por el afecto, puede darles sus bienes por el socorro y auxilio, les puede dar el cuerpo y el alma, lo interior y lo exterior, la vida y cuanto de ella depende o sobre ella descansa; se lo puede dar todo, hasta la eternidad.

¿La eternidad?

Sí, hasta la eternidad; porque el hombre es un com-

puesto de tiempo y eternidad y puede donar todo cuanto tiene. Me explicaré.

La verdad, hija de la eternidad, entra en el hombre por medio de la inteligencia y sale de él por medio de la enseñanza; al hacer, pues, el don de la doctrina, damos al hombre algo que nos sobrevive, que sobrevive al tiempo, que es eterno, y es la verdad, la verdad que ni pasa ni cambia, que es como Dios. Por eso el don de sí por excelencia es el don de la enseñanza; la primera caridad es la caridad de la doctrina. Y también es una de las más difíciles de ejercitar.

¿Difícil la caridad de la doctrina?

Siendo doctrina luz, ¿quién la aborrecerá?; siendo riqueza, ¿quién no la apetecerá?; siendo dicha y eternidad, ¿quién no la buscará? El hombre, la humanidad, este gran enfermo, este gran ignorante, este gran perezoso, este gran obstinado en el error y la maldad... ¿Pero eso no es calumnia? Ojalá que lo fuera, y entonces sería verdad que nada costaría el enseñar, a nadie le molestaría el estudiar; en todos campearía la verdad y los hombres no estarían divididos y enemistados por causa de los errores, que son fuente copiosa de innumerables males y origen de odios y guerras que nunca acaban.

Preguntad a cualquiera Maestro si es obra fácil o difícil la de enseñar la verdad; preguntad a cualquiera sociólogo si es fácil o difícil alumbrar las inteligencias de la masa social, aun en las materias que más le interesan; preguntad a la Iglesia si es obra fácil o difícil iluminar al mundo con la luz del Evangelio; y cuando hayáis reunido las contestaciones, preguntáos a vosotros mismos acerca de lo poco que sabéis y lo mucho que os ha costado el aprenderlo y el retenerlo, cuanto más el practicarlo y transmitirlo e inculcarlo, modelando por ello a vuestros semejantes...

La verdad sin el esfuerzo, la paciencia, la constancia, el valor, la abnegación y a veces el heroísmo, y, en suma, sin el amor, sin la caridad, no llega a cundir en la humanidad. A Jesucristo, que era la Verdad humanada, le crucificaron; a la Iglesia, que es la Columna de la Verdad, la persiguen y crucifican; a la juventud, que es el claro espejo en el cual se debiera reflejar fielmente la verdad, se la deja en la ignorancia o se la corrompe y pervierte con frecuencia; en los centros de enseñanza, que deben ser focos de luz concentrada de muchas inteligencias cultivadas, ¿no hay acaso sayones que crucifican a un tiempo la verdad y la humanidad?

¿Sayones? Sí; sayón es el error, sayón la ignorancia, sayón la preocupación, sayón la indolencia, sayón el odio, la envidia, la emulación, la vanidad, la soberbia, la superficialidad, la irreflexión, la ligereza, la singularidad, la excentricidad, la anormalidad, la manía, la vesanía, la obsesión, etc., etc, a que está expuesto todo Maestro, el cual sayón es rey, juez o verdugo sin apelación, defensa ni recurso alguno para las víctimas, no siendo ante el mismo que yerra, etc.

¿Pero serán sayones inculpables?

Tal vez lo sean algunas o muchas veces, pero esto no quita para que flagelen y crucifiquen a la humanidad y la verdad. Y además, que...

Y además, ¿qué?

La hombría consiste en que el hombre interior se manifieste al exterior tal como es, en que aquella vida íntima del pensamiento, de la voluntad y del sentimiento, no se disfrace, sino que se revele tal cual es; lo demás es jugar a las máscaras, es vivir del embuste, es convertir al hombre, al verdadero hombre, que es el hombre interior, en un farsante o cómico y trapisondista, que manifiesta al exterior todo lo contrario de lo que es inte-

riormente. Sabedlo. Educadores, no es hombre verdadero el que no es hombre sincero.

Así, Aquel Hombre Modelo a quien el Espíritu del Amor formó de las entrañas de una Virgen para que diera testimonio de la Verdad, conjurado por el Sumo Sacerdote de los judíos para que dijera «si él era el Cristo, Hijo de Dios», sabiendo que la afirmación le costaba la vida, contestó sin vacilar, sin inmutarse: *Yo soy*.

El Educador cristiano, guardada proporción, es otro Cristo, y no debe olvidar que la sinceridad es la corona de la verdad y la honra de la humanidad, y que en el mundo de la Pedagogía hay dos filas interminables formadas, la una por los Maestros sinceros, la otra por los embusteros.

Y llamamos *interminables* a estas filas de pedagogos, porque desde que el mundo es mundo y mientras el mundo no se acabe, los hombres pedirán a sus directores que no les engañen, que no les mientan; y ante esa justa y necesaria demanda, todo Maestro tiene que presentarse revestido de la verdad y la sinceridad, las crea o no las crea, las sienta o no las sienta. Suponed ahora a algunos, pocos o muchos, Maestros caídos en errores fundamentales acerca de la naturaleza, origen y destino del hombre, y suponedle abriendo cátedra en un pueblo católico y decidme si puede ser llano, sencillo y sincero, o si tendrá que acudir a la doblez, anfibología, simulación o fingimiento, para pasar por hombre de bien, honrado y sincero, ante sus alumnos y ante la sociedad.

El error acerca de las verdades fundamentales de la educación no puede ser sincero, tiene que ser embustero, y tanto más ladino cuanto la sociedad se halle más poseída de dichas verdades. Esto es claro; lo estamos viendo a todas horas y no puede ser de otro modo. Al hombre se le engaña con el engaño, no con la sinceridad; el engaño es la falsedad vestida de verdad y la sinceridad es el error y la verdad desnudos; como el error desnudo es feo y la falsedad clara es antipática e inaceptable,

para hacerse maestro del error hay que disfrazarse de apóstol de la verdad y mostrar sinceridad y amor por ella y por la humanidad.

¿Pero la Pedagogía no es una marisabidilla que enseña a leer, escribir y contar?

No consisten los fundamentos de la recta educación del hombre en el arte de leer, escribir, contar y otras cosas; es algo más hondo, más grave, más psicológico, más teológico, más moral, más social y trascendental; consiste en profesar las verdades fundamentales del orden, como la existencia de Dios, inmortalidad del alma, creación del mundo, relaciones del hombre con Dios por su origen, ley y destino; lo que es el bien y el mal y cuáles son las acciones buenas y malas, lo que es la vida, cuál es la causa del desorden moral que hay en el hombre, si hubo una caída, si ha habido una reparación, si el hombre es por naturaleza social y cuál es el fin de la sociedad, el origen y destino de la autoridad, los deberes y derechos que el hombre tiene para con sus semejantes, cuál es el criterio de la libertad y de la moral, etc., etc.

Y acerca de esto no hay más remedio que ser Maestro de la verdad o de la ficción, sobre todo donde la verdad sea conocida.

EL SUEÑO DE UN PEDAGOGO.

Soñaba, y soñando (no se sabe si dormido o despierto) decía: «Para educar a la humanidad se necesita verdad y autoridad. La verdad debe comprender las *ideas fundamentales* del orden moral y social, ideas que, por versar acerca de verdades esenciales, deben ser *inmutables*,

como lo es toda verdad esencial; *comunes* a todos los hombres, puesto que todos tienen la misma naturaleza esencial; *asequibles* para todas las inteligencias, porque han de ser luz y guía de la vida de todos los hombres. Por tanto, en estas ideas deben brillar: la *unidad*, tan propia de la verdad; la *antigüedad*, inseparable de la verdad; la *universalidad* (la verdad es de todos, no tiene raza ni patria); la *santidad*, porque la verdad en sí es buena y santa; la *visibilidad* o cognoscibilidad (¿de qué serviría la verdad no conocida o de difícil adquisición para la educación?); y la *indefectibilidad* (no puede faltar en su propio ser y naturaleza la verdad.)»

La autoridad es el apoyo necesario de la verdad en la educación, pues sin aquélla no puede vivir ésta entre los hombres. El pedagogo soñaba, pues, en una institución educadora que igualara en lo posible a la verdad, por la unidad de su jerarquía, por la antigüedad de su existencia, por la universalidad de su extensión, por la infalibilidad de sus fallos, por la visibilidad de su magisterio, por la integridad e incorruptibilidad de su doctrina (salvo las aberraciones del corazón libre y humano) y por la bondad y santidad de cuantos vivan según tal doctrina y tan alta misión, cual es la de modelar por ella a los hombres.

Y concluía diciendo: «Si esta verdad y esta autoridad unidas existen en el mundo, el primer deber del pedagogo será reconocerlas, aceptarlas y apoyarlas con todas sus fuerzas, y el crimen más grande consistirá en hostilizarlas y perseguirlas. Si tal verdad y autoridad no existen, hay que pedir las a Dios con más instancia que el pan de cada día, porque son más necesarias a la humanidad para su alimento espiritual que lo es el pan para el sustento del cuerpo.»

Y aquí medio discurría, medio suspiraba, medio oraba, uniendo recuerdos históricos con las necesidades de todos los tiempos, y decía: «¡Oh Dios mío! Siendo la verdad de origen divino y la educación el medio necesario para con ella mejorar a los hombres, ¿cómo es posible que Tú ha-

¿Y confiado la conservación y propagación de la verdad, siquiera de los puntos fundamentales, necesarios y comunes para educar a los hombres? Tú fuiste el primer Educador del hombre, cuando éste acababa de salir de tus manos. ¿Y habrás dejado sin Maestro a los hombres de todos los siglos, mucho más necesitados de magisterio que el hombre primero?

«Sea lo que fuere del valor absoluto de la razón, la historia de todos los pueblos y en todos los siglos me dice lo que es su valor relativo en los puntos fundamentales de la cultura moral del hombre, es un fiasco, una ruina, una vergüenza, una miseria. Los pueblos más cultos del paganismo, los que pretendían saberlo todo y se tenían por pensadores, prudentes y artistas, fueron los más ignorantes en religión, no conocían a Dios y tomaron por dioses las bestias, como en Egipto, y los vicios como en Grecia y Roma.

«Y como era la Religión era la moral, que en ella se fundaba, se funda y fundará mientras haya hombres.

«Yo veo la unidad de la verdad en todo, pero la doctrina de los hombres propende a la anarquía y la confusión. Tú, que eres la unidad, que hiciste brotar de uno al género humano, que conservas todas las sociedades por medio de la autoridad, ¿habrás dejado el magisterio de la humanidad en poder de la anarquía intelectual, siquiera en aquellas verdades que son fundamentales y necesarias para el hombre y para las colectividades? No puedo creer que tan escasos sean ni tu providencia ni tu amor.

«Yo sé que la verdad no es creación del hombre, que es tan antigua como Dios, y que los novadores de verdades no son sino falsificadores o fabricantes de errores; pero si la verdad es como un cadáver que no tiene más vida que la que hay en el que le mueve, ¿qué defensa tendrá la verdad en contra de los errores, torpezas y pasiones de los hombres sin una autoridad tan antigua como ella encargada de conservarla intacta en todos los siglos y contra todas las aberraciones? No, no; la verdad sin au-

toridad es un muerto, y la autoridad sin verdad es un cadáver; hay que unir verdad y autoridad para que resulte la vida de la sociedad educadora que yo pido y sueño y el mundo necesita.

»También sé que la verdad tiene por casa el mundo y por reino la eternidad; pero al convertirse en doctrina, en enseñanza, en educación, ha de pasar por los labios de toda clase de hombres con toda clase de preocupaciones. ¿Cómo, pues, se conseguirá que la verdad sea de hecho universal o la misma para todos los hombres de todos los sexos, razas, tiempos y climas, sin una autoridad también universal e idéntica en todos los climas, razas y tiempos?

»Verdad sin autoridad no consigue entre los hombres la suspirada universalidad a que aspiran todos los que de veras aman la verdad y la humanidad.

»¿Y la moralidad de la doctrina, cómo se defenderá de la corrupción de los doctores o maestros? Únicamente por un milagro, pues que han de enseñar todo lo bueno, todo lo santo, aun en el supuesto de que ellos no lo practiquen, lo cual exige una intervención de lo alto para que la verdad que moraliza sea santa y los maestros que desmoralizan no sean sino pecadores que no desacreditan la doctrina.

»Esto me lleva a pensar en la infalibilidad de quien enseñe la verdad religiosa y moral (que es la más fundamental), pues sin aquélla no es posible ni conocer la verdad, ni impugnar el error, ni juzgar sobre los millones de autoridades y escritos y argumentos de todos los que en pro o en contra han escrito, ni, por tanto, rechazar a todos los innovadores, y en suma, sin autoridad infalible no hay verdad ni moral segura; todo queda a merced de los sofistas, ignorantes y corruptores. ¿Y es posible que siquiera la verdad que salva, la verdad que moraliza, la que todos necesitamos para obrar y educar en el bien esté a merced de todo viento de doctrina?

· »¿O que habiendo una Institución fundada para poner

el sello a la verdad y el error moral no pueda esa gran bienhechora ser fácilmente conocida?

»¿O que haya dicha Institución existido y, andando el tiempo, haya desaparecido o se haya depravado y convertido en un enemigo de la verdad? ¿Entonces qué será de la triste humanidad que venga después de la caída de esa sociedad? ¿Y qué juicio formaríamos del orden moral al verle entregado completamente a las disputas y tempestades de los hombres? ¡Ah, no! La sociedad que yo sueño sí existe (y debe existir); no puede desaparecer, ni puede cambiar, ni puede nublarse, ni puede errar, ni puede corromper, ni puede reducirse ni achicarse a un país, ni puede nacer de ningún cerebro, ni de ningún reformador, y no puede menos de existir. Sí; o yo estoy soñando como sueña un loco o esa Institución pedagógica de la humanidad debe existir, porque, de otro modo, humanidad y verdad no se unirán y la humanidad sin la verdad perece, y la verdad sin la humanidad ni calienta ni alumbra. ¿Dónde está, pues, esa sociedad?

»Muéstrame, señor, esa Institución educadora de la humanidad y por ello te daré gracias sin cesar y haré cuanto pueda porque todos los hombres te alaben y bendigan por tan grande beneficio.»

EL SUEÑO ES UNA REALIDAD

Esa sociedad, con todos los caracteres y condiciones y virtudes que tú has soñado es una realidad y se llama la Iglesia Católica.

Hay una Sociedad que es una en su dogma, una en su moral, una en su culto, una en su jerarquía, y dogma, moral, culto y jerarquía son inseparables; tan grande es la unión y trabazón que entre ellos existe.

Esa Iglesia, una en su Credo, una en su Decálogo, una en sus Sacramentos y una en su Cristo y en el Vicariato de Cristo, que es el ápice de la unidad jerárquica, es también una en la sucesión de los tiempos, es decir, que existió en la ley primitiva en forma de Patriarcado, en la ley mosaica en forma de Sinagoga, y existe en la ley evangélica en forma de Catolicismo; tres estados de su desenvolvimiento, no tres sociedades, sino una misma verdad y autoridad desarrollándose según los tres estados de la sociedad: familia y tribu (Patriarcado), nación y pueblo (Sinagoga), humanidad (Iglesia Católica).

Y esa sociedad, una por su doctrina y por su antigüedad, es, además, una por su catolicidad, esto es, una misma para todos los hombres de todos los pueblos, por lo cual se cumple en ella aquello de que la verdad y la religión no tienen patria ni raza, sino que son de todo el mundo.

Y no sólo profesa doctrinas comunes a todos los hombres, sino que tiene organizada una jerarquía docente y rectora, que es una en todo el orbe e idéntica en lo sustancial en todos los siglos. ¿Dónde se ha visto una idea más humanitaria con un organismo más en relación con esa idea de redención y regeneración de todos los hombres? Y si educar es mejorar, ¿dónde hallaremos Sociedad más universal en su acción mejoradora que la Iglesia Católica?

Y esa Sociedad es santa, porque lo es su doctrina, lo es su culto, lo prueban sus milagros y lo comprueban las vidas de todos cuantos la toman por regla de su conducta. Si no todos los que en ella están son santos, es porque no todos son como ella quiere que sean; es decir, que los pecados de los hombres la entristecen, pero no la manchan; son hijos de la libertad, no producto de la verdad; son males inevitables, dada la flaqueza humana en esta vida de prueba, pues menester es que en la era haya trigo y paja, hasta que los separe la bielta de la muerte y el juicio. ¿Pero ninguna otra institución podrá presentar ni

el número ni la calidad de héroes de la virtud y dechados de santidad como presenta esta Sociedad?

Y si mejorar es educar, ¿no será la primera Institución coeducadora aquella que más a los hombres mejora?

Esa maravillosa basílica de la verdad y la santidad es, además, infalible. Ella lo asegura expresamente, los hechos lo comprueban superabundantemente y la razón nos dice que sin esa prerrogativa no podría ser Maestra de la humanidad. Porque ni podría ser creída ni podría evitar el error, como no lo evitan las sectas, ni los sabios, ni las academias de doctores; y la Iglesia, si lo evita, caminando como camina, siempre entre escollos, resolviendo siempre, fallando y definiendo sobre las cuestiones más hondas y debatidas, proclamando dogmas cuando las herejías y los heresiarcas se hallan en su apogeo, cuando las doctrinas de éstos pasan por verdades y conquistas de la razón, por progresos y derechos intangibles, a veces defendidos por ingenios peregrinos y aun por los hijos más distinguidos de la misma Iglesia. No hay verdad dogmática ni moral que no haya sido negada o confundida con el error y que no haya sido defendida y aclarada por esta gran Maestra; contra Pelagio defiende la gracia y contra Lutero la libertad, contra Nestorio la unidad de persona en Cristo y contra Eutiques la duplicidad de naturaleza; contra Arrio la divinidad de Jesús y contra Marción la humanidad; contra el tradicionalismo los derechos de la razón y contra los racionalistas los fueros de la fe; contra los regalistas los derechos del pueblo cristiano y contra los liberalistas los derechos de la verdad y autoridad, etcétera, etc.

Y esta Sociedad, más prudente y sabia que todos los sabios y prudentes del mundo, no es una sociedad secreta que teme ser conocida, sino pública y manifiesta para todo el que quiere abrir los ojos. Su doctrina es pública, su magisterio es público, sus templos son públicos, sus Sacramentos son públicos, todo está a la vista de todos, nada hay en ella que no pueda ser conocido. Como que

es luz del mundo, ciudad puesta en alto y pregonera del Evangelio en mil formas para despertar y atraer a él a todas las gentes (1).

Y esta Sociedad no pasa, no envejece, no se deforma, sino que goza de una juventud, virilidad y lozanía indefectibles, pues habiendo comenzado con el mundo para durar lo que él, subsiste, a pesar de todos los obstáculos, persecuciones y pruebas. Se la persigue con la crueldad brutal de los Nerones, y la sangre de los mártires triunfa de los Césares y de los pueblos paganos; se la persigue con la crueldad legal y astuta de los Julianos, y triunfa de esta nueva forma de la tiranía ilustrada, filosófica y pedagógica del Estado apóstata; la persiguen (como todo lo que es cultura) los bárbaros del Norte, y los convierte, bautiza y civiliza; el protestantismo, resumen de todas las herejías de diez y seis siglos, emplea todas las armas y con ellas lo combate todo, dogma, moral, culto, jerarquía, disciplina, Sagrada Escritura, Tradición, apelando a las pasiones malvadas y a los instintos groseros de la humanidad, y pueblos enteros son desgajados del árbol de la Iglesia; pero ésta hiere la herejía con anatema y se compensa de las pérdidas extendiendo la fe por mundos antes desconocidos.

El filosofismo (de J. Jacobo Rousseau, Voltaire y su larga progenie) persigue a la Iglesia, empleando la prensa, la tribuna, la cátedra, la enseñanza, la confiscación, la hipocresía, el ridículo, la guillotina, el terror, la ley, y la Iglesia, luchando contra tanto enemigo y tanta maldad y tanto sofisma y tanto abuso, sobrevive y aparece como el arca única de salvación en medio del diluvio de tantos errores y maldades. Perseguida por el Cesarismo

(1) Cuando la Masonería se compara con la Iglesia de las catacumbas en lo del secreto, oculta que al cesar la persecución se ostentó sobre la faz de la tierra, y nunca dejaron sus perseguidores de quitar la vida a los que confesaron públicamente la fe; y la Masonería, en plena libertad, se oculta en las tinieblas; odia la luz porque sus ideas y acciones no son buenas. «Qui male agit edit luce.»

burocrático, calumniada por la prensa desvergonzada, abandonada por el Estado apóstata o indiferente, coartada por la hipocresía liberalista (que es la tiranía ejercida a nombre de la libertad) ve desencadenarse torrentes de ignorancia, de odio y destrucción social, al cual opone la Iglesia la claridad de las verdades sociales para disipar las tinieblas y poner orden en ellas, la imperturbable serenidad para calmar las olas y llevar la humanidad al puerto de salvación por en medio de todos los escollos, y la caridad, su inagotable caridad, para poner bálsamo en todas las heridas y amor en los corazones.

Conclusión.

¿Quién habrá que no se alegre de hallar entre los hombres una Sociedad tan una, tan doctrinal, tan bien organizada, tan antigua y tan joven, tan universal o para todos, tan moralizadora y santa, tan discreta y sabia, tan visible y pública, tan duradera como indefectible, tan valiente como victoriosa, y, en suma, tan docente como educadora?

Mientras no haya una inteligencia de más vastos horizontes que los suyos; mientras no vea pensamientos que hayan hecho más bien a los hombres que los suyos; mientras no se me presente una escuela, ni de virtudes más grandes, ni de costumbres más castas, ni de autoridad más justa y elevada, yo diré que la Iglesia es la más grande coeducadora del mundo.

LOS DOS GRANDES EDUCADORES DE LA HUMANIDAD.

¿Quién es el gran Educador de la humanidad? Es Dios.
¿Quién es la gran Educadora? Es la Iglesia.
¿Son dos? No son dos, sino un cuerpo con su cabeza.
Cuando Dios habla suele hablar por la Iglesia; cuan-

do la Iglesia enseña y mejora o perfecciona, es Dios quien por Ella enseña, mejora y educa. La Iglesia es la Escuela que Dios ha fundado, conserva y sostiene para bien de toda la humanidad, como se infiere de lo dicho y se confirma por lo que se dirá.

De lo dicho en las hojas que preceden resulta: que la Iglesia es la obra de Dios cerca de la humanidad; que nace con ella, vive con ella, se desenvuelve con ella, goza y sufre con ella, la alumbra, corrige y mejora en cuanto puede, y lucha sin cesar por hacer que triunfen unidas verdad, bondad y humanidad.

¿Conocéis en la historia de la Pedagogía un algo que a esta Institución humanitaria y educadora se parezca? Yo no.

Todo lo cual prueba que la Iglesia es obra divina.

1. Si no lo fuera no lograría formar esa unidad de las almas que por millones y millones profesan unas mismas verdades, a pesar de las diferencias de raza, clima y genio, a pesar de la resistencia humana para acatar el misterio, a pesar de todas las asechanzas y violencias empleadas para alterar la verdad y perturbar las conciencias.

Nadie, ni con ciencia ni con poder, ha logrado formar una sociedad intelectual, una república de cientos de millones de inteligencias que afirmen un mismo credo como la Iglesia.

2. Nada humano subsiste; todo pasa con rapidez, y la historia no es sino la relación de las ruinas que suceden a las ruinas, de los hechos que suceden y se confunden en el cementerio del pasado. ¿Por qué, pues, la Iglesia dura tanto como la humanidad y jamás pasa, sino que está presente a todos los hechos y sobrevive a todos los imperios y entierra a todos los que se ofrecían a ser sus enterradores? Porque no es humana, sino divina.

¿Y la antigüedad del oriente? Es la duración de las

estatuas yacentes y de las momias; duran porque no viven, duran porque no se mueven.

3. Ningún filósofo, ningún sociólogo, ningún pedagogo, ningún conquistador ni legislador ha logrado fundar una escuela ni una sociedad universal, y la Iglesia lo ha conseguido; y como éste es un hecho, y hecho histórico y actual, y todo hecho es un fenómeno que se ha de explicar por una causa proporcionada, ¿cuál será la causa de que todo el saber y poder de los hombres no hayan conseguido realizar lo que la Iglesia a todas horas está mostrando con su catolicidad? La explicación es la misma: el poder del hombre es muy limitado, el de Dios es universal; la Iglesia es universal porque es divina.

4. Ningún hombre produce una moral santa, porque siendo él malo ¿cómo podrá inventar una ley que esté en radical oposición con el mal moral de que él adolece? Es obra superior al hombre fijar con justa precisión la regla de las costumbres en medio de tantos y tan diferentes errores, costumbres, pasiones e imaginaciones. Y ninguno que no sea Dios puede hacer ni el milagro físico de resucitar muertos ni el milagro espiritual de convertir pecadores en santos; y puesto que en la Iglesia, y por sus miembros y a su nombre y para dar fe a su doctrina se verifica uno y otro, ¿qué prueba esto sino que Dios está con ella? El milagro es la auténtica de la divinidad fijada por el sello de su omnipotencia para que nadie pueda falsificar la firma ni regatear la autoridad.

5. Nada humano es infalible ni indefectible; si, pues, la Iglesia no yerra, ni pasa, ni cambia, a pesar de todos los errores, de todas las asechanzas, de todas las persecuciones, de todos los acontecimientos adversos y prósperos, es porque no es obra de la Tierra, sino del Cielo. Solamente la Verdad infalible triunfa siempre del error solapado, solamente la eternidad triunfa del tiempo, sólo puede triunfar de todas las fuerzas humanas contra ella conjuradas desde la infancia, aquella Sociedad que tiene a su favor el auxilio divino. Contar tantos días de comba-

te cuantos de existencia y no haber muerto ni decaído en su juventud y vigor, ¿qué prueba sino que esta Religión es divina?

6. Basta el hecho, el hecho de la Iglesia, para probar que es una Institución divina de educación universal.

DEDUCCIONES Y APLICACIONES PEDAGÓGICAS.

1. Puesto que la verdad es base de toda enseñanza y educación, que no haya Maestro ni Educador que tenga en poco la verdad, ni mucho menos que la tenga tan en poco que la equipare al error. Aquel que proclame la igualdad de la verdad y el error ante la educación es un blasfemo en Pedagogía, una calamidad en la enseñanza y un ciclón en religión y moral, y, por tanto, una calamidad social; es un bárbaro de la peor calidad; no sabe lo que es verdad ni lo que es humanidad ni educación.

2. Siendo la caridad de la verdad doctrinal la mayor de las caridades, aquél tiene más caridad que tiene más amor a la verdad y a su enseñanza, aquel ama más a Dios y a los hombres que más ama la verdad en relación con la divinidad y la humanidad, y viceversa.

3. Siendo la humanidad (el hombre) un gran perezoso, un gran ignorante, un gran obstinado en el error y el mal, y, por tanto, un gran enfermo de la cabeza y el corazón (que son los centros principales de la vida), atender a la curación de estos gravísimos y crónicos males con empeño y de por vida es tener vocación de apóstol y mártir; de apóstol, porque es hacer la obra más grata a Dios y más necesaria a los hombres; de mártir, porque es hacer la obra más difícil de todas las obras, la de rectificar y enderezar hombres por el camino de la verdad y la justicia.

4. No hay vocación más noble y levantada, ni tam-

poco más difícil, que la de enseñar, educar y reformar; por eso quien no ame con tesón y constancia, con fe y celo, con verdadera caridad a los hombres, será, al principio, un entusiasta intelectual, después un cansado maestro, por fin un aburrido y tedioso mecánico de la enseñanza; jamás un verdadero Educador.

5. En esto, como en todo, y en esto más que en todo, abunda más lo malo que lo bueno, porque para ser un buen Maestro, un buen Educador, se necesitan muchas y excelentes virtudes, y para serlo malo no se necesita ninguna; el error, la ignorancia, la preocupación, la indolencia, la gula, la impureza, la ira, la avaricia, el odio, la envidia, la rivalidad, la vanidad, el orgullo, la irreflexión, la ligereza, la superficialidad, la singularidad, la excentricidad, las rarezas, la anormalidad, la manía, y aun la obsesión y vesania, son defectos y pecados que se adquieren con facilidad y se dejan con dificultad para trocarlos por las virtudes y perfecciones contrarias. Por eso los malos Educadores son fáciles de hallar y los buenos escasean más que los buenos abogados, médicos e ingenieros y quizá tanto como los buenos generales y políticos.

6. Y a estas dificultades, que son de todos los tiempos, se agrega otra propia de los que corremos, y es la falta de orientación en las verdades fundamentales de la educación y, lo que es peor, la falsa orientación que vicia en su raíz el ministerio y hace del Maestro extraviado o un escandaloso demoledor, o un redomado hipócrita, o un escéptico e indiferente, esto es, una calamidad social y pedagógica.

7. De este gravísimo inconveniente pretenden librarse algunos pedagogos achicando el concepto de la educación y reduciéndola a enseñar letras y números, el arte de comer y no el arte de vivir; pero estos tales son ciegos que intentan hacer ciegos, son eunucos que pretenden mutilar a la humanidad entera quitándole el vigor y la entereza que le dan las ideas fundamentales y re-

ligiosas. ¿Qué diríais de un escultor que esculpiera con mucha pulcritud los pies, las manos y el abdomen de sus estatuas y dejara en bruto el pecho y la cabeza?

Pues ese es el Educador sin Religión.

8. La Religión no es sólo un asunto individual, es una Institución social de educación en la verdad y el bien y, por lo tanto, una sociedad eminentemente doctrinal, humanitaria y pedagógica.

En cuanto doctrinal, enseña las verdades fundamentales del orden moral; en cuanto humanitaria, se las predica a toda la humanidad, y en cuanto pedagógica, se las inculca y educa con ellas y sus medios y procedimientos a los hombres. ¿Se puede prescindir de tal medio para formar bien a los hombres?

9. Quien sepa los esfuerzos que han hecho los grandes hombres y los reformadores todos (aun los falsos reformadores) para formar la república de las inteligencias sin que ninguno lo haya logrado y entienda cómo el Catolicismo lo ha conseguido; por escaso amor que sienta hacia la verdad, por seco que tenga el corazón para sentir la grandeza, por vulgar y ramplón que sea en materias pedagógicas, no puede menos de llenarse de admiración al ver esa gran basílica de las almas donde millones y millones de inteligencias de todas clases entonan un mismo símbolo de la fe en todas las lenguas y por todos los siglos. Y ese credo es la profesión de las verdades fundamentales del orden, y ese Credo (entero, casi entero o mutilado) es el profesado por todos los pueblos cultos. La Iglesia, pues, doctrina a la humanidad entera.

10. Midamos por aquí, tallemos por esta estatua gigante de la Iglesia Maestra de la humanidad (con sus verdades invariables y fundamentales, comunes y populares) el desastre de la unidad en la verdad que nos presentan el protestantismo y el racionalismo, cuya última forma es el anarquismo del intelectualismo modernista. Y sobre estas doctrinas de la unidad y fijeza o de la divi-

sión y variabilidad, construid dos pedagogías o artes de educar, si es que sobre la anarquía intelectual se puede fundar algo serio y estable.

11. Y como la pedagogía es ciencia de sentido práctico y arte de educar con juicio y respeto para con la verdad y la humanidad, bueno será que por la historia aprendáis lo que la Iglesia ha hecho por la verdad y la humanidad y lo que contra ella han hecho todas las herejías y tiranías, todas las filosofías y pedagogías anticristianas, desde las de Juliano el Apóstata hasta las del apóstata Combes.

¿Cuál será la república más grande de la Tierra?

12. Será aquélla que más haya hecho por la verdad y la humanidad; será aquella que mejor haya definido y fijado las verdades fundamentales del orden moral y social; será aquella que mayores sacrificios se haya impuesto a favor de la verdad y de la humanidad; será aquella que con mayor perseverancia y tesón haya trabajado por unir la verdad y la humanidad y mayores ideas y proyectos haya tenido y realizado por una y otra; será aquella que mejores procedimientos pedagógicos haya empleado para hacer triunfar la verdad en las inteligencias y corazones, en las ideas y las obras (ya que las acciones no suelen ser sino realización de las convicciones), y en suma, será aquella que mejor haya sabido reinar por la educación. ¿Y cuál será la república más ruin y mezquina de la tierra? La que más reniegue y se aparte de esa gran república.

Ahora, ciudadanos de todas las repúblicas habidas y por haber, las de levita y las de casaca, las de gorro y las de casco y corona, aprended a discernir.

13. Si el darlo todo, incluso la vida, por la verdad y su enseñanza, y el darlo a todos, incluso a sus enemigos y a los extraños, no prueba amor a la verdad y a la hu-

manidad, ¿quién se podrá gloriarse en este mundo de haber sabido amar y educar? Hay que adular toda la historia y tergiversar la civilización para quitar a la Iglesia el centro de la educación y la gloria de Maestra de la verdad y gran pedagogo de los siglos.

14. Así como el bien de las leyes no se aprecia solo por los que las quebrantan y son penados, sino por los que las observan y cumplen en todo o en parte, la obra doctrinal y pedagógica de la Iglesia debe apreciarse no sólo por los errores inmorales que ha condenado (sumados todos serían una resta total del orden y una suma total de todos los errores y horrores humanos), sino por las verdades que ha conservado, ya enteramente entre sus fieles, ya casi por entero entre los cismáticos, ya algo más mutiladas entre los herejes. Baste decir que el mundo vive de lo mismo que con odio persigue, del dogma y la moral cristiana. ¿Qué Educador querrá sumarse con la negativa suma de los que restaron todos los principios del orden moral?

Afirmemos, pues, en la educación la soberanía de las almas que a Dios plugo entregar a su Iglesia.

Dios, para mostrar que es Verdad, se ha reservado verdades que El sólo sabe, El sólo revela y El sólo conserva por medio de la Iglesia, que es su Escuela; Dios, para mostrar que es Poder, se reserva instituciones que El ha fundado, reglamentado y conservado, como la familia cristiana, la asociación religiosa y la Iglesia, que es su reino; Dios, para mostrar que es Santidad, se ha reservado virtudes que solo El sabe cultivar; tales son la humildad y la castidad y el amor de la verdad; y una de las pruebas más populares de la acción de Dios en la humanidad por medio de la Iglesia es el testimonio de esa verdad, poder y santidad, que solo se encuentra donde El está.

Conclusión final.

Coeducadores, hay que coeducar. La educación es obra de la verdad que alumbrá inteligencias, del poder que organiza la dirección de la vida y de la virtud que mejora y santifica a los hombres, y encontrándose estas tres cosas reunidas en la Iglesia, eduquemos con ella y jamás en contra de ella.

Contra ella va el laicismo o ateísmo o anticristianismo (que todo es uno entre nosotros) en la enseñanza y educación de los pueblos bautizados, lo cual es una apostasía, no sólo teológica, sino pedagógica. Impuesta esta doble apostasía de real orden, es una alevosía social y un suicidio, porque equivale a imponer desde arriba; a un pueblo cristiano, el anticristianismo; a un pueblo creyente, la impiedad; a un pueblo sesudo, el absurdo; a un pueblo libre, la tiranía del error; a un pueblo honrado, la inmoralidad, y a un pueblo leal, caballero y obediente, la anarquía inoculada desde la infancia.

Coeducadores, no hagamos fieras, hagamos hombres; no hagamos racionalistas y anarquistas intelectuales, hagamos cristianos y racionales.

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (1.ª)

1. *Civilizar debe ser continuar el plan de Dios acerca de la humanidad.*

Supongamos sabido que en la educación, como en la civilización, debe respetarse el pasado y debe prepararse el porvenir, no siendo presente sino el heredero de lo pasado, y no siendo el porvenir sino el sucesor del presente. La historia no sufre interrupciones bruscas que no

sean atentados o intenciones en contra de la civilización de los pueblos, los planes providenciales acerca de las sociedades no están sujetos a los cambios radicales de los Reyes, Gobiernos ni Parlamentos. Conviene tener esto en cuenta para no incurrir en la botaratería o alocamiento de ciertos pedagogos que por la Escuela pretenden cambiar el modo de ser religioso, nacional y social de los pueblos europeos y de ciertos políticos que con leyes y Maestros pretenden en un santiamén poner lo de arriba abajo. Tales educadores y legisladores no merecen el nombre de reformadores ni regeneradores; son verdaderos trastornadores y perturbadores sociales.

Para civilizar educando, menester es saber cuál debe ser la marcha de la humanidad a través de los siglos, cuál es la idea madre de la civilización y la educación en todos los espacios y el modo cómo esa idea se va actuando y esa marcha se va continuando.

Esto nos lleva a reflexionar que la civilización no se improvisa y que la coeducación, en cuanto es un instrumento adaptado y subordinado a aquélla, tampoco puede improvisarse.

Hay en la humanidad una idea que no cambia, hay una marcha progresiva que tiende a realizar esa idea madre, hay, en suma, un plan invariable, cuya unidad, grandeza y perseverante continuidad a través de todos los siglos y acontecimientos, nos autoriza para llamarle *providencial*.

Y aquí una pregunta: ¿El Catolicismo, que contiene el plan de Dios acerca de la humanidad, no contendrá, por lo mismo, el plan de Dios acerca de la civilización?

Pensar que en Dios caben dos planes opuestos, ni aun paralelos o divergentes, acerca de la humanidad, es un despropósito que contradicen su unidad y su sabiduría; pensar que el fin religioso no es lo principal en los planes de la Providencia, es otro error opuesto a la naturaleza inmortal de Dios y del alma, y pensar que la Religión Católica con su unidad, perpetuidad y acción perse-

verante en favor de la verdad y el bien para los individuos y los pueblos no es el instrumento principal de Dios para promover la civilización entre los hombres no parece racional.

Dios, en la ley primitiva, habla, instruye, alienta, corrige, profetiza y educa por medio de los Patriarcas Adán, Abel, Set, Henoch, Noé, Abrahám, Isaac, Jacob, José; Dios, en la ley mosaica, instruye y educa por medio de Moisés, los Profetas y Sacerdotes de la Sinagoga; Dios, por medio de Jesucristo y su Iglesia, habla y educa a la humanidad conservando en ella las verdades más interesantes, que son las que se refieren al orden moral y religioso, que son también las más trascendentales al orden social y pedagógico que de ellas se derivan.

Es una la doctrina y uno el magisterio a través de todos los siglos y para todos los hombres. En Adán está toda la raza, y lo está en Noé y en Abrahám, que aunque elegido para padre de un pueblo, es el pueblo situado en medio del mundo civilizado para que de todos sea conocido; es el pueblo que no sólo deberá conservar, sino propagar la verdad por el orbe entero, y así es que en paz o en guerra, por el comercio, el proselitismo y el culto, o por la dispersión y cautiverio, conocen a este pueblo y su religión Egipto, Arabia, Canaán, Fenicia, con todas sus colonias; Asiria, Persia, la India, Grecia, Roma y toda la tierra. Tobías dice: Dios nos ha dispersado entre las naciones que no conocen a Dios para hacer que le conozcan. (Tobías, XIII, 4.)

Que los sabios se aprovechaban de la doctrina judaica lo prueba aquel dicho: «Platón es Moisés hablando en griego.»

En la ley evangélica, Jesucristo, que es el Verbo de Dios, dice: «No he venido a suprimir la ley antigua, sino a completarla», y envía a sus Apóstoles al *Universo mundo*. ¿Para qué? *Para enseñar la Verdad que yo les he enseñado.*

La Iglesia es Dios que se repite a través de los siglos,

es un plan vasto que se desarrolla conjuntamente con la historia de la humanidad, es un edificio cuya primera piedra fué Adán y la última Cristo; es una pedagogía cuyo plan es educar al hombre de todos los tiempos y de todos los climas para que cumpla con todos sus destinos.

Verdaderamente es un pensamiento digno de Dios y un plan que nadie sin El pudo concebir y nadie sin El puede realizar.

Coeducadores, no separemos lo que Dios ha unido mediante su Iglesia, que son: Divinidad y humanidad, verdad y bondad, el tiempo y la eternidad, la educación y la civilización.

Conclusiones pedagógicas.

Educar en católico es civilizar.

Educar en anticatólico es descivilizar.

Educar en ateo es el sumo grado de incivilización.

2. Cristianizar es civilizar.

Los mismos Prudhón, Max Müller, Kidd y otros positivistas confiesan que las ideas y los hechos religiosos son como los hitos para juzgar del nivel de la civilización y de su marcha a través de los siglos. ¿Qué no diremos los católicos? Jesucristo no vino a derogar la Ley, sino a perfeccionarla; la Iglesia no ha venido a contrariar la civilización, sino a perfeccionarla; ésta es su misión. Somos los cristianos los fieles e invariables continuadores de la historia de la verdad y del bien, los verdaderos portaluces del mundo, los enamorados de la verdad para la humanidad, y, por tanto, de la civilización. Nuestros enemigos podrán usurparnos el nombre, pero no la realidad y el mérito; cuando la sinceridad se abre camino por entre el odio y los prejuicios, ellos vienen a nuestro campo. jamás nosotros al suyo.

Cuanto ellos hacen bien, lo aplaudimos los cristianos como nuestro; cuanto ellos hacen mal, lo reprobamos nosotros como indigno del Cristianismo. Todo lo verdadero y todo lo bueno cabe dentro de nuestra Religión, y nada falso, nada malo cabe en ella.

Conclusiones.

Cristianizar es civilizar.

Todo lo que es verdadera civilización cabe perfectamente dentro de la educación cristiana

La incivilización o barbarie es lo único que no cabe en dicha educación.

3. *El amor a la verdad es prueba de aptitud para educar y civilizar.*

¿Qué es lo que pide la verdad a los hombres? Que la respeten invariablemente? Pues buscad entre todas las sectas del protestantismo y de su hijo el racionalismo una sola que esté firme y permanezca en sus afirmaciones por veinte años siquiera, y ved, por otro lado, al Catolicismo durante veinte siglos en la misma verdad, no sólo dogmática, sino moral y social. Somos, pues, los *continuadores*, no los *interruptores* de la idea cristiana; poseemos la *continuidad de la civilización*, porque jamás cambiamos de tema, nunca volvemos atrás; marchamos de frente, y ni por las opiniones reinantes, ni por los intereses encontrados, ni por el ruido de las pasiones, ni por las preocupaciones de reyes o de pueblos, ni por los odios y persecuciones, volvemos la espalda a la verdad, sino que la confesamos, enseñamos, aclaramos y definimos, la veneramos hasta la adoración y le rendimos culto hasta morir por ella.

¿Dónde habrá otra Institución que en punto al amor

y valor de la verdad iguale a la Iglesia católica? ¿Dónde un organismo que más sacrificios se imponga por civilizar en la verdad y por la verdad a individuos y pueblos?

Conclusión.

Con los miles de errores que la Iglesia ha condenado y condena, hay suficiente para tejer una corona de gloria para esa Maestra, y otra de espinas y confusión para los que la deprimen y deshonran.

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (2.ª)

4. *Socializar la moral es educar y es civilizar.*

La cuestión del pan se resuelve por la justicia unida a la equidad y la caridad, y se exagera por la ausencia de estas virtudes. Esto supuesto, ¿la moral será ajena a las cuestiones económicas? O lo que es lo mismo: ¿para ser hombres sociales habrá que empezar por hacer hombres morales? ¿Serán leyes justas y organismos justos las disposiciones que minen la Religión y atenten contra los organismos de moralización cristiana?

En la gran reconstrucción social del porvenir vemos como una pirámide cuya base son las ciencias positivas, el medio las psicológicas y morales y la cúspide Dios o la ciencia teológica; trabar estas verdades para unir ideas e intereses, individuos y clases, la sociedad proletaria y el Estado, es labrar el edificio del porvenir.

¿Y quién puede igualar al Catolicismo en punto a verdad teológica; y a la moral que de aquélla se deriva; y en punto al derecho social, que de la moral nace; y en punto a la justicia conmutativa y distributiva, que debe

ser el producto de esa moral y derecho; y en punto a caridad, que es la flor de la justicia y del amor abrazándose en el seno de Dios para socorrer y ayudar a sus criaturas?

Conclusión.

La Iglesia, haciendo hombres morales, prepara hombres e instituciones sociales, y así educa y civiliza para el presente y para el porvenir.

5. *De otro modo.*

Aunque en el batallar del mundo se distinguen dos cuestiones que dominan a las demás, y son Dios y su negación, el pan y el hambre, ésta puede y debe incluirse en aquélla como la parte en el todo; la economía depende principalmente de la justicia. la cuestión del hambre se debe resolver por la moral y el derecho social, que es la moral aplicada con eficacia a los organismos que componen la sociedad.

Vindicar para el obrero un *salario justo*, un *respeto grande* debido a su dignidad de hombre, un *amparo eficaz* en proporción de su debilidad, y, por tanto, mayor y más exquisito en el niño y la mujer, en el joven y el anciano; esto que hoy las leyes intentan realizar no es sino aplicar al orden económico y jurídico la moral cristiana.

Conclusión.

¿Entendéis ahora la fuerza educadora y civilizadora de aquellas palabras de Jesucristo: *Los pobres son evangelizados. Misereor super turbam?*

Pues si lo entendéis, también entenderéis lo que es la Iglesia depositaria de su doctrina y continuadora incansable de su obra.

6. *Rectificar errores y corregir abusos es educar y civilizar.*

La revolución, que se ha pregonado como redentora del proletario, ha sido su mayor enemigo, porque, merced al individualismo atómico que proclamó, disolvió los organismos sociales que había, y merced a la libertad económica y a la feroz competencia que prohibió, dividió los hombres en dos grupos sociales: el uno compuesto de pocos, los ricos, los explotadores, los prepotentes, en cuyas manos está toda la riqueza y hasta el monopolio de la producción, del comercio y de la misma ley; y el otro, compuesto de la muchedumbre pobre, desorganizada, impotente, miserable, exprimida por la libre usura y la libre concurrencia y puesta, según la expresión de León XIII, «en la condición inicua y peligrosa del proletariado», debida «a la codicia de los patronos y a una desenfrenada competencia».

Conclusión.

La Religión Católica, enemiga de la revolución anticatólica, anticristiana, antihumana, antidemocrática y antisocial, está llamada a ser la rectificadora de la educación y la civilización torcidas y extraviadas por esa revolución.

7. *De otro modo. Rectificar errores de moda es educar y civilizar.*

Desde la revolución francesa, por no subir más arriba, orden y libertad se han hecho incompatibles; porque libertad ha significado rebelión y autoridad ha significado imposición. La libertad, por consiguiente, ha sido

como la levadura de ese desorden social, que todos observamos, sentimos y deploramos.

Para volver la sociedad, hoy descarriada, a sus rieles naturales de la libertad y la autoridad hermanadas, para formar la gran vía del orden que lleva a la civilización, es menester educar a los hombres del porvenir en el concepto y la práctica de la libertad cristiana, que es la que sirve para mejor cumplir con los deberes morales y no para violarlos. Los verdaderos cristianos, las almas honradas, entienden así la libertad; y como saben que la libertad liberalista es en el fondo atea y corruptora y que el ateísmo y la corrupción son el sello y oprobio de los pueblos esclavos, saben que, al educar en la libertad de Cristo, civilizan, y si educaran en la libertad sin Dios serían perturbadores sociales, jamás buenos educadores ni civilizadores.

Eso de libertar los pueblos a costa de sus creencias y costumbres; eso de elevar las naciones deprimiendo su ser ético-religioso; eso de pretender erigir la estatua de la libertad alumbrando al mundo y apagando las luces del cielo; eso de poner la ruina de la libertad civil como cimiento de la libertad y grandeza política de los pueblos, es un absurdo tan múltiple y tan grande, es un contrasentido tan patente, es una tontería o locura tan manifiesta, es una tiranía tan evidente que parece imposible quepa en cabezas bien organizadas y en pechos de nobles y francos sentimientos; y es que la manía de la impiedad acorta y tuerce inteligencias y voluntades.

Es cierto que para el Diablo es natural y lógico todo lo que lleva al infierno; es cierto que para el ateo y malo es lógico y bueno todo lo que agrada al Diablo; y es cierto que, para sinceros liberalistas, quien sirve a Dios no es ni mejor ni peor que quien sirve al Diablo; el bien y el mal gozan de los mismos derechos. ¿Se puede educar a nadie con esta doctrina?

Mientras el ateísmo liberalista (el liberalismo es ateo en el fondo) se empeñe en que la educación haya de te-

ner por fundamento la indiferencia entre la verdad y el error, el bien y el mal, no os canséis, Educadores, en esperar que la humanidad avance si no es por el camino del materialismo al egoísmo y la corrupción y la barbarie ilustrada, que es la peor de las barbaries.

Mas si queremos educar de verdad y en la verdad, alcemos la vista a Dios, y derivando de allí el principio de la autoridad y el fundamento de la libertad, acatemos reverentes la voluntad del cielo, expresada por sus leyes, y vayamos adelante obedeciendo con libertad y libertando al hombre de las trabas que le dificultan hacer el bien y de las cadenas que le impulsan a hacer el mal.

Conclusión.

Por donde quiera que esto se mire, venimos a parar en la necesidad de la libertad cristiana para educar y civilizar de verdad.

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (3.^a)

8. *Evangelizar a los pobres es educar y civilizar.*

Aspirar al remedio de los vicios orgánicos de la sociedad curando el tumor de la plutocracia arriba y la postema del pauperismo abajo; tomar a pecho la salvación de la sociedad en nombre de la justicia, de la caridad y la humanidad, defendiendo con ellas la causa de los pobres, de los oprimidos y los humildes; descender de la altura del altar o de la posición social y colocarse en medio de las muchedumbres y allí mejorar su situación económica por medio del mutualismo aplicado a sociedades de socorros mutuos, cajas de ahorro y prés-

tamo, cooperativas de producción, de crédito y consumo, y, en suma, la cooperación en todo, es organizar a los muchos para mejorar de vida, es reorganizar la sociedad que la necesidad del liberalismo ha desorganizado.

Cuidar de la salud por medio de la higiene de las fábricas, del descanso por la limitación de los días y las horas del trabajo; cuidar de la moralidad y debilidad de las mujeres y adolescentes, prohibiendo ciertos trabajos y la confusión de sexos y edades; cuidar de la salud y vida garantizando a los trabajadores contra los accidentes del trabajo; favorecer a los obreros con pensiones, con escuelas gratuitas, con cajas de ahorros, con montepíos, etc.; garantir la pequeña propiedad y las pequeñas industrias para que no sean absorbidas por los grandes capitales; perseguir la usura, el juego, la embriaguez, la pornografía, la prostitución y los espectáculos que empobrecen, embrutecen y enervan, etc., etc., es ir formando opinión y legislación social y cristiana favorable al pueblo, es acercar el Evangelio a las cuestiones sociales y resolverlas con su criterio. Mas ¿a quién encomendó Dios la difusión del Evangelio por el mundo sino a su Iglesia?

Conclusión.

La Iglesia, pues, y la educación en las reformas sociales, tienen entre sí la misma conexión que hay entre los pobres y el Evangelio.

9. Aproximar las clases sociales es educar y civilizar.

La obra de la civilización no será sólida, justa ni completa, si no hay unión de clases, solidaridad de intereses entre ricos y pobres; y para ello se imponen la equidad, justicia y humanidad en lo que es base de las relaciones

económicas entre capitalistas y braceros: *el contrato del trabajo*. Mientras éste no se haga en condiciones de igualdad, está expuesto a ser cobertera de la iniquidad. ¿Mas cómo se logrará esa igualdad? Por la solidaridad de los que trabajan y de los que pagan; por la intervención de amos y criados en los reglamentos del trabajo; por la creación de tribunales o consejos mixtos de obreros y patronos, puestos en constantes relaciones entre sí; por el patronato cristiano que intenta la fraternidad de amos y criados mediante la caridad cristiana, etc., etc.

Para todo lo cual ayuda el educar las nuevas generaciones en estas ideas del Cristianismo; el trabajo manual debe ser honrado, dignificado, respetado y garantido. El hombre no es una máquina, es un hombre; no es un átomo, es una familia, un grupo, una clase, un miembro orgánico de una sociedad bien organizada. El Cristianismo es la elevación del hombre por grados y de la sociedad y la civilización por medio de los hombres bien educados y de las instituciones y leyes coeducadoras bien entendidas y organizadas.

Y si el cooperatismo lograra hacer de trabajadores capitalistas, sería un triunfo colosal del proletario y del Evangelio, que goza con la elevación de las clases humildes a los nobles y altos puestos. Hacer trabajadores-capitalistas es ciertamente más interesante que hacer simples jornaleros e infinitamente más moral que hacer zánganos que vivan del trabajo ajeno. La maldita pseudorreforma, y su hija, la nefanda revolución francesa, y su nieto, el criminal liberalismo, han empleado cuatro siglos en despojar fraudulentamente a la democracia cristiana de su propiedad y vida propias, reduciendo campesinos y artesanos a vivir de un mísero salario. Reaccionemos, pues, en contra de esa degradación e injusticia social y aspiremos a hacer: de jornaleros, propietarios; de átomos disgregados, organismos verdaderamente humanos; de esta sociedad caótica hagamos un organismo con vida, propiedad, libertad y autonomía, un algo cris-

tiano de esta sociedad semipagana, semipordiosera, semi-burocrática, semicesarista y semianarquista.

Conclusión.

Para lo cual servirá de mucho la educación y la cooperación cristiana, que es la que sabe hacer mundos con átomos, sacar luz del caos y poner orden, amor y justicia donde antes no existían.

10. *Perseverar en el bien es civilizar.*

¿Que se necesitan tiempo y constancia? Ya lo sabemos. Educar a un hombre es obra de muchos años y de muchos y muy esmerados cuidados empleados con muy discreta prudencia. ¿Cuántos más años, cuánta mayor prudencia y cuidado serán menester para preparar y conducir la sociedad desde el estado anómalo y secular y funesto, en que la han puesto los errores y abusos de los pseudorreformadores? La educación de un mundo des-cristianizado, desmoralizado, desorganizado, sugestionado, desorientado y materializado por el liberalismo y socialismo, lleno de preocupaciones, prevenciones, odios, miras egoístas e intereses encontrados, es una obra colosal de inmenso trabajo y de consumada prudencia, obra casi igual por su grandeza y no inferior, por su justicia, a la verificada en los cuatro primeros siglos de la Iglesia para convertir los esclavos en hombres libres. Ardua empresa, pero necesaria, que sólo puede llevar a cabo una institución inmortal e indefectible, veraz e infalible, justa e incorruptible, humanitaria e incansable; propiedades que reúne la Iglesia Católica.

¿Estamos demás o no en el mundo?

¿Sobramos o somos necesarios para el bien de la sociedad y su perfección y mejoramiento?

El «*misereor super turbam*» de Jesucristo lo ha repetido su Vicario, León XIII, en su Encíclica *De conditione opificum*, estigmatizando la iniquidad y el oprobio de un proletariado «reducido poco menos que a la antigua servidumbre» y exhortando «a todos a trabajar, cada uno en su esfera, para remediar prontamente tamaños males.»

Sanar lo enfermo, afirmar lo bien nacido y robustecerlo, enderezar lo torcido, levantar lo caído, dignificar lo rebajado y mirar por los hombres antes que por los dineros y por las almas antes que por los cuerpos, esta ha sido la misión de la Iglesia en todo tiempo, esta la tradición cristiana.

Conclusión.

Salvar educando, elevar moralizando, democratizar santificando, libertar a los hombres sirviendo a Dios, es el lema de la educación cristiana; lo contrario de lo que enseña el laicismo ateificando y el liberalismo y socialismo descristianizando o materializando a las masas.

11. *Transformar sin trastornos es educar y civilizar.*

O el mundo se restaura o se hunde; y para restaurarle o lo hace la Iglesia, sin derramar sangre, o lo intenta en balde el socialismo por un baño de fuego y sangre. Hay que optar entre uno de estos dos modos: o por el del Catolicismo, que sabe amar, esperar, perseverar y edificar, o por el del Socialismo, que sólo sabe aborrecer, desesperar y destruir.

Cuatro ejemplos históricos servirán de comprueba y lección.

1.º ¿Cuánta sangre derramó, cuántos trastornos promovió, qué actos de violencia aconsejó la Iglesia para transformar el mundo pagano y esclavo en cristiano libre? Ninguno.

2.º Desde O'Connell a Windthorst, se ha verificado la transformación de dos pueblos, el irlandés y el alemán, y su liberación de la esclavitud de las leyes tiránicas de la pseudorreforma; ¿pero qué caudillo ha fomentado ni menos dirigido la rebelión de los pueblos oprimidos? Ninguno.

3.º Mirad después a la sangre y las guerras y crímenes de dos revoluciones anticatólicas: la pseudorreforma y la revolución francesa, y os dirán esos cuatro hechos que sólo la educación católica sabe transformar en buen sentido las sociedades, guardando los respetos y consideraciones a los mismos poderes que la persiguen y tiranizan.

Conclusión.

¿Seremos o no los católicos Coeducadores y transformadores constantes, mesurados y prudentes de los pueblos del porvenir, como lo fuimos de los pasados?

12. Unir Teología, Pedagogía y Economía es educar y civilizar.

Como ya se ha dicho, dos luchas hay que nunca se acaban: la una es entre la Religión y la impiedad, la otra entre el pan y el hambre.

Dios o teología, pan o economía. éstos deben ser los dos objetos principales de la educación; saber ser justo, saber ser útil, éste es el fin de toda pedagogía cristiana y humana.

¿El Catolicismo vale para educar? No solamente vale, sino que le corresponde la primacía; primero, porque es quien posee la verdadera Teología; segundo, porque posee todo un sistema completo de sociología.

Mirar al pasado para continuarle, al presente para cuidarle y al porvenir para prepararle, ésta es misión

propia de una Institución que nació con la humanidad, que alumbró al mundo en las tinieblas que nos rodean y que tiene por herencia los siglos. No hay Sociedad que más valga que la que más dure en el bien obrar, y no habrá Escuela mejor ni más segura directora de los hombres que aquella que nació en el Paraíso y vivirá cuanto dure la humanidad.

Conclusión.

¿Tendrá o no tendrá importancia para la civilización una tan estable y competente Educadora cual es la Iglesia?

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (4.ª)

13. *Unir el clero y el pueblo es educar y civilizar.*

En todos los tiempos, y singularmente en estos que hemos alcanzado, es menester que el Párroco, que el Obispo, que el Papa, puestos al frente del pueblo, le capitaneen, enseñen, dirijan y gobiernen, y en días amargos sufran y mueran por él; esto es democracia cristiana, esto educación apostólica, esto la vida del apostolado, esto el supremo remedio contra el sumo mal del mundo pagano o semipagano.

Tres revoluciones (la alemana de Lutero, la inglesa de Enrique VIII y la francesa de Voltaire y Dantón) han preparado la cuarta y última, que es la del socialismo y la anarquía; si en esta última y tremenda batalla faltan a la sociedad sus jefes, o falta en la sociedad la confianza en sus jefes legítimos, que son sus pastores, no habrá salvación sino por un milagro de Dios, que probablemente vendrá después que el mal haya patentizado sus malas

entrañas y su absoluta impotencia para reconstruir sobre las ruinas que su odio causó.

Hay que aproximar el clero al pueblo si no queremos que clero y pueblo perezcan y con ellos la civilización humana y cristiana, si no en todas partes, en las naciones que sean víctimas escogidas de ese socialismo y anarquismo que el liberalismo prepara y el radicalismo madura, todo bajo la inspiración de los sempiternos y tenebrosos conspiradores de la masonería y el judaísmo.

Francia, la Francia oficial, puesta al timón de la revolución desde hace más de un siglo, es el caso típico de naciones dominadas, oprimidas y vejadas por las sectas antes indicadas. Francia está hoy dando un espectáculo semejante a los siglos de Diocleciano y Juliano, en punto a civilización y tiranía.

¿Queréis aún más pruebas de lo que es la libertad, el derecho, la justicia, la tolerancia, la humanidad, el respeto a la conciencia, a la propiedad, a la educación y la civilización bajo el dominio de lo que llaman anticlericalismo, que no es sino el ateísmo vestido de hipócrita?

14. *Unir verdad y sinceridad, libertad y democracia cristiana, es civilizar.*

¿Qué es lo que más irritó y sorprendió a los fariseos en contra de Jesucristo? Sus simpatías por los niños y por la plebe. ¿Qué es lo que más sorprende e irrita a los fariseos de la civilización moderna? El interés que muestra la Iglesia por la educación de los niños y para el socorro, alivio y dirección de la plebe y, en especial, de los pobres.

De ahí la persecución de la enseñanza cristiana; de ahí la proscripción de los institutos religiosos y benéficos; de ahí la hostilidad contra el clero y todo organismo que dé influencia al catolicismo sobre el pueblo.

¿Qué conducta deberá seguir la Iglesia frente al fari-

saísmo y la tiranía? La que siguió Jesucristo con los fariseos y tiranos de su tiempo, la que siguieron los Apóstoles y cristianos de los primeros siglos, la que siguió el clero secular y regular en los siglos medios: confundir al error con la verdad; sumergir al odio en el mar de la caridad; descender hasta la plebe y erigirla; inclinarse sobre los heridos y curarlos; tener y manifestar entrañas de misericordia para con los caídos, los ignorantes, los seducidos, los menesterosos, los hambrientos, los explotados, los débiles, los más en número y los menos en tener, valer y poder, y organizar con ellos y sobre ellos la sociedad del porvenir.

Se ha dicho que la Iglesia es una sociedad en la cual están los pobres por derecho propio y los ricos a condición de hacerse pobres (*in re aut in voto*), ¿y habremos de consentir que el socialismo nos lleve los pobres a condición de hacerlos ateos (que es el summum de la miseria?); ¿y que el liberalismo y socialismo se presenten como los representantes y vindicadores del pueblo y nos presenten a nosotros (sus amigos natos) como enemigos?

La verdad es hermana gemela de la sinceridad; el error sincero no dura, pues no es sino un equívoco de la verdad; eduquemos en la verdad.

Farisaísmo o sinceridad.

En una de estas dos escuelas hay que educar a las generaciones del porvenir; el farisaísmo es hoy, como era en tiempo de Cristo, la hipocresía calumniando y acechando a la sinceridad y tergiversando, para ello, razón, verdad, libertad, poder, orden, sociedad y educación.

¿Te propones educar en el farisaísmo de moda? Pues debes formar generaciones de racionalistas que sean enemigos de la razón, de liberalistas que sean enemigos de la libertad, de cesaristas que sean enemigos de la autocracia, de demagogos que, llamándose demócratas, sean

enemigos del pueblo, de socialistas que sean enemigos de la sociedad, de humanitarios que sean enemigos de la humanidad y de pedagogos que sean enemigos de la buena educación; todo en hipócrita, todo fingido, todo aparentando amor a la verdad, a la libertad, a la autoridad, al pueblo, a la sociedad, a la humanidad y a la enseñanza y educación del pueblo.

¿Pruebas de esto? Bastan dos: una es el examen de lo que ellos entienden por razón, libertad, poder civil, democracia, sociedad, humanidad y enseñanza laica, pues dichas palabras expresan, para los fariseos, todo lo contrario que significan para la razón y civilización cristiana.

Otra es que en tanto se proclaman esos lemas o palabras en cuanto son bandera de oposición a la doctrina y acción cristiana, es decir, en cuanto sirven de disfraz para su secta.

Los que sabéis que donde no hay verdad no hay civilidad ni puede haber verdadera civilización. ¿queréis asentar el civismo sobre el farisaísmo?

Conclusión.

Coeducadores, a elegir: que en el rodar de los siglos, cambiar de los hombres y mudar de las costumbres, hay dos cosas que ni pasan ni cambian, y son el farisaísmo acechando a Cristo para quitarle honra y vida y el Catolicismo, enseñando a Cristo y defendiéndole contra todos sus enemigos, aun a costa de los intereses, de la honra y de la vida.

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (5.º)

15. *El oro y el similor en punto a democracia y libertad.*

Falsa era la democracia de la antigua Grecia, falsa la de Roma, falsa la de Cromwell. en Inglaterra, y la del Terror, en Francia, y falsa es la democracia del racionalismo liberalista de nuestros días. Y como toda democracia falsificada es una servidumbre bien bautizada, servidumbre próxima a esclavitud era la democracia de Grecia y Roma, servidumbre de la tiranía sanguinaria y violenta eran las democracias de Inglaterra y Francia, tiranía solapada e insidiosa, ya personal, ya parlamentaria, es la democracia racionalista, bajo cuya perfidia gimen hoy y se ven oprimidas las naciones de raza latina.

¿Qué criterio hay para distinguir entre la democracia que oprime y la democracia que redime? En sentido civil, social y jurídico, no en el sentido meramente político, la esencia de la democracia consiste en reconocer y amparar la integridad moral de la persona, con sus facultades y energías, sus destinos y garantías, al hombre todo en su naturaleza moral y jurídica. Cuando el derecho público viene en defensa del derecho privado y garantiza al pueblo contra toda injerencia injusta del Estado en la autonomía personal y privada, hay democracia y libertad (Toniolo); cuando el derecho público invade el derecho privado de las personas y sus instituciones y el derecho privado sirve al público para fines bastardos, la democracia y libertad son coberteras o señuelos de la tiranía.

16. *Digerir lo indigestado en punto a libertad es educar y civilizar.*

Ascender por grados a lo alto es subir sin peligrar; pretender subir por saltos es exponerse a caer y quebrar; y derribar la escalera para mejor subir es locura o necesidad. Esto sucede en punto a democracia y libertad.

La Iglesia, hoy tenida por antidemocrática y opuesta a libertad por los saltimbanquis del liberalismo, proclamó desde su principio la *igualdad moral*, y, con ella, la *libertad moral* de todos los hombres; después aspiró a la *igualdad y libertad civil y social*, luchando contra las iniquidades e injusticias del paganismo y la barbarie feudal, y más recientemente contra los irritantes privilegios del llamado *antiguo régimen* y las modernas flagrantes desproporciones de la predominante burguesía. (J. Tonio-lo: *Orientaciones*.) El orden seguido por la Iglesia en punto a libertad, es este: 1.º Libertad moral igual para todos. 2.º Libertad civil igual para todos. 3.º Sobre estas dos bases se puede levantar la libertad política; pero sin ellas será un salto en las tinieblas, un sueño de los neopaganos, vulgo racionalistas o materialistas, radicales o socialistas.

Mas la libetad moral, que es el santasanctorum de la libertad, tiene su sólido fundamento en la espiritualidad del alma, en la libertad psicológica, que pende, a su vez, de la ley eterna de Dios; y esto hace que la Iglesia, y con ella los católicos, pongan la libertad del hombre como en un sagrario inaccesible a los atentados de las turbas y de los reyes, de los parlamentos y de los gobiernos. Es un algo tan profundo y tan alto, tan individual y tan social, tan humano y tan divino, tan sagrado y tan santo, que por encima del Capitolio y del Foro, muy por encima de todos los reyes y emperadores, de todos los congresos y de todos los ministerios, ponemos nosotros la santa libertad. Y porque somos los únicos que nos postramos

ante Dios para adorarle como El quiere, somos también los únicos que no sabemos postrarnos ante ningún ídolo (de rey ni de pueblo) que nos mande en nombre del hombre, excluyendo a Dios.

Conclusión.

Los enemigos de la Religión verdad podrán quitarnos la libertad y aun la vida a nombre de la libertad racionalista o democracia liberalista, como lo hicieron los de la *Commune* de París con el Arzobispo Darvoy y compañeros mártires; pero todos podemos hacer nuestras aquellas hermosas y memorables palabras del santo Arzobispo dirigidas a sus verdugos en presencia de la muerte: «Yo os bendigo en nombre de aquella libertad que vosotros ahora en mí queréis matar.»

17. *Sin grandeza civil no hay grandeza pública.*

Sin grandeza en los individuos, y las familias, y las clases, y las asociaciones e instituciones privadas no hay ni puede haber grandeza en las naciones y Estados. Y como sin religión no hay grandeza moral ni responsabilidad y conciencia de sus deberes y destinos en los individuos y organismos morales, sin educación religiosa profunda y eficaz no hay redención, no hay regeneración social posible para los pueblos.

¿Y los pueblos anglosajones? Esos pueblos son una prueba elocuente de lo que estamos diciendo; en esos pueblos no ha penetrado el rasero nivelador y triturador que el liberalismo racionalista ha hecho pasar sobre los pueblos latinos; allí se ha respetado la libertad civil y los hombres son hombres; en la raza latina no se ha respetado y los hombres son átomos, ruedas, seres incons-

cientes o impotentes para resistir a esa gran niveladora y pulverizadora máquina que llaman igualdad democrática y no es sino el gran cilindro aplastador de todas las libertades.

A eso que llaman democracia y no es sino sectarismo y antidemocracia, se debe la pérdida del concepto de la propia dignidad, la pérdida del valor personal, la pérdida del carácter individual y regional, la perversión del sentido moral, la profanación del hogar, la desconfianza en el esfuerzo y la unión asociada, la sofocación y postergación de la iniciativa privada, la estúpida diferencia ante la omnipotencia del carro burocrático, la triste convicción de que todo lo debe remediar quien todo lo sabe, puede y quiere hacer, el que hace leyes y todo lo hace y deshace por ellas, hasta el cambio de la familia, de la enseñanza y de la fe.

¿No veis cómo las sectas se han metido a políticas y toda la libertad que quieren ellas consiste en mandar y en no consentir que mande nadie que se oponga a sus fines?

Eso prueba lo que es hoy el derecho religioso y el respeto a la conciencia y a la vida civil que en ella descansa, una cosa de quita y pon, como los ministros y los Parlamentos. ¿Y queréis con esa inseguridad moral arraigar la libertad y grandeza de los pueblos? Eso es imposible.

18. *Hacer que el Estado sirva a la Sociedad es civilizar.*

Hay por encima del tumulto de los Congresos y los Poderes políticos tan efímeros como innovadores y absorbentes, una porción de cuestiones ético-religiosas que son base de la sociedad y elemento esencial de la civilización, por lo que pueden llamarse ético-civiles. Tales son, entre otras:

cuál es el fin supremo del hombre; cuál es el soberano destino de la humanidad; cuáles son los deberes y derechos individuales y colectivos de los hombres; qué es lo que se debe a la dignidad, instrucción, educación, libertad, respeto, socorro, caridad y piedad de individuos y pueblos; cuál debe ser la santidad y constitución de la familia, la libertad de asociación, la organización jerárquica de las clases sociales y sus funciones coordinadas; cuáles deben ser los respetos para con las tradiciones nacionales y los vínculos que de ahí nacen; cuál debe ser la base y tendencia de la fraternidad universal o entre todos los hombres, etc., etc., etc.

Cuestiones son éstas que nos revelan tres cosas: primera, que hay y debe haber en todo pueblo culto una sociedad civil distinta de la sociedad política o jurídico-política, que llaman *Estado*; segunda, que esa sociedad civil, por lo mismo que se funda en el sér del hombre, en los fines necesarios nacidos de su naturaleza espiritual, es una sociedad ético-civil; y tercera, que en ese orden se relaciona íntimamente con la religión, a la cual corresponde inspirarla, guiarla y defenderla.

Así que, frente al *panteísmo político* de la antigüedad pagana, hizo surgir el Cristianismo la sociedad humana; frente al *césare-papismo* de Bizancio y el neo-cesarismo de los Emperadores de Alemania, la Iglesia hizo respetar la sociedad cristiana, y al resurgir en nuestros días el neo-paganismo, con su Estado hegeliano que todo lo absorbe, el Catolicismo vindica los derechos de la sociedad humana y cristiana, a la cual el Estado debe servir, no absorber.

¿Es o no el Catolicismo escuela de educación y civilización humana?

19. *Combatir la estadolatría es abogar por la libertad y la civilización.*

La libertad, que durante un siglo ha sido, para el pueblo, una prostituta, y para el Estado el ariete demoledor del orden social, está hoy desacreditada por el desenfreno, la lucha feroz y la disolución de la ilimitada licencia de los de abajo, y por las ruinas causadas en los vínculos de la sociedad por los gobernantes de arriba. Clases, organismos, poder, corporaciones, propiedades colectivas, todo lo que servía de intermediario entre el individuo y el Estado, todo ha sido demolido; y al hallarse el Poder frente a frente del atomismo individualista y anárquico, que él ha provocado, para poder conservar la apariencia del orden, ha tenido que desandar el errado camino, y, mintiendo libertad, ha concentrado en sus manos, a pretexto de salvar la Patria, un verdadero poder dictatorial, personal o parlamentario, que se patentiza en la triple servidumbre bajo la cual vive oprimida la sociedad; la burocracia, malla que impide el movimiento libre; los tributos, malla multiforme de confiscaciones disimuladas que cada quince o veinte años obliga a la propiedad libre a redimirse de las mil socaliñas del fisco; y el cuartel del soldado y del policía, masa orgánica puesta en contrapeso de la libertad sospechosa del pueblo libre.

Corona y remate de estas tres servidumbres es la cuarta, del Estado liberalista, quien para ser más libre se ha emancipado de Dios, se ha erigido a sí mismo en divinidad (como es natural), y siguiendo las doctrinas de Hegel, se reputa como el supremo representante, mantenedor y árbitro de la civilización, en cuyo nombre no hay derecho que no viole, ni institución que respete, si entiendo que es opuesta a sus miras sectarias e ilimitado

poder. El restringe a su arbitrio la autonomía personal, profana la vida conyugal y doméstica, el cementerio y la beneficencia, suprime la asociación para fines religiosos, concentra el monopolio de la enseñanza, impide o coarta la propagación y manifestaciones de la fe; en suma, es la estadolatría frente a frente de la libertad y de los derechos de la conciencia y la sociedad humana y cristiana que la Iglesia defiende y el Estado racionalista o liberalista atropella.

Conclusión.

Combatir la estadolatría es abogar por la libertad y la civilización, punto en el cual sólo hay dos bandos: los absolutistas de todos los pelajes, comenzando por los más liberales, y los católicos.

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (6.ª)

20. *A más racionalismo menos libertad y menos civilización.*

Fuera de la Iglesia, ¿quién defiende hoy la libertad honrada, la autoridad respetada y la limitación del poder político ante la ley de Dios? ¿Quién pone los derechos de la sociedad ético-civil por encima de reyes, parlamentos y pueblos? ¿Quién funda y arraiga la libertad religiosa en el deber sagrado que tiene el hombre de aspirar a su fin ético-religioso? ¿Quién reputa como consecuencias de este deber el derecho inviolable del hombre para no ser extrínsecamente impedido, sino ayudado, para llegar sin obstáculos a obtener su bien sustancial e inalie-

nable que es la felicidad, y el derecho a proveerse de aquellos medios que son el desarrollo de su personalidad y su perfección, como son el matrimonio y la familia, la profesión religiosa y la asociación, la escuela, la propiedad y la caridad? Y la libertad privada, nacida del deber religioso y por la Religión sancionada y garantida, es, ha sido y será el origen de todas las otras libertades civiles y políticas que la Iglesia vindicó contra el paganismo, contra el cesarismo, contra la esclavitud, la servidumbre de la gleba, la degradación de la mujer, la opresión del débil, etc.

El racionalismo, persiguiendo la fe católica, se constituyó en enemigo de la libertad católica y en aliado de la tiranía bajo todas sus formas.

Donde esa secta ha penetrado menos se ha conservado la vida civil, la libertad civil, la responsabilidad y la libertad privada, que son la raíz de la externa y política, y donde la secta impera la vida y la libertad civil se desvanecen.

Hoy, las naciones más dominadas por esta secta reconocen todas las libertades, menos la de Dios; todos los derechos, menos el de enseñar, creer y vivir según Dios; todos los proselitismos, menos el de la Iglesia de Dios; todas las morales, menos la del Evangelio; todos los cultos, menos el culto de Dios verdadero. ¿Cuál es la razón de esto? No hay otra en el fondo que la eterna lucha entre la verdad y el error, el bien y el mal; a mayor dominio del error y el mal corresponde mayor eclipse de la verdad y el bien.

La hipocresía de que se revisten el error y el mal es necesaria para hacerse lugar entre los hombres sinceros. Aún no se ha inventado un error que no se llame verdad.

Conclusión.

Si pues no hubiera mejor ni más seguro educador que el racionalismo falible y mendaz, grave peligro correrían la educación y civilización.

Pero aún vive Dios, aún hay Iglesia, que es el martillo y yunque en el cual son molidas y trituradas las sectas.

21. *Para civilizar es menester saber luchar sin cesar en contra de todas las tiranías.*

Es destino de la Iglesia, poder inerte, hacer frente a todas las tiranías y a todos los tiranos, y aunque estén éstos pertrechados de todos los medios legales y de fuerza, vencerlos. Venció la tiranía de los Césares de Roma, muriendo; venció la hipocresía tiránica de los Césares de Bizancio, definiendo; venció la brutal tiranía de los Césares germánicos, resistiendo y distinguiendo; venció a los príncipes absolutos del César-papismo protestante, anatematizando y proclamando en Trento la libertad del hombre; venció al regalismo, haciéndose reconocer como soberana en solemnes pactos que llaman Concordatos, y vencerá al liberalismo, condenándole como error racionalista y abuso tiránico del poder y defendiendo los fueros de la razón y la libertad humana y cristiana.

¡Qué lucha, qué poder de resistencia, qué valor, qué amor a la libertad y qué convicción suponen en el Catecismo esos hechos! Para formaros alguna idea de lo que esa lucha significa, fijad vuestra mirada en Irlanda, la católica Irlanda, oprimida por la protestante, cruel y tiránica Inglaterra durante cuatro siglos, y libertada merced al esfuerzo de O'Connell, y otros caudillos de la libertad cris-

tiana. El mundo debe a Irlanda la libertad, que de Inglaterra se extiende hoy por su inmenso poderío colonial.

Bélgica, capitaneada por los Católicos y el Clero, sacude el yugo opresor de la protestante Holanda en 1830, y es hoy ejemplo de libertad y modelo de cultura en el continente europeo.

Suiza, dirigida por el cardenal Mermillod y por el invicto Curtins, ha reaccionado en contra de la tiranía radical impuesta por las odiosas constituciones de 1848 y 1874, y es hoy, merced a los católicos, modelo de pueblos libres.

En Alemania, el Centro Católico, formado después de esfuerzos titánicos en contra de la tiranía protestante del Kulturkampf, etc., etc., es el palenque de la libertad para todo el Imperio.

En la América del Norte son los 17 millones de católicos los que dan la base y fundamento de la libertad en aquel hervidero de sectas, intereses y bandos.

Y en la América del Centro y Sur, la lucha es entre la masonería, que todo lo oprime y pervierte, y el Catolicismo, que defiende a libertad en contra la opresión y tiranía de la secta del mandil y el puñal.

¿Y qué nación habrá donde los católicos no sean los vindicadores y defensores de la autoridad unida a la libertad, del derecho hermanado con el deber? Somos, pues, los católicos los únicos defensores que restan a la libertad del bien, y, por tanto, de la cultura y la civilización, en cuanto productos de la verdad y el bien.

Conclusión.

¿Y no habremos de ser los portaestandartes de la educación y el centro en derredor del cual gire la coeducación de todos los hombres de buena voluntad?

Pero no, no somos nosotros, es nuestra Madre la Iglesia, la Gran Educadora de los hombres; es Nuestro Señor Jesucristo, el Gran Maestro de los siglos; es el Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas y deben ser rehechas o restauradas, según los planes de la Providencia.

A nosotros sólo toca ser sus coadjutores y servidores.

22. *Educación en la organización social es civilizar.*

¿Qué hay en un árbol? Raíces gruesas que terminan en raicillas capilares, troncos fuertes que se dividen en ramas y ramillas hasta parar en las hojas. ¿Cuál de estas partes puede suprimirse sin que se suprima la vida del árbol? ¿Serán las raicillas? No, que muere por consunción. ¿Serán las hojas? No, que muere por asfixia. ¿Será el tronco? Menos, porque sin ser repartidor no habría vida para el árbol ni sostén para el fruto que pende de las ramas.

Pues bien, lo que sucede en el árbol sucede igualmente en la sociedad, cuyas raíces, ramas, hojas y frutos se unen mediante el tronco robusto de la corporación. En este mundo nada grande puede vivir sin lo pequeño, ni nada chico puede subsistir sin que lo grande lo sostenga. No puede pasar la savia de las raíces al fruto sin antes haber pasado por el tronco y las ramas.

¿Cuál es la grandeza y robustez del árbol social? Los muchos y los más son raicillas y hojas del árbol; las familias y corporaciones son la robustez del tronco.

Pensar que la sociedad se compone de individuos y Gobiernos y que no hay ni debe haber organismos sociales intermedios, o que si los hay deben estar a merced de los Gobiernos, quienes los matan a mano airada o los estrangulan por medio de los reglamentos y leyes, siempre que

cuadra a sus miras, es tener un criterio errado y mezquino de la igualdad y de la sociedad, y llevar ese criterio a la ley es ejercer la función de girondinos o jacobinos, esto es, de políticos en situación de combate y demolición social.

La organización de clases es un constitutivo natural de la sociedad, que no se compone de átomos o individuos y del Estado puedenlo todo, sino de órganos que tienen fines y funciones propias y sirven:

1.º Para dar vida, unidad e incremento social, al mismo tiempo que para dar apoyo y prestar defensa y auxilio al individuo y la familia.

2.º Para organizar las clases que forman la nación en lo religioso, moral y económico-social, y a la vez contrarrestar los desbordamientos de la anarquía y el socialismo.

3.º Para fomentar la natural expansión de la energía individual mediante la agremiación o corporación, y a la vez oponerse al atomismo libero-racionalista, que al fin lleva al dios Estado de la burocracia, centralización y absorción de todas las energías y funciones individuales, libres y sociales.

4.º Para perpetuar, por medio de la educación propia de cada clase, la tradición que une la historia del pasado con la del porvenir, la vocación y aptitudes peculiares de cada región, de cada oficio y profesión, despertando y vivificando así el espíritu de región, vocación y profesión; v. g.: entre agricultores y agricultores, industriales, comerciantes y artesanos. Porque ¿quién mejor que ellos estudiarán sus intereses, deberes y derechos, ni cómo mejor podrán defenderlos si no es por la asociación?

5.º No para conspirar en contra del Estado, ni menos en contra de la Nación, ni menos en contra de la Sociedad, ni mucho menos en contra de la Humanidad, sino

para ayudar y fomentar por medio de la organización de clases esos diferentes organismos sociales y evitar que cualquiera cacique coronado o parlamento endiosado, a pretexto de ser él el órgano de la Nación, de la Sociedad y la Humanidad, arremeta contra todo en nombre de la cultura y la civilización (personificada en su cerebro), que es el señuelo de moda para ejercer la tiranía con pretextos honrados. Basta de orgías, basta de bacanales heréticas, filosóficas, políticas, morales y sociales, cuyo resultado final ha sido la desarticulación o desorganización social. Vayamos por la educación en contra de esa desorganización debida a la pseudoreforma, y a sus hijos el despotismo y regalismo, el racionalismo y el liberalismo, y a sus nietos el materialismo y ateísmo, socialismo y anarquismo. Si queremos sociedad, organicémosla, que educar para la organización social es civilizar.

23. *Historia en forma de cuento.*

Se impacientaba un príncipe niño porque el nogal no daba nueces inmediatamente de plantado, y su maestro le decía: «No hay que forzar la Naturaleza. Dejad que el arbolillo arraigue, crezca, se haga robusto, extienda sus ramas y luzca el verdor de sus hojas y en tiempo oportuno dará su fruto.»

El príncipe indócil arremetió, hacha en mano, contra el nogal y lo taló, en castigo de no haber dado fruto cuando a él se le antojaba. Quedó tan satisfecho de su hombreda el príncipe imbécil y orgulloso que, ya mayor y gobernante, exclamaba: «Aprendan del árbol las corporaciones que no hagan la voluntad de su amo.»

En ese indócil, necio y arrebatado príncipe están retratados todos los Estados que por antojos de sus jefes o

por demasías de sus *populares* Gobiernos, hecha en mano, han talado el árbol social, destruyendo las corporaciones u organización de las clases sociales. Unas veces por estrechas miras de bando, otras por mal entendidos intereses dinásticos, con frecuencia por necio orgullo de un poder absoluto que, no pudiendo justificarse ante la razón, por ser la sinrazón, ni ante la sociedad, por ser antisocial, ni ante la Religión Católica, por ser anticristiano, acude a las sectas diciéndolas: «Defendedme con vuestros sofismas y os protegeré con leyes de protección para vosotros y leyes de excepción contra vuestros adversarios.»

Esto es lo que pasa en Francia, y donde quiera que se la imita; esto es lo que pasó en Inglaterra y Alemania, cuando sus Gobiernos persiguieron la libertad y derechos de los cristianos a nombre de la libertad y la cultura de la nación (kulturkanf).

EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN (7.^a)

24. *Nacionalizar y humanizar es educar y civilizar.*

Que hay en la gran familia humana especiales grupos de hombres unidos estrechamente entre sí para fines especiales y providenciales, está a la vista y lo patentiza la historia. Estos grupos, llamados naciones, se forman por causas y modos diferentes, como son: convivencia secular en un mismo territorio, la consanguinidad, la raza, el color, los intereses, las guerras, las leyes, la lengua, las costumbres, las aptitudes especiales para determinados fines, etc., etc.; pero de todas las causas las que más unen son aquellas que más interesan al alma: las causas espirituales.

Las Naciones son, ante todo, uniones de seres espirituales, y la historia, y sobre todo la historia religiosa de aquel grupo, es la que más influencia ha ejercido en su formación y conservación.

Germania se funda alrededor de la tumba de San Bonifacio, Irlanda junto a la de San Patricio, Francia junto a la de Clodoveo bautizado, de Carlo Magno, San Luis y Juana de Arco; España junto al Pilar y los sepulcros de Pelayo y Santiago, e Italia a la sombra del Papado.

El Cristianismo bendice a estas agrupaciones, bautiza a esas naciones y las hace entender que son miembros más o menos crecidos de la gran familia humana a que aspira la Iglesia.

Contiene, pues, el egoísmo nacional dentro de sus límites y aspira a que haya un poder moderador que, evitando las guerras, aproxime los hombres y los pueblos.

Eso de confundir Estado y Nación, eso de hacer de la Nación una propiedad dinástica, o un criadero de soldados, o un tejemaneje de comerciantes; eso de las hegemonías de los pueblos y las razas (pangermanismo, paneslavismo, anglosajonismo, galicanismo, josefismo, etc.), es deturpar y achicar el concepto de nación y rebajarle, es retroceder a la idea pagana del Estado omnipotente y avasallador, único Señor y Amo de personas y cosas.

Nuestros liliputienses cesaristas, cuando invocan el absolutismo del poder civil y llaman poder extranjero al único poder que es de todo el mundo, van repitiendo, sin saberlo, las doctrinas y prácticas del Cesarismo de Roma, hoy redivivo a nombre del adelanto. Para el liberalismo radical, la soberanía de la Iglesia Católica menigua la soberanía civil.

Si pues queremos ser patriotas y humanos a la vez, seamos católicos a la vez que españoles, que sólo para paganos o neopaganos es incompatible el amor de la Pa-

tria con el amor y culto de la Religión Universal o Católica. Y para saber ser miembros dignos de una y otra, estudiemos la historia y sigamos el curso de la civilización cristiana, que descansa sobre los pilares de la doble soberanía de Iglesia y Estado, y no achiquemos a la Nación hasta hacerla enemiga de la Humanidad, que está por encima de toda raza, de toda ley, de todo ejército, y es hoy representada por la legislación canónica, que es la ley de los pueblos todos y razas cristianas. Si esto no lo queremos entender ni secundar, peor para nosotros; quien contradice a Dios se inutiliza; las naciones renegadas o se arrepienten o se inutilizan o desaparecen.

¿Qué son las naciones latinas desde que la secta racionalista las tiene subyugadas? El hazmerreir de los pueblos serios, el ludibrio de la razón y el escándalo de la humanidad.

Conclusiones.

1. Es enemigo de la Nación quien lo es de la Religión.
2. El ateísmo oficial de Francia es el enemigo de Francia, la Francia cristiana, la Francia de la historia, la Francia de la civilización.
3. La monoimitación de ese ateísmo en Italia y España es opuesto al espíritu nacional de estas dos naciones, y, por tanto, una aberración histórica y nacional.

Conclusión final.

Coeduquemos con nuestros padres, nacionalicemos con nuestra historia, civilicemos con nuestra Religión, y, por tanto, no deseduquemos con el sectarismo nacionalista disoluto y disolvente de Francia, ni embrutezcamos con el

burdo panteísmo teutónico, ni troquemos nuestros ideales por el naturalismo utilitario de los anglosajones.

¡Qué grandes seríamos si no fuéramos apóstatas!
¡Cuán grandes seremos dejando de serlo para continuar el camino de nuestros destinos nacionales y providenciales!

En resumen: escoged, coeducadores.

1. Entre seguir el plan de Dios acerca de la humanidad y su civilización, o al contrario.

2. Entre cristianizar civilizando o incivilizar descristianizando.

3. Entre el amor y constancia de la verdad para la humanidad y la continua versatilidad de liberalistas y racionalistas.

4. Entre socializar la moral o hacer inmoralidad.

5. Entre hacer hombres sociales o bandos y sectas antisociales.

6. Entre rectificar errores o ratificarlos, por estar de moda.

7. Entre los pobres evangelizados y los pobres idiotizados o revolucionados.

8. Entre la aproximación de clases o su animadversión.

9. Entre salvar educando y corromper ateificando.

10. Entre acercar el Evangelio a la sociedad por medio de la justicia y la caridad social o al contrario.

11. Entre unir teología, pedagogía y economía, o divorciarlas.

12. Entre unir clero y pueblo para defender la sociedad, o desunirlos para acabar con ella o dejarla indefensa en el orden moral.

13. Entre unir verdad y sinceridad, o hacer del error

un equívoco de la verdad por medio del fariseísmo de la libertad y la sociedad.

14. Entre libertad y sociedad o liberalismo y socialismo.

15. Entre el oro de la libertad y el similor del liberalismo.

16. Entre la democracia indigesta o la bien entendida.

17. Entre la libertad personal, civil, social y política, y la estadolatría, que contra todo se atreve en nombre de la civilización y la supremacía.

18. Entre hacer que el Estado sirva a la Sociedad.

19. O hacer que la Sociedad sirva al Estado.

20. Entre el racionalismo, secta enemiga de la razón y la libertad, y el Catolicismo, que es su contrario.

21. Entre luchar constantemente contra toda tiranía, o sojuzgarse a ella, si se apellida progreso, libertad y cultura.

22. Entre coeducar para la organización social o para la anarquía.

23. Para el orden o para el desorden.

24. Entre educar para la Patria y para la Humanidad o hacer por la educación, ya seres sin amor patrio, ya patriotas enemigos de todo lo que no quepa dentro del egoísmo patrio o patriotismo.

25. Entre la tradición y el espíritu y genio de la Patria cristiana y el *odium theologicum* contra todo lo que sepa a cristiano.

O EDUCACIÓN CRISTIANA O DESESPERACIÓN ULTRAPAGANA.

*El Cristianismo es la armonía de la naturaleza
y la gracia.*

Suponemos aquí sabido lo que tantas veces y en tan variadas formas se ha repetido: que el fin del hombre y su destino total consiste en conocer y amar a Dios, conocimiento y amor al cual se llega por medio de la naturaleza y por medio de la revelación y la gracia, y, por tanto, que Dios y el hombre deben marchar unidos, que la Providencia y la Educación deben ir de acuerdo.

Como esta idea es fundamental, la más fundamental, la más honda y la más trascendental de toda la educación, es también la que más se inculca y repite en estas «Hojas Coeducadoras»; sirve de clave para todas ellas, y no extrañará verla aparecer en la historia desde los primeros días de la humanidad y no desaparecer en toda la sucesión de los tiempos.

Dios, Sér sobrenatural por antonomasia, por un acto tan sobrenatural como su poder, sabiduría y bondad, donó el sér a todos los seres que antes eran la nada. Este fué el primer don de su gracia, darles la naturaleza.

¿Pero no podrá Dios añadir dones sobre dones, esto es, dones sobrenaturales a los llamados dones naturales? Ni por parte de Dios ni por parte de sus criaturas hay en esto dificultad, y a Dios plugo comunicarse con el hombre, no sólo por la naturaleza, sino por sí mismo, comunicando su verdad y caridad y uniéndose al hombre mediante la efusión o participación de su naturaleza por la gracia, que nos hace hijos de Dios por adopción.

«La gracia, dice el Catecismo (P. Astete), es un sér divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.» No somos hijos de Dios por naturaleza (para esto sería menester que El nos comunicara su propia naturaleza, la cual es incomunicable), pero sí lo somos por adopción, esto es, mediante la gracia, que nos eleva sobre toda la creación y nos une al Creador, haciéndonos aptos para verle en su Gloria.

Mas la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone y la necesita. Así como el fuego penetra en el hierro y lo transforma, pero no lo destruye; así la gracia penetra la naturaleza del hombre y la transforma, pero no la destruye; así como el aire penetra en los pulmones y purifica la sangre, así la gracia penetra en los corazones y los purifica; así como el alma penetra todo el cuerpo y lo vivifica, así la gracia penetra en el alma y le da vida nueva.

La gracia es un don sobreañadido a la naturaleza, que la recibe y acepta, la sirve de base y ayuda, pues sin alma no habría gracia, sin libertad no habría mérito y sin tierra y cultivo no habría fruto, por lo cual decimos que hay en las obras del cristiano dos fuerzas que *concurren*, no dos poderes ni fuerzas que se *suprimen* y *absorben*.

Por tanto, la revelación no suprime ni mengua la razón, sino que la supone, ayuda y necesita; la gracia no quita la libertad, sino que la supone y ayuda; los dones sobrenaturales en nada menguan los naturales, sino al contrario.

La naturaleza no puede prescindir de la gracia.

No quiere decir esto que el hombre, con sus fuerzas meramente naturales, no pueda hacer nada bueno, o que sea un incapaz absoluto para conocer la verdad y practi-

car el bien, pero sí afirmamos: Primero. Que Dios quiere de nosotros algo más que obras meramente naturales, y no hay medio de agradarle sin obedecerle. Segundo. Que sea lo que fuere el poder absoluto de la razón y voluntad para conocer la verdad y practicar el bien, de hecho, sin la revelación y la gracia, el hombre en general no llega a su posesión completa de manera pronta, cierta, segura y práctica. Tercero. Que si la naturaleza encerrase todos nuestros derechos y deberes, ella nos daría fuerzas para cumplirlos, y de hecho no es así, porque nuestros destinos están mucho más altos. Cuarto. Que el hombre es un sér sobre cuya unidad actúan dos fuerzas concurrentes; si se toca o hiere en cualquiera de estos resortes, la herida o golpe repercute y se siente en el alma, la cual sufre las consecuencias de la perturbación o lesión, y como la gracia ocupa la cima de nuestras almas, sustraída aquélla, éstas resultan lastimadas y disminuídas.

Conclusiones pedagógicas acerca de la desesperación.

Cuanto más alto se sube, si llega a caerse, más hondo se baja; así se nota que las inteligencias más altas suelen caer en más hondos errores, los pueblos más cultos en abyecciones más grandes, los pueblos cristianos en absurdos y crímenes a que no llegan los mahometanos y los corazones más piadosos y grandes en los desconuelos y melancolías más desoladoras. Lo cual es lógico, pues donde hay más capacidad, al hacer el vacío, queda más hueco, esto es, más oscuridad, más confusión, más desencanto, más incredulidad, y, por tanto, mayor desesperación y desconuelo y corrupción.

1. Coeducadores de pueblos cristianos, ya sabéis el modo de hacer a estos pueblos peores que los paganos,

haciendo el vacío en sus corazones, quitándoles lo que tienen de cristianos.

2. Esta es la obra mala, o eminentemente regresiva y nefanda de nuestros degenerados regeneradores al pretender imponer a pueblos cristianos la secularización o acivilamiento total de la vida (y como parte principal del ateísmo oficial, la enseñanza laica, atea o anticristiana y obligatoria), ponernos bajo de los pueblos mahometanos en punto a ideas y costumbres religiosas y morales.

A lo cual llaman progresar, en vez de entontecer y enfatuar, pervertir y desesperar.

Interjecciones de la ignorancia desengañada.

¡Y pensábamos que descristianizar era civilizar!

¡Y que sacudir el yugo de la fe era reintegrar en sus fueros a la razón!

¡Y que hacer incrédulos equivalía a formar hombres cabales!

¡Y que se podía ser santo siendo ateo, y ser sabio siendo despreocupado, y ser filántropo comiéndose la caridad!

¡Y que educar sin religión era civilización, y progreso, y perfección, y humanidad, y energía, y virilidad!

¿Por qué tanta ignorancia?

Porque ignorábamos que a la civilización del Cristianismo ninguna otra iguala, y que es conforme a razón el creer, y que razón y fe ayudan al hombre a ser hombre, y hombre de bien; y que lo que no lleva a Dios no lleva a la verdad y la santidad, y que la peor de las religiones vale más que la impiedad para civilizar, y que es gloria del Cristianismo saber dar a la naturaleza todo lo suyo, cosa que no han sabido hacer los racionalistas de ninguna secta desde que el mundo es mundo hasta la hora presente.



Hoy el racionalismo no es sino una protesta o negación de lo que el Catolicismo enseña, y nada más, y sus efectos antieducadores respecto de los pueblos cristianos son: la duda, la inseguridad, la endeblez, la tristeza, el vacío, el desencanto, la rabia y la desesperación.

¡Que no se satisfacen los hijos de Dios con bellotas de cerdo!

EDUCACIÓN Y NECEDAD.

¿La educación será el arte de hacer necios?

Allá va Diógenes en pleno día con su linterna en la mano buscando por las plazas y sitios más concurridos un hombre, y no lo encuentra; y allá va a su encuentro un fabricante llevando debajo del brazo una cartera con el arte de fabricar hombres cabales por decretos y reales órdenes, y encarándose el fabricante con el filósofo, le dice:

—No te apures, Diógenes, que los tiempos han cambiado y los hombres progresan que es un gusto. ¿Quieres saber la receta de hacer hombres enteros? Oyela puesta en artículos gacetales:

1.º Sólo sabrá y podrá educar quien el fabricante diga que sabe y puede hacerlo, mediante pruebas que él apruebe.

2.º No enseñando Religión ni siendo religioso, cualquiera maestro laico sabe y puede educar con las ideas y procedimientos que mejor le parezcan.

3.º No hay más fábricas de hacer hombres que las que el Gobierno cesarista o liberalista monte o reselle.

4.º La libertad doctrinal y pedagógica del maestro del trust oficial no tiene otros límites que su prudencia. Los *asimilados* o resellados seguirán su criterio, programa y texto y acatarán sus censuras.

Diógenes pregunta asombrado:

—¿Y si al fabricante de hombres se le antoja formarlos a su imagen y semejanza, y es una calabaza o una calavera, algún ambicioso, algún danzante o zascandil de la política de la ruindad y la miseria?

—Quien manda, manda, y pedagogía al agua.

—¿Y si a cualquiera pedagogo le ocurre educar animalizando, o sea, ateificando o materializando?

—Usa de su legítimo derecho.

—¿Y si deduciendo consecuencias de su materialismo y ateísmo niega la moral, el derecho, la familia, la propiedad, la autoridad y el respeto a la vida, y, en resumen, siembra la anarquía entre sus alumnos?

—¡Ah! Entonces, mientras no haga más que enseñar (el pensamiento es libre) estará en su derecho.

—¿Y si los discípulos salen aprovechados en las enseñanzas del maestro y ponen por obra lo que han aprendido en la clase?

—Entonces se aplicará el castigo.

—¿Al educador o a los educandos?

—A los educandos, que el educador es inocente.

—¡Qué estupidez! ¿Y si a los padres de los educandos no satisface la educación de tales educadores, podrán poner otros?

—Ah, no; eso de aprender en escuelas libres no es liberal. El Estado no es Estado, sino es el dueño de las almas y de los cuerpos, el que manda en los cuarteles y en las escuelas, y aun en los cementerios, las familias, los templos y los conventos.

Eso es la tiranía más odiosa, más inhumana y más

cruel; eso es acabar con la familia y con la sociedad. ¿Y así se fabrican los hombre cabales?

—Así.

—¿Y quién dice tal disparate?

—Cualquiera: yo, un aprendiz de ministro, un cualquiera.

—¿Y quién lo defiende?

—Cualquiera periodista, la secta, el bando, la empresa.

—¿Pero es cosa tan baladí la educación que se deja a merced de aprendices, charlatanes, sectas o pandillas en comandita?

—Poco a poco; siendo político ya sabe de todo; siendo periodista, ya escribe de todo.

—¿Pero dónde han aprendido esos políticos del ateísmo que sin Dios se puede educar, se pueden hacer hombres cabales?

—La masonería lo enseña.

—¿La masonería? ¿La secta de la eterna conspiración en las tinieblas? ¿Pero no hay tradición en la educación, no hay verdad y procedimientos humanos, ya experimentados y probados como buenos?

—La tradición de la verdad y del procedimiento es la negación de la educación progresiva. En lo nuevo está el germen de lo bueno.

—¿Y ese cambio incesante de ministros y sistemas de educación no será peor que cualquiera cosa estable?

—Dicen que no, que moverse es adelantar, aunque se mueva en opuestas direcciones.

—Bueno, esas doctrinas serán hijas de cabezas huecas o averiadas por ideas o ambiciones locas; los supremos poderes y los amantes serios de la educación ¿no incurrirán en tales ligerezas o calaveradas?

—Al contrario; el poder suscribe en serio tales dislo-

ques y los pedagogos modernistas o liberalistas aplauden a rabiarse tales disparates.

—¿Los partidarios de la libertad aplauden esa tiranía?

—Sí, señor, y a eso llaman ellos libertad, la libertad de ser ellos impíos y la de hacer impíos, y la de que nadie les quite el monopolio de la enseñanza para dar a toda la juventud un barniz de ateísmo e impiedad.

Eso es horrible.

Pues esa es la realidad. Diógenes, vuélvete a tu tumba, que entre tanto fabricante de hombres a lo impío no hallarás ni uno que sepa siquiera lo que es el hombre ni lo que es la hombría.

Antes de volverme a acostar, protesto: en nombre de la reflexión, contra tanta ligereza; en nombre del respeto, la seriedad y formalidad, contra tanta calaverada, atolondramiento y botatería; en nombre de la divinidad, contra tanto descreimiento e impiedad; en nombre de la humanidad y libertad, contra tanta desconsideración y tiranía, y en nombre de la verdad y la pedagogía, contra tanto desatino e ignorancia.

Diógenes desapareció. ¿Pero desaparecerán sus palabras? Qué os parece, Coeducadores, ¿es difícil hallar y hacer hombres, como afirmó Diógenes, o se pueden éstos fabricar a monteradas o gacetadas por cualquiera pedagogo de la víspera, con cualesquiera ideas y métodos, por discrepantes que sean, con tal que la religión sea descartada?

Para mejor pintarlo, os contaré cinco historias que parecen cuentos.

CINCO HISTORIAS QUE PARECEN CUENTOS.

1.^a *Pedagogía del judío errante.*

Maestro.—Camina y anda, alumno mío.

Educando.—¿Hacia dónde marcharé y por dónde iré?

M.—A cualquiera parte, por cualquiera sitio.

E.—¿En qué dirección?

M.—En cualquiera dirección.

E.—Eso es de locos, no de discretos.

M.—No, eso es de sabios y pedagogos modernos. La última palabra de la educación es hacerla sin orientación. Que el educando se oriente, y si no que se desoriente; al pedagogo no toca guiarle, sino hacer que ande; vaya al bien o al mal, al cielo o al infierno.

E.—Andar y andar, caminar y más caminar, sin saber adónde ni por dónde, ¿esa es la misión de la escuela moderna? Esa es la pedagogía del judío errante. (Cuadro tomado de la realidad.) ¿Es esto coeducar?

2.^a *Pedagogía colombina.*

Maestro.—Volad, subid, tended las alas por el espacio sin límites del saber, palominos de mis aulas.

Educando.—¿Y cuál es arriba, cuál abajo, paloma blanca?

M.—Vosotros volad por donde queráis, y en subiendo a lo alto, ya veréis, ya os orientaréis, como hacen las palomas mensajeras.

E.—¿Y cuál es lo alto? Las palomas mensajeras se han

educado en otro palomar y hacia él se orientarán; pero nosotros, pichones caídos del nido, que ni sabemos volar ni conocemos otro palomar, ¿adónde iremos?

M.—Volad, volad e id al monte o al mar, a dar en tierra o en garras del gavilán. Lo esencial es volar y más volar.

(El autor de esta teoría dirige un columbario docente.)
¿Será coeducador?

3.ª *Pedagogía piramidal.*

No debe orientarse la educación hacia Dios, porque la Religión no debe enseñarse, debe elegirse, y como hasta los dieciocho o veinte años el hombre no es capaz de elegir, no debe hablarse al educando de religión antes de dicha edad.

Así discurre un pedagogo piramidal del género laical, y la grey atea y laica asiente y aplaude, vota y legisla según esa enorme atrocidad.

Mas he aquí que entre tanto bípedo se encuentra un hombre que discurre y dice:

—Con lo que se ha escrito sobre Religión, ¿habría para forrar la Tierra?

—No una, sino varias veces.

—Y para saber elegir, por propio criterio, menester será saber leer y saber lo que se lee y leerlo todo.

—Claro que sí.

—¿Y a los cuántos años habrá terminado esa lectura?

—¿...?

—Y la traducción de lo escrito en mil lenguas, que nadie sabe, ¿quién la hará?

—¿...?

—Y la inteligencia de las cien mil cuestiones profun-

das, sutiles y complejas que esos escritores encierran, ¿quién la dará?

—¿...?

—Y después de lo escrito, ¿cuánto quedará por estudiar en los monumentos, costumbres, leyes, instituciones, de hoy, de ayer y desde que el mundo es mundo?

—¿...?

—Empecemos por una cosa, lo que la prensa ha escrito sobre religión, no desde hace mucho tiempo, sino desde hace dos siglos. Pongamos esos escritos en una pirámide cuya base sea de un kilómetro cuadrado, ¿no tendría ya más de otro de altura? Ahora digamos al más valiente lector, celoso pedagogo y sabio laicista que se atreva a leer y entender todo eso.

—¿...?

—Y mientras no lo haga que no se ría de la triste humanidad, diciendo que eso, y mil veces más que eso, tendrá que leer el mozo de dieciocho a veinte años para por criterio propio elegir entre tanto error la verdad, entre tanta contradicción la creencia, entre tanta paja el grano, entre tanto sofisma la verdadera Religión.

—¿...?

Un alumno.—Ese argumento de la pirámide es aplastante, soberbio, piramidal.

Otro.—Aún hay otra cosa más aplastante, más soberbia, más piramidal, y es la frescura de los pedagogos, que pretenden hacer tragar la pirámide como la cosa más lisa y llana del mundo, porque a eso equivale el decir que en Religión sobran los maestros; cada cual se la forma estudiando a los dieciocho o veinte años cuanto se contiene en la pirámide y en cien pirámides más.

Otro.—Hay aún otra cosa que parece más imposible, más absurda, más irracional e incomprensible, y es que los que tales despropósitos enseñan, escriben, propalan y

defienden sean tenidos entre seres racionales por hombres de razón, y aun por amantes de la verdad, de la humanidad y de la educación; por verdaderos pedagogos. ¡Eso sí que es piramidal!

4.^a *Pedagogía explosiva o morralera.*

Allá en América había junto a una fábrica de pólvora un cañón para probarla y al servicio del cañón una sección de artilleros mandados por un sargento, que por arte de pronunciamientos o explosiones de cuartel había llegado a capitán de Artillería. Su nombre de origen era el sargento Morral, hombre tenaz, audaz, inquieto, innovador y de ideas explosivas, gran partidario del ruido popular y entusiasta por los explosivos y los truenos gordos.

Su ciencia en balística consistía en hacer cargar el cañón con fuertes explosivos y dispararlo con gran estruendo, sin mirar adónde apuntaba ni calcular la resistencia de la máquina ni la trayectoria de los proyectiles.

De aquí resultó que nada había seguro en aquellos alrededores, ni casas, ni plantas, ni bestias, ni hombres, hasta que por fin el cañón estalló, matando a algunos artilleros, mutilando a otros y perniquebrando al imperterritito Morral.

Retirado por este accidente de la artillería, se dedicó a la pedagogía, pero sin variar de sistema. Cargaba los libros de texto de ideas explosivas, injería estas ideas en el alma del cañón de los alumnos, y disparaba por medio de la propaganda y la ilustración contra todo y contra todos, contra Dios, la autoridad y la patria, contra el alma, la moralidad y la responsabilidad, contra la propiedad, la familia y la humanidad, contra todas las ideas fundamentales y todas las instituciones sociales.

Denunciado el pedagogo Morral al Gobierno, hubo consejo y éste resolvió que la pedagogía morralera no sólo no era ilegal, sino el ideal pedagógico de la escuela liberal.

Vosotros ¿qué opináis de la artillería y pedagogía explosivas del sargento Morral? ¿Y del criterio liberal? ¿Será esto coeducar?

5.^a *Pedagogía borgoñona.*

Compuso el Duque de Borgoña este epitafio que le ha hecho célebre: «Aquí yace un necio que salió de este mundo sin saber para qué había venido a él.»

Intentar hacer hombres sin tener en cuenta su fin religioso, que es su fin supremo, humano y total, equivale a elevar a sistema de educación la necedad de que se lamentaba el Duque de Borgoña. Un pedagogo de este jaez debería poner sobre su cátedra este epitafio.

«El ideal de la educación consiste en hacer duques de Borgoña, tan necios y más que él, que ni al morir sepan que lo son.»

¡Lucido papel, brillante lema, gloriosa misión!

Acaso diréis: nosotros enseñamos de todo, ilustramos con artes, ciencias y letras; hacemos sabios, no necios.

¿Y pensáis que el Duque se llama *necio* porque no sepa mil cosas de política y gobierno, de letras y ciencias? No, sino porque nunca había pensado en el fin de la vida, que es lo primero que debe aprender, y pensar, y saber, y no olvidar todo hombre que es hombre, y más el que intenta hacer hombres.

En suma: no había pensado en el pensamiento que expresan estos cuatro versos:

*Que vivo de paso, es cierto;
Que he de morir, infalible;
¡Qué desengaño terrible,
Si a peregrinar no acierto!*

Y si lo queréis en otra forma pedagógica, contestad:

¿Qué sabe de sí quien no sabe para qué ha nacido?

¿Es de necios andar y andar, sin saber cuál es su camino?

¿Hacer de aquella ignorancia y de esta necesidad una Pedagogía (aunque se llame moderna) no será un doble desatino?

¿E imponer desde las cumbres del poder esa soberana ignorancia y extrema necesidad será prueba de cultura y amor al progreso?

¿El amor a la ciencia, a la libertad y la humanidad, es compatible con tan supina ignorancia, tan absurda necesidad y tan grosera barbarie y retroceso? ¿sin atender al fin supremo de la vida se puede coeducar?

CONSIDERACIONES PEDAGÓGICAS DERIVADAS DE LAS HOJAS PRECEDENTES.

Por lo dicho en las Hojas anteriores sabemos: cuál es nuestro origen; quién es nuestro primer Padre; cuál es la filiación que para con El tenemos; cómo hemos sido elevados a un orden sobrenatural, elevación que nada quita a la naturaleza, sino que la ayuda, perfecciona, completa y sana, pues fe y gracia son luz y fuerza del alma para ver, querer y hacer el bien; que no hay dos fines supremos para el hombre, sino uno solo, y por tanto, todos

los fines parciales están subordinados a ese fin, que, por dominarlo todo, se llama fin total, fin completo, el fin del hombre; que fuera de ese fin no cae nada más que el pecado, única cosa que no puede ordenarse al fin humano; que Dios no ha fijado dos órdenes paralelos, uno natural y otro sobrenatural, sino uno, compuesto y entrelazado, y el hombre que a sabiendas prescinde de esa unión, ya sea en la vida privada, ya en la vida pública, no es ni buen cristiano ni hombre honrado, porque no responde a la unidad de su sér ni al plan y ordenamiento de Dios; que todo lo humano es cristiano y todo lo que es cristiano debe ser humano, pues para el hombre cristiano se ha hecho el mundo y la gloria, y no hay medio de conseguir la dicha temporal ni eterna fuera de los preceptos que Dios ha establecido; que los separatistas o divorciadores del orden natural y sobrenatural son malhechores literarios escribiendo, malhechores magisteriales enseñando, malhechores políticos gobernando, malhechores sociales educando, legislando y reformando; que el pecado, todo pecado, es opuesto a la naturaleza del hombre y la dañá y enferma; y, finalmente, que sólo el hombre cabal es perfecto y que sólo el hombre cristiano puede ser hombre cabal; y que una civilización que se gloría de ir en contra del cristianismo, va (sin saberlo o a sabiendas) en contra de la humanidad, esto es, del verdadero concepto y destino del hombre perfecto.

De estas verdades, que ni podemos ampliar ni nos cansaremos de repetir, se derivan consecuencias pedagógicas de suma importancia, y algunas por vía de índice consignaremos aquí.

Aplicaciones pedagógicas.

1. Dios y el hombre son Criador y criatura; no separemos en la educación a la criatura del Criador. Esto reza aún con los moros.

2. Dios y el hombre son Padre e hijo; no divorciemos en la educación al hijo del Padre. Esto reza de *modo especial* con los cristianos.

3. Dios ha querido elevar la humanidad hasta sí; no la degeneremos educándola en el *extra*, ni menos en el anticristianismo. Esto reza con los racionalistas de todos los colores.

4. Para negar la posibilidad del orden sobrenatural hay que negar la creación y a Dios; no eduquemos en *naturalista*, que el naturalismo lleva al ateísmo. Esto para los naturalistas antinaturales.

5. Quien tiene buena vista y buen catalejo verá bien y verá lejos, y loco sería quien rompiera el catalejo para ver más, o se sacara los ojos para ver mejor. Eduquemos con razón y fe, con *vista* de ojos y vista de anteojos, si queremos ser cuerdos y no ser locos. Esto es para quien tenga fe y sentido común.

6. Un barco lleva para navegar velas, vapor y remos, y usa un medio u otro de navegación, según las circunstancias y tiempos. ¿Qué diríais del capitán que inutilizara calderas y velamen, porque para navegar bastan los remos? Lo que digáis de ese capitán hay que decirlo de cualquier capitán araña que se meta a educar pueblos sin contar con Dios ni sus luces y medios. Esto va con los Soberanos Educadores del progresismo (o *cangrejismo*) con vistas al ateísmo.

7. Quiso Dios poner alas al hombre para que pudiera volar como los ángeles y subir al cielo, y quieren los dio-

ses olímpicos de la enseñanza acuartelada cortar esas alas a los Educadores y educandos para que se queden reducidos a ser meros animales terrestres. Estas pedestres orientaciones pedagógico-sociales dan de sí los siguientes lógicos resultados:

a) Las inteligencias más altas se achican y embrutecen.

b) Los corazones más nobles se descorazonan y entristecen.

c) Los pueblos más cultos se corrompen y encanallan.

d) Los sistemas más fundamentales se anublan y confunden.

e) Los sistemas más disparatados se llevan tras sí a las turbas.

f) El orden, la paz, la justicia, la caridad, la libertad y el deber, como la regeneración y el porvenir, no parecen; todo está inseguro, todo es puesto cada día en tela de juicio.

8. Quien entienda bien lo que es el *hombre* y lo que es el *cristiano*, sabrá lo que es *humanidad* y *Cristianismo*, y cómo no pueden separarse ni ofenderse sin lastimarse.

9. ¿Queréis hacer cristianos? Comenzad por hacer hombres. ¿Queréis hacer hombres? No los deis por hechos y concluidos mientras no sean buenos cristianos. El Dios uno ha ordenado lo natural y sobrenatural de modo que forme en el hombre un solo orden. Por lo cual no dudamos en afirmar que para ser verdadero cristiano es necesario ser verdadero hombre, y viceversa, para realizar la verdadera humanidad es menester practicar la vida cristiana.

10. Siempre que haya uno que, observando en su vida la norma de la fe que la Iglesia enseña, no sea santo, os autorizo para que habléis mal de la Iglesia y sus dogmas y máximas; y siempre que haya uno que siguiendo el

error, cualquiera error religioso o filosófico, hasta donde lleven sus últimas consecuencias, no sea malo, os autorizo para llamar a esa doctrina y religión santa. Si sólo hay una Iglesia que hace santos, justo será llamarla y venerarla como santa, y será el impugnarla, perseguirla, etcétera, obra de diablos (conscientes o inconscientes, diablos ladinos o pobres diablos).

11. Los incrédulos dicen a los cristianos: «Dejad de ser hipócritas para ser sinceros con nosotros, que decimos basta con la ley natural, y no hay que pedir más a nuestra naturaleza, porque no puede darlo.» A éstos respondemos: ¿Sabéis acaso lo que permite, manda y puede la naturaleza? ¿O ignoráis lo que de vosotros exige la naturaleza? La ley natural os juzgará y ella os condenará, porque mandándoos creer no quisísteis obedecerla, y mandándoos ser castos, alegásteis que la castidad es virtud superior a la humanidad.

12. Mucho se ha escrito sobre civilización y mucho se ha abusado de esta palabra, para tergiversar el fondo; pero entendiendo por civilizar el hacer hombres cabales o completos, afirmo con los hombres más estudiosos y conocedores de todas las civilizaciones que ninguna, fuera de la civilización cristiana, ha sabido formar hombres completos. No hay en el paganismo, ni tampoco en el neísmo pagano o racionalismo, un hombre cabal y perfecto; todos tienen sus lunares, y los más grandes héroes no llegan a la grandeza moral del más humilde de los santos. Entre nosotros los héroes se dan con facilidad y son de la mejor cepa y calidad.

ALGUNAS OBJECIONES Y OBSERVACIONES.

1. Alguno dirá: Eso es tan fácil de decir como difícil de hacer, porque dada la flaqueza, hija del primer pecado, ¿quién habrá que no afloje, desmaye y caiga?

No carguemos nuestras culpas sobre Adán, que son nuestras y lo son porque, pudiendo, no quisimos evitarlas. Achicar la capacidad de hacer el bien puede conducirnos a la cobardía y debilidad para resistir al mal; y esto no conviene. Que el hombre entienda que puede ser hombre y que lo es siempre que quiere, y con esto educaremos en la energía de la voluntad sin negar los auxilios de la gracia, que nunca faltan al hombre de buena voluntad.

2. ¿No bastará para ser bueno observar la ley natural? No.

Elevado el hombre al orden de la gracia, no le es lícito renunciarle, no tiene libertad para quedarse en un orden meramente natural; debe ir a su destino sobrenatural, y por él y mediante él realizar la perfección natural, que puede y debe procurar. Al guiar los educandos a Dios por la vía y modo que Dios ha señalado, hacemos naturaleza y fe, hombres y cristianos, y nada humano es ajeno a nuestra misión, fuera del pecado. No diremos con Isabel de Inglaterra: «Dame la tierra y quédate con el Cielo», sino: «Toma el Cielo y te daré la tierra».

3. Los liberalistas no entienden esto así, sino al contrario.

Los separatistas no entienden esto, y porque no lo entienden proclaman la separación completa entre la Fe y la Razón, la Religión y la Moral, la Iglesia y la Escuela, la Iglesia y el Estado.

Y hasta han inventado pecados meramente filosóficos u opuestos a la razón, y pecados meramente teológicos u opuestos a fe. No; todo pecado contra naturaleza va contra Dios, y todo pecado que ofende a Dios va contra la razón y la naturaleza; que no hay más que un Dios, ni más que una ley, ni más que un fin, ni más opción que entre conseguirle o perderle.

4. Hay tantas y tan discrepantes religiones, y entre cristianos tanta diferencia del dicho al hecho, de la teoría a la práctica, de la doctrina a la moral, que lo mejor y más práctico es prescindir en la moral, el derecho y la educación de toda religión y de todo dogma.

A esto se responde sucintamente, diciendo:

a) Que todas las religiones, menos la verdadera, son invenciones o adulteraciones hechas por el hombre, esto es, por la razón del hombre, y, por tanto, no es de fiar esa tantas veces fracasada razón, ni debe engreirse, después de tanta aberración como ha inventado o cobijado, bajo el título de religión, de filosofía, civilización, libertad, progreso, educación, etc., etc., etc.

b) Que, afortunadamente, no vivimos en un país donde abundan los errores religiosos, pues lo general es creer en Dios y su Iglesia, y los que de aquí se apartan suelen ir al cero de la incredulidad, y los ceros ceros son en moral, educación, derecho y en todo.

c) Que la verdad tiene derecho a reinar y educar y mandar entre los hombres, sea que éstos la obedezcan o no, y que así como un corazón sin cabeza no es hombre, una moral sin dogma, sin religión, sin principios y verdades fundamentales que, partiendo de Dios, lleven a él, no es moral racional y humana, sino moral sin cabeza.

Y la prueba está en la experiencia. ¿Dónde hay una moral que, siendo moral, no sea religiosa?

Y donde no hay moral tampoco puede haber derecho

moral ni educación moral. pues la moral sin moral es un absurdo.

5. ¿Pero por qué hay tantos cristianos tan malos y aun peores que los paganos?

Aquí está la nuestra: porque no están bien educados, esto es, bien instruídos, empapados, convencidos y, sobre todo, ejercitados, disciplinados y curtidos en el Cristianismo; porque falta la coeducación.

Además, de la cabeza del hombre al pecho hay muchos kilómetros de distancia, y hasta los pies y las manos, más aún; por eso las ideas no siempre paren obras, porque carecen de la energía que es menester para vencer el corazón con todas sus envolturas y la acción con todas sus dificultades; por eso el buen filósofo suele valer menos que sus filosofías, y el malo suele valer más que ellas, y lo mismo el escritor, el orador, el maestro, el censor, el pensador y, en general, todo hombre con cabeza, pues del dicho al hecho hay gran trecho.

Si pues esto es enfermedad general y de raza, ¿por qué se ha de emplear como argumento en contra de la verdad religiosa y no en contra de toda verdad moral?

¿Pero la verdad de la fe practicada hace uno, dos, tres santos? Pues basta, que si todos la practicaran a todos santificaría. La verdad, pues, hay que juzgarla, no por los pecados de los hombres que dicen profesarla, sino por lo que es en sí y por lo que ella hace en los que de verdad la practican. «Por sus frutos los conoceréis», dice el Señor respecto de aquellos que son hipócritas, y por los santos prueba la Iglesia su santidad, pues sólo ella produce santos.

6. En resumen: todo bien nos cuesta un largo aprendizaje y todo lo aprendido nos cuesta trabajo el conservarlo y practicarlo. ¿Qué será, pues, del hombre si desde niño no aprende a ser bueno y no se le educa para que

consERVE los buenos hábitos? Nosotros estamos en ocasión de hacer comparaciones. La raza gitana es una raza ineducada. ¿Queréis buscar en ella sanas costumbres, hombres veraces, grandes caracteres?

Pues, salvo la distancia, ya sabéis lo que hacéis cuando engañáis y mentís y *chalaneáis* con la verdad y la mentira y *adelantáis* los Estados con la libertad de la impiedad e indecencia.

7. ¿Libertad y pecado son cosas inconciliables? Sí.

«El que hace el pecado es esclavo de él» (San Juan, c. 8, v. 34). «Sólo hay un hombre libre, el hombre del bien.» Sólo el hombre que no obedece más que a la verdad y la justicia carece de dueño y se pertenece; los demás todos son esclavos del error y de la maldad. ¿Entendéis ahora aquellas palabras de Jesucristo: «La verdad os hará libres»? Pues si las entendéis, también entenderéis estas otras, que son su consecuencia: «Donde abunda el error y la maldad no reman la libertad y la justicia.»

Los que educan en la verdad y en el deber son maestros de la libertad y la honradez; los que siembran el error y la maldad son sus enemigos. El libertinismo, pues, en ideas y en costumbres es la antilibertad y la antihonradez, y la *liberalistería*, que hace ante la razón y el derecho una ecuación entre la verdad y el error, el bien y el mal, no ama ni coeduca en la verdad y el bien, no es la libertad, ni la honradez, ni la educación.

¿Qué será aquella otra libertad que se hace la protectora de toda impiedad y el monopolio del anticristianismo?

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (1.ª).

Nuestra orientación pedagógica debe ser la que marquen unidas razón y fe.

1. Quien diga que la ciencia humana basta para resolver todos los problemas y explicar todos los arcanos de Dios, del hombre y de la naturaleza, o está loco de puro soberbio o está tonto de puro necio, pues la amplitud y misteriosa profundidad de la ciencia no tiene límites y la pobre razón humana es una pordiosera del saber que sólo alcanza algunas migajas en fuerza de llamar, golpear e importunar a las puertas siempre entornadas de la ciencia universal, absoluta y perfecta.

En vista de lo cual, hay que concluir en la humildad del saber si no queremos parar en la locura de saberlo todo, que es la presunción más fatua del filosofismo más presumido.

Sin ser Dios no nos metamos a dioses; con inteligencias muy limitadas (y oscurecidas además y perturbadas y extraviadas por pasiones, pecados y preocupaciones), no pretendamos comprender lo que no tiene límites; seamos humildes y podremos ser sabios; si somos soberbios, pararemos en fatuos.

2. Siendo educar comunicar luz y virtud, luz para ver y virtud para bien obrar, el que es humilde reconoce la oscuridad de su entendimiento para conocer y la flaqueza de su voluntad para obrar, y estudia y ora, y con la oración consigue conocer lo que con la simple razón no alcanzaba; éste sabe ya obrar, es un poder que le hace superior a su endebles, es la humanidad que se ha apro-

ximado a la Divinidad para pedirle los auxilios que de ella necesita.

El Educador que por orgullo menosprecia la oración incurre en la necedad de arrumbar un instrumento poderoso de educación. «Acercaos al Señor y seréis iluminados y vuestros rostros no se avergozarán.»

3. ¿Queréis hacer cristianos? Pues educadlos en la fe, porque sin ella es imposible agradar a Dios. ¿Queréis hacer creyentes? Pues educadlos en la humildad, porque ésta es la que inspira y mueve el alma a la sumisión para con Dios.

Creer es someter la inteligencia a la verdad, no por la evidencia de ella, sino por la de la autoridad que nos lo dice y revela. Si esa inteligencia superior que nos habla es un hombre que sabe y quiere decir verdad, la fe es humana; si es Dios, la fe es divina, que es la verdad, que ni engaña ni miente.

Inclinarse ante el testimonio de lo infalible es humildad y cordura; negar la fe en Dios, una vez que se sepa que El habla y lo que dice, es pecar de necio y orgulloso. El alma racionalmente instruída y rectamente educada será humilde y creyente, porque sabrá quién es Dios y el respeto y culto que merece su palabra.

4. Conocer por razón y conocer por fe, todo es conocer.

Cuando la fe nos dice lo que la razón puede conocer por sí, nos ahorra el estudio y nos confirma y sostiene en él. ¿Qué sabrían los niños, mujeres, trabajadores y pensadores que no estudian filosofías (sin el conocimiento adquirido por la fe) acerca de las verdades más hondas y necesarias del orden filosófico, moral y social?

Existencia y atributos de Dios, creación y orden del universo, espiritualidad e inmortalidad del alma, realidad de la ley natural y deberes que impone, origen y unidad de la especie humana, término a que ésta se dirige y ca-

mino que a él conduce, destino del hombre en esta vida y en la otra, deberes y derechos del hombre para con Dios, para consigo y para con sus semejantes, etcétera, etcétera, todo esto que hoy sabe el pueblo por la fe, lo ignoraría por la filosofía (y lo suelen ignorar o malentender los filósofos que no creen).

Humíllense los sabios y den gracias a Dios de que haya en el mundo un modo de ser sabios sin ser científicos, una luz que antes no había en el pueblo y hoy no hay (o se disminuye y apaga) donde la fe es rechazada por el orgullo; humíllense los científicos al ver confirmada y apoyada su ciencia con el testimonio infalible de la verdad revelada; que nada quita la luz de la inteligencia a la luz de la fe, como dos rayos que son emanados de un mismo foco de luz.

Conclusión.

5. Coeducadores del pueblo, ¿por qué camino le llevaréis a la verdad y el bien, por el de la humildad, que es el de la fe y razón unidas, o por el de la soberbia, que es el de la razón erguida en contra de la fe? ¿Dónde está el camino que conduce a la democracia del saber, en la fe o en la filosofía? ¿Quiénes son los apóstoles del pueblo, los que le hablan en nombre de Dios o los que no quieren ni mencionarle en las casas de educación?

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (2.^a).

La Iglesia, Maestra de la moralidad y la verdad, debe ser el faro para la educación cristiana.

La Iglesia, Maestra de la fe, es guía y guarda de la ciencia o de la razón puesta en acción; jamás condenó la verdad ni maldijo la virtud; siempre condenó el error y censuró el mal. ¿Es pequeño servicio éste? Si no hay en el mundo otra institución docente que más se interese por la verdad y la humanidad, que haya corregido más errores, que haya enderezado más inteligencias y mejorado más corazones, Ella es la primera Coeducadora del hombre.

La Iglesia es luz puesta en alto que recibe la luz del cielo y la comunica a la tierra. Siendo luz, ¿cómo ha de oscurecer? Siendo magisterio, ¿cómo no ha de enseñar? Siendo celestial claridad, ¿cómo no ha de ilustrar y ennoblecer a la razón con el conocimiento más amplio y seguro de la verdad?

Nada más lejos de ella que debilitar las fuerzas de la imagen de Dios, que es el alma racional. La Iglesia, aun en los extravíos del orgullo racionalista, respeta a la razón y la dice: «¿Qué tienes que no háyas recibido?» Jamás niega la razón, aunque condene sus extravíos.

Además, la Iglesia busca a la razón para instruirla, para llevarla por su pie a la portada del templo de la fe por medio de los motivos de credibilidad, y la introduce en el templo de la fe para que sobre las verdades reveladas formule sistemas de teología dogmática y moral, uniendo razón y fe en admirable y provechoso consorcio inte-

lectual; la Iglesia, por su fe, custodia la ciencia, y segura de que ésta no puede contradecir a aquélla, la promueve, cultiva y fomenta cuanto le es dado. La historia literaria del mundo cristiano es prueba elocuente de esta verdad que decimos.

Y hace más. Al propio tiempo que defiende y ensalza la razón, procura hacerla ver su propia debilidad y nativa miseria, por lo cual la enseña a ser humilde y discreta, a confiar más en Dios que en sí, a invocar el auxilio de la gracia para ver más y mejor, a limpiar el corazón de culpas, y, sobre todo, de la soberbia, para llegar a entender estas palabras de la revelación: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría.» «En alma malévola no entrará la ciencia.» Humildad, sencillez, pureza, claridad, amor a la verdad, culto al saber y creer, celo por enseñar y propagar la verdad y el bien para salvar las almas; éste es el programa de la Iglesia. ¿Será o no buena Educadora?

Y de aquí vienen: el apostolado incesante, que es la educación por medio de la verdad natural y revelada; la cultura popular, que coloca a los pueblos cristianos a una altura intelectual donde no llegaron los sabios más esclarecidos de los tiempos paganos; los sistemas más completos de moral individual y social formulados por los escritores y moralistas católicos; la altura y perfección en ella de los conocimientos, teológicos y metafísicos, que exigen gran penetración, sostenido estudio, claridad, fijeza, perfección y seguridad de raciocinio; la ciencia cristiana, tan vasta, tan una, tan elevada, tan universal, tan amplia, tan sencilla como sublime, tan imparcial que toma la verdad de todas las fuentes divinas y humanas; tan inmutable en su esencia como en el dogma, y tan flexible y adaptable que es para todas las circunstancias y se aplica a todos los hechos de los tiempos todos. ¿Qué hay de cien-

cia, arte, literatura, derecho y ciencias naturales que la Iglesia no cultive?

A esta prueba decisiva del carácter docente y educador de la Iglesia podemos añadir la contraprueba de lo que es la razón que se revela contra la revelación que ella enseña. Todo el que deja la fe va a parar al absurdo, todo el que deja la humildad va a dar en la humillación de la esclavitud y todo el que deja de creer en los misterios va a perderse en las tinieblas de los mayores absurdos.

Dios resiste a los soberbios. (Jac. 4-6.)

«Los que buscan en sí mismos la verdad se desvanecen en sus pensamientos» (Rom. I, 2); y como los filósofos de Grecia: «*Están siempre buscando la ciencia de la verdad y jamás la encuentran.*» (Tim. II, 3, 7.)

Apostataron de Dios y se hallaron en el abismo de su propia nada.

A la fe en Dios sustituyeron la fe ciega en sí, *et fallitur qui sibi ipsi nimium credit* (Imitación de Cristo). Se engaña quien en sí confía con exceso.

Quien busca la gloria de Dios, exclama: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*: No sea, Señor, la gloria para nosotros, sino para ti.

Mas los que buscan su gloria pierden la fe: *¿Cómo podéis creer, los que os ensalzáis unos a otros, y no buscáis la gloria que sólo de Dios viene?* (San Juan, 44.)

Se desvanecieron en sus propios pensamientos y se oscureció su corazón infatuado, y diciéndose sabios se hicieron necios. (Rom. I, 21-22.)

Es el ejemplo de la confusión de Babel. La incertidumbre, la diversidad, la disminución de verdades, la especie de nulidad y los absurdos en que cae la razón divorciada de la revelación son hechos similares de aquel *hecho de confusión babélica*.

El protestantismo rompe con la Iglesia y a la vez se hace babel, confundiéndose en cientos de sectas y contradiciendo hasta la razón y libertad del hombre.

«Satanás fué quien enseñó a la Iglesia romana la palabra libre albedrío», escribe Lutero. (Comm in Génes, capítulo III.)

«Todo cuanto procede de la naturaleza corrompida del hombre es necesariamente damnable», escribe Calvino. (Inst. relig., t. I, c. III.)

«La doctrina cristiana está en oposición con la razón y la filosofía», dice Melancton, quien además escribe: «De la filosofía de Platón se ha tomado un término no menos pernicioso (que el de libertad): el término Razón.» (Inst., l. I, c. VIII.)

Estos dislates contra la razón, libertad y naturaleza escriben los santones del Protestantismo. ¿Y éstos son los padres del racionalismo, liberalismo y humanitarismo?

El racionalismo, rompiendo con Dios, cae en los más groseros errores y humillaciones, y es una confusión, porque roba verdad y, con ella, claridad, paz, orden, esperanza, amor y virtud, cayendo en el grosero materialismo y en el extravagante panteísmo, prosternándose al fin ante la carne y adorándola.

No habiendo humildad, cada filósofo se erige en amo, piensa al ravés de los demás para hacerse singular, y no hay dos que se entiendan, porque no hay dos que prefieran la verdad a la fama. Y cuando de todos los errores se pretende hacer una ciencia, los errores pasan a ocupar el lugar de la ciencia, esto es, de la verdad.

¿Cómo va a existir sinceridad si no hay ni verdad ni humildad? La ciencia racionalista, entendiendo por tal la congeries de sus sistemas, es la ciencia de los absurdos, que sólo puede admitir de buena fe el que en absurdos no repare, esto es, el que de pensador no tenga nada.

Conclusión.

La Iglesia, pues, ya enseñando y obrando conforme a su doctrina, ya condenando los errores de los herejes y apóstatas del protestantismo y racionalismo, demuestra, ante la razón y la historia, lo que es y lo que vale para enseñar y educar a la humanidad en la verdad.

Al Norte o al Ventolera.

Atracados al muelle de cierto famoso puerto hay dos barcos, llamados *Norte* y *Ventolera*. El primero, bien construído, bien dotado de personal y material científico, es guiado por un experimentado y perito capitán, que es sucesor de otros ciento, ninguno de los cuales erró la ruta ni comprometió el buque. El segundo ofrece por toda garantía este lema: «El *Ventolera* irá donde el viento quiera.»

En el primero embarcó toda la gente con juicio; en el segundo sólo algún desesperado o calavera.

Vosotros, pedagogos, ¿en cuál montaréis y embarcaréis a vuestros educandos, en el *Norte* o en el *Ventolera*, en la Pedagogía con orientación o en la que pretende ser Pedagogía sin orientarse, en la nave que dirige la Iglesia o en los faluchos que agitan los vientos variables de las sectas?

Escoged, que no se da medio.

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (3.^a).1.^a *La honradez lógica. Seamos honrados siendo consecuentes.*

Bajo el punto de vista de la educación, es el Cristianismo lo más sano y santo, lo mejor y más grande que el mundo ha visto, y lo que más ha influido en su modo de ser intelectual, moral y social, y por ser así y creerlo así, todo Educador cristiano que entienda, sienta y quiera ser lo que la grandeza y sublimidad de su cargo le piden, debe manifestarse tal cual es, con la honradez y el amor que los hombres demandan. El pensador cristiano debe hablar como piensa; el Educador cristiano debe educar como cree y piensa.

Así como al error le está vedado ser lógico y sincero, a la verdad consecuente le está vedado ser embustera. Todo cristiano, pues, que quiera presentarse a otros para doctrinarlos y mediante la doctrina y enseñanza educarlos, si no es un hipócrita en su fe, debe ser cristiano en la obra de la enseñanza.

2.^a *Seamos honrados siendo patriotas.*

Al educar hay que hacer Patria, y la Patria no es sola y principalmente el territorio, el ejército, la riqueza o las naves; es un conjunto de ideas morales e históricas que nos unen tan fuertemente que las consideramos como parte de nuestra conciencia y sentimientos y nos llevan en todo tiempo a estimarlas, y en momentos dados, a sacrificarlo todo por ellas; es una comunidad de recuerdos

y esperanzas, de ideas y afectos, que tienen sus raíces en el pasado, su vida en el presente y sus aspiraciones en el porvenir.

Suponed por un momento que os presentaran dos sistemas de educación con relación a la Patria, uno en el cual hubiera esa unidad que hace de las naciones grandes familias, y otro según el cual se os presentaran como ideales la revolución religiosa, que ataca la unidad de la fe; la filosófica, que se burla de todo lo sobrenatural; la política, que destruye la autoridad y la constitución interna de las naciones, y la social, que acaba con los fundamentos de la sociedad por medio de la anarquía. ¿Cuál elegiríais, cuál seguiríais? Pues esa hipótesis es la tesis de nuestros días. No se trata de quien enseña mejor a leer o escribir, a contar o a componer; se trata de quien hace hombres, familias, pueblos, naciones, sociedad, humanidad, y de quien los deshace. ¿Merece o no la pena de saberse orientar? ¿Es la Escuela un campo neutral donde la indiferencia religiosa, filosófica, política y socialista tienen su asiento, o es más bien una orientación en el orden teológico, racional, político y social de las futuras generaciones?

Asco dice la Escritura que dan a Dios los indiferentes y tibios. ¿Qué no será las fábricas de tibieza, indiferentismo y excepticismo?

3.^a *Seamos coadjutores de Dios o del Diablo.*

Coeducadores, ¿queréis cooperar con Dios en la obra de la educación? Pues acatad sus enseñanzas y seréis racionales. ¿Queréis erigiros maestros frente a Dios? Pues poned vuestra razón frente a su infalibilidad y seréis racionalistas.

En pedagogía, como en todo, hay que ser o coadjutor de Dios o del Diablo, o hijos humildes de nuestro Padre celestial, o rebeldes y soberbios a El como Satanás, buscando vuestra gloria con mengua de la de Dios.

Esto merece ampliarse.

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (4.ª).

No hay Escuelas neutras.

Me explicaré.

Yo creo que, bajo el punto de vista religioso (del cual brotan el orden moral, social y político en su fondo), todas las Escuelas, altas o bajas, chicas o grandes, se pueden clasificar en dos grupos: Escuelas de Dios y Escuelas del Diablo. En otras palabras: por lo que hace a religión, y en nuestra Patria y raza, las Escuelas se dividen en cristianas y no cristianas o laicas, esto es, en amigas de Cristo y de los cristianos o enemigas de Cristo y de los hombres e instituciones todas del Cristianismo en cuanto tales.

Repasad en vuestra mente los ejemplos que conozcáis y veréis cómo (franca o solapadamente, pero siempre real y efectivamente) toda escuela laica es un semillero de anticristianos, toda escuela no cristiana es un centro de odio y desvío del Cristianismo. Y si las cosas son así, como son hay que tomarlas; la escuela laica es, entre nosotros, la escuela anticatólica. Lo he dicho un millón de veces y lo repetiré otras tantas.

¿Y qué es el laicismo o anticlericalismo?

El laicismo es una secta, la secta del ateísmo; es un bando, el bando de los enemigos de Cristo; es una partida, la partida de la secularización; es un organismo, con su parte secreta, la masonería; con su parte pública, los partidos del anticlericalismo o anticatolicismo, y es un poder, el poder del Estado, monopolizado o secuestrado, inoculado o amenazado y atemorizado por la secta, partido o bando, para que secunde sus miras e imponga por fuerza sus errores, o ampare, positiva o negativamente, con el soberano manto de las leyes, la suprema y absoluta licencia del entendimiento y voluntad, manifestadas en blasfemias, obscenidades, calumnias, insultos, procacidades, infamias y, en suma, en rebeliones en contra de todo lo que es Dios o de El procede, en contra de la Iglesia y de todo lo que ella manda, bendice o aprueba.

A un tan grande error hay que oponer una suprema verdad.

Contra el laicismo el Cristianismo.

Es lo natural y lógico, es lo que ha sucedido siempre, es lo que debe suceder ahora: a las tinieblas se opone la luz, a la negación se opone la afirmación, a la destrucción la edificación, al libertinaje la virtud, a la anarquía el orden, a la secularización la espiritualización u orientación hacia lo divino, al judaísmo y masonismo el Cristianismo, al anticlericalismo el Catolicismo, al liberalismo racionalista la libertad cristiana, a la Escuela sin Dios la Escuela de Dios y su Cristo.

Y como en las cosas de Dios el Sacerdote de Dios debe entender, ¿qué cosa más natural y lógica que la inter-

vención del Clero en la enseñanza, ya enseñando, ya viendo lo que se enseña en el orden a él confiado, que es el orden teológico? Sea por carta de más o por carta de menos, siempre que los hombres hayan de dar a Dios el honor debido o que intenten robárselo, a pretexto de ciencia, enseñanza, etc., el Sacerdote debe intervenir.

A todas horas nos estamos gloriando de ser civilizados, ¿y nos habremos de avergonzar de serlo en cristiano, sabiendo que la civilización a que pertenecemos y a la que debemos cuanto fuimos y somos, es la civilización cristiana? Pues siendo la Escuela uno de los medios más eficaces de civilizar a los pueblos, ¿habremos de ver los cristianos con indiferencia que la hagan no cristiana o laica los individuos o gobiernos?

Renunciemos al honroso título de pueblo *civilizado*, en la acepción castiza y genuina de la palabra, si renunciamos a la civilización por medio de la escuela cristiana. Los hombres cultos, los pensadores serios, los cristianos conscientes, los ciudadanos honrados, los padres de instintos paterno-filiales nos llamarán bárbaros disfrazados de cultos si aceptamos la escuela laica para educar a nuestra familia y patria, pues una civilización sin Dios nadie la ha visto jamás, porque ni ha existido ni existirá; es una barbarie a la cual no llegó ningún pueblo bárbaro, es un retroceso supremo, radical, capaz por sí de acabar con toda civilización, moralidad y sociedad.

La idolatría más estúpida vale mil veces más que la ateolatría práctica para educar y civilizar a los pueblos, y el laicismo es el ateísmo erigido en sistema.

Tenemos los cristianos la obligación social de salvar del laicismo a los hombres y a los pueblos, porque debemos preservarlos de caer en la suprema barbarie. Y el maestro de los pueblos bautizados es el Sacerdote, ya porque él es la luz de la Iglesia, ya porque él es la lu-

cerna del mundo en las ideas fundamentales, ya porque, con la moral y los medios de santificación, es la sal que le preserva de la corrupción; ya porque es el guardián vigilante y el pastor perito y amante que sabe conocer a sus ovejas, preservarlas de los lobos y darles saludables pastos. El Clero, pues, entre cristianos, tiene la misión de ser el Maestro de los Maestros. Y es Maestro de los Maestros en cuanto no hay maestro que eduque bien sin estar bien educado y fundamentado en las verdades más profundas de la educación, que son las teológicas o religioso-morales.

Conclusiones.

En resumen, contéstese a estas preguntas:

Primera. ¿La vida presente está ordenada para la vida futura, o muerto el perro se acabó la rabia? Esta es una proposición psicológica y teológica, individual y social. Si lo primero, se necesita al Sacerdote; si lo segundo, basta el albeitar. Escoged, Coeducadores.

Segunda. ¿La escuela laica educa sólo para esta vida o también para la vida futura? Si lo primero, muerto el perro se acabó la rabia; si lo segundo, la escuela laica deja de ser laica. Elegid, pues, entre perro y hombre.

Tercera. Si la educación del hombre debe ser total, esto es, para el hombre todo, en cuanto colono del mundo y futuro morador de la gloria, la escuela que sólo eduque para la vida presente ¿será humana, será racional, será total o íntegral, será cristiana? ¿O será irracional, inhumana, mutilada y anticristiana? Pensadlo bien, pedagogos.

Cuarta. Ser irracional, inhumano, mutilador y anticristiano en la educación del hombre por la enseñanza, ¿es cultura o barbarie? ¿Progreso o salto atrás? ¿Es ha-

cer una obra buena o una obra mala? ¿Es formar hombres o habilitar fieras? Medítadlo, amantes de la humanidad.

Por donde quiera que echemos nos ataja la honradez lógica; si el niño o educando va para ateo, bien está la escuela laica con el maestro ateo; si va para Dios, la escuela y el maestro deben ser religiosos, y en cuanto totales, desempeñan un sacerdocio, puesto que enseñan el camino de la salvación a las almas. ¿Y en esto no habrá de intervenir el Sacerdote?

Mal hayan el sentido común y la honradez lógica que sólo sirven para atosigar racionalistas y ateos, y bien hayan el sofisma y la hipocresía que hacen viable el absurdo de que haya hombres cristianos que ni son hombres ni son cristianos, sino seres hechos con mixtura de Dios y del Diablo, absurdos vivientes (parlantes, docentes, escribientes, perorantes, gobernantes y legislantes). ¿Se puede venir a menos ni llegar a más?

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (5.^a).

¿Adónde vamos?

¿Vamos, por el descontento e impaciencia que produce el malestar presente, a la desesperación y precipitación de la ruina de esta sociedad, ya minada y corroída por cuatro siglos de protesta racionalista y anárquica?

No, que no somos protestantes, ni racionalistas, ni anárquicos.

¿Vamos a poner nuestros hombros para sostener una legislación, unos gobiernos y unas teorías que son la an-

títesis de lo que la razón pide, la humanidad demanda y Dios ordena?

No, que no somos irracionales, inhumanos ni ateos y alquilones de sectas.

¿Vamos, cuál niños inexpertos o ilusos, en pos del mariposeo de determinadas formas políticas, esperand ode un gorro o de un anillo el arreglo de los cerebros y poniendo en la indumentaria el gobierno y arreglo del mundo?

No, que no somos infantitos ilusos, ni menos engaña-pueblos, ni menos sastres, para arreglar con tijeras la cosa pública y privada.

¿Vamos, más que niños pagados de colorines, a ser tan necios o tan redomados hipócritas que bajo el señuelo de palabras honradas y formas inofensivas, intentamos imponer, por la astucia o por la fuerza, la tiranía del materialismo o ateísmo disfrazado de libertad, democracia, monarquía o república, a los pueblos?

No, que amamos demasiado las cosas e instituciones honradas para hacerlas cobertera de grandes errores, hipocresías e iniquidades.

¿Vamos a lo desconocido y, siguiendo la influencia morbosa de las almas en nuestros días (que es la indisciplina, la presunción, la volubilidad e inconstancia, la manía demoledora e innovadora en todo y por todo), vamos, digo, adonde los acontecimientos nos lleven, sin dominarlos, guiarlos, preveerlos ni aprovecharlos para preparar el porvenir de los pueblos?

No, que sabemos cuál es nuestro destino y consideramos un deber social el de preveer y preparar el porvenir de los que nos han de suceder.

¿Vamos por medio de la democracia a la perturbación de la sociedad o vamos por la adulación de las clases pudientes a defender sus intereses, o vamos por medio de la política de expedientes y habilidades de baja estofa a en-

gañar a los de abajo y arriba, buscando nuestra prepotencia en artimañas de vulpecula o en la política vividora y explotadora, a la vez que materialista y ateificadora del pueblo?

No, que busquemos la armonía de todas las clases y condenemos todo lo que es ruindad, miseria y sectarismo.

¿Vamos en pos de un rey, de un vicerrey o cacique de marca mayor de una turba que apedrea el orden, o de una oligarquía que apedrea el sentido común y la paz de las conciencias?

No, que ponemos a Dios por cima de los reyes y caciques, de las turbas del arroyo y de los perturbadores de conciencias, sea por periódicos, órdenes o leyes; tenemos conciencia y queremos respetarla.

¿Vamos al liberalismo o reinado de la contradicción y la nada, al socialismo colectivista o reinado del todo sobre todos y en todo, o al socialismo anarquista o reinado del puñal y la bomba, o al imperialismo, que es el reinado del cuartel y la policía, consecuencia necesaria de los anteriores excesos y doctrinas?

No, que el liberalismo y sus hijos el socialismo y anarquismo están condenados por la razón y la fe, y el imperialismo, su heredero, no es sino una calamidad que hacen necesarias aquellas tres calamidades anteriores.

¿Vamos a educar y civilizar con los principios absolutos de la verdad y el bien, sin tener en cuenta que es menester la tolerancia con los que yerran y pecan?

No, que a la vez de los derechos absolutos de la verdad y el bien (que no puede negar ningún hombre de razón) sabemos, por la educación de la Iglesia, odiar el pecado y compadecer al pecador, aborrecer el error y amar al hombre que yerra.

¿Vamos, pues, a proclamar el derecho al error y al mal?

No, que eso sera acabar con los derechos de la verdad

y el bien. El error y el mal se toleran cuando no se pueden evitar, se conllevan cuando es menester para evitar un mal mayor u obtener un bien, pero jamás se les debe igualar ante la razón del educando con la verdad y el bien, ni debe reconocerse como un ideal jurídico y moral el derecho de apear con ellos a los demás hombres, y menos si son estos hombres educandos.

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (6.ª).

¿Pues adónde vamos?

Vamos los cristianos en pos de nuestros destinos temporales y eternos. Con la vista puesta en el Cielo, aspiramos a restaurar el mundo sobre la base del Cristianismo. «Instaurar todas las cosas en Cristo», es el plan del Cielo, y ése es nuestro plan, que Pío X no ha inventado, sino recordado.

Para realizar ese plan contamos los cristianos con todos los siglos y con todos los acontecimientos; nada hay que nos detenga, nada puede suceder que nos perturbe, nada que nos aparte del camino trazado; por el contrario, los errores y hechos adversos nos sirven de prueba, acicate y estímulo. Cuando el liberalismo no cree, nosotros renovamos nuestra fe; cuando el socialismo se impacienta y desespera, nosotros trabajamos y esperamos pacientes y confiados; cuando las sectas demoledoras conspiran en las tinieblas, nosotros construimos a la luz del día el edificio del presente y del porvenir; cuando las leyes se hacen para ponernos fuera de la ley, vindicamos nuestros derechos sin atentar contra nuestros tiranos;

cuando los eternos seductores entretienen y engañan a los rorros, que son los proletarios, con el señuelo de cambios y formas accidentales o con el cebo de la riqueza socialistamente distribuída, nosotros desengañamos a los pueblos, discerniendo entre verdad y error, forma y fondo instituciones sociales y extralimitaciones socialistas; y ni el sofisma logra engañarnos, ni el odio cegarnos, ni la enemiga confundirnos. Por ser católicos, somos los invariables, los imperturbables, los que sabemos adónde vamos y por dónde debemos ir, los únicos que por mirar alto no se confunden en las sinuosidades ni encrucijadas del vividor y aprovechadizo eclecticismo, que se considera gubernamental porque sabe salir del día de hoy a costa del día de mañana.

No vamos a destruir, sino a edificar; no vamos a estacionarnos, sino a variar el modo de ser sin cambiar la sustancia; no vamos a impedir que el mundo esté en crisis, sino a hacer que no siempre lo esté; no vamos a empequeñecer el problema social, reduciéndole a una cuestión política o económica, porque entendemos que es, ante todo, una cuestión religiosa y pedagógica.

Riqueza, moral, derecho, política, educación, cultura, civilización, todo se halla hoy en crisis merced al trabajo demoleedor de cuatro siglos de revolución, cuya conclusión final es ésta: Destruyamos lo existente y hagamos una sociedad enteramente atea o materialista en la cual todo sea diferente de lo hasta hoy conocido.

Ante una agresión tan sintética y tan enormemente bárbara e impía como es la del socialismo y radicalismo, hoy imperantes o amenazantes, los católicos saben cuáles son sus deberes: obedecer a la Iglesia, seguir sus doctrinas y orientaciones, hacer frente al ateísmo y materialismo en toda la línea, salir del templo a la calle, de la casa a la plaza, educar en el espiritualismo cristiano, votar,

legislar y gobernar en cristiano, y para ello organizar las fuerzas sociales y políticas a la sombra de la cruz, y con un credo social bien sabido y definido, reconstruir la sociedad cristiana, que por culpa de todos está casi destruída.

Esta debe ser la grande obra de la coeducación, ésta la síntesis en que deben convenir todos los coeducadores que se llamen hijos de Dios y bienhechores de los hombres.

*¿Y a los que no quieran ser coadjutores de Dios,
qué les diremos?*

Si los rectores de pueblos no saben, o no quieren, o no pueden ser cristianos, los cristianos no tienen para qué mirarlos como salvadores de la sociedad que abandonan a los atentados de todos sus enemigos.

Si las clases que llaman elevadas, unas se meten en su casa a salvarse con sus hijos, otras se lanzan a predominar en la sociedad a costa de la Religión, la conciencia y la Patria, pasen a mejor vida dichas clases y no sirvan de rémora para la marcha de la civilización cristiana, que es marcha de combates y de luchas incesantes por Cristo y por sus pueblos. Ni los egoístas y miedosos, ni los egoistas y malvados valen para salvarse, cuanto más para salvar a los pueblos.

Si la ilustración y la ciencia (todo es relativo) se rebajan hasta ser colaboradoras del grosero materialismo, y pretenden con sus tergiversaciones y sofismas justificar todas las pasiones y torpezas de los hombres, pasen a la tumba, donde con gusanos se identifiquen los ingenios que contribuyen a hacer de la sociedad una espléndida gusanera.

Si la enseñanza, imitando el monopolio y el laicismo galicanos, llegara a la indiferencia religiosa o al *odium*

theologicum del ateísmo y se hiciera incapaz de educar, por negar o ignorar las verdades fundamentales del orden moral y social, que son las teológicas, pasen al desván de todos los trastos inútiles los chirinvolos de la educación laica o sin Dios, y que Dios, en su infinita misericordia, perdone a quienes en su indefinida maldad roban fe, moral y civilización a los hijos del pueblo.

Si aún quedan ilusos que esperan la salvación de una sociedad minada y corroida sólo por un cambio de dinastía o forma de gobierno, y mientras tanto nada hacen por salvarla, ni mejorarla, ni evitar su ruina, pasen tales infantitos al limbo, si es que en el limbo se admiten los desidiosos y holgazanes, soñadores e ilusos.

Si hay malvados que expiden venenos de errores, corrupciones e injusticias, cubiertos con la bandera de la democracia y la ilustración, dejen a un lado eufemismos de secta y no tomen el nombre del pueblo para timarle su credo, su libertad, su derecho y sus costumbres.

Si hay oligarquías de vividores que a turno mandan y a turno cambian la opinión pública y a turno van restando verdad, moral y derecho cristiano, y a turno mudan el pensamiento y la dirección de la Patria (que son ellos), poniendo como criterio y norma de gobierno el cambio, la inestabilidad, *el turno*, miremos con repugnancia un sistema y un procedimiento a los cuales ningún jefe de familia entregaría la suya, ninguna sociedad ni hombre de negocios quisiera ver sometidos sus asuntos.

Si hay quienes, ayunos de criterio propio, aceptan por sugestión el que les inspiran plumas asalariadas y se convierten en fonógrafos repetidores de la prensa liberalista y masonizante, hagamos algo más que estériles lamentaciones para redimir de la esclavitud, del error y de las sectas a esos *analfabetos* que leen y no saben sino casar letras, no ideas ni pensamientos, y a los egoístas, cobardes y perversos que así no piensan, aunque se disfracen de buenos y hasta de piadosos, no los oigamos.

Si deslumbrados por el brillo de los adelantos materia-

les y sugestionados por escritores preocupados o ignorantes, llegan algunos al sumum de la ridiculez, de la ignorancia y desaprensión, afirmando que el ferrocarril, el telégrafo y todos los descubrimientos y adelantos se deben a la libertad y el saber ateos, y que la Iglesia y los cristianos aborrecen esos adelantos, compadeceos de ellos, porque son, cuando eso escriben, plumas que mienten, y cuando eso leen y lo repiten, lenguas de seres ridículos e inconscientes.

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (7.ª).

*La cúspide de nuestra orientación es Dios.
El ateísmo es la antipedagogía.*

Hacemos a nuestros lectores la justicia de supónerlos racionales, libres y honrados, y que, en cuanto racionales, nada admitirán que a razón se oponga; en cuanto libres, todos reconocerán, en sí y en otros, el sentimiento y amor de la libertad, y en cuanto honrados, nada querrán que a la justicia ó deber contradiga.

Y esto supuesto, decimos nosotros: ¿Existe Dios? ¿Es el principio y fin de todas las cosas? ¿Somos nosotros, seres conscientes y libres, hechos por El y para su gloria?

De la primera pregunta pende la solución de las otras dos.

Ninguna de estas preguntas está fuera del alcance de un niño de escuela; todas pueden ser contestadas con un poco de Catecismo; si pues hay escritores y gobernantes y pretendidos educadores que no las saben en plena civilización cristiana, es porque esos tales, en estas rudimentarias materias de pedagogía racional, humana y cristiana, son seres acivilados y atrasados, lo ignoran todo.

El liberalismo, que para legislar, gobernar y educar

parte del ateísmo, es, ante todo y sobre todo, cuestión de ignorancia, problema de ineducación.

Tratar, pues, una y cien veces de esta ignorancia para curarla, tratar en mil formas de este *analfabetismo* político-religioso y pedagógico, para contenerlo y evitar su avance en la legislación y enseñanza, es reconocer un grave mal y buscar su remedio.

No otra cosa se intenta en todas las Hojas Coeducadoras, de las cuales las últimas son como el alma, la esencia y resumen, pues la idea de Dios es la verdad madre opuesta al error capital de la pedagogía laica, que es la pedagogía sin Dios.

¿Dios existe?

Esto equivale a decir si existe algo, porque si Dios no existiera nada hubiera, y así la negación de Dios es la negación de todas las cosas.

En efecto; suponed que hace mucho (trillones de siglos) nada hubiera habido, ni Dios, ni mundo. ¿Ahora qué habría? Nada. Eternamente (o para siempre), ¿qué habría? Nada. ¿Sería posible la existencia de algún sér, de un átomo, de un grano de arena, del ala de un mosquito? Imposible.

Neguémoslo, pues, todo, o afirmemos honradamente la existencia de Dios, esto es, de un Sér eterno o que no tuvo principio y del cual todas las cosas que no son eternas debieron salir por creación.

Qué es lo que nos enseña el Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador de cielo y tierra».

¿Tan difícil es esto que no se puede entender? ¿Tan oculto que no se vea con claridad? ¿No es verdad que para ser ateo es menester no pensar y que para ser liberalista (o ateo en política) es menester ignorar el Credo?

El liberalismo, *ut sonat*, es incompatible con la fe y con el buen sentido, es la suma ignorancia.

Y Dios no es materia.

Si el Sér primero, el Eterno, fuera la materia, habría que conceder a ésta mil cosas que no tiene, habría que hacerla Dios para que fuera lo que no es. La materia no entiende. ¿De dónde viene la inteligencia admirable que brilla en el mundo? La materia es inerte. ¿De dónde nace ese movimiento rapidísimo y ordenado de los astros? La materia es inorgánica. ¿De dónde vienen esos complicados organismos de los animales y plantas? La materia es insensible. ¿De dónde nace la sensibilidad de los seres animados? La materia es ciega. ¿De dónde viene esa vista del presente y ese instinto del provenir que conserva y multiplica los animales? La materia es cosa muerta. ¿De dónde viene la vida? La materia es torpe. ¿De dónde viene la libre actividad? La materia es indiferente. ¿De dónde nace la determinación de la voluntad? En suma: para ser ateos materialistas hay que afirmar de la materia mil absurdos y sumarlos todos, y decir: ese mónstruo, que ni ve, ni oye, ni entiende, ni vive, ni siente, ni quiere, ni es capaz de ello, ese es Dios, y para que lo sea hay que darle todo lo que no tiene y suponerle todo lo que no es.

(Que es lo que hacían los idólatras con sus ídolos.)

El Dios Casualidad.

Cuando se excluye a Dios Padre Creador y Ordenador del Universo, se presenta a ocupar su puesto cualquiera invención humana, porque el hombre, pensador por naturaleza, necesita darse explicación de la existencia del mundo y del orden que en él brilla.

Y he aquí que, excluído el espíritu y admitida exclusivamente la materia (*porque sí*), surge la filosofía de la *casualidad*, que equivale a decir que el mundo existe por-

que existe y está ordenado porque lo está, todo por mera casualidad.

¿Cómo comenzó a ser el mundo? Por casualidad.

¿Cómo se ordenó la materia? Por casualidad.

¿Cómo se organizaron los seres? Por casualidad.

¿Cómo se produjo la primera rosa? Por casualidad.

¿Cómo se produjo el primer rruiseñor? Por casualidad.

¿Cómo se formó el primer hombre? Por casualidad.

¿Cómo hoy todo se rige por causas y no por acaso?

Por casualidad.

¿Cómo hoy la casualidad no existe? Por casualidad.

¿Cómo hoy la casualidad no hace hombres? Por casualidad.

¿Cómo estando siglos y siglos lanzando sobre un tablero letras de imprenta no se forma ni una línea de lectura? Por casualidad.

¿Cómo salpicando lienzos y lienzos con los colores de un pintor arrojados a granel no resulta ningún cuadro? Por casualidad.

¿Y en el mundo hay ciencia, leyes, cuadros, armonía que pasman? ¡Casualidades!

¿Cómo con todos los pitos de una banda sonando por casualidad no resulta armonía? Por casualidad.

¿Cómo, si las combinaciones casuales hicieron brotar de la muerte la vida, hoy todo sér vivo viene de otro vivo? Por casualidad.

¿Por qué si la casualidad formó un organismo éste fué ya en adelante causa, y no casualidad, de otro y otros organismos semejantes? Por casualidad.

¿Por qué los inventos del hombre son hijos de su inteligencia y los ingenios de la naturaleza son hijos de la casualidad? Por casualidad, esto es, porque sí.

¿El mundo, pues, no es un pozo de sabiduría? No es sino un conjunto de maravillosas casualidades.

¿Las casualidades no se repiten, no son constantes? Aquí sí.

¿Las casualidades no son complicadas? Aquí sí.

¿Las casualidades no pueden ser previstas? Aquí sí.

Basta, señores materialistas, basta de tantos y tan sentidos dislates.

Las casualidades no son sino salidas de la ignorancia acerca de las causas que producen los hechos. La casualidad es, pues, la ignorancia.

¿Y esta ignorancia es la que pretende explicarlo todo?

¿Y esta ignorancia es la madre de la sabiduría y del orden, y la firmeza, y seguridad, y poder, y hermosura inefables que brillan en todo el Universo?

¡Gran divinidad es la ignorancia, puesto que sirve para reemplazar a Dios!

El ateísmo es cuestión de ignorancia e ineducación.

El liberalismo, en cuanto ateo, es el sistema político religioso de la ignorancia y la ineducación.

Necesidad pedagógica de Dios en la enseñanza.

(Diálogo.)

Niño.—¿Quién produjo el primer pajarillo?

Maestro.—Nació de un huevo.

N.—¿Y el primer huevo?

M.—(La ley del docetismo laico le prohíbe decir que Dios, y contesta): La casualidad, o qué sé yo.

N.—¿Por qué suceden los días a las noches y a la primavera el verano?

M.—Por los movimientos de rotación y traslación de la tierra.

N.—¿Y por qué tiene esos movimientos la tierra?

M.—Porque la atracción combinada de los astros se los comunica.

N.—¿Y quién dió esa atracción combinada a los astros?

M.—(Al maestro del ateísmo o laicismo le está prohibido decir que Dios, y dice): La casualidad, o qué sé yo.

N.—¿Mucha fuerza tendría el primer motor de tan grandes masas?

M.—Sí.

N.—¿Y mucho talento para combinar tanto movimiento de tantas esferas con tan admirable precisión matemática?

M.—Psss...

N.—¿Una inteligencia y poder tan grandes merecen admirarse y alabarse? Serán...

M.—(El maestro, al ver venir a Dios, cambia la conversación, y dice): No te metas en esas honduras hasta que tengas veinte años.

N.—Usted ya los tiene y lo sabrá.

M.—Vaya si lo sé.

N.—Usted dice que por la obra se viene en conocimiento del artífice.

M.—Sí.

N.—Y que por el libro se conoce al autor.

M.—Sí.

N.—¿Y por el reloj al relojero?

M.—Sí.

N.—Y por la obra, libro y máquina admirable del Universo, ¿a quién conoceremos?

M.—A la Sabia Naturaleza.

N.—¿Pero la Naturaleza sabe?

M.—¡Vaya si sabe!

N.—¿Y nunca se equivoca?

M.—Jamás.

N.—¿Entonces es Dios?

M.—(El maestro, a quien está prohibido afirmar la existencia de Dios, se apea del burro de la ridiculez y monta en el de lo autoritario, diciendo): Hasta que no tengas veinte años no debes saber eso.

Pedagogo.—Y como no hay tres preguntas ordenadas que no terminen en Dios, no hay diálogo en que el maestro ateo no se ponga en berlina y en que el educador irracional no extravíe el criterio naturalmente cristiano y lógicamente honrado del niño; todo para que el niño

no vea a Dios. ¿Y esta es la pedagogía de los hombres de bien?

Los ejemplos y compromisos del instructor se pudieran multiplicar hasta lo infinito, y decimos nosotros: Si Dios se asoma por todas partes, ¿qué pedagogía es esa que se propone ocultarle para que no sea conocido y amado?

Si Dios está en todas sus obras y éstas le enseñan, ¿dónde cabe cosa más antinatural que por sistema ocultarle o velarle para que los educandos no le vean? ¿No será la pedagogía del ateísmo la más antinatural de todas las pedagogías, y además, la más inicua e impía?

Si pensar es raciocinar y tres raciocinios llevan a Dios, ¿no será irracional la pedagogía que a Dios escamotea o tima en la escuela?

Si Dios está en todo, como causa creadora, ejemplar, y final, ¿no habrá que desarticularlo todo, filosofía y sociología, legislación y educación, para que nada tenga lazo o nexo con su causa primera, idea ejemplar y plan y fin superiores?

En suma: el maestro ateo no vale para pedagogo, la escuela atea no es pedagógica, sino todo lo contrario de la pedagogía. La irreligión es la antieducación.

Ahora bien; si Dios no puede ser excluido de la escuela, ¿se podrá excluir al Sacerdote, que es el Ministro de Dios cerca de los hombres? Claro es que no, y, por tanto, Sacerdocio y Magisterio deben estar muy unidos en la obra magna de la Coeducación.

Esto dice la razón y esto enseña la historia. Cuando la escuela vuelve la espalda al Cielo, deja de ser casa de educación y se convierte en una sucursal del ateísmo.

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (8.ª).

Las ciencias nos llevan a Dios.

El mundo se rige por leyes, y de tal modo, que nada hay en él que no esté ordenado, esto es, legislado y reglamentado. Registrad con el telescopio el mundo de los astros, investigad con el microscopio el mundo de los microbios, arriba y abajo, en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño; en todo veréis leyes que rigen a todos los seres.

Las ciencias naturales y sociales, las que se ocupan de la materia y las que estudian el espíritu, todas, todas, todo y todo lo que examinan y estudian y comprueban son causas, leyes y hechos en relación con esas causas y leyes. La ciencia, pues, no es otra cosa que el estudio de la legislación del mundo.

Y no solamente todo el saber humano (y lo que resta por saber) se reduce a conocer leyes, sino que aspira a investigar el principio de unidad y mutua relación que existe entre todas las cosas y sus leyes, parando en la conclusión de que hay un principio de unidad que armoniza, traba y une entre sí todas las cosas, obedeciendo todas ellas, desde sus leyes primarias y sus más mínimos detalles, a la realización de un vasto plan, que es el orden universal.

¿Y ese orden no tendrá un Ordenador? ¿Esas leyes no tendrán un Legislador? ¿Esa unidad no revelará un Unificador? ¿Ese plan no indicará una soberana Inteligencia? ¿Esa armonía no será hija de un Organizador? ¿Será también la casualidad, la estúpida casualidad, la ignorante y desconcertada casualidad la madre de todas las ciencias, de todas las leyes, de todo el orden, de toda la unidad y armonía que hay en el Universo?

Aquí del impío Voltaire dando lecciones a los ateos casualistas más ignorantes e impíos que él:

*Nunca ha sido el acaso ordenador
Y cuanto más lo pienso y considero,
Veo que no hay reloj sin relojero,
Ni puede haber criatura sin Criador.*

El reloj indica la existencia del relojero, el zapato la del zapatero, el libro del librero. (escritor y hacedor de libros), el edificio al constructor, todo ingenio al inventor, toda máquina al maquinista, todo artefacto al artífice: pero en tratándose de lo que tiene más arte, ingenio, sabiduría y ciencia que todas las obras del hombre, que es el Universo, ya no hay autor, inteligencia ni voluntad ni sabiduría; *todo es efecto de la casualidad*, que desde muy antiguo acertó a ser por casualidad y después jamás se equivocó ni por casualidad.

¡Oh impiedad, cuán llena estás de casualidades! ¡Tanto como de ignorancias y atrevimientos!

La ley natural o moral nos lleva a Dios.

Hay en el fondo de nuestro sér grabada de modo indeleble una norma de bien obrar que llamamos ley natural o moral. Conformes a esa ley del bien obrar han de ser nuestros pensamientos, palabras y obras para que sean buenos, y ninguno tiene poder para sustraerse al remordimiento, cuando la viola, ni deja de experimentar tranquilidad y bienestar moral cuando la observa.

¿Quién, descontando a Dios, ha podido grabar esa ley en el alma de todos los hombres? ¿Quién la ha hecho superior a todas las opiniones, costumbres, leyes, cultos y legisladores, y aun a los intereses y pasiones de los mismos hombres legislados?

Si del hombre fuera esa ley, el hombre pudiera derogarla o cambiarla; si las costumbres la hubieran establecido, las costumbres la hubieran quitado o variado; si el convencionalismo la hubiera inventado, la conveniencia

la hubiera arrumbado. Cuando, pues, aparece como algo esencial al sér humano, es porque nace de su misma naturaleza, es porque el hombre ha sido hecho para el bien y el bien le ha sido impuesto como un deber por la ley moral o natural.

Aquí preguntamos a los que se dicen librepensadores: ¿Cuál es la norma de vuestras acciones? La razón. Perfectamente. ¿La razón que alumbra y promulga la ley del deber o la razón que inventa y crea el deber? Si lo primero, sois racionales y afirmáis lo que los cristianos: «La ley natural se promulga por la recta razón.» Si lo segundo, sois racionalistas y hacéis brotar de un pensamiento, de un juicio, de una opinión la existencia o desaparición del deber.

Y si el hombre se da la ley, ¿por qué no se la ha de quitar? Y si el bien y el mal es obra de mi razón, ¿por qué ha de haber crimen, no habiendo culpa en los errores? ¿Qué será una ley cuya especialidad consiste en no ligar, en no obligar, en no venir de un superior, en no tener otro juez ni castigo que mi propio criterio?

Conclusión de las tres últimas Hojas y todas las anteriores.

Existe Dios, porque la ley moral grabada en la conciencia del hombre revela un Sér Espiritual Moral y Santo que las grabó; porque en todo hay sabiduría, orden y sanción, lo cual revela una Suprema Inteligencia, Voluntad e Imperio; porque todos los hombres de todos los tiempos y climas han dado testimonio de esta verdad, todas las religiones son otros tantos testimonios, y porque, si no existiera, habría que inventarle; porque lo *temporal* supone necesariamente lo *Eterno*, el *efecto* supone la *Causa*, la *obra* supone el *Artífice*, la *unidad* del mundo supone al *Gran Uno*, la *sabiduría* al *Gran Sabio*, la *bondad* al *Santo*, la *ley* al *Legislador*, la *dependencia* al *In-*

dependiente, la sucesión al Primero y la ordenación y encadenamiento de los fines al Ultimo. Y sin este Sér necesario nada habría posible, sin este Sér eterno nada habría temporal, sin este Sér ordenador nada habría ordenado, sin este Sér moral nada habría bueno, sin este Legislador de conciencias nadie imperaría en ellas, sin este Sér Inteligente no habría inteligencia, sin este Sér Voluntad no habría mandato, sin este Sér Soberano no habría autoridad, sin esta Suprema Paternidad no habría filiación, sin este Primer Hecho, o mejor, Causa de todas las causas no habría hecho ni causa ni efecto, sino la nada, que eternamente sumada con la nada daría la nada en todos los órdenes (del pensamiento y la acción, de los destinos y causas de todas las cosas, y, por tanto, de la educación).

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS (9.^a).

La triple unidad de la Coeducación exige orientación pedagógica.

Tres cosas son menester para poder coeducar: Primera, Unidad de pensamiento en las ideas fundamentales de la educación. Segunda. Cooperación o concurso de los Educadores en la obra magna de educar. Tercera. Cierta unidad de procedimiento al ejecutar la obra según el plan concebido. La unidad de idea, la unidad de acción y la unidad de plan darían de sí la coeducación, que no es sino la unidad cooperando en la acción educadora.

Si falta la unidad en las ideas madres o fundamentales y trascendentales, falta la base y fundamento de la coeducación; si falta el concurso de los distintos Educadores para la obra común de la educación, falta la acción coeducadora; y si no hay un plan según el cual se

debe desarrollar sistemáticamente dicha acción, no hay coeducación intencional, consciente y artística, sino que todos irán a salga lo que saliere, y no saldrá nada sino por casualidad, y a pesar de la algarabía que sacrílegamente apellidan Pedagogía.

Para coeducar, pues, es menester saber orientar la educación, esto es, fijar el norte al cual deben dirigirse o por el cual deben guiarse todos los educadores y sus planes; señalar la idea madre y emperatriz a la cual todas las ideas y enseñanzas deben reverenciar y subordinarse.

Esta idea madre, para nosotros, es la idea de Dios, y según ella han sido escritas todas las Hojas Coeducadoras, que forman un libro y pudieran multiplicarse hasta hacer una biblioteca, porque el tema es inagotable y no del todo inoportuno.

Hacer ver que el ateísmo es la antipedagogía, que el laicismo es la antieducación, que sin Dios no hay escuela educadora, ni puede haber hombres, familia, patria, ni humanidad cabales, es siempre un tema interesante y en nuestros días de grande provecho y actualidad.

Conclusión.

En las Hojas Coeducadoras hay una idea madre, la idea de Dios sirviendo de base para la educación humana, racional y cristiana, y, por tanto, para la coeducación de los hombres.

Lógicamente se desprende de esa verdad fundamental que el laicismo es un error capital, o padre de multitud de errores antipedagógicos, y, por consiguiente, que es opuesto a toda educación completa o cabal, humana y racional, social y cristiana.

El laicismo, entre nosotros, es el ateísmo, la escuela laica es la escuela anticristiana y atea; no es la casa de educación humana, sino la sucursal disfrazada de las sectas más radicales y peligrosas; no es semillero de hom-

bres, sino incubadora de sectarios del ateísmo y anticristianismo; es la impiedad disfrazada de magisterio, es el ateísmo sirviendo de base para los hombres del porvenir, para las familias del porvenir, para las sociedades y Estado del porvenir, para lo cual se inocular desde la infancia a los hombres del porvenir, que son los niños...

Ahora dormid tranquilos, hombres de bien y rectores de las almas y los pueblos. Si sólo se trata de hacer ateos a los niños...

HOJAS EDUCADORAS

NOTES EDUCADORS

EDUCAR ES COMPLETAR HOMBRES.

1. *¿Y cuáles son los hombres completos?*

Son hombres completos los hombres sanos, inteligentes, laboriosos, honrados y perfectos; son los hombres de tal manera formados que aspiran constante y enérgicamente a realizar los altos y nobles fines a que están destinados, subordinando a ello todas sus pasiones, intereses y acciones; son los hombres bien orientados que siempre y en todo aparecen idénticos a sí mismos y consecuentes con las verdades que les sirven de norma en la vida; son hombres bien engendrados, bien nacidos, bien criados y educados, que estando sanos de cuerpo y alma y bien desarrollados, emplean sus fuerzas corporales y espirituales en bien propio y de sus semejantes; son los hombres de hombría cuyas notas distintivas son la unidad, sencillez y constancia en el bien, que son ingenuos, sencillos, nobles, veraces, consecuentes, justos, humanos, perseverantes y enérgicos; son los dueños de sí y de cuanto les rodea, no por la imposición de la fuerza, sino por la superioridad del carácter; son los que miran alto, sienten hondo y caminan inalterables a fines elevados, los que tienen en su voluntad una fuerza colo-

sal e irresistible, no pudiendo más que lo que quieren y no queriendo más que lo que deben; son los hombres que son hombres, los verdaderamente dignos del fin para que han sido criados y de la familia y la sociedad a que pertenecen; en suma, son los hombres enteros y cabales, a quienes nada falta de cuanto deben tener: salud, inteligencia y bondad, en el grado más perfecto posible.

2. *Educar es completar hombres. ¿Y qué es educar?*

El arte de hacer hombres completos o cabales.

Educar es desarrollar y desenvolver los gérmenes de todo lo bueno que Dios ha plantado en el hombre para procurar su dicha temporal y eterna; educar es contener (si no es posible arrancar y destruir) cuanto se oponga al cultivo, perfección y ventura del hombre; educar es procurar la salud y precaver la enfermedad del cuerpo y alma, es intentar la robustez, agilidad y vigor físico, y combatir la endeblez, ineptitud y la anemia; es promover el desarrollo de la inteligencia por el saber y la cultura, desterrando la ignorancia y la barbarie; es ordenar la vida hacia la honradez y santidad y apartarla de todo lo que sea inmoral e impío; educar es precaver y mucho más, es instruir y mucho más, es orientar y mucho más, es perfeccionar la obra predilecta de Dios, que es el hombre, hasta hacerle semejante a Él; es formar hábitos, crear costumbres, hacer caracteres nobles y dignos, modelados según aquel divino Tipo que vino del Cielo y es el Hombre por antonomasia, quien nos dió el ideal de la educación perfecta en estas palabras del Evangelio: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.»

No hay, pues, ni obra más grande que el hombre completo o cabal, ni labor más importante que la educación que le forma.

3. *Educación es completar hombres. Pero sin educación, ¿no habría hombres cabales o completos?*

No los habría.

La educación es una obra necesaria, pues sin ella ni en el orden físico podría el hombre desenvolverse y vivir, ni en el intelectual sabría discurrir ni arbitrar los medios para la vida, ni en el orden moral acertaría a ordenar su voluntad, inclinaciones y pasiones según el deber.

El hombre es un ser muy imperfecto, pero inmensamente perfectible, y la educación es la encargada de esta obra magna de convertir lo imperfecto en perfecto.

El hombre es la imagen de Dios, pero afeada y oscurecida, y a la educación toca restaurar, hermosear y brillantar esa imagen.

El hombre es hijo adoptivo de Dios, por la gracia, y un heredero de la Gloria por la santidad, y la educación es la encargada de cultivar esa gracia y santidad para obtener como recompensa el cielo, etc., etc.

Sin educación, pues, ni habría hombres, ni artes, ni ciencias, ni virtud, ni gracia, ni santidad, ni gloria, todo lo cual es menester para hacer hombres completos o cabales, tales cuales deben ser y Dios los quiere y la sociedad los necesita.

4. *Educación, completar y acabar hombres es obra larga y compleja.*

El engendrarlos es obra de un momento, el gestarlos y alumbrarlos, obra de nueve meses; el criarlos, obra de siete u ocho años; mas el educarlos o completarlos es obra de veinte o más años, por no decir de toda la vida.

Quien los engendra y gesta y cría atiende a sus cuerpos; quien los instruye, adiestra y pule, atiende a sus

inteligencias; pero quien educa atiende al hombre físico a la vez que al hombre intelectual y moral, a todo el hombre, para perfeccionarle y completarle.

5. *Educar es completar hombres incompletos.*

Hay quien forma hombres para el trabajo, para la ciencia, el arte, la industria, la familia, la patria o la religión; mas quien los educa los debe formar a la vez para que puedan cumplir todos sus destinos temporales y eternos, y a esto se llama completar hombres, hacer hombres completos, esto es, capaces de cumplir todos sus fines temporales y eternos, individuales y sociales, intelectuales y morales, corporales y espirituales.

6. *Educar es completar hombres imperfectos.*

No es dejar a éstos en la endeblez y miseria, en la ignorancia y abandono, en la pendiente de la pasión ni en el pozo del vicio, sino nutrir, robustecer, alumbrar, rectificar y enderezarlos hacia la verdad, el bien y la dicha, sin lo cual los hombres no serían hombres, sino rebajadas bestias, torcidos seres y miembros nocivos o inútiles de la humanidad.

7. *Educar es completar hombres, haciéndolos guías y dueños de sí mismos.*

No es sólo hacer niños sanos, jóvenes y robustos y hombres inteligentes y activos, sino constituirse en ayo o guía del niño, del joven y del hombre y no abandonarle hasta que esté en disposición de ser ayo, maestro, guía, rector y dueño de sí mismo, sin otros inconvenientes ni peligros que los comunes a todos los hombres bien

formados, bien informados y bien orientados y disciplinados, esto es, bien educados o acabados.

8. *Educación es completar hombres según lo que los hombres son.*

Son éstos corporales y espirituales y tienen fines temporales y eternos que cumplir, y la educación que sólo atiende a hacer bestias perfeccionadas dejará de ser humana y cristiana. Es menester atender al cuerpo y al alma, a los bienes terrenos y a los celestiales, siempre con la debida discreción y subordinación. El materialismo y el ateísmo, pues, son incapaces de educar o formar hombres completos o cabales.

9. *Educación es completar hombres, cultivándolos sin interrupción.*

Así como el que planta y no cultiva, o cultiva al principio y después abandona la plantación a todos los accidentes del tiempo y de la voluntad de los malvados, no recoge sino poco y malo o nada, también el que educa a los niños y los descuida jóvenes y adultos a sus pasiones e ignorancias y a las influencias de los escándalos, no cultiva ni acaba hombres.

10 *Educación es completar hombres en lo físico y en lo moral.*

Y como el hombre más completo es el sano de cuerpo y alma, y además de sano el más perfecto en aptitudes y virtudes de cuerpo y alma; la educación completa atiende y cuida con diligencia y esmero de la salud del cuerpo y del alma, y de la perfección y desarrollo de todas las fuerzas y aptitudes del educando, y preferente-

mente de la perfección moral, de las virtudes, por relacionarse de un modo más directo con lo que el hombre tiene de divino, ya por su origen, ya por su destino.

Sin este complemento no hay hombre completo

11. *Educar es completar hombres, no mutilarlos.*

Para lo cual es menester saber cuál es el remate y complemento de la vida del hombre, esto es, aquel objeto en el cual los demás se suman, aquella aspiración que reúne todas las aspiraciones justas del hombre, aquel fin que, por dominar a todos los demás fines, hace de todos nuestros actos, estados y profesiones, medios, y nada más que medios, a él ordenados y por él dominados. Y sabiendo este objetivo final y supremo de la vida del hombre, es menester orientar la educación hacia él si queremos que la educación del hombre sea humana y total y no mutilada y desorientada.

II

EDUCAR ES COMPLETAR HOMBRES, SEGÚN DIOS.

12. *Educar es completar hombres, según Jesucristo.*

Para saber cuál es el modo de educarlos, hay que saber lo que es menester para completarlos, y aquí entra el cristiano a ordenar, corregir, perfeccionar y completar el sér humano; quien después de haber sido elevado por gracia al orden sobrenatural, del cual se cae por la culpa, no sabe, ni puede, ni quiere nada que a ese orden se refiera sin el auxilio de la gracia. Sin Jesucristo no hay redención ni salvación, y sin la educación que enseña a

orar, creer, pedir, obrar y vivir en cristiano, el hombre carece de aquel complemento que a Dios plugo darle y a los educadores no es lícito quitarle ni restarle.

Pueden los meros filósofos conocer algunas verdades referentes a la educación; puede el paganismo presentar algunos modelos de hombres políticos y sociales, pero ni aquéllos presentarán un conjunto acabado de doctrinas y máximas que sirvan para acabar y completar la obra de la educación, ni éstos serán hombres completos y modelos acabados de pensar y sentir, querer y obrar. Y es que obra tan compleja, tan difícil, tan honda, tan unida al origen y al modo de ser del hombre y a sus culpas y malas inclinaciones, exige saber más que lo que la razón discurre y obrar mejor que lo que el mundo sabe.

13. *Educar es modelar hombres según la imagen de Dios.*

Al crear Dios al hombre, le hizo a su imagen, y al dotarle con los dones de su gracia, le dió como la figura y molde de la divinidad, merced a lo cual nos llamamos y somos hijos de Dios por adopción. Es cierto que el pecado, el horrible pecado, nos priva de la gracia y afea esa imagen de Dios, tanto natural como sobreañadida; pero también lo es que la educación debe ir ordenada a conservar limpia y hermosa aquella divina imagen, a restaurarla, una vez afeada, y a perfeccionarla en todo caso, obra en la cual nunca se puede llegar al *non plus ultra*, pues siempre queda algo por hacer.

Considerad cuán grande cosa es la educación cuyo ideal es hacer de hombres imperfectos, deformados y pecadores, ignorantes y apasionados, verdaderas imágenes de Dios en el grado más perfecto posible.

14. *Educación es completar hombres, coeducando con Dios.*

Lo cual es tan difícil de hacer y tan necesario que es la obra más meritoria de cuantas pueden emprender los mortales. Dios mismo, compadecido de nuestras ignorancias, torcidos juicios y peligrosos caminos en materia tan relacionada con la salvación, se ha constituido en instructor y educador nuestro por la Escritura y la Tradición y por el Magisterio de la Iglesia, depositaria de la revelación. Si queremos, pues, acertar el camino de la recta educación, acudamos a estas fuentes, de las cuales sacaremos el verdadero conocimiento de Dios y de nosotros mismos, que es lo que más importa saber a los formadores de hombres completos o cabales.

15. *Educación es completar hombres por medio de la naturaleza.*

Para lo cual han sido hechas y ordenadas todas las cosas, de tal suerte, que podemos considerar la creación como un gran libro escrito para la enseñanza y educación del hombre y para gloria de Dios. «El Cielo cuenta la gloria de Dios, y el Firmamento anuncia que es obra de sus manos.» ¿Qué habrá en el mundo de la materia y del espíritu, de lo inorgánico y de lo orgánico, de lo insensible y de lo sensible, qué habrá que no revele ciencia, sabiduría, ley, orden, previsión, enseñanza y admiración? Pues todo lo que es creación es para perfeccionar nuestra educación y completarnos.

16. *Educación es perfeccionar a hombres incompletos.*

Claro que sólo se perfecciona aquello que no lo está y que el hombre es en sí una sustancia tan imperfecta, que si por la educación no se le perfeccionara o mejora-

ra llegaría a ponerse en muchas cosas al nivel de la bestia. El hombre es un sér comenzado a hacer, y debe terminarse, ya por su propio esfuerzo y voluntad, ya con el auxilio que de otros reciba. De aquí que el ser bueno o ser malo, ser ilustrado o no serlo, el valer para los oficios y profesiones o no valer, dependen de nosotros y de nuestros Educadores.

Por donde se ve lo que el hombre es y no es, lo que le hace valer la educación y le hace desmerecer la falta de ella, y como no hay cosa que más valga ni que en más deba estimarse; la misma palabra de *padres* pierde su valor y grandeza cuando por padres se entienden los que procrean y no los que educan. Comenzar hombres y dejarlos sin concluir no es amarlos, y quien no ama no es padre.

III

EDUCAR ES HACER HOMBRES COMPLETOS POR MEDIO DE PADRES CABALES.

17. *Educar es completar hombres valiéndose de los Padres.*

La educación es un complemento que supone un instrumento lleno de amor y providencia, para tomar al niño desde sus primeros años y no dejar de cuidarle hasta que se halle en el completo uso de sus facultades y medios de vida, y ese instrumento amoroso y providencial, vigilante e incansable, son los Padres.

La educación es la obra de la paternidad. Las amas y niñeras, los ayos y maestros no excusan a los padres de esa potísima obligación suya, ni deben aquéllos ser sino los ejecutores de lo que los padres no puedan hacer, y

siempre en su nombre y bajo su autoridad, vigilancia y responsabilidad. Qué bien expresan las Partidas (Ley 3.º título 20, Partida 2) la idea de que a quienes engendran hijos incumbe acabar hombres.

«Amuchiguar non se puede el pueblo en la tierra solamente por fazer fijos, si los que ovieren fecho non los supiesen bien criar, e guardar que vengan a *acabamiento de ser omes.*»

Y al decir Padres, no decimos la parte que a cada uno corresponde en la crianza y educación, porque esto nos llevaría muy lejos; pero sí debemos decir que a los dos incumbe desearla por igual; al padre el dirigirla, si es capaz, a la madre el iniciarla en la cuna; al padre y a la madre el procurarla en el hogar, y al padre principalmente el defenderla y garantirla en el mundo, sin que los negocios, por muchos y grandes que sean, le excusen de este negocio de los negocios, que es hacer de un hijo un hombre cabal.

18. *Educar es completar hombres por medio de los Padres.*

Más sobre lo dicho. Como no se puede completar lo que carece de principio, en la educación paterna está la base de todo el edificio. Cuiden, pues, los Padres de concebir en santidad a sus hijos, de gestar con quietud y sosiego el fruto de sus entrañas, de asistirle al nacer y cristianarle en cuanto nazca, de conservarle como depósito precioso de Dios y su Iglesia, de amamantarle, de orar y ofrecer sacrificios por él, de vigilarle y no descuidarse jamás, de edificarle con el ejemplo, ilustrarle con la enseñanza, ordenar su vida, corregir sus yerros, castigar sus excesos, orientar sus aficiones, ideas, pasiones e inclinaciones hacia fines honestos y santos, de sostener sus buenos propósitos en medio de su natural volubilidad e inconstancia; cuiden de enseñar a sus hijos a ser hombres y cristianos prácticos, buenos hijos y amigos y com-

pañeros amables, obedientes, benignos, dóciles, generosos, compasivos, sobrios, valientes, humildes, laboriosos y castos; en suma, preparen los hombres cabales del porvenir, educándolos bien al presente.

Y si al que pinta un lienzo o talla una efigie con arte se le dedican estatuas, ¿qué alabanza y honor serán suficientes para premiar la obra magna del padre que logra ser el hábil artista de la educación de sus hijos, hasta hacer de ellos verdaderos hombres, esto es, hombres concluidos o cabales?

19. *Educar es completar hombres, comenzando desde la lactancia.*

Si la naturaleza (que es la mandadera de Dios) nutre con la sangre de la madre la vida del hijo que se halla en sus entrañas, y cuando éste nace aquélla traslada la fuente de la vida al exterior, a los pechos de la madre, para que de allí la sorba el recién nacido, la madre que, sin gravísima causa, se niega a lactar a su hijo no es madre completa, no secunda la obra de Dios, no sigue los caminos de la naturaleza, es una madre a medias, y a medias tendrá derecho al amor y ternura del hijo, a la buena o mala disposición, salud, firmeza y demás virtudes y tendencias, aptitudes, sentimientos, etc., del hijo; que quien da de mamar a un niño por dieciocho meses es tan madre, por lo menos, como la que le alimentó, sin poderlo evitar, por nueve meses en el embarazo.

Es más; el hijo, si tuviera razón, podría decir a esa media madre: Tú me engendraste, pero no me criaste; me diste tu sangre mientras no pudiste evitarlo, y me la negaste en cuanto pudiste. La naturaleza dijo: Niño, aquí está tu alimento, en los pechos de tu madre, y tú secaste esos pechos para que yo no los mamara. La leche te decía: Yo soy el testimonio de que eres madre, y tú borraste ese testimonio para reemplazarle por éste otro: aquí hay una mujer que desea más agradar a los hom-

bres que a sus propios hijos, que prefiere exponer al hijo a los peligros de una sangre extraña y alquilada a renunciar al brillo de su rostro, que prefiere para su hijo una burra de leche a una madre con leche. ¡Cuánto más dichoso hubiera sido si mi madre fuera una pobre labriega! ¿Y tú quieres que no degenera, que nada se me pegue de lo que por tanto tiempo y en tan tierna edad me alimentó? ¿Que no sea ni ajeno, ni bajo, ni interesado, ni zafio, ni mal inclinado, alimentándome quien piensa y siente y obra por necesidad y da su pecho por merced, después de quitárselo quizás a su propio hijo o haber llegado a ser madre tal vez por el pecado? ¡Oh! Qué ruin madre es mi madre y qué pocas cosas grandes y nobles debe esperar de quien es hijo de tal y tan ruin sangre!

¡Oh madres! Completad vuestra maternidad lactando y criando vuestros hijos si queréis ser madres completas de hombres cabales.

20. *Educar es completar hombres, corrigiéndolos paternalmente.*

Para lo cual es menester hacer con ellos desde pequeños lo que se hace con los arbolillos recién plantados que tanto más se les cuida cuanto más peligros corren. Y hay más: el niño es no sólo árbol tierno fácilmente destructible, sino árbol torcido desde sus raíces, desde que fué concebido; y cuando más joven es, cuando debe comenzar a enderezarse, ponerse y guiarse, que después es casi imposible. ¡Oh! Vosotros, padres descuidados y negligentes, tan ignorantes como bonachones, no hagáis imposible o casi imposible la recta formación del hombre por descuidar su corrección y poda (de malos hábitos e inclinaciones) en los primeros años de la vida, que de ellos depende en gran parte toda la marcha, recta o torcida, del hombre. Si queréis completar hombres, no tardéis en comenzar su educación. No olvidéis este proverb-

bio: «La necesidad va ligada al corazón del niño y la vara de la disciplina debe ahuyentarla. (Proverbios, c. 22, v. 15.) No ama a su hijo quien no sabe castigarle.

IV

MÁS SOBRE LO MISMO.

21. *Educar es completar hombres, comenzando por lo físico.*

Para llegar a lo sumo, que es el hombre intelectual, moral y social, hay que comenzar por lo ínfimo, que es el hombre físico. El cuerpo es el órgano e instrumento del alma, y poca labor y mediana podrá ésta ejecutar careciendo de instrumento adecuado; por lo cual debe la educación poner sumo cuidado en lograr cuerpos sanos y ágiles flexibles y robustos, duros y resistentes, que sean aptos para la virtud y el trabajo.

Cuiden, pues, los padres: 1.º De que la concepción sea hija de naturalezas sanas, puras y en su pleno vigor y estado normal de higiene, que según fuere la semilla y plantación así será la generación.

2.º Cuídese de corregir pronto los defectos heredados y otros adquiridos; que la forma de los vasos se corrige antes de que se endurezca el barro de que se componen.

3.º Duerman cuanto gusten los niños, que el sueño tranquilo y profundo es su mejor alimento y lo que más favorece el crecimiento. Cuando los niños rayen en adultos, con ocho horas de sueño les basta. Cuídese, al despertar a los niños, no asustarlos.

4.º No exigir ni consentir a tiernos niños esfuerzo alguno, y menos que nada los del cerebro, las excitaciones nerviosas, las impresiones fuertes, miedos, sustos, fan-

tasmas, visiones horribles, estrépitos, etc. Suene a su lado la voz dulce, el canto agradable, y contémpnen sus ojos escenas y cuadros apacibles y deleitosos.

5.º Aclimátese el niño, o acostúmbrese al calor y al frío, a vivir en medio de la naturaleza y a identificarse con ella, a usar poca ropa y ésta que no le oprima, a bañarse en agua del tiempo, y esto con frecuencia, en invierno y en verano.

6.º Eduquen los ricos a sus hijos como si fueran pobres y no traten los pobres de aparecer ricos en el vestido, delicadeza, voluptuosidad, regalo y excesivo mimo para con los suyos; que de pequeños se hagan a todo, para que sirvan con todo, con calor y frío, con sol y sombra, con escasez y abundancia. No criéis petimetres ni damiselas, sino mozos robustos, vigorosos, frugales y laboriosos; no hagáis plantas de invernadero, sino hijos de la naturaleza criados a plena luz y en medio de ella, que es su elemento. Una cosa debe siempre evitarse: los cambios bruscos; estando acalorados no se bañen ni enfrién de repente, ni beban agua fría, ni se sienten en sitios húmedos y frescos, etc., etc.

7.º Los alimentos y condimentos mejores son los más sencillos: pan, agua, leche, legumbres, huevos y carnes o pescados frescos. Nada de licores, especias ni sales, nada de excitantes, golosinas ni aperitivos artificiales (café, te, vino, aguardiente, tabaco, cerveza, pimientos, almíbares), y de frutas, pocas y bien sazonadas, y mejor las secas que las frescas y verdes.

Con agua, aire, pan y algunas legumbres crían los pobres robustos hijos; aprended de ellos y no criéis niños golosos, caprichosos, antojadizos ni comilonos.

8.º La cama dura más bien que blanda, la alcoba de dormir que sea amplia y esté bien ventilada, la ropa limpia y el abrigo moderado; nada de colgaduras ni tapicerías ni recargo de adornos; un crucifijo o cuadro de la Virgen, una mesilla, una silla, una esterilla para los pies y mucho aire, luz y limpieza bastan.

Lo primero que preparan las aves es el nido, y lo pri-

mero en que deben pensar los padres es en la cuna, cama y alcoba de sus hijos. Las aves, al anochecer, se acuestan, y luego madrugan, y los niños son como los pajarillos. No lo olvidéis, padres trasnochadores.

9.º De bebidas, el agua limpia y fresca no tiene igual para niños, y aun para viejos.

De comidas, una buena, dos medias comidas y uno o dos pedacitos de pan solo o con fruta.

Si los niños son de teta, que mamen cada tres horas.

De medicinas, ninguna, fuera de las que aconseje el médico.

10.º En suma: procurad para vuestros hijos salud, robustez y actividad, buscadas y cultivadas por medio de la naturaleza y la higiene, por la sencillez, la sobriedad y la austeridad educadoras y formadoras del hombre.

22. *Educar es completar hombres, edificándolos.*

Para lo cual, en lo corporal y espiritual, hay que ayudar y no estorbar, ser ejemplo de buena educación y no escándalo o ejemplo de destrucción. Educadores, sabed que lo que educáis no está recto, sino torcido, y que la atmósfera del mundo no está pura, sino inficionada. ¿Queréis vosotros con vuestros ejemplos ayudar a caer a la naturaleza torcida y contribuir a intoxicar el aire que respira? Apenas sabe el niño ver, oír, gustar y sentir, y ya entran por sus sentidos el lujo, la vanidad, el orgullo, la mentira, la ira, la gula, el placer, la voluptuosidad, que son semillas del vicio depositadas en aquel corazón tierno. Si los padres, ayos y maestros no procuran preservar al educando de esos peligros, sino que los fomentan, ya por ignorancia, ya porque les divierten y caen en gracia las travesuras, ya por acallarlos cuando lloran, ya por vestirlos, regalarlos y tratarlos en porte, comidas, coche, teatro, etc., según la posición social en que figuran, entonces no completan hombres, sino que los deshacen y desmoronan.

¿Y qué diremos de aquellos padres, ayos, etc., que ante los educandos fuman, riñen, murmuran, alardean de ricos y bebedores, comedores, gastadores, de traviesos y pendencieros, de seductores, engañadores y corruptores, de indiferentes, impíos, lujuriosos, vengativos, maldicientes o blasfemos?

Aprendamos del jardinero a poner la varita junto a la planta a la que ha de servir de guía y sostén cuando apenas la ve asomar sobre la tierra, y no seamos los ciclones de la educación.

23. *Educación es completar hombres, comenzando desde el principio.*

Ya hemos dicho que no se termina lo que no se completa y no se completa lo que desde el principio no lleva hechura.

Principiis obsta, al principio de la vida, en la infancia, en los primeros días, meses y años es cuando se echan los cimientos del edificio de la educación, que después ha de completarse o terminarse. Sois racionales hasta con los animales, y si como tales reputáis a los infantitos, ¿habréis de faltar con ellos a los principios racionales de la educación? Y eso de pensar que el infantito que no habla no entiende ni aprende y con él sobra toda educación, es un error crasísimo opuesto a toda experiencia. El niño aprende tanto en los primeros años de la vida como no aprenderá después, aunque llegue a ochenta, y recibe tan viva y honda impresión de los primeros hechos y dichos de la madre, que nunca del todo se borrarán y las más veces marcarán la dirección de aquel hombrecillo para toda la vida. ¿Y queréis que haya hombres a los veinte años, cuando no hubo padres desde los primeros días? ¡Ah! Si tuviérais instintos de madre no seríais tan malos ni tan necios antieducadores.

24. *Educar es hacer hombres completos por medio de padres completos.*

Para hacer hombres completos se necesitan padres completos que quieran y sepan formar una casa y familia modelo, pues según sea el seminario así será lo que en él se cultive. Los padres, pues, cuiden:

1.º De ordenar bien su casa y costumbres.

2.º De hacer vida de familia, recogida, honesta y cristiana.

3.º De apartarse de teatros, bailes, tertulias y reuniones que deshagan o mengüen la vida de familia o disipen el aroma del espíritu cristiano.

4.º De hacer que en nada se vea el amor a las delicias al lujo, la vanidad, la lujuria, la impiedad ni la indiferencia religiosa.

5.º Que no falte lo necesario ni sobre lo supérfluo.

6.º Que en cuadros, estatuas, tapices, libros, revistas, periódicos, hasta en las cajas de cerillas y los juguetes, no haya nada impío, obsceno, grosero ni indecente.

7.º Que nadie entre en vuestra casa que no sea bueno esté bien educado y sepa respetar la educación que en ella se dé.

8.º Y mucho menos que en casa viva quien pueda deseducar.

9.º Que los que estén en contacto con los niños sean personas de entendimiento, piedad y educación.

10. Que todo lo que el niño vea, oiga y perciba sea verdadero, justo y honesto, y le sirva de antídoto para el día de la prueba, que ha de llegar.

11. Que en vuestra casa sean respetados la autoridad, el orden y la disciplina.

12. Que el niño se acostumbre desde la infancia a obedecer a la razón y a vencer el apetito y quebrar la voluntad, para que no se críen hijos voluntariosos, mal acostumbrados, irrespetuosos y caprichosos, dominantes y hasta tiranuelos y pequeños déspotas. La razón es la obediencia para niños que no entiendan otra, y lo que esté

bien mandado nunca ha de ser revocado, aunque cueste lloros y disgustos. Esas lágrimas ahorrarán otras muchas y más amargas.

13. Lo que ordena el padre lo apoya la madre, y viceversa; que nunca el niño tenga defensores en contra de los superiores, que jamás oiga murmurar de aquel que le ha de mandar y gobernar o educar.

14. Conviene que los niños lloren de pequeños para que no lloren ni hagan llorar de grandes. El lloro es útil para ensanchar el pulmón del niño, y es nocivo cuando por el lloro consigue éste imponerse. No hagamos de atormentadores, pero tampoco hagamos atormentados, y un niño de voluntad virgen jamás contradicha es el mayor tormento para una casa y un pueblo.

15. No olvidéis lo que dice David y enseña la experiencia: «que todo hombre es mentiroso», y a curar este mal, tan feo como indecoroso y nocivo, debe ordenarse la medicina de la buena educación; no mintiendo jamás, ni engañando, aún por broma, al niño, ni exagerando ni tergiversando las cosas y las frases, ni contando fábulas y cuentos disparatados, o inventando seres, fantasmas y miedos ridículos para callarle, asustarle o entretenerle.

16. Empléense con el niño palabras sencillas, que les den ideas claras y justas de las cosas, y no muchas ni largas, sino breves y cortas; ni se usen palabras rebuscadas, sino las más naturales y propias; ni se acuda a la metáfora e hipérbole sino en casos muy contados y de cosas inteligibles para ellos; húyase de toda afectación, de todo catedraticismo, de toda pedantería *pedagógica*, y hasta del tecnicismo que no sea de necesidad y fácil inteligencia.

Hasta para enseñar las primeras letras (cuanto más la lengua y la religión) convendría que el educador fuera madre y doctor, esto es, persona sencillísima y muy culta, enamorada del educando y de la educación para poner la verdad bien conocida al alcance de una inteligencia casi dormida e inculcarla en aquella blanda cera del tierno corazón infantil.

V

EDUCAR ES HACER HOMBRES CABALES POR MEDIO DE IDEAS
Y MODELOS CABALES.25. *Educación es hacer hombres cabales, cultivando
su inteligencia.*

Se trata del cultivo de la inteligencia. ¿Y desde cuándo, por dónde y cómo comenzará a hacerse metódicamente, esto es, como estudio? Si el estudio se adelanta, hay peligro de arruinar al niño y acortar sus fuerzas para el porvenir; si se atrasa, puede estropearse esa inteligencia y hacerse difícil o ingrata; sigamos, pues, un justo medio, y empecemos a enseñar: 1.º Sin orden predeterminado, desde que el niño nace. 2.º Con un método y plan disimulados por el juego, desde los cinco a los siete años. 3.º Con más seriedad desde los ocho a los diez años, y más aún de once a doce. 4.º Y a esta edad, en el supuesto de que hayan de seguir estudiando, dése a los estudios la orientación de la carrera o profesión a que aspira el educando.

Y que hasta lo más árido y difícil, que es la Lengua (leída, escrita, hablada y analizada), se haga en los primeros años, jugando, y lo más espiritual y levantado, que es la Religión y la Patria, se entren en el alma por la estampa, la representación y la acción y el canto; y lo más gráfico, como la escritura, el dibujo y la cartografía; etcétera, se hagan dibujando y moldeando. Hagamos enseñando y enseñemos haciendo, y obtendremos hombres inteligentes y prácticos, sin lo cual no hay hombres cabales.

26. *Educar es terminar hombres, dándoles guías apropiados.*

Mientras el niño es niño, dadle educación infantil, para lo cual no tiene igual la mujer, y, sobre todo, la que es madre; mas desde que apunta la pubertad hasta que se completa el desarrollo del hombre, hacia los veintiún años, se necesita mayor fuerza, poder y autoridad, que es la del Padre, Sacerdote y Maestro. Entonces las pasiones hablan fuerte, la imaginación sueña y loquea, el mundo le atrae y la concupiscencia le lleva, la audacia sustituye a la timidez, la rebeldía a la obediencia, y hay en el joven una tendencia a la libertad y el desorden que parece le nace de adentro, de la sangre, y es el exceso de vigor que en sí siente. De esta edad peligrosa e insegura penden las buenas o malas costumbres para toda la vida; si educáis al niño y abandonáis al joven, de cada cien jóvenes se perderán o malearán los noventa y nueve.

¿Qué remedio habrá? 1.º Mucha y muy esmerada educación moral y religiosa desde los primeros años. 2.º La misma, más deliberada y consciente, en la edad púbera. La oración, Misa diaria, Rosario, oraciones en la mañana y la tarde, Confesión y Comunión frecuentes, buenas compañías, buenas lecturas, buenas conversaciones, vida activa, laboriosa y metódica, examen de conciencia y dominio de sí mismo, libran del pecado.

27. *Educar es realizar el ideal del hombre cabal con ideas cabales.*

Y como el hombre es hombre por la razón, y el sér racional es un sér espiritual e inmortal, en el conocimiento y educación del hombre interior, del sér racional, espiritual e inmortal está el ideal de la educación acabada. Hay que nutrir, saturar y *consustanciar* al hombre con las verdades fundamentales del mundo de lo espiritual:

Dios, el alma, la creación, la gracia, la culpa, el perdón, la redención, la religión, el culto, los sacramentos, la verdad y el deber, con todas las virtudes que forman al hombre de bien, honrado y santo, como la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y sus derivadas la humildad, obediencia, castidad, aplicación, caridad, mansedumbre y paciencia, valor y energía, labor y constancia, abnegación y patriotismo, etc., etc.

Cualquiera idea de estas daría lugar a desarrollos que formarían libros, como se vió en las Hojas Coeducadoras con la idea de Dios; pero aquí no se trata de desarrollar, sino de indicar ideas para ver lo inmenso que es el campo de la educación y lo grande que es su ideal, que es hacer hombres cabales.

La idea y el amor y culto de Dios debe impregnar toda educación humana y cristiana; Él es el principio, el fin y el medio de esta *segunda creación*, como lo fué de la primera; así es que no hay educación atea, y cuando se intenta educar sin Dios, se intenta un absurdo, un imposible, además de una impiedad.

El alma racional, espiritual e inmortal, que vivifica el cuerpo y es servida por él, que nos distingue de los brutos y nos aproxima a los ángeles, que conoce la verdad y el bien, que es libre y responsable y tiene destinos temporales y eternos que cumplir, no puede ser preterida ni relegada a un lugar accesorio o secundario, sino que debe ser el objeto preferente del cultivo ordenado de la educación racional y cristiana.

La creación, resumen de todos los dones naturales de Dios para con nosotros; la gracia, síntesis de los dones sobreañadidos por Dios a la obra príncipe de sus manos, que es el hombre, no deben ocultarse ni menospreciarse en la obra de la educación, a no hacer de esta coadjutora de Dios la conspiradora en contra de la gloria debida a su omnipotencia, bondad y misericordia.

La culpa, que da idea de lo malo que es pecar, exige conocer la historia de la primera culpa y sus funestas consecuencias, que llegan hasta nosotros como ramas de

un árbol cuya raíz fué envenenada por la serpiente infernal; y la medicina de la culpa, que es la redención debida a Jesucristo, quien con su sangre nos mereció el perdón, revela lo bueno que es Dios al perdonarnos y darnos a su Hijo como Redentor, Salvador, Educador y Maestro.

Pues bien, estas y otras ideas, estos y otros hechos que forman la trama del mundo espiritual, moral e histórico (muchas de las cuales pueden verse en las Hojas Coeducadoras) debe tenerlas en cuenta el que trate de hacer hombres cabales, esto es, tal cual Dios los quiere.

Porque es un atentado contra la naturaleza el intento de hacer hombres como a los pedagogos se les antojen y no como Dios quiera y la humanidad demande.

28. *Educar es completar hombres, respetando su vocación.*

Que no todos sirven para todo es indudable, y que cada cual debe ser preparado para lo que ha nacido, también lo es. ¿Cómo, pues, vamos a poner en contradicción la educación con la vocación, sin ir en contra de Dios, de la naturaleza del educando y de la sociedad? Deben, pues, los padres y Educadores en general estudiar y observar cuál es la vocación del educando, ya para cumplir con aquel triple deber, ya para fomentar el bien y la dicha de educando y Educadores y de las familias y los pueblos.

Lo difícil en muchos casos será conocer la vocación de cada uno; para ello hay que tener en cuenta las aptitudes, aficiones e inclinaciones del educando, observarlo por mucho tiempo, ponerlo en disposición de conservarlas y utilizarlas, fomentarlas y probarlas discretamente, y después de consultarlo ante Dios, dejar a cada uno seguir su camino; que por donde Dios lleva es más seguro llegar al término de hacer hombres completos.

29. *Educar es completar hombres, valiéndose de buenos modelos.*

Lo hemos dicho: para conseguir hombres completos, el medio mejor es presentar modelos acabados o completos, modelos que no se hallan fuera del Cristianismo. La antigüedad pagana tuvo sus grandes hombres, pero ninguno de ellos llegó a la altura del hombre cabal; tuvieron grandes virtudes, pero no fueron del todo buenos. En el Cristianismo, no sólo se dan hombres completos, sino que es un deber el serlo. Jesucristo, que vino a redimir y salvar a los hombres, vino también a renovar la faz de la tierra, y no hay otro medio de hacer hombres cabales sino aspirando a hacer perfectos cristianos. Si pues tú quieres hacer hombres completos que sivan para este mundo y para el otro, que desarrollen todas sus fuerzas en bien propio y el de sus semejantes, ponles por modelos a Jesucristo y los Santos, a los cristianos prácticos y a ti mismo, que en tanto tendrás buenos imitadores en cuanto tú mejor imites al Hombre Modelo.

VI

EDUCAR ES COMPLETAR HOMBRES QUE SEAN SOCIALES, SEGUROS, JUSTOS, IGUALES, HUMANOS Y DE SU TIEMPO.

30. *Educar es completar hombres, haciéndolos sociales.*

Como el hombre es no sólo individuo, sino familia, patria y sociedad, hay que educarle para hijo y prepararle para que pueda llegar a ser un buen padre, buen ciudadano y un miembro útil de la humanidad, sin lo cual no sería un hombre perfecto, ni cabal; no estaría

terminado o acabado de hacer. Los deberes y alcances que la educación incluye, considerada bajo el punto de vista social, no se pueden siquiera enumerar aquí, ¡tantos son!, ni cabrían sino en hojas destinadas a la educación propia de cada estado y profesión, etc.

31. *Educar es completar hombres, fijándolos y asegurándolos.*

Todo varía, todo cambia, nada hay fijo bajo el cielo, y en éste rodar incesante de las cosas y personas, ¿cómo podremos fijar la voluntad y el modo de ser del educando? Imantándole, asegurándole la intención hacia un bien que no cambie, fijando su corazón en lo que está por encima del mundo variable, elevándole por cima de las cosas terrenas y aficionándole a las celestiales.

Así entenderá lo que es la vida y su orientación cristiana. «¿Qué adelanta el hombre con lucrar el mundo si pierde su alma?»

Así entenderá la historia, que no es sino el recuerdo de lo que ya pasó y el aviso de lo que ha de pasar.

Así se forman los hombres serenos en medio del incesante ir y venir de las pasiones, ideas y acontecimientos humanos.

Así, aunque todo se cambie, el hombre fijo no cambia, y trabajando para ese fin sabe que no pierde el tiempo ni azota el aire y que lo próspero y lo adverso, todo le lleva a su término y complemento, que es lo eterno.

32. *Educar es completar hombres que sean firmes en la justicia.*

Incúlquese a todo educando que la justicia rige el mundo y que a cada cosa llega su tiempo y a cada persona y a cada pueblo su premio o su castigo; que por cima de nuestros pensamientos está el de Dios, por cima de nues-

tros actos se halla el Juez, y por cima de lo poderes de la tierra se halla el Todopoderoso, el cual, por ser quien es, la misma verdad y justicia, no puede menos de hacer que cada cosa esté en su lugar y que no haya iniquidad que no tenga su castigo ni virtud que no obtenga su premio.

¡Ah! Si así no fuera, ¿quién sería tan tonto que entre el deber penoso y el placer fácil se impusiera el sacrificio por la virtud? ¿Cuánto más prudente no sería la hipocresía que la austeridad de la virtud?

Pero no está llamada la educación a ser atea y materialista, por lo mismo que no es su misión hacer hombres injustos e hipócritas redomados; frente a esa pedagogía de la debilidad hay que recordar esta otra de fortaleza e inmortalidad: ¿Qué aprovechará al hombre ganar el mundo si al fin pierde su alma? «El principio de la sabiduría es el temor de Dios.»

33. *Educar es completar hombres amantes de la igualdad.*

Iguales somos todos en el nacer y morir, iguales en la naturaleza espiritual y corporal, iguales en los deberes y derechos esenciales ante Dios y los hombres; a todos nos sostiene la misma tierra y cubre el mismo cielo; todos somos hijos de Adán, todos estamos redimidos por Cristo, todos peregrinamos hacia otra Patria mejor, y ninguno, ni al nacer trajo nada ni al morir llevará nada, como no sean sus buenas o malas obras. Y como éstas son verdades fundamentales, de fundamento deben servir para la educación de los hombres en la igualdad.

Sean, pues, cualesquiera los accidentes de las personas y las cosas que motivan las desigualdades (de talento, vigor, salud, autoridad, honor y riqueza), ningún hombre bien educado dejará de estimar todo esto sino como meros accidentes que no deben borrar ni disminuir aque-

Ha igualdad esencial que por naturaleza y voluntad de Dios debe existir entre los hombres.

Los niños que nacen en el regalo, viven en la opulencia y crecen en medio del mimo, la lisonja y el servilismo, están muy expuestos a la vanidad, soberbia, engreimiento, terquedad e incorregibilidad, a la dureza e insensibilidad para con los inferiores, al menosprecio de sus iguales, al desacato para con los superiores y a la tiranía para con los súbditos.

Los hijos de los pobres (que no por serlo están exentos de algunos de los anteriores defectos) corren peligro de caer en la envidia y la murmuración, en el odio de las clases superiores y en todo lo que de ahí se sigue, incluso el robo, el asesinato, el incendio y la destrucción.

El remedio es inculcar desde pequeños la justa estima y aprecio de las cosas y personas, la humildad y la justicia, los fundamentos de la igualdad esencial, el respeto y el amor para con los pobres y súbditos y de éstos para con los superiores, sin olvidarse jamás ni de su dignidad como hijos de Dios, ni de la moderación en todo para conservarse iguales, tranquilos, soberanos y dueños de sí mismos.

El ideal de la humanidad, en este respecto, es no engreirse por hallarse en alto ni abatirse por hallarse en bajo, sino conservarse igual en cualquiera posición en que el hombre se encuentre.

Para ello conviene no olvidar las verdades fundamentales de la igualdad esencial, que son a la vez fundamento de la justicia, equidad, humildad y caridad.

La Religión cristiana, que no hace sino afirmar respecto del hombre cuanto es humano y rectificar lo que de la humanidad se desvía o aparta, nos dice por San Pablo: «Que nada hemos traído a este mundo y nada habremos de llevar» (I. a Timoteo, c. VI). Repetición de las palabras de Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo he de volver» (c. I). Lo mismo que dice Salomón de sí y de los reyes: «Todos los hombres somos iguales en el nacer y en el morir» (Sabiduría, c. VII).

Comentario de lo cual son estas palabras que el Sacerdote pronuncia al imponer la ceniza en el comienzo de la Cuaresma: «Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de volver.» Y estas que repiten el Papa, al coronarle, quemando un poco de estopa: «Así pasa la gloria del mundo.» Y estas y otras muchas de Jesucristo: «Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» «Quien socorre a un pobre me socorre a Mí.» El pobre Lázaro goza del Paraíso y el rico Epu-lón sufre en el Infierno. El que se humilla será ensalzado y el que se engríe será humillado. Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. El Hijo del Hombre vino a servir y no a ser servido, etc., etc., etc.

Todo lo cual quiere decir que, en lo esencial, de hombre a hombre va cero, y que si algunos valen más, no es por la riqueza ni el mando, sino por la humildad y la pobreza y la caridad, según la igualdad del Evangelio.

34. *Educar es defender y garantizar a la humanidad.*

Es indudable que el hombre es materia dispuesta para todo, y que según los agentes que le influyan, así será él, salvo muy raros casos o muy contadas excepciones. Y esto que pasa con el hombre en general, sucede aún con más frecuencia tratándose de los niños y jóvenes; como sean los maestros y educadores, así serán ellos. Prueba de que el hombre ha nacido para ser educado y formado por otros (es un sér dócil y docible por naturaleza), y prueba de que tiene derecho a no ser engañado ni extraviado (es un abuso contra naturaleza el engañar, seducir y extraviar, a pretéxto de enseñar y educar); dos verdades de a folio que ni entienden ni quieren entender los partidarios de la libertad del error y del escándalo en la calle y en la escuela, en los papeles y en los teatros, etcétera, etc.

¿Qué haremos frente a los educadores de la juventud? Los que amen a ésta no pueden menos de prevenirla en

contra de sus enemigos francos o solapados, dándole a conocer la perversión de sus doctrinas y lo funesto de sus caminos de extravíos y corrupción.

Hay que formar hombres, pese a quien pese; hay que formarlos en la verdad y la virtud, aunque rabien todos los partidarios del error y del vicio; hay que defender a la juventud que no sabe ni puede defenderse, y hay que dar armas a la que ya puede usarlas para que sepa y pueda defenderse.

Y quien así no educa, mal educador será; y quien así no piense, mal pensador será; y quien así no obre, malas entrañas tendrá, mala persona será: ese no ama ni a la verdad ni a la humanidad, contra quienes conspira y maquina.

35. *Educación es completar hombres aptos para vivir en su tiempo.*

No es hombre completo el que no es hombre de su tiempo, esto es, el que no sabe ni está preparado para la lucha por la existencia en sus días, para la lucha por la verdad y el bien en sus días, para la defensa de la persona y familia, de la Religión y la Patria en sus días, o con los medios que los tiempos aconsejen y las necesidades del presente impongan.

Es necesario educar en las artes y ciencias con sus adelantos, para poder vivir y competir; es menester educar en la cooperación y el mutualismo, para mejor vivir y mejorar viviendo; es necesario civilizar socializando la moral del Evangelio, esto es, aplicando su doctrina, no sólo al individuo, sino al orden social; es necesario educar en la verdad, que sana, eleva y salva, y en contra del error, que enferma, degrada y pierde a los hombres y los pueblos; es menester educar al pueblo, organizar al pueblo y hermanar unas con otras las clases sociales; en suma: hay que seguir el plan de Dios acerca de la humanidad y hacerle efectivo aprovechando las circuns-

tancias de modo, lugar y tiempo, que son detalles de la Providencia encomendados a los hombres de Dios, únicos que pueden apellidarse cabales.

VIII

EDUCAR ES HACER HOMBRES VIRTUOSOS.

36. *Educación es completar hombres por medio de la virtud.*

Virtud se llama aquello que pone orden y concierto en las acciones del hombre y le hace cabal y perfecto en sí mismo y para con los demás. «La virtud no es otra cosa que la misma naturaleza perfecta en sí y llevada a lo sumo de la perfección», dice Cicerón; así como el vicio es la destrucción y ruina de la naturaleza.

El hombre, pues, es menos hombre cuanto es más vicioso y es más hombre cuanto es más virtuoso.

Si quieres conocer en la práctica lo que es un hombre virtuoso, imagínate un hombre a quien no mueve sino el bien, y tan prudente y discreto en sus acciones que observa el tiempo y modo para cada una de ellas y las ejecuta en sazón, que calla cuando debe callar, habla cuando se debe hablar, advierte para dirigir, corrige para enmendar, reprende para contener y ajusta su conducta de modo que ni falta a su obligación ni se excede con perjuicio de los demás. Un hombre que mira con igual serenidad la adversidad que la prosperidad, la escasez que la abundancia, las honras que los desprecios, parco en el comer, sobrio en el beber, modesto en el vestir, templado en todos sus gustos, que no sólo no roba ni mata, sino que a nadie ofende, a todos honra, a todos favorece, a todos beneficia. Este hombre, ordenado en sí, ordenado para

los demás y ordenado para con Dios, por cuya ley y amor se rige, ¿este hombre será un hombre cabal, estará educado en la virtud?

37. *Para educar en la virtud no hay sino educar en el amor.*

¿Cuántas son las virtudes? Muchísimas. ¿Cuándo debemos ser virtuosos? A todas horas. ¿En qué actos debemos practicar la virtud? En todos los de la vida. ¿En qué lugar y tiempo, en qué circunstancias y con qué accidentes y modos? En todo lugar y tiempo, en las mil circunstancias y con los variados accidentes y modos de los casos, que nunca son del todo idénticos. ¿Entonces, cómo educaremos en la virtud, siendo ella tan múltiple como varía y tan necesaria de practicar como difícil de conocer y ejercer? Reduciendo todas las virtudes a una, que es la caridad, y todos los procedimientos a uno, que es enseñar a amar: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, eso es *toda la virtud y todas las virtudes*, toda la ley y toda la moral. Quien sabe amar con amor afectivo y efectivo, esto es, con amor y obras, a Dios sobre todas las cosas y al prójimo en Dios y por Dios, ese ya sabe ser hombre completo y cristiano cabal y santo, que es cuanto hay que ser.

38. *Educar en el amor es ordenar la caridad.*

La virtud, dice San Agustín, es el *orden del amor*. Salomón, en el *Cantar de los Cantares*, al expresar los dones de gracias y virtudes que la Esposa (el alma del justo) recibe del divino Esposo, los condensa en esta frase: *Ha ordenado en mí la caridad*. Amar y saber amar, éste es todo el secreto de la santidad.

¿A quiénes hay que amar? A Dios y al prójimo. ¿Y cómo hay que amar a Dios? Con todo el corazón, con toda

el alma, con todas tus fuerzas, esto es, más que todo y sobre todo. ¿Y cómo hay que amar al prójimo? Como a ti mismo. No quieras para él lo que no quieres para ti (y no le harás ningún daño), y quiere para él lo que quisieras para ti (y le harás todo el bien posible). Esto te manda Dios en sus diez Mandamientos, y nada más que esto; y esto te manda Jesucristo en su Evangelio: Amarás a tu Dios sobre todas las cosas; este es el mandato máximo; el segundo es semejante a éste (se deriva de él y, en él se apoya): Amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos se contiene *toda la Ley*.

39. *Enseñemos, pues, a amar y a ordenar el amor y educanemos en la caridad.*

Para enseñar a amar y ordenar el amor hay que dar a conocer los objetos amados; si pues el primer deber del hombre es amar a Dios, el primer deber del Educador será enseñar a conocer y a amar a Dios.

Y el segundo, quién es el hombre respecto de Dios, y enseñar a conocerle, respetarle, amarle y socorrerle.

Y el tercero, lo que es el mundo en relación con su Autor, y enseñar a conocerle como obra de Dios.

Y el cuarto, lo que es la Encarnación y Redención del hombre por Cristo, para saber agradecerla y aprovecharla.

Y el quinto, lo que es la Iglesia, continuadora de la divina misión de Cristo, para aprender a amarla, unirse a ella y seguirla.

Y el sexto, lo que son la verdad y la virtud, la autoidad y la ley, para seguirlas y obedecerlas con amor y por deber.

Y el séptimo, lo que son la Familia y la Patria y la Humanidad, para saber apreciarlas, defenderlas y dar por ellas la vida si es necesario.

Y el octavo, el nono y el décimo, lo que es la vida y el fin de la vida, que es la Gloria, para ordenar todos los

pasos de aquélla en relación con la obtención de ésta, etcétera, etc., etc.

En suma: para amar hay que conocer y para ordenar el amor hay que ordenar y coordinar en la inteligencia y el corazón los bienes que deben ser conocidos y amados, para que de esa manera sepa el educando el orden del amor y el amor de preferencia en caso de conflicto o lucha entre los bienes o deberes.

40. *Y ordenar el amor es ordenar el odio.*

Y como quien ama un bien aborrece su opuesto, la medida del amor será el odio y viceversa. Por consiguiente: quien más ame a Dios más aborrecerá la blasfemia, el perjurio, la irreligión y la impiedad; quien más ame al hombre, más aborrecerá el odio, la envidia, la injuria, la difamación, la herida, el escándalo, la deshonor, el robo, el engaño, la mentira y cuanto sea opuesto a su bien y al del prójimo; quien ame la creación en relación con Dios más aborrecerá el *naturalismo* de los que quieren hacer de la naturaleza su Dios; quien ama a Jesucristo más aborrecerá el anticristianismo; quien más ame a la Iglesia, más aborrecerá a todos sus enemigos (sean herejes, cismáticos, perseguidores o difamadores); quien más ame la verdad y la virtud, más aborrecerá el error y el vicio; quien más respete la autoridad y la ley, más odiará la rebelión, la anarquía, el desorden y el crimen; quien más ame la Familia, más aborrecerá el divorcio y el adulterio; quien más ame la Patria, más lejos estará de hacerle traición, de corromperla o comprometerla; quien más ame a los hombres, será menos inhumano, y quien más ame la Gloria más odio tendrá al Infierno y a los caminos que a éste conducen, que son los pecados.

41. *Hacer hombres bien educados es hacer hombres bien intencionados.*

La intención es el ojo del alma, y siendo recta, sencilla e ilustrada, hace al hombre sencillo, recto y prudente, la sencillez le da unidad; la rectitud le da justicia y bondad y la prudencia le da seguridad y acierto; con la unidad evita la doblez y adquiere la sencillez de la vida, con la justicia evita la iniquidad y adquiere el respeto de las gentes; con la bondad adquiere el candor y las simpatías, y con la prudencia adquiere la solidez del buen juicio y evita los excesos y defectos, las torpezas y las contradicciones de la tontería disfrazada de celo, amor y bondad.

Consideremos si todas estas virtudes, hijas de la buena intención, serán necesarias para formar al hombre sencillo, veraz y justo, recto, bueno y prudente; serio, juicioso y seguro, y, en suma, al hombre uno y cabal, grato a Dios y a los hombres, y, por consiguiente, si la educación deberá preocuparse de formar la recta intención en los educandos.

42. *Educar hombres es moderar pasiones.*

Ne quid nimis, en todo ha de reinar la moderación: en el comer y beber, trabajar y descansar, reír y llorar, callar y hablar, y hasta en el estudio y la misericordia; que no hay virtud que por el exceso no pueda convertirse en defecto. Por eso hay que dominar los ímpetus de las pasiones y procurar que la prudencia modere los arranques de la juventud, para que la naturaleza no sucumba y la virtud se coloque en el justo medio. Come para vivir y no vivas para comer, bebe para apagar la sed y no por mero placer, trabaja para descansar y descansa para trabajar, modera el llanto y la risa, aprende a oír, ver, pensar y callar y sabrás hablar, estudia para

saber y no para parecer, lo que debes hacer y no lo que no puedes alcanzar, y al dar no seas avaro ni pródigo, no seas ni suspicaz ni tonto, da lo que puedas y dalo a quien debas; pero no te prives de dar por el temor o las sospechas de si te engañarán, ni lo tires a quien lo pide, sabiendo quien lo necesita, aunque no lo pida; en suma, en esto y en todo rija tus actos la virtud, emperatriz de la prudencia, y reinará en su nombre la moderación, que es su hija predilecta.

Una de las cosas más difíciles es saber hablar y callar, por lo cual conviene enseñar al niño desde pequeño a oír y observar antes de hablar. Y como el silencio es más fácil de aprender y también menos peligroso, pues «quien guarda su boca guarda su alma», dice Salomón; recomiéndese el silencio delante de personas desconocidas y mayores, y en las cosas que no saben ni entienden o no son de su incumbencia, no se metan a hablar ni entrometan a juzgar.

Con tal que el silencio no se torne mutismo, estupidez o rusticidad, «el moderar las palabras es de doctos y prudentes», y el hablar sin moderación de necios e imprudentes.

43. *Arreglar cabezas y corazones es hacer buenas acciones.*

Arreglar ideas que rijan y arreglen corazones, los cuales rijan y gobiernen a individuos y pueblos, esta es la obra de la educación doctrinal.

La obra comienza por el arreglo del hombre inferior, y por la razón, que es la que manda en el resto; pasa después del entendimiento a la voluntad, la cual se expresa por el corazón, y sabiendo y queriendo se convierte en acción y hace de cada individuo un hombre que sabe, quiere y hace bien; y de los hombres unidos y bien educados resultan sociedades también humanas y educadas.

La religión, en cuanto arregla el hombre interior con más medios que ninguna otra institución, es por lo mismo el instrumento pedagógico más indicado para educar hombres y pueblos.

44. *Educación en la ley del Evangelio es perfeccionar hombres.*

Dos cosas necesita el hombre para hacer el bien: conocerle y practicarle; para conocerle tiene la luz de la razón y la luz de la revelación; para practicarle tiene el auxilio de la gracia que predispone la voluntad y la mueve a querer y deleitarse en el cumplimiento del deber.

El cristianismo es la religión del hombre perfecto, porque repara en él los daños causados por la culpa: a la oscuridad de la inteligencia suple con la luz del Evangelio; a la endebles de la voluntad acude con el vigor de la gracia; por lo cual se llama la ley de Jesucristo *Ley de gracia, Ley de amor y Ley de perfección.*

Así es que, aunque la ley evangélica aparezca más estrecha y austera por el mayor conocimiento del deber, es *yugo suave y carga ligera*, porque ella misma es fuerza que impulsa, atracción que lleva y alas con que el hombre vuela en pos del deber.

Y así resultan los buenos cristianos perfectos seres humanos, los más perfectos y los más humanos.

IX

EDUCAR HOMBRES ES ENSEÑARLOS A ESTIMARSE
Y A SER DÓCILES, APLICADOS, CONSTANTES,
BENÉFICOS Y URBANOS.

45. *La educación enseña la propia y ajena estimación
del hombre.*

Para saber estimarse y estimar es menester educar.

Enseñar al educando que todo bien es amable y digno de estimación no es sino decirle lo que todo el mundo sabe; enseñarle la estima que el hombre, por ser hombre, merece, ya es penetrar en las honduras de la grandeza humana, y enseñarle la estimación, el respeto y la grandeza que añade al hombre el sér de cristiano ya es tocar a lo sublime en el orden de las ideas, afectos y respetos debidos a la humanidad regenerada. Como hombre, es el animal racional capaz de pensar, querer, trabajar, merecer, progresar, adquirir y dominar y reinar sobre la creación toda. Por ser cristiano, es el sér de la gracia, de la elevación hacia Dios, de la adopción por Dios, de la herencia de Dios, de la unión con Dios. Como hombre, es el anillo que, uniendo la creación con el Creador, permanece al frente de aquélla; como cristiano, después de llevar ante Dios todas las criaturas, entra en el templo de la Gloria para allí vivir vida divina.

Incúlquense estas verdades al educando para que aprenda a estimar y respetar y querer en sí y en sus semejantes más que la cuna, la riqueza, la posición y el mismo talento, aquello que es base y fundamento de todo, el sér humano, el sér racional, y juntamente con esto y por encima de esto el sér de cristiano. Y en relación con estas verdades, trabaje por toda la vida en per-

feccionarse como hombre y como cristiano, y se hallará perfecto con aquella perfección que cuadra a un hombre que es hijo de Dios y príncipe heredero de su Gloria. Entonces se hallará hombre completo.

46. *Educación en la mansedumbre y humildad es perfeccionar.*

Hay que mantener el ánimo sereno y tranquilo para ver con claridad, obrar con acierto y proceder con justicia; hay que conservarse tranquilo en la adversidad, sereno en la contradicción, generoso en la ofensa, suave en el trato, moderado en la ira, fácil en el perdón, propenso en el olvido de la injuria, agradecido por siempre al favor, respetuoso con el superior, considerado con el inferior, amable, fino y bondadoso con todo el mundo, inofensivo hasta con los animales, moderado en hechos y dichos e igual y alegre y ordenado en la vida, para todo lo cual se necesita ser manso y humilde de corazón.

La mansedumbre y humildad son plantas que exigen cultivo esmerado desde la infancia, cultivo de ideas y sentimientos, cultivo por ejemplos y correcciones, cultivo que reprima la ira, el egoísmo, la soberbia, la dureza y crueldad, la brusqueza y rusticidad, la desatención y grosería, la envidia y murmuración, el odio y la venganza, y cultivo que fomente las virtudes opuestas a estos defectos y pecados, pues cuanto más crezcan aquéllas y mengüen éstos, serán los hombres más perfectos.

47. *Educación en la docilidad, aplicación y constancia es preparar los hombres del porvenir.*

Si los niños han de ser los hombres del porvenir, necesitan ser dóciles, aplicados y constantes; dóciles, porque todo lo ignoran y tienen que aprenderlo; aplicados, porque si ellos no atienden y toman interés, en vano se

cansará quien los enseñe; constantes, porque sin constancia nada importante se alcanza.

A la docilidad se oponen la presunción, la terquedad y la porfía, que es menester combatir por todos los medios posibles; a la aplicación se oponen el juego, la distracción y la falta de interés, lo cual debe combatirse convirtiendo el juego en medio de enseñanza, evitando la distracción por medio de la acción y el interés de la imagen, etc.; a la constancia se oponen la movilidad, el cansancio y la falta de novedad, lo cual se procurará remediar variando el modo y aun la materia, descansando y dando el interés de la novedad o utilidad a lo que se estudie o enseñe. Ningún niño llegaría a hombre de provecho dejado enteramente a la inconstancia y volubilidad de su edad y capricho.

48. *Educar en la Beneficencia es convertir pobres en ricos. plebeyos en aristócratas.*

El buen trato atrae y el beneficio liga; si queréis, pues, ser queridos, sed afables y dadivosos. Jamás injuriéis a los demás, ni admitáis chismes contra ellos; antes hablad siempre con buenos modos y aplaudid a todo el que se compadezca y procure remediar males ajenos. Que los de más alta cuna y elevada posición aprendan a estimar, respetar, socorrer y servir al pobre y al menos favorecido por la fortuna, y que aprendan desde niños tres cosas: una, que los padres son la aristocracia ante Dios; otra, que la finura y generosidad son los distintivos de las personas bien educadas; y tercera, que para los ricos es aquel encargo que Tobías dió a su hijo de *dar a proporción de lo que tengan*, y darlo con gusto para merecer ante Dios, y darlo sin esperar retribución ni por aceptación de personas, tan sólo mirando a la necesidad y a la discreción. Este es el modo de que la aristocracia del dinero llegue a ser la aristocracia de Dios.

Si fuera éste un tratado de urbanidad, de la primera

regla deduciríamos la naturalidad, sencillez, sinceridad, honradez y formalidad para con los hombres; de la segunda, la bondad, compostura, atención, pulcritud, alegría y finura para hacernos propicios al prójimo; de la tercera, el aseo, la limpieza, el saludo, la cortesía, la discreción y consideración debidas en el trato de gentes, y de la cuarta deduciríamos el huir de singularizarse y llamar la atención ni por carta de más ni por carta de menos. El vestido, por ejemplo, sea limpio y decente, que honeste y abrigue, que corresponda al estado, posición y profesión de cada uno, pero ni lujoso ni jactancioso, de forma corriente y no atrasado ni anticipado en la moda, sino conforme lo usen las personas de sensatez y buen juicio.

49. *Educar en la urbanidad es favorecer a la humanidad.*

Para que el hombre sea urbano, sin violencia ni artificio, hágasele hombre interior de verdad, puesto que el hombre exterior no es ni debe ser sino el interior manifestándose en sociedad, por medio de la comida, bebida, vestido, paso, gesto, atención, conversación, amistad y trato. Así es que la primera regla de la urbanidad pudiera ser esta: *Obra según eres, con tal que seas como debes.*

La segunda pudiera ser esta: *El porte exterior es el primer informe de la persona, y el que predispone a favor o en contra de la misma y de sus cosas.*

La tercera pudiera ser esta: *Ni por palabras ni por gestos y acciones hagas ni digas algo que signifique desatención, molestia, falta de consideración y respeto para con tus semejantes.*

Cuarta y primera: *Imita en todo los buenos ejemplos, esto es, a los hombres sensatos.*

50. *Conclusión. Para completar hombres por la educación deben cooperar los distintos coeducadores.*

Como la educación completa del hombre supone la cooperación de muchos en la misma obra, resulta que para hacer hombres completos es menester la coeducación o concurso de los distintos Educadores. Una de las tonterías más comunes, y también más vulgares entre la gente de pluma, es que con buenos Maestros de Escuela se arregla el mundo en un santiamén, y esto es así con las condiciones siguientes:

1.^a Que el Maestro sepa y quiera educar, además de saber y querer instruir.

2.^a Que los alumnos se presten a ser instruídos y educados con su asidua asistencia, docilidad y aplicación.

3.^a Que los padres cooperen educando, antes que él, a la vez que él, después que él y muchísimo más que él, que de otro modo todo se ha perdido.

4.^a Que el Sacerdote ayude, en la parte moral y religiosa, a los Padres y al Maestro.

5.^a Que los amigos del educando no destruyan la obra de sus Educadores.

6.^a Que los Maestros de taller, oficina, campo, cuartel, etc., o los Profesores de Institutos, Universidades y Escuelas especiales no destruyan lo edificado por Padres, Sacerdotes y Maestros.

7.^a Que el periódico, revista, libro, teatro, estampa, espectáculo de inmoralidad, impiedad, etc., no desmoren el edificio de la educación racional y cristiana.

8.^a Que las costumbres públicas no arruinen por el escándalo y la autoridad pública no contribuya con el abandono a destruir la educación docente y honrada de los buenos Padres, Sacerdotes y Maestros.

La Escuela salvará al mundo cuando todo el mundo se convierta en escuela; los Maestros harán hombres cabales cuando todo el mundo les ayude a formarlos.

Advertencia adicional.

El tema de formar hombres completos por medio de una educación cumplida no termina aquí, es interminable; pero como no intento por ahora sino dejar entrever la *necesidad de la coeducación, atendiendo a la unidad del sujeto educando y a la complejidad de su formación*, me limito a hacer consideraciones brevísimas acerca de algunas de las condiciones de la educación en relación con el educando.

La enumeración y desarrollo de cada una de las condiciones que aquí se omiten (y aun la debida ampliación de las ya enseñadas) exigirían no un folleto, sino varios tomos, y este no es un libro, sino un índice; no es un tratado, sino un *apéndice de las Hojas Coeducadoras del Ave-María*, apéndice en el cual se indica el pensamiento final de toda educación humana y cristiana: *hacer hombres perfectos o cabales*.

Para mejor sentir lo que es, vale y cuesta la recta educación, hagamos una ligera enumeración de algunos que, por carecer de ella, no valen para Educadores ni pueden llamarse bien educados.

X

RESUMEN Y CONCLUSIONES PARA LOS EDUCADORES.

De las nueve Hojas que preceden se deduce que no está bien educado o preparado para Educador de hombres.

1. Quien ignora lo que es hacer hombres verdaderos o completos.
2. Quien no sabe que la educación es el arte de hacer hombres cabales o completos.

3. Y que sin educación no hay perfección ni humanidad posibles.
4. Y que la educación es la obra más larga, más necesaria y más difícil de la vida del hombre.
5. Pues educar es preparar para cumplir con todos los fines de la vida humana.
6. Es curar, nutrir y robustecer cuerpos y almas.
7. Es hacer a los educandos maestros y guías de sí mismos.
8. Es cultivar hombres como hombres, y no como bestias algo perfeccionadas.
9. Y hacerlo constantemente o sin interrupción.
10. Atendiendo a lo físico y a lo espiritual.
11. En vez de mutilar hombres, por olvidar lo uno o lo otro.
12. Porque educar es completar hombres según Dios quiere.
13. Es perfeccionar la imagen de Dios.
14. Es coeducar con Dios.
15. Es valerse de la naturaleza para educar.
16. Es hacer de seres imperfectos hombres perfectos o menos imperfectos siquiera.
17. Obra santa y noble encomendada primaria y principalmente a los Padres.
18. Los Padres deben ser el primer instrumento de la educación.
19. La cual debe comenzar por la lactancia.
20. Y debe proceder uniendo amor y corrección.
21. Empezando por lo físico para terminar en lo intelectual y moral.
22. Edificando con el buen ejemplo.
23. Y sin olvidar que la educación es obra de toda la vida, tomada desde sus principios.
24. Educación completa que supone Padres completos.
25. Educación intelectual, que supone conocimiento del educando y de los buenos métodos.
26. Educación graduada, a la cual concurren la Madre, el Padre, el Sacerdote y los Maestros.

27. Educación fundamentada en las ideas madres. que son las más trascendentales para el hombre.
28. Respetando siempre la educación del educando.
29. Educación basada sobre buenos modelos.
30. Educación social, como lo piden la familia, la patria y la sociedad en general.
31. Educación que fije la voluntad del educando.
32. Que le afirme en la justicia.
33. Que le inspire la igualdad en la equidad.
34. Que garantice a la humanidad.
35. Educación circunstancial para enseñar a vivir y defenderse y triunfar en las circunstancias de lugar y tiempo en que haya tocado vivir.
36. Educación que haga hombres virtuosos.
37. Educando en el amor.
38. Ordenando la caridad.
39. Pues saber amar y ordenar el amor es ordenar la caridad.
40. Y ordenar el amor es ordenar el odio.
41. Y ordenar la intención.
42. Y aprender a moderar pasiones.
43. Y arreglar cabezas y corazones.
44. Educar es evangelizar.
45. Educar es enseñar a estimarse y estimar a los demás.
46. Educar es perfeccionar en la mansedumbre y humildad.
47. Educar es hacer hombres dóciles, aplicados y constantes.
48. Es hacer hombres benéficos.
49. Y urbanos.
50. Para completar hombres por la educación deben cooperar los distintos Coeducadores.

XI

RESUMEN Y CONCLUSIONES ACERCA DE LOS EDUCANDOS.

Siendo el hombre completo el hombre verdadero, aquel a quien nada falta de cuanto debe tener, esto es, aquel que es tal cual debe ser aquel que tiene lo que su fin y naturaleza piden: salud, inteligencia y bondad en el grado más perfecto posible; y siendo la educación el medio por el cual se adquieren, perfeccionan y conservan la salud, la aptitudes y las virtudes, se sigue que

No está bien educado, ni por tanto, es hombre cabal y verdaderamente civilizado.

- 1.º El que desprecia la educación o la menosprecia.
- 2.º El hombre *repentizado* o instruído y educado a la ligera.
- 3.º El hombre *animal* o que sólo sabe ser animal, esto es, comer, trabajar, dormir, procrear, engordar, reír o blasfemar, gozar o maldecir.
- 4.º El hombre *ateo* o indiferente en religión, pues aunque se bañe y asee, estudie y escriba y sea *altruista* (adjetivo de Augusto Comte), es un *homúnculus* de los más incompletos, por ser una naturaleza racional que carece del conocimiento y la práctica del bien racional que más le conviene y necesita, por ser un sér moral decapitado y mutilado que carece (en el orden moral) de pies y cabeza.
- 5.º El sér *desnutrido*, ignorante o desmoralizado.
- 6.º El *hombre-máquina*, que allá va donde le llevan los hombres-papel, los hombres-tinieblas o los maestros sectas.

7.º El hombre exterior, que carece de perfección interna.

8.º El hombre *bien comenzado y mal continuado*, que tuvo buenos pañales y malas mocedades.

9.º El hombre *clínico*, que por abusar de la naturaleza ha perdido la salud.

10. El hombre *intelectual*, que sólo sabe leer, escribir, estudiar, discutir, perorar, revolver libros y agitar inteligencias, sin cuidarse ni de la salud ni de la virtud.

11. El hombre *bueno, pero tonto*, y el hombre *honrado* con sola aquella bondad u honradez que comienza en sí y no sube a Dios ni pasa por Él para ir a sus prójimos, por ser el tal hombrecillo el principio y fin únicos de todas sus operaciones.

12. El hombre *laico* o educado sin Dios, pues el laicismo no es sino la artimaña de ateificar y mutilar hombres.

13. El hombre *masón* o sectario juramentado de la masonería, que es la secta captahombres, para llevarlos por el engaño y el juramento a conspirar contra Cristo.

14. El *blasfemo y maldiciente*, que injuria a su Padre del Cielo y maldice a sus hermanos de la tierra.

15. El *naturalista*, que borra de la naturaleza al Creador.

16. El *liberalista*, que hace tabla rasa de la verdad y el error, el bien y el mal ante la razón y el derecho.

17. El *individualista*, que reduce la humanidad a manadas egoístas que luchan celosas entre sí hasta la destrucción o el *pacto social*.

18. El *socialista* paganizado, para quien se desvanece la personalidad y lo es todo la sociedad, nada el individuo absorbido por ella.

19. El *vano, escandaloso, superficial y petulante*, que se gloria de sus defectos o se engríe y alardea de su ciencia.

20. El *huérfano* de padres, o quienes hagan sus veces, pues sin paternidad no háy humanidad.

21. El niño *abandonado*, que rara vez llegará a salvarse y educarse, no siendo por un milagro.

22. El *débil y lisiado*, por falta de nutrición, aire, juego y desarrollo físico o por abandono en los comienzos de la vida y en los primeros años.

23. El *muy mimado* y consentido, caprichoso y voluntarioso que, por no haber sido corregido de niño, resulta terco, contumaz e incorregible de mozo.

24. El *escandalizado* desde pequeño por sus Educadores, pues las primeras impresiones casi nunca se borran.

25. El *hijo de padres sin dignidad, autoridad, orden ni meollo* para dirigir la casa y familia.

26. El *neurasténico* o *agotado* por exceso de trabajo mental, desordenado estudio u otros motivos.

27. El *inseguro* o fluctuante en todo, por carecer de ideas, costumbres y criterio fijos.

28. El *perturbado* por maestros, libros y papeles incoherentes o contradictorios, o *destruido* por medio de la instrucción.

29. El *superficialmente ilustrado*, que nada sabe de las cuestiones hondas, aunque sepa mucho de los detalles y pormenores de la vida y la historia.

30. El *egoísta*, encerrado en las conchas de su personalidad e indiferente ante los problemas e intereses sociales, religiosos, patrióticos y generales o humanitarios.

31. El anticuado o educado a la antigua en aquellas cosas que están sujetas a perfección y cambio, no en lo que es siempre nuevo y siempre antiguo, como es la verdad, que no cambia, y que por ser de todos los siglos se llama tradicional.

32. El *modernista*, que desprecia todo lo que es antiguo, tradicional y patrimonio de los siglos tan sólo por el afán de novedad.

33. El *humanista*, cuyos modelos únicos son los escritores y los héroes del paganismo antiguo y moderno.

34. El *fatalista*, que pone el hecho fatal sobre la eterna ley de la justicia.

35. El *soberbio, engreído y terco, el duro, insensible*

y *déspota*, y el *envidioso*, *aborrecedor* y *murmurador* de todo lo existente.

36. El *atolondrado* lector de todo lo que salga.

37. El *malo* y *vicioso*.

38. El *ciego apasionado*, sea de amor o de odio.

39. El *tibio*, que no sabe amar ni odiar.

40. El *inmoderado*, que no sabe moderar sus pasiones.

41. El de *cabeza dislocada* y *corazón sin freno*.

42. El que no sabe *estimarse ni estimar* a los demás.

43. El *mal intencionado*.

44. El *indócil*, *desaplicado* e *inconstante*.

45. Los *omnibus*, u hombres listos y aptos para todo, que de todo entienden, hablan y escriben, y de todo se encargan, lo cual quiere decir que carecen, además, de conciencia, de vergüenza y seriedad.

46. Los *escolaristas* y *docentistas*, que se fingen que la escuela o la enseñanza es la panacea de todos los males y el medio único de hacer hombres cabales, aunque al ilustrar cabezas se tuerzan, abandonen, envenenen o agosten corazones.

47. Los *unilaterales* o *monomaniacos* y *exclusivistas*, que sólo miran las cosas por un lado y de aquel singular aspecto hacen una manía y excluyen de la educación cuanto en la estrechez de sus miras no cabe, como si la educación no fuera obra de todos, obra de cooperación para hacer hombres cabales.

Y para poner fin a un tema que no le tiene, están ineducados, o no bien educados, cuantos adolecen de faltas o defectos que son hijos de la voluntad y, pudiendo ser corregidos o enmendados, no lo han sido ni lo son, ni se intenta siquiera que lo sean, porque, o no se conocen (ineducación de la inteligencia) o no se sienten (ineducación de sentimiento) o no se quieren corregir y enmendar con voluntad seria y constante (ineducación de la voluntad).

XII

ALGUNAS PREOCUPACIONES DE ILUSTRES PREOCUPADOS
Y PREOCUPADORES.

Son muchas las preocupaciones de los que se tienen por despreocupados, pero solamente indicaremos dos o tres, que se refieren más directamente a los preocupadores a título de ilustración y enseñanza.

Una de estas preocupaciones, partiendo de la confusión entre instruir y educar, tiene por educadores a los que se concretan a ser meros instructores, y ponen el ideal de la educación en el *alfabetismo* o *docetismo*, de tal suerte que juzgan de la civilización de los pueblos por el número de los que saben leer o por el número de las escuelas y Maestros, y aun por el número de los millones que se presupuestan para enseñanza.

Bueno es enseñar letras y ciencias y bueno es fundar para ello escuelas y centros de enseñanza, y justo es retribuir a quienes den la enseñanza; pero ni es bueno ni justo confundir la parte con el todo para atribuir a la ilustración lo que ésta, aisladamente considerada, no puede dar de sí, que es la educación.

No basta *presupuestar* escuelas y Maestros para hacer hombres y pueblos, que ni el *alfabetismo* ni el *docetismo* son de por sí causas adecuadas de la civilización y educación, y que se necesita algo más, mucho más que letras y escuelas, Maestros y presupuestos, para salvar a las naciones por medio de los hombres bien hechos.

Y la razón nos dice lo que la experiencia confirma. Valgámonos para hacerlo sensible de dos comparaciones que estén al alcance de todos.

Suponed un habilidoso maestro en el arte de buscar y vender setas, pero que no distingue ni enseña a dis-

tinguir las que son saludables de las que son venenosas. Decidme, ¿no ganaría mucho la humanidad con que tal maestro ni buscara ni vendiera setas?

Suponed a un instructor de quintos o maestro en táctica que enseñara a los soldados a presentar todo el cuerpo al enemigo cuando contra ellos dispara. ¿No es verdad que valiera más que tal maestro no enseñara táctica?

Pues en esos dos tipos están estereotipados los Maestros en letras que enseñan a leer y no enseñan a precaverse contra los malhechores literarios, los cuales malhechores son una plaga de envenenadores de las almas y demolidores de las costumbres y los pueblos.

¡Oh Maestros de escuela! Si solamente enseñáis a leer y no educáis en lo que se debe leer, no me atrevo a llamaros Educadores, porque, en realidad, no lo sois; no servís para formar hombres cabales, sino más bien para contribuir a que los malhechores literarios los deshagan más fácilmente.

Y lo que se dice de los Maestros de escuela debe decirse, y con mayor motivo, de otros Maestros más encumbrados.

Otra de las preocupaciones del racionalismo pedagógico es el *individualismo* doctrinal y anárquico, que es el opuesto al *sentido social*.

Quien por carecer de *sentido social* no tiene reparo en sacrificar el bien y los destinos de los demás en el altar del ídolo de sus ideas, intereses o pasiones, falta así al deber de respetar, enseñar e inculcar el *deber de la fraternidad social*, deber que incluye el respeto a la *tradicón social*, unida al mejoramiento de la *sociedad actual* y a la preparación de la *sociedad de mañana*, pues el presente, el pasado y el porvenir de individuos y pueblos están unidos con *gran solidaridad*.

Por carecer de este *sentido social* amplio y racional, que se nutre del conocimiento y amor del ayer, del hoy y del mañana, hay educadores (así se llaman) tan preocupados que sólo se ocupan en roer y minar la sociedad, ya en sus raíces, ya en sus frutos y flores; y así resul-

an, respecto al pasado, limas; respecto al presente, hielos, y en cuanto al porvenir, nieblas y filoxeras; en conjunto, son los que allanan el camino para las grandes catástrofes sociales, son los verdaderos antieducadores de los pueblos, los grandes malhechores sociales.

¿Pero hay Maestros culpables? Esta es otra preocupación del racionalismo docente. ¿El que actúa sobre sus alumnos enseñando por la palabra o la pluma, es irresponsable? Si decimos que sí, adiós educación; si decimos que no, maldecimos de la libertad del racionalismo.

La verdad es que, merced a esta preocupación racionalista, los malhechores literarios y magisteriales se multiplican de una manera terrible, es la clase social que, en relación con el número, comete más crímenes, porque es la clase que goza de mayores impunidades; es la clase que tiene más antieducadores y la que produce más ineducados.

RESUMEN ACERCA DEL HOMBRE COMPLETO.

Salud completa, cabeza completa, voluntad completa y corazón completo hacen hombres completos. La salud es un bien que se hereda, pero no se conserva sino con la higiene más exquisita del cuerpo y del alma. La cabeza se adorna con varios conocimientos, pero se completa con ideas fundamentales arraigadas en la conciencia. La voluntad se entretiene con bienes transitorios, pero se completa con los totales y trascendentales. El corazón se ilusiona con dichas aparentes, pero se completa con el hondo sentimiento y posesión de la verdad y el bien infinito.

Y como nada de esto se logra sin la educación, concluimos diciendo que *educar es completar hombres*.

INDICE

	<u>Páginas</u>
PROLOGO	11
La educación es obra de muchos coeducadores	15
Sin cooperación no hay educación.....	17
Los diferentes aspectos de la educación no privan a ésta de la unidad	20
Las condiciones de toda Pedagogía racional imponen la coeducación	24
Hagamos los hombres a imagen de Dios	29
La Anunciación (véase el Evangelio de San Lucas, C. I.)...	31
Nuestro principio y la coeducación	35
Nuestro fin y la coeducación	41
La inteligencia y Dios en la coeducación	46
La voluntad y Dios en la coeducación	51
La libertad y Dios en la coeducación	54
La felicidad y Dios en la coeducación	57
La vida y Dios en la coeducación	60
Conclusiones pedagógicas derivadas del concepto de la vida.	64
Las ocho bienaventuranzas	67
Consideraciones y aplicaciones pedagógicas	70
La sociedad y Dios en la coeducación	73
La familia y Dios en la coeducación	76
El matrimonio y Dios en la coeducación	81
La enseñanza y educación de los hijos ante Dios y la coeducación	86
El matrimonio y los hijos ante el Evangelio y la coeducación	89

	Páginas
La autoridad y la obediencia en la coeducación	93
De la forma y fondo de los Gobiernos ante Dios y la co- educación	100
Algunas otras deducciones pedagógicas	105
Límites de la obediencia al Estado de la coeducación	111
Las dos soberanías de la coeducación	113
La humildad y Dios en la coeducación	117
Deducciones y aplicaciones pedagógicas	123
La humildad no es la pusilanimidad	127
Humildad y decoro	131
La humildad y la necesidad	133
Humildad aparente	136
Humildad y urbanidad	139
Dos educaciones encontradas	140
La contestación	143
La humildad y la verdad en la coeducación	146
La castidad y Dios en la coeducación	152
El remedio	159
El Cristianismo y la castidad en la coeducación	163
Las ideas religiosas purifican y coeducan	168
El amor, la alegría y la castidad coeducando	171
Más sobre la tristeza y alegría en la coeducación	173
Los misterios del amor y la coeducación	178
Del cultivo de la castidad	181
En defensa de la inocencia y castidad	183
Tres símiles y cuatro exhortaciones	187
El trabajo y Dios en la coeducación	193
Del trabajo nace la propiedad	198
Cristianos o paganos	201
Más contra el neopaganismo	206
Algo del «Meum-Tuum» o mutualismo	209
Fraternicemos	213
El dinero y sus peros	218
Una pregunta pedagógica: ¿La humanidad está caída?	222
La herencia y la educación	226
Historia breve de un hecho grande	229
Continúa la historia de la primera culpa	233
De la causa del mal	238

De la transmisión del pecado de origen	243
Del Maestro y Redentor	250
Más aplicaciones pedagógicas derivadas de la redención... ..	252
La caridad de la verdad y Dios en la coeducación	257
El sueño de un pedagogo	261
El sueño es una realidad	265
Los dos grandes educadores de la Humanidad	269
Deducciones y aplicaciones pedagógicas	272
Educación y civilización (1. ^a)	277
Educación y civilización (2. ^a)	282
Educación y civilización (3. ^a)	286
Educación y civilización (4. ^a)	292
Educación y civilización (5. ^a)	296
Educación y civilización (6. ^a)	302
Educación y civilización (7. ^a)	309
O educación cristiana o desesperación ultrapagana	314
Educación y necesidad	318
Cinco historias que parecen cuentos	322
Consideraciones pedagógicas derivadas de las hojas precedentes	327
Algunas objeciones y observaciones	332
Orientaciones pedagógicas (1. ^a)	336
Orientaciones pedagógicas (2. ^a)	339
Orientaciones pedagógicas (3. ^a)	344
Orientaciones pedagógicas (4. ^a)	346
Orientaciones pedagógicas (5. ^a)	350
Orientaciones pedagógicas (6. ^a)	353
Orientaciones pedagógicas (7. ^a)	357
Orientaciones pedagógicas (8. ^a)	364
Orientaciones pedagógicas (9. ^a)	367

HOJAS EDUCADORAS

Educar es completar hombres	373
Educar es completar hombres según Dios	378
Educar es hacer hombres completos por medio de padres cabaes	381
Más sobre lo mismo	385

Educar es hacer hombres cabales por medio de ideas y modelos cabales	391
Educar es completar hombres que sean sociales, seguros, justos, iguales, humanos y de su tiempo	395
Educar es hacer hombres virtuosos	401
Educar hombres es enseñarlos a estimarse y a ser dóciles, aplicados, constantes, benéficos y humanos	408
Resumen y conclusión para los educadores	413
Resumen y conclusión acerca de los educandos	416
Algunas preocupaciones de ilustres preocupados y preocupadores	420
Resumen acerca del hombre completo	422

DE
LE
D
AN
N



CIENCIAS DE
LA EDUCACION
1900

OBIS
SELE
D
D. AN
N

RAS
CTAS
E
IDRES
JON

I

V

TRAB
DE
EDUC
HO
EDUCA
COEDU

CADO
LA
ACION
IAS
DORAS
CADORAS

19

47
